

P. C. Doherty

EL HABITO NO HACE AL MONJE



Detectives medievales



Lectulandia

En 1302, un asesino en serie está actuando impunemente en Londres. Tras el asesinato de *lady* Somerville y del Padre Benedict, el rey de Inglaterra encarga a su más eficaz agente, *Sir* Hugh Corbett, que investigue estas misteriosas muertes, al tiempo que le advierte de la presencia en Londres de Amaury de Craon, célebre espía francés.

La investigación de Corbett pondrá al descubierto los más turbios asuntos, en los que se ven involucrados la abadía de Westminster, un conocido criminal y un nutrido grupo de mujeres de vida alegre. La sagacidad de Corbett le permite, además, descubrir una oscura trama destinada a desvalijar la cripta de la abadía.

Lectulandia

Paul C. Doherty

El hábito no hace al monje

Hugo Corbett - 06

ePub r1.0

Titivillus 25.08.17

Título original: *Murder wears a cowl*
Paul C. Doherty, 1992
Traducción: M^a Antonia Menini Pagès

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Solo el crujido de la cuerda del patíbulo turbaba el siniestro silencio que se cernía como una nube sobre los vastos campos que rodeaban el hospital de San Bartolomé en West Smithfield. De día el lugar rebosaba de bullicio y color, pero de noche los fantasmas se adueñaban de él. El gigantesco patíbulo con sus cuatro brazos proyectándose hacia afuera y sus retorcidas y amarillentas sogas era un espectáculo tan habitual como los cadáveres que colgaban de él, con los cuellos doblados, los ojos desorbitados y las hinchadas lenguas apretadas entre los amarillos dientes. Los prohombres de la ciudad habían decretado que los malhechores ejecutados permanecieran colgados durante tres días hasta que sus cuerpos empezaran a descomponerse y los afilados picos de los cuervos les arrancaran los ojos y la tierna carne del rostro.

Nadie se acercaba al cadalso de noche. Las viejas aseguraban que los señores del infierno se reunían a danzar en aquel lugar. Hasta los perros, los gatos y los picaros de la ciudad se alejaban de allí en cuanto oscurecía. Pero el mendigo Hierbacana no era de la misma opinión. De día Hierbacana permanecía sentado en la esquina del callejón de San Marcos de West Cheap, donde alargaba el cuenco de cobre y pedía limosna con voz lastimera a los fieles que visitaban la iglesia, los ricachos y los que le miraban con aire de superioridad mientras cruzaban el gran mercado de Londres para dirigirse a sus negocios de San Pablo. Pero de noche Hierbacana regresaba a Smithfield y se tumbaba a dormir al pie del patíbulo. Allí se sentía protegido. Nadie se atrevería a acercarse a él, y aceptaba a los siniestros cadáveres que colgaban por encima de su cabeza no solo como compañeros sino también como protectores contra los ladrones, asesinos y gentes de mal vivir que poblaban las angostas callejuelas de Londres. A veces, cuando no podía dormir, Hierbacana se acurrucaba sobre las tablillas de madera que le servían de piernas y parloteaba como una urraca con los cadáveres. Se preguntaba cómo habrían sido sus vidas y qué desgracias les habrían ocurrido. Eran los mejores, más aun, los únicos oyentes de su triste historia: había sido soldado, nacido y criado en Lincolnshire, antes de convertirse en arquero del ejército de Eduardo de Inglaterra en Escocia. Había atacado un castillo con gran número de compañeros suyos, trepando por las escalas de asedio, de las que Dios, con la complicidad de un pelirrojo escocés, lo derribó hasta los abismos del infierno. La escala se había ladeado y él había caído en el foso seco y, cuando trató de alejarse a rastras, las piernas le quedaron empapadas de negro, pegajoso y ardiente aceite. Se pasó varios días gritando como un condenado y se retorció varios meses en medio de unas angustias de muerte después de que los cirujanos le hubieran cercenado limpiamente ambas piernas por debajo de las rodillas y le ajustaran unas tablillas de madera a los muñones. Le dieron unas pocas monedas, lo colocaron en un carro y lo enviaron al sur hacia Londres para que se pasara el resto de su vida mendigando.

Hierbacana se había acostumbrado a su condición. Tenía buenos clientes y tanto

los grandes señores como los orondos abogados eran unos benefactores muy generosos. Comía bien, se bebía una jarra de vino tinto cada día y, cuando hacía frío, los buenos frailes del hospital de San Bartolomé siempre le permitían dormir en sus sótanos. Hierbacana tenía visiones, extrañas imágenes poblaban sus sueños: a veces creía ver demonios de rojos cuernos paseando por las calles de Londres. La noche del 11 de mayo de 1302, mientras trataba de ponerse cómodo bajo los cadáveres que colgaban del patíbulo, tuvo otra premonición de una inminente desgracia: le dolían los muñones de las piernas, sentía un hormigueo en la nuca y el estómago le borboteaba como una caldera de sebo hirviente. Se quedó ligeramente dormido, tuvo un sueño muy agitado y se despertó justo en el momento en que se acababa de levantar una fuerte brisa que hacía girar y torcerse los cadáveres colgados en una especie de macabra danza de la muerte. Hierbacana dio unas palmadas a las plantas de los pies de uno de los cadáveres.

—¡No hagas ruido! —le dijo en un susurro—. ¡Deja que el viejo Hierbacana preste atención!

El mendigo se agachó como un perro y aguzó el oído en medio de la oscuridad. Después oyó el rumor de unas sandalias sobre los adoquines y el susurro de una afanosa respiración: una negra figura apuró el paso acercándose a él. Hierbacana retrocedió hacia las sombras, medio escondiéndose detrás de las piernas de los cadáveres que colgaban del patíbulo. Miró a hurtadillas a la figura. ¿Quién era? ¿Una mujer? Sí, una mujer. Vestía de oscuro y sus pasos eran algo pesados. Una anciana, pensó Hierbacana, al distinguir un retazo de cabello gris bajo la capucha y ver los hombros ligeramente encorvados de la figura. No parecía tener demasiada prisa y no suponía ninguna amenaza para él, por cuyo motivo Hierbacana se extrañó de que el corazón le latiera con tal fuerza en el pecho y se le hubiera secado de repente la garganta y sintiera en la nuca una terrible sensación de frío, como si uno de los ahorcados se hubiera inclinado para hacerle una dulce caricia. Pero enseguida comprendió la razón. Oyó las pisadas de alguien que estaba siguiendo de cerca a la mujer. La persona caminaba más rápido y parecía tener un propósito más definido. La primera figura se detuvo al oír las pisadas a su espalda.

—¿Quién anda ahí? —preguntó la anciana, levantando la voz—. ¿Qué es lo que quieres?

Hierbacana se tensó y se introdujo los dedos en la boca. Sentía la presencia del mal. Hubiera deseado gritar una advertencia. Algo terrible estaba a punto de ocurrir. Una segunda forma surgió de las sombras y se acercó a la anciana.

—¿Quién eres? —repitió ella—. ¿Qué deseas? Estoy cumpliendo una misión en nombre de Dios.

Hierbacana ahogó un gemido. ¿Acaso la mujer no se daba cuenta?, se preguntó. ¿No percibía la maldad que acechaba a través de la oscuridad? La segunda figura se acercó un poco más. Hierbacana solo pudo ver una capucha y una capa. Mientras la luna se ocultaba entre las nubes distinguió un destello de blanca piel y vio que la

segunda figura también calzaba sandalias. La anciana se tranquilizó.

—¡Ah, sois vos! —exclamó—. ¿Y ahora qué ocurre?

Hierbacana no pudo oír el murmullo de la respuesta. Ambas figuras se juntaron. El mendigo vio un brillo de acero y se cubrió los ojos. Oyó el suave rumor de un cuchillo al cortar la piel, la vena y la tráquea. Un grito desgarrador rompió el silencio, seguido por un terrible gorgoteo mientras la anciana, asfixiándose con la sangre que le subía a borbotones por la garganta, se desplomaba sobre los adoquines. Hierbacana abrió los ojos. La segunda figura había desaparecido. La anciana yacía formando un desmadejado bulto en el suelo. Se movió una sola vez, pero Hierbacana no pudo acercarse a ella, pues se había quedado petrificado por el terror mientras sus ojos contemplaban horrorizados el hilillo de sangre que serpenteaba hacia él sobre el empedrado.

Unos días después, en una buhardilla de un ruinoso edificio que se levantaba en la esquina de la Judería Vieja y Lothbury, Isabeau la flamenca contó las monedas y las fue ordenando en cuidadosos montones. Eran el fruto de su duro trabajo nocturno. Había recibido tres visitas: un joven, saludable y vigoroso aristócrata, un alabardero de la guarnición de la Torre y un anciano mercader de Bishopsgate que gustaba de atarla mientras permanecía tendido a su lado. Isabeau esbozó una sonrisa. El viejo era el más fácil de contentar y agradecía generosamente sus favores. Isabeau se soltó la cinta con que se recogía el sedoso cabello pelirrojo y este se derramó sobre sus hombros. Después se quitó el vestido de damasco azul y lo arrojó al suelo junto con la camisa y los calzones con jarreteras. Acto seguido, se situó delante de la reluciente plancha de metal que le servía de espejo y se dio la vuelta. Cada noche se entregaba al mismo ritual. La vieja Madre Ojos Tiernos le había aconsejado hacerlo.

—Una cortesana que se cuida, Isabeau —le había dicho la vieja bruja soltando una trémula carcajada—, se conserva más joven y vive más años. Recuérdalo siempre.

Isabeau se acercó al cuenco de peltre del lavabo y, utilizando una esponja y un trozo de jabón de Castilla, regalo de un agradecido capitán genovés, se lavó cuidadosamente el suave cuerpo más blanco que el alabastro. Experimentó un sobresalto cuando un pajarillo que revoloteaba bajo los aleros de la vieja mansión se golpeó contra los postigos. Un gato que intentaba cazar algo en la oscura callejuela de abajo entonó un estridente canto a la luna. Isabeau prestó atención a los crujidos de la vieja madera de la casa. Tendría que andarse con mucho cuidado. El asesino ya había matado a catorce hermanas suyas, ¿o acaso habían sido más? Les cortaba la garganta con tal fiereza que la cabeza solo quedaba unida al resto del cuerpo por medio de unas tiras de hueso y músculo. Había visto a una de ellas, el cadáver de Amasis, la joven prostituta francesa que con tanto donaire solía pasear por la calle de la Leche en busca de clientes. Isabeau reanudó su tarea, complaciéndose en la sensual sensación

de la esponja contra su piel. Acunó en sus manos los jóvenes y exuberantes senos y se acarició el musculoso y liso vientre. Oyó un ruido en la escalera, pero lo atribuyó a una rata; tomó un lienzo y empezó a secarse. Se volvió, colocando la vela en una pequeña cómoda que había junto a la enorme cama cubierta con un colchón de plumas de cisne y se puso un arrugado camisón.

—Isabeau.

La voz sonaba muy dulce.

La cortesana se volvió y clavó los ojos en la puerta.

—¡Isabeau, Isabeau, por favor, tengo que verte!

La muchacha reconoció la voz, sonrió y se acercó sigilosamente a la puerta. Descorrió los grandes pestillos de hierro, abrió la puerta y miró a la oscura figura encapuchada que sostenía una pequeña vela en la mano.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Isabeau, retrocediendo—. ¿No pretenderás que te atienda a esta hora de la noche? —añadió en tono burlón.

—Toma —replicó su inesperado visitante—. ¡Sujeta la vela!

Isabeau alargó la mano y, por un instante, vio la ancha hoja del cuchillo dirigido hacia su suave y delicada garganta. Sintió un agudo y terrible dolor, y se desplomó al suelo mientras la sangre bajaba como un río por su cuerpo recién lavado.

En el palacio del Louvre de la Isla de Francia, bajo la impresionante mole de la catedral de Notre Dame, había iodo un laberinto de secretos pasillos y pasadizos. Algunos de ellos desembocaban simplemente en unas paredes desnudas. Pero otros se torcían y daban tantas vueltas que cualquier intruso se hubiera perdido y desanimado enseguida. Al final de aquel laberinto, como Ni fuera el centro de una inmensa telaraña, se encontraba la cámara secreta de Felipe IV. La estancia en forma de octágono tenía las paredes revestidas de madera y solo dos angostas ventanas se abrían en lo alto de una de ollas. El suelo estaba cubierto de pared a parecí con una mullida alfombra de lana de casi un palmo de grosor. A Felipe IV le gustaba aquella cámara en la que jamás se oía el menor sonido. Hasta la puerta había sido construida con tal habilidad en los paneles de madera de la pared que hubiera sido muy difícil entrar y más difícil todavía le habría resultado salir a cualquier incauto que lo hubiera intentado. La cámara permanecía permanentemente iluminada por docenas de velas de pura cera de abeja, de la mejor que el chambelán de la corte podía encontrar. En el centro había una mesa cuadrada de madera de roble cubierta con un tapete verde. Detrás de ella, una silla de alto respaldo y, a ambos lados, dos enormes arcones provistos de seis cerraduras. Cada uno de ellos contenía un cofre cerrado con cinco candados en el que se guardaban las cartas secretas de Felipe de Francia junto con los memorandos y los informes de los espías de toda Europa. Allí Felipe se sentaba en el centro de su telaraña y tejía su madeja de mentiras y enredos para atrapar a los demás gobernantes de Europa, tanto si eran príncipes como si era el mismísimo papa.

Felipe de Francia permanecía ahora sentado en su enorme sillón, contemplando las estrellas de oro y plata pintadas en el techo mientras sus dedos tamborileaban suavemente sobre la superficie de la mesa. Delante de él se sentaba su canciller y custodio de los secretos, el apóstata Guillermo de Nogaret. Aquel guardián de los secretos reales solía hablar en un apresurado susurro y se movía de una corte de Europa a otra sin dejar en ningún momento de vigilar a su imperturbable soberano. Felipe, a quien los hombres llamaban «el Hermoso», con su blanco y alargado rostro, sus pálidos ojos azules y su cabello del mismo color que el oro bruñido, tenía todo el aspecto de un rey. Exhalaba majestad, de la misma manera que una mujer hubiera podido exhalar un perfume o un gentil cortesano una exótica fragancia, pero Nogaret sabía que su señor era un zorro muy taimado cuyo inescrutable rostro e impasibles modales jamás traicionaban sus verdaderas intenciones.

—¿Por qué callas, Guillermo? —preguntó el rey en un susurro.

—Majestad, estaba pensando en la cuestión de la financiación.

Los azules ojos de Felipe se desviaron indolentemente hacia Guillermo de Nogaret.

—Tenemos nuestros impuestos.

—¡Majestad, una guerra contra Flandes vaciará las arcas del Tesoro!

—Podemos pedir préstamos.

—¡Los lombardos no querrán concederlos!

—Hay mercaderes dispuestos a concederlos.

—Están agobiados por los tributos.

—En tal caso, ¿qué aconsejas, Guillermo?

—Nos queda la Iglesia.

Felipe sonrió levemente mientras miraba con dureza al guardián de sus secretos.

—Te gustaría, ¿verdad? ¿Te gustaría que impusiéramos tributos a la Iglesia? —

Felipe se inclinó hacia adelante y entrelazó los largos dedos de sus manos—. Algunos hombres, Guillermo —añadió—, algunos hombres sostienen que tú no crees en la Iglesia. Que no crees ni en Dios ni en Le Bon Seigneur.

Nogaret miró con semblante inexpresivo al soberano.

—Algunos hombres dicen lo mismo de vos, Majestad.

Los ojos de Felipe le miraron con fingida inocencia.

—Pero mi abuelo fue el piadoso Luis mientras que tu abuelo, Guillermo, fue condenado como hereje junto con tu madre, colocado en un barril de alquitrán y quemado en público en la plaza del mercado.

Felipe observó cómo los músculos del rostro de Nogaret se tensaban de furia. Le encantaba. Le gustaba que los demás perdieran la calma y dejaran al descubierto la verdadera naturaleza de sus almas. El rey se reclinó contra el respaldo de su asiento y lanzó un suspiro.

—¡Ya basta! ¡Ya basta! —musitó—. No podemos imponer tributos a la Iglesia y no lo haremos.

—Pues entonces —replicó Nogaret imitando el tono de voz del rey—, «no podemos invadir Flandes y no lo haremos».

Felipe reprimió un arrebató de cólera y sonrió acariciando con sus dedos el tapete verde de la mesa.

—Ten cuidado, Guillermo —dijo en voz baja—. Tú eres mi mano derecha. —El rey levantó los dedos—. ¡Pero si mi mano derecha supiera lo que está haciendo la izquierda, me la cortaría!

Felipe se volvió, tomó la jarra de vino, llenó una copa a rebosar y observó cómo el vino centelleaba y burbujeaba en el borde mientras se la ofrecía a Nogaret.

—Bien, Custodio de mis Secretos, ya basta de palabras. Necesito dinero y tú tienes un plan.

Nogaret tomó un pequeño sorbo de vino y le miró en silencio.

—Tienes un plan, ¿no es cierto? —repitió Felipe.

—Sí, Majestad, lo tengo. Nos obligará a intervenir en los asuntos de Inglaterra.

Nogaret se inclinó hacia adelante y empezó a hablar en voz baja.

Felipe escuchó con semblante impasible, pero, mientras su consejero le describía el plan, cruzó los brazos sobre el pecho casi como si quisiera abrazarse y saboreó las dulces palabras y frases que brotaban de los labios de Nogaret.

Capítulo 1

Eduardo de Inglaterra permanecía sentado en el asiento de una ventana de la pequeña cámara de las vestiduras situada detrás del salón del trono del palacio de Winchester. Se pasó un rato observando cómo uno de sus lebreles se terminaba las sobras de unos barquillos azucarados de una bandeja de plata y después cruzaba pausadamente la estancia y se agachaba en un rincón para defecar ruidosamente. El rey sonrió para sus adentros y miró por debajo de sus pobladas cejas a los dos hombres sentados en sendas banquetas delante de él. El mayor, Juan de Warenne, conde de Surrey, le devolvió en silencio la mirada. Eduardo estudió el cruel semblante del conde, su aguileña nariz, su barbilla cuadrada y aquellos ojos que en cierto modo le recordaban los del lebrele del rincón. De Warenne, pensó el rey, debía de tener un cerebro dentro de aquella cabeza de cabello cortado casi al rape, pero él no se hubiera atrevido a jurarlo. A De Warenne jamás se le había ocurrido una idea original, su habitual reacción ante cualquier acontecimiento era atacar y matar. Eduardo llamaba en secreto a De Warenne su lebrele, pues fuera lo que fuera que él le señalara, el conde lo atrapaba. Ahora este se mostraba perplejo ante la enfurecida letanía de preguntas del rey y miraba en silencio a su amo a la espera de que le diera una nueva orden. A pesar de la tibia mañana de principios de verano, De Warenne aún llevaba una gruesa capa de lana y, como de costumbre, un camisote y unas pardas polainas de lana de soldado, remetidas en unas botas de montar con las espuelas todavía puestas. Eduardo se mordió el labio. ¿Se quitaría alguna vez el conde la ropa?, se preguntó. ¿Y qué ocurriría cuando se iba a la cama? ¿Llevaba su esposa Alicia la huella del camisote grabada en su blanco y delicado cuerpo?

Eduardo miró al hombre sentado al lado de De Warenne, vestido con un sencillo jubón azul oscuro ceñido con un ancho cinturón de cuero. Aquel hombre era tan distinto de De Warenne como la tiza del queso, con su melancólico y moreno rostro, sus ojos profundamente hundidos en las cuencas y una desgredada mata de cabello oscuro ahora entremezclado con algunas hebras de plata. Eduardo le guiñó lentamente el ojo a su escribano mayor Hugo Corbett, emisario especial y Custodio del Sello Secreto.

—¿Vos comprendéis mi problema, Hugo? —le preguntó casi con un ladrido.

—Sí, Majestad.

—¡Sí, Majestad! —repitió el rey en tono burlón.

El atezado rostro del monarca se iluminó con una sonrisa y sus labios se curvaron en una mueca más propia de un perro fiero que del Ungido del Señor. El rey se levantó y se desperezó hasta que le crujieron los músculos del poderoso cuerpo y después se alisó con los dedos la leonina melena gris acero que le llegaba hasta la nuca.

—Sí, Majestad —volvió a repetir—. Por supuesto que sí, Majestad. ¿Así lo desea Vuestra Majestad? —Eduardo extendió la bota y rodeó con ella una pata de la

banqueta de su escribano—. Pues bien, maese Corbett, ¿cuál es mi problema?

El escribano hubiera deseado poder decirle al rey con toda franqueza que era arrogante y tenía muy mal genio, y cruel y vengativo y muy dado a unos estallidos de cólera que no le servían de nada. Pero, en su lugar, cruzó las manos sobre las rodillas y miró al rey sin decir nada.

Eduardo aún iba vestido con su atuendo de caza verde oscuro y tanto sus botas como sus polainas y su jubón estaban enteramente cubiertos de gruesos glóbulos de barro. Por si fuera poco, cada vez que se movía, despedía unos fuertes efluvios de sudor. Corbett no sabía quien era peor, si el rey o su lebrel. El rey se inclinó hacia él y Corbett contempló fríamente sus enrojecidos ojos y las ambarinas manchas de sus iris.

El rey estaba de muy mal humor. Siempre le ocurría lo mismo después de una partida de caza. La sangre aún ardía en las venas reales.

—Decidme —preguntó Eduardo con fingida dulzura—, decidme cuál es nuestro problema.

—Tenéis una rebelión en Escocia, Majestad. El cabecilla Guillermo Wallace es un auténtico soldado y un caudillo nato. —Corbett vio una mueca de hastío en el semblante del rey—. Wallace —añadió— utiliza los pantanos, las ciénagas, las brumas y los bosques de Escocia para lanzar sus ataques, planear sus salidas y urdir de vez en cuando alguna sangrienta emboscada. No hay manera de atraparlo, pues aparece donde menos se le espera. —Corbett hizo una mueca—. En una palabra, Majestad, está haciendo bailar a vuestro hijo el príncipe de Gales y comandante de vuestras fuerzas al son que él toca.

Los labios del rey se curvaron en una hipócrita sonrisa.

—Pero, en una palabra, maese Corbett, ¿cuál es el resto del problema?

El escribano miró de reojo a De Warenne, pero no encontró en él el menor apoyo. El conde permanecía sentado tan inmóvil como si fuera de piedra y Corbett se preguntó, no por primera vez, si Juan de Warenne, conde de Surrey, estaría en pleno uso de sus facultades mentales.

—La segunda parte del problema —añadió el escribano— consiste en que Felipe de Francia está reuniendo tropas en sus fronteras norteñas y, antes de que transcurra un año, lanzará un ataque concentrado contra Flandes. Dios quiera que sufra una derrota, pero, si se alzara con la victoria, extendería su imperio, destruiría un aliado, obstaculizaría nuestro comercio de la lana y hostigaría nuestros bajeles.

Eduardo se levantó y dio una lenta palmada.

—¿Y cuál es la tercera parte del problema?

—Dijisteis que habíais recibido una carta del alcalde de Londres, pero hasta ahora, Majestad, no habéis revelado su contenido.

El rey se sentó en una banqueta, rebuscó en el interior de su jubón y sacó un blanco rollo de pergamino. Lo desenrolló y miró a su alrededor con semblante adusto.

—Sí, es cierto —dijo—. Una carta del alcalde y del Concejo de Londres.

Solicitan nuestra ayuda. Anda suelto un sanguinario asesino que se dedica a cortar las gargantas de todas las cortesanas, prostitutas y rameras de Londres de una a otra punta de la ciudad.

Corbett soltó una desdeñosa carcajada.

—¿Desde cuándo se preocupan los prohombres de la ciudad por las muertes de unas pobres prostitutas? Si recorréis en pleno invierno las calles de Londres, Majestad, veréis cadáveres de pintarrajeadas prostitutas congelados en las zanjas o muertos de inanición a las puertas de las iglesias.

—Eso es distinto —terció De Warene, volviendo lentamente la cabeza hacia Corbett como si acabara de percatarse de su presencia.

—¿Y por qué es distinto, mi señor?

—No se trata de prostitutas callejeras sino de cortesanas de alto rango.

Corbett le miró sonriendo.

—¿Os parece gracioso, escribano?

—¡No, de ninguna manera! Pero hay algo más, ¿verdad?

Eduardo sostuvo el pequeño rollo de pergamino entre sus dedos.

—Pues sí —contestó en tono cansado—. Hay algo más. En primer lugar, estas cortesanas conocen muchos secretos. Han advertido claramente a las más altas autoridades de la ciudad que, si no se hace algo al respecto, puede que las señoras de la noche empiecen a contarle a codo el mundo lo que saben.

La sonrisa de Corbett se ensanchó.

—Daría hasta el último penique que tengo por estar allí cuando eso ocurriera. Ver cómo se sacan todos los trapos sucios de todos nuestros virtuosos representantes ciudadanos.

Eduardo sonrió al pensarlo.

—Yo podría decir lo mismo, pero esos virtuosos representantes son los que me cobran los tributos. La ciudad de Londres ofrece préstamos sin interés. —Su voz se endureció—. Ahora ya veis cuál es el problema, Corbett. Necesito plata para mantener a Felipe alejado de Flandes y para expulsar a De Wallace de Escocia, de lo contrario, mis ejércitos se fundirán como el hielo delante de una hoguera. —El rey se volvió de repente, carraspeó y soltó un escupitajo sobre los juncos que cubrían el suelo—. No me importan las prostitutas y tanto menos me importan los representantes ciudadanos. Pero quiero su oro. ¡Y exijo venganza!

—¿Cómo decís, Majestad? —preguntó Corbett bastante intrigado.

Eduardo contempló con aire ausente al lebrél que en aquel momento se disponía a levantar la pata contra uno de los tapices que cubrían la pared. Se quitó distraídamente una bota y se la arrojó al perro, el cual se alejó con un gáñido.

—Han muerto unas cuantas prostitutas —contestó Eduardo—. Pero hay dos muertes que no quiero aceptar. —El rey respiró hondo—. Existe en la ciudad una asociación de viudas de noble cuna. Se llaman las Hermanas de Santa Marta y constituyen una orden seglar dedicada a las buenas obras. Concretamente, al bienestar

físico y espiritual de las mujeres que recorren las calles. Yo ofrecí a estas hermanas mi protección personal. Se reúnen en la sala capitular de la abadía de Westminster, donde rezan y organizan sus actividades. Las hermanas desempeñan una labor muy meritoria y su superiora es *lady* Imelda de Lacey, cuyo esposo me acompañó en una cruzada. ¿Tuvisteis ocasión de conocerle, Corbett?

El escribano sacudió la cabeza sin dejar de estudiar al rey. Eduardo era un hombre muy extraño. Soltaba maldiciones, era violento, taimado, traidor, codicioso y vengativo, pero siempre cumplía su palabra. La amistad personal era para él tan sagrada como la misa. El rey recordaba especialmente a los compañeros de su juventud, a los caballeros que los habían seguido tanto a él como a su muy amada y ya difunta reina Leonor en sus viajes para combatir en Ultramar. En caso de que alguno de aquellos compañeros o sus intereses sufrieran algún daño, el rey actuaba con toda la rapidez y energía que podía. Corbett abrigaba un secreto temor. Le había prometido a su esposa Maeve regresar a Londres y llevarla junto con su hija de tres meses Leonor a visitar a su familia de Gales. Ahora se estremeció al pensar en lo que el rey pudiera exigirle.

—Pues bien, entre las Hermanas de Santa Marca —añadió lentamente Eduardo— se encontraba la viuda de uno de mis amigos del alma, *lady* Catalina Somerville. Hace dos semanas *lady* Catalina salió de Westminster, pasó por Holborn, en San Bartolomé se separó de su compañera y decidió tomar un atajo cruzando Smithfield para regresar a su casa, cerca de la Barbacana. Jamás llegó a su casa. A la mañana siguiente encontraron su cuerpo tendido en el suelo cerca del patíbulo con la garganta cortada de oreja a oreja. Murió de la misma manera que las prostitutas a las que trataba de ayudar. ¿Quién pudo matar a una anciana de una manera tan bárbara? —preguntó Eduardo, mirando enfurecido a De Warenne—. Quiero venganza —añadió en un susurro—. Quiero que atrapen al asesino. Los prohombres de la ciudad están indignados. No quieren que su buena fama sufra el menor menoscabo y piden que las viudas de los señores de alto rango sean debidamente protegidas.

—Habéis mencionado una segunda muerte, ¿no es cierto, Majestad?

—Pues sí. En el recinto de la abadía de Westminster hay una casita. Yo convencí al abad y a los monjes de que la cedieran en calidad de estipendio, sinecura y beneficio a un anciano capellán mío, el padre Benito. Era un santo varón que amaba al prójimo y practicaba las buenas obras. La noche en que asesinaron a *lady* Somerville, el padre Benito murió quemado en su casa.

—¿Y vos creéis que fue un asesinato, Majestad?

El rey hizo una mueca.

—Bueno, parecía un accidente, pero yo creo que fue un asesinato. El padre Benito era un nombre muy anciano, pero también muy prudente y estaba muy ágil. No comprendo como es posible que llegara a la puerta de su casa e incluso tuviera la llave en la mano pero no saliera. —El rey extendió los dedos y estudió cuidadosamente una vieja cicatriz de herida de espada que le cruzaba el dorso de la

mano—. Antes de que me lo preguntéis, Corbett, os diré que hay una relación. El padre Benito era el capellán de las Hermanas de Santa Marta.

—¿Hay algún motivo para que se hayan cometido estos asesinatos?

—¡Por Dios bendito, Corbett, no lo sé!

El rey se levantó y cruzó la estancia a la pata coja para recoger su bota. Corbett intuyó que su regio señor le ocultaba algo.

—Hay algo más, ¿no es cierto, Majestad?

De Warenne empezó a tirar de un hilo suelto de su capa como si acabara de descubrir la cosa más interesante de la estancia. La inquietud de Corbett se intensificó.

—Sí, Corbett, hay algo más. Uno de vuestros viejos amigos ha regresado a Londres.

—¿Un viejo amigo mío?

—*Sir Amaury de Craon*, emisario personal de Su Muy Cristiana Majestad el rey Felipe de Francia. Ha alquilado una casa en la calle de la Iglesia de la Gracia, lo acompaña un pequeño séquito y es portador de unas misivas de amistad de mi regio hermano el rey de Francia. Le he expedido salvoconductos, pero, si ese malnacido está aquí, eso significa que en Londres se están cocinando más problemas de los que yo quisiera.

Corbett se cubrió el rostro con las manos. De Craon era el agente especial de Felipe. Dondequiera que fuera surgían dificultades: traición, sedición, conspiración e intriga.

—Puede que De Craon sea un malnacido —contestó Corbett—, pero no es un asesino cualquiera. ¡No puede estar implicado en estos asesinatos!

—No —dijo De Warenne—, pero las moscas que se alimentan de mierda tampoco son responsables de ella.

—Lo habéis expresado con mucha elocuencia, mi señor. —Corbett se volvió hacia el rey, que ahora estaba apoyado contra la pared—. Majestad, ¿qué tiene todo eso que ver conmigo? ¡Me disteis vuestra palabra de que, cuando terminara el avance real por el oeste, yo sería eximido de mis deberes durante los dos meses siguientes!

—Sois un escribano —dijo De Warenne torciendo los labios en gesto burlón.

—¡Valgo tanto como vos, mi señor!

El conde soltó un prolongado eructo y apartó la mirada.

—¡Me disteis vuestra palabra, Majestad!

—Podrías besarme el real trasero y de nada os valdría. Os necesito en Londres. Quiero que pongáis fin a estos asesinatos, encontréis al asesino y os encarguéis de que lo ahorquen en Tyburn. Quiero que averigüéis qué se llevan entre manos De Craon y su compañero Raúl de Nevers. ¡Quiero saber qué montones de mierda están revolviendo!

—¿Quién es De Nevers?

—Solo Dios lo sabe. Algún representante de la pequeña nobleza francesa con

ínfulas de cortesano. —El rey esbozó una sonrisa—. Ambos han mostrado interés por vos. Incluso le han hecho una visita de cortesía a *lady Maeve*.

Corbett experimentó un sobresalto y un estremecimiento de inquietud. Una cosa eran las intrigas de De Craon y otra que este se presentara en su casa donde estaban su mujer y su hija.

—¿Iréis a Londres, Hugo?

—Sí, Majestad, iré a Londres, recogeré a mi mujer, a mi hija y a los sirvientes de mi casa y me iré a Gales tal como estaba previsto.

—¡Vive Dios que no lo haréis!

Corbett se levantó.

—¡Por Dios os juro que pienso hacerlo, sire! —Se detuvo al pasar junto a De Warenne y le miró—. Y vos, mi señor, deberíais beber más leche. Os aliviaría las flatulencias del vientre.

El escribano se encaminó hacia la puerta y se volvió al oír el silbido del acero. Ahora Eduardo se encontraba de pie junto al trono y había extraído su enorme espada de la vaina que colgaba del respaldo del asiento.

—¿Vuestra Majestad quiere matarme?

Eduardo se limitó a mirarle con rabia y entonces Corbett comprendió que el rey estaba a punto de sufrir uno de sus espectaculares arrebatos de furia. Todos los signos precursores estaban presentes: palidez facial, tendencia a morderse los labios, gesto amenazador con la espada, nerviosos puntapiés contra los juncos del suelo. «Es como un niño —pensó Corbett—, un chiquillo malcriado que no logra salirse con la suya». El escribano se volvió hacia la puerta. La copa que el rey le arrojó pasó casi rozando su cabeza y se estrelló contra la puerta antes de que Corbett la alcanzara. El escribano estaba a punto de levantar la aldaba cuando sintió el cosquilleo de una daga en la parte lateral del cuello. De Warenne se había situado a su espalda; Corbett sabía que, a una palabra del rey, el conde lo mataría. Acarició el puño de la daga que llevaba sujeta en el cinto.

—¿Y ahora qué, mi señor conde? —murmuró volviendo la cabeza para mirar al rey, el cual se había dejado caer en su trono, libre ya de todo signo de cólera.

—Volved, Hugo —musitó el rey, mirándole con ojos suplicantes—. ¡Volved, por el amor de Dios! —Eduardo arrojó la espada al suelo. El escribano se volvió y se acercó a él; era lo bastante listo como para comprender cuándo estaba a punto de superar los límites de la paciencia real—. ¡Envaina la daga, De Warenne! ¡Santo cielo, somos amigos, no tres viajeros borrachos en una taberna! ¡Os ruego que os sentéis, Corbett!

El rey miró a su escribano mayor. Corbett vio las lágrimas que pugnaban por asomar a los ojos de Eduardo y se estremeció. Podía soportar los ataques de furia del soberano, pero sabía que, cuando Eduardo se ponía sentimental, la situación no solo era patética sino también altamente peligrosa. El escribano había estado presente durante una reunión entre el rey y su hija mayor, la cual se había casado en secreto

con alguien a quien el soberano consideraba por debajo de su rango. Al principio, Eduardo echó mano de la furia y de las lágrimas, pero, al ver que ninguna de las dos cosas le daba resultado, había golpeado a su hija, arrojado sus joyas al fuego y desterrado a la desventurada princesa y a su esposo a la más desolada mansión de Inglaterra. Corbett había oído hablar de ciertas ciudades escocesas que tuvieron la audacia de resistir los asedios del rey y después fueron tomadas por asalto sin que se respetara ni a las mujeres ni a los niños.

El rey chasqueó los dedos y De Warrenne, con la daga ya envainada, sirvió vino para todos. A continuación, el viejo conde se sentó y empezó a tomar ruidosos sorbos de su copa, mirando de vez en cuando a Corbett con mal disimulado enojo, como si deseara cortarle la cabeza sin contemplaciones.

—Todo el mundo me abandona —dijo el rey con voz lastimera—. Mi amada Leonor ha muerto, Burnell ya no está... ¿os acordáis del viejo bribón, Hugo? Por los clavos de Cristo, ojalá lo tuviera ahora aquí a mi lado.

El rey se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y Corbett contempló con admiración al rey-actor interpretando uno de sus papeles preferidos... el de un anciano rey que rememora con tristeza las glorias de antaño. El escribano recordaba muy bien a Leonor, la bella esposa española de Eduardo. Mientras ella vivió, la cólera del rey jamás se había desbocado. Y recordaba también al canciller Burnell, obispo de Bath y de Wells, un viejo y astuto zorro que le amaba como a un hijo.

—Todos han desaparecido —añadió el rey en tono quejumbroso—. Mi hijo me odia, mis hijas se casan con quien ellas quieren. Ofrezco la paz y la prosperidad a los escoceses y ellos me las arrojan a la cara mientras Felipe de Francia baila a mi alrededor como si yo fuera un maldito mayo. —Eduardo se inclinó hacia adelante y asió a Corbett por la muñeca—. Pero os tengo a vos, Hugo. Mi brazo derecho, mi espada, mi escudo y mi defensa.

Corbett se mordió fuertemente el labio. No **quería** sonreír ni mirar a De Warrenne, cuyo rostro estaba ahora profundamente hundido en su copa de vino.

—Os lo suplico —dijo el rey con voz quejumbrosa—. Os necesito, Hugo. Solo por esta vez. Os ruego que vayáis a Londres y aclaréis este embrollo. Veréis a vuestra esposa y a vuestra hija. —El rey le comprimió la muñeca—. La habéis bautizado con el nombre de Leonor. No lo olvidaré. Iréis, ¿verdad? —preguntó el soberano, apretando todavía con más fuerza la muñeca de su escribano.

—Sí, Majestad, iré. Pero cuando todo termine y el juego toque a su fin, ¿cumpliréis vuestra palabra?

El rey sonrió valerosamente, pero Corbett vio un destello burlón en sus ojos.

—No soy una pieza de ajedrez, Majestad —musitó el escribano, mirando de soslayo a De Warrenne. ¿Se estaba el conde burlando de él?—. ¡De Warrenne! —le gritó.

El conde levantó la vista.

—¡La próxima vez que desenvainéis la daga contra mí, os mataré!

Dicho lo cual, Corbett se levantó y se encaminó hacia la puerta.

—Volved, Hugo. —Ahora el rey se había levantado a su vez y sostenía la espada con ambas manos—. No sois una pieza de ajedrez, Corbett, pero yo os convertí en lo que sois. Vos conocéis mis secretos. Os he dado riquezas y una mansión en Leighton. Y ahora os voy a dar algo más. ¡De rodillas!

Sorprendido, Corbett hincó una rodilla en tierra mientras el rey, con la mayor rapidez que pudo, lo tocaba una vez en la cabeza y otra en cada uno de los hombros, dándole después una ligera palmada en el rostro.

—Os nombro caballero.

La proclamación fue muy breve y sencilla. Turbado, Corbett se sacudió el polvo de la ropa. Eduardo volvió a envainar la espada.

—Dentro de un mes, la Cancillería os enviará vuestra carta de ennoblecimiento. Bien, Corbett, ¿qué decís?

—¡Os lo agradezco, Majestad!

—¡Tonterías! —replicó Eduardo—. Si De Warenne os vuelve a amenazar y vos lo matáis, os tendré que ejecutar. Pero ahora que sois un caballero con título y espuelas, será un combate entre iguales. —El rey tomó la mano de Corbett—. Será mejor que os retiréis, mis escribanos redactarán las cartas necesarias, concediéndos mi permiso para intervenir en estos asuntos.

Corbett se retiró a la mayor rapidez que pudo, alegrándose en su fuero interno del honor que se le había dispensado, pero maldiciendo también al rey por haberse salido con la suya.

—Juan —musitó Eduardo—, te quiero como a un hermano, pero si alguna vez vuelves a desenvainar la daga contra Corbett, ¡por mi corona que yo mismo te mato!

Corbett regresó a su cámara y empezó a recoger con aire ausente sus efectos personales, arrojándolos al interior de las alforjas. Maeve se pondría furiosa, pensó. Su bello y sereno rostro se contraería en una mueca de cólera, entornaría los ojos y, cuando le salieran las palabras, empezaría a soltar maldiciones contra el rey, contra su corte y contra las obligaciones de su marido. Pero no tardaría en calmarse. Se enorgullecería de que su esposo hubiera sido nombrado caballero y haría una pausa antes de volver a despotricar contra su regio señor. Y estaba también Leonor: a los tres meses de su nacimiento, ya mostraba los signos de una belleza semejante a la de su madre. Era una niña sana y estaba muy bien proporcionada. A Corbett le habían echado cariñosamente en cara que quisiera un varón, pero, en realidad, le daba igual con tal de que Maeve y la niña estuvieran sanas. Se sentó en el borde de la cama escuchando con aire distraído los ruidos del interior de las murallas. ¡La niña tenía que estar sana! Pensó en su primera esposa María y en su hijita, muertas muchos años atrás. A veces recordaba sus rostros con toda claridad y otras los perdía en medio de una densa niebla.

—No puede volver a ocurrir —dijo en un susurro, golpeando el suelo con las botas—. ¡No puede volver a ocurrir!

Tomó la flauta que descansaba sobre la cama y tocó suavemente unas cuantas notas. Cerró los ojos y, en un abrir y cerrar de ojos, regresó al pasado. María se encontraba a su lado y la chiquilla que tan prematuramente le arrebatara la peste estaba dando unos vacilantes pasos delante de ella. Evocó otras imágenes, la perspicaz y astuta mirada de Robert Burnell; el bello y apasionado rostro de Alicia de Bowe. Vio otros rostros, muchos de ellos pertenecientes a personas muertas o atrapadas en sus terribles traiciones o sus sutiles asesinatos. Pensó en el irascible temperamento del rey y en sus peligrosos cambios de humor, y se preguntó cuánto tiempo permanecería al servicio del soberano.

—Tengo oro suficiente —murmuró—. Y la mansión de Essex. —Sacudió la cabeza—. El rey no permitirá que me vaya, pero ¿cuánto tiempo durará el rey? —Corbett bajó los ojos al suelo y acarició la flauta con ambas manos disfrutando de la suave textura de la madera pulida—. El solo hecho de pensar en la muerte de un rey es un delito de traición —añadió en voz baja.

Pero el rey superaba ya con creces los sesenta años y, ¿qué ocurriría cuando muriera? El rubio príncipe de Gales era harina de otro costal, con su afición a la caza, los apuestos jóvenes y los placeres de la cama y de la mesa.

«Cuando muera el anciano rey —se preguntó Corbett—, ¿qué hará su sucesor? ¿Me va a necesitar o me buscará un sustituto? ¿Qué dirá Maeve?». La imagen de su mujer le hizo recordar las palabras del rey acerca de De Craon.

—Me pregunto qué querrá ese pelirrojo y taimado malnacido —musitó.

Se levantó y se acercó a una mesa cubierta de pergaminos. Dos cosas atrajeron especialmente su mirada. Primero, un sucio trozo de pergamino con una mezcla de números y extraños signos, la clave que su espía había utilizado en París. A su lado, cuidadosamente escrita en tinta verde azulada, estaba la traducción de la clave llevada a cabo por uno de los escribanos del Sello Secreto. Corbett la tomó, la leyó rápidamente y soltó una maldición. Quería comentárselo al rey. El espía, oficialmente un mercader inglés que había ido a comprar vinos en el mercado de París, había visto al fugitivo y proscrito inglés Ricardo Puddlicott en compañía del Guardián de los Secretos de Felipe IV Guillermo Nogaret en una taberna situada a un tiro de piedra de la entrada principal del palacio del Louvre. Puddlicott era un hombre buscado por la ley, un ladrón y un asesino de un emisario real, pero, por encima de todo, un estafador. Nadie podía facilitar una descripción clara de Puddlicott, pero su tramposa conducta hizo desaparecer los beneficios de más de un mercader. Había sido escribano en Cambridge en otros tiempos, pero ahora utilizaba su extraordinario ingenio y su inteligencia para despojar a la gente de las riquezas que tanto esfuerzo les costara acumular y aparecía constantemente en Francia e Inglaterra con sus infames intrigas. Ningún representante de la ley había conseguido atraparlo y detenerlo. El espía de París de Corbett envió la descripción de un hombre rubio de

rubicundas mejillas que renqueaba ligeramente al andar. Pero el senescal del rey en Burdeos lo describía como un hombre moreno de pálida tez y bien proporcionadas extremidades.

Corbett volvió a leer la carta. Lo único que había averiguado el espía era que el Guardián de los Secretos había estado hablando con Puddlicott, pero no sabía sobre qué. Solo podía decir que Nogaret parecía muy contento e interesado.

—¡Eso se lo hubiera tenido que decir al rey! —repitió y, acercándose a la puerta con los documentos fuertemente apretados en su puño, llamó a gritos a un escribano para que se los llevara inmediatamente al soberano.

Después contempló la desordenada estancia. Aún no se había librado de la inquietud que le causara su reciente reunión con el rey. Sería mejor salir enseguida, pensó.

—Cuanto antes me vaya, tanto antes terminaré —murmuró—. ¿Dónde estará mi honrado Ranulfo?

Ranulfo, el honrado criado de Corbett, estaba sentado en un rincón de la gran sala con unos guardias del séquito real a los que pretendía convencer de que jugaran una partida de dados con él. El pelirrojo y pálido criado miró solemnemente a su alrededor con sus verdes ojos de gato.

—No juego muy bien a los dados —murmuró.

Los soldados le miraron con una sonrisa, pensando que acababan de atrapar a un primo.

Ranulfo hizo sonar su bolsa.

—Tengo un poco de plata —añadió— y mi compañero también.

Se volvió hacia el mozo de cuadra de Corbett, el rubio y mofletudo Maltote, sentado a su lado con cara de ingenuo chico del campo. Maltote miró a los soldados con expresión bobalicona y Ranulfo sonrió mientras los atraía a la trampa. Se echó el dado y Ranulfo perdió. Después, entre exclamaciones de «¡Es la suerte del principiante!», empezó a ganar. Estaba totalmente inmerso en el juego cuando los soldados levantaron la vista atemorizados y él sintió en el hombro el puño de hierro de su amo.

—Ranulfo, amigo mío —dijo Corbett en un suave susurro—. Tengo que decirte una palabrita al oído.

Ranulfo le miró con enojo.

—Amo mío, estoy jugando una partida.

—Y yo también, Ranulfo —replicó Corbett—. Una palabra lejos de tus amigos.

Ranulfo se levantó y Corbett se apartó con él sin soltarle el hombro.

—¿Qué ocurre, amo mío? —preguntó Ranulfo, gesticulando de dolor mientras los dedos de Corbett se hundían en su hombro.

—En primer lugar, Ranulfo, te dije que no usaras esos dados contra los soldados del rey. Son hombres que trabajan muy duro y tú no estás aquí para birlarles todos los peniques que ganan. En segundo lugar —añadió, soltándolo—, tienes que regresar

inmediatamente a Londres.

Ranulfo se despojó de su máscara de fingida inocencia y esbozó una pícaro sonrisa de complacencia.

—Y, en tercer lugar —prosiguió Corbett—, tenemos que hacer el equipaje.

—Estaba ganando, amo mío —protestó Ranulfo en un áspero susurro.

—¡Bien lo sé, Ranulfo, y ahora mismo les vas a devolver todos los peniques! ¿Maltote?

Ranulfo se alejó tristemente y levantó los ojos al cielo en el momento en que Maltote pasaba por su lado. Corbett miró con inquietud a su joven mozo de cuadra.

—No irás armado, ¿verdad?

El mozo le miró sonriendo.

—¡Menos mal! —dijo Corbett, devolviéndole la sonrisa mientras contemplaba asombrado la inocente expresión de los ojos azul aciano del muchacho.

Jamás en su vida había conocido a un soldado como Maltote tan hábil y experto con los caballos, pero tan inútil con las armas. Si Maltote llevaba un cuchillo, o se lastimaba él mismo o le hacía daño a cualquiera que tuviera al lado. De haber tenido un arco, hubiera tropezado y dejado tuerto a cualquier pobre desgraciado que anduviera por allí y, armado con una espada o una lanza, hubiera sido tan peligroso como un enemigo.

—¡Maltote, Maltote! —le dijo Corbett en voz baja—. Antes eras un ingenuo soldado y un excelente jinete, pero ahora has conocido a Ranulfo. —Corbett hizo una mueca al ver la admiración que expresaban los ojos de su sirviente—. Sí, sí, ya lo sé —añadió—. Lo que no sepa Ranulfo de mujeres, de dados y de vino no merece la pena. Pero nos vamos a Londres. Tenemos que salir de inmediato. Toma dos caballos de las caballerizas reales, cabalga lo más rápido que puedas y dile a *lady* Maeve que Ranulfo y yo te seguimos. Dile —el escribano mayor del rey se humedeció los labios con la lengua— que no vamos a Gales sino que nos quedaremos un poco más en Londres.

El joven mensajero asintió enérgicamente con la cabeza y se retiró a toda prisa, deteniéndose tan solo un instante para contemplar cómo un afligido Ranulfo devolvía las ilícitas ganancias de su tramposa partida de dados. Corbett le vio alejarse, cerró los ojos y confió en que Dios y Maltote le perdonaran su cobardía, pues el pobre mensajero sería quien primero sufriera las consecuencias de la cólera de *lady* Maeve.

Capítulo 2

La figura esperaba en la sombra. No se podía ver nada bajo la débil luz de la angosta ventana, como no fuera el centelleo del estilete de latón que la figura estaba clavando en una pequeña imagen de cera. La imagen se había moldeado con sumo cuidado, utilizando tan solo purísima cera de abeja sacada de las velas de los altares de las iglesias o de los candelabros de plata de las mansiones de los ricos. En su calidad de objeto de odio, la imagen se realizó con mucho amor. Medía solo quince centímetros de altura y su creador había hecho gala de la habilidad de un tallista para labrar el ovalado rostro, los largos brazos y piernas y el firme busto. En la cabeza le había prendido un trozo de lana teñida de anaranjado y alrededor de la cintura le había anudado un trozo de crespón rojo que hacía las veces de falda. La figura extrajo el estilete y cortó cuidadosamente la garganta de la imagen.

En su pequeño cuarto, situado encima de la pañería del callejón del Gallo, Inés Redheard estaba muerta de miedo. No se atrevía a salir. Llevaba vanos días sin comprar comida y, debido a la falta de clientes, su pequeño montón de peniques se había reducido considerablemente. Estaba hambrienta y sedienta y se sentía tan sola que hubiera ofrecido su cuerpo de balde a cambio de que alguien le hablara o la escuchara. La joven se vistió a toda prisa, convencida de que su salvación estaba muy cerca. Se cubrió el voluptuoso cuerpo con un vestido de color rojo, se ajustó las correas de cuero de los chanclos de lana y se peinó el desgreñado cabello pelirrojo con un peine de acero que había conocido mejores tiempos. Después miró a su alrededor en la pequeña buhardilla.

—Dios mío —musitó—, ojalá pudiera irme de aquí.

El cuarto se había convertido en una prisión desde la noche en que, viéndose abandonada por un cliente, recorriera las oscuras callejuelas, confiando en que su amiga Isabeau le permitiera dormir en el suelo. Maldijo por lo bajo al panadero que, en lugar de acompañarla a su casa, se había aprovechado de ella en un oscuro rincón de una calleja, le había pagado solo la mitad de lo convenido y la había despedido con una sarta de maldiciones, amenazando con llamar a la guardia.

Al llegar a la Judería Vieja, Inés se detuvo justo en el momento en que una figura encapuchada salía de la casa de Isabeau. Le pareció un poco raro, pero, al ver el rostro de la figura en la penumbra de la puerta, esbozó una sonrisa y subió apresuradamente la escalera, deseosa de tomarle el pelo a Isabeau. Se encontraba a medio camino cuando la sangre que brotaba de la cortada garganta de su amiga la hizo resbalar en la escalera. Se puso a gritar como una loca hasta despertar a toda la calle. Pero mantuvo la boca cerrada. Había visto el rostro, pero no podía creer que alguien tan virtuoso hubiera podido cometer un acto tan obsceno. Por consiguiente, compró una pluma y un trozo de pergamino y envió un mensaje urgente a

Westminster. Ahora su benefactor le había contestado, diciéndole que acudiera a la pequeña capilla cercana al convento de los franciscanos. Inés tomó su raída capa y bajó a la calle. Fuera, el pilluelo de mugriento rostro a quien ella pagaba un penique para que vigilara la puerta de su casa la miró sonriendo y la saludó con la mano.

—¡Hoy no ha pasado ningún desconocido por aquí, señora!

Inés le devolvió la sonrisa y el chico se extrañó de que la prostituta no se hubiera pintado la cara. No acertaba a comprender que permaneciera encerrada en su cuarto y le pagara dinero para que la avisara de la presencia de desconocidos en las inmediaciones de la casa. El chico la vio alejarse y después carraspeó y soltó un escupitajo. Ocurriera lo que ocurriera, confiaba en que Inés Redheard no descubriera que él no había entregado su mensaje en Westminster. En su lugar, arrojó el pergamino a un albañal y se gastó el penique que ella le diera en un cesto de ciruelas azucaradas.

Entre tanto, Inés recorría las calles pasando por delante de mendigos ciegos que imploraban caridad y un cojo que, con los muñones de las piernas atados a unas tablillas, proclamaba a gritos que había visto al demonio en Smithfield... pero nadie le hacía caso. Los tenderetes permanecían abiertos bajo los salientes pisos superiores de las grandes casas y los aprendices envueltos en sus mandiles de cuero anunciaban las excelencias del cordero caliente, la carne de vaca sazónada con especias y el pan recién hecho. Inés aspiró los deliciosos aromas que se escapaban de las casas de comidas y notó que el estómago se le encogía de hambre. En determinado momento, se sintió tan aturdida que tuvo que apoyarse contra un portal mientras una vieja se levantaba las faldas en una esquina y se agachaba para mear. Al ver que Inés la miraba, la mujer soltó una carcajada que dejó al descubierto sus enrojecidas encías y sus amarillos y putrefactos dientes. Inés apartó inmediatamente la vista, apretó los puños y apuró el paso.

Siguió la línea de la zanja de la ciudad, llena de despojos de animales, basura y montones de gatos y perros muertos que se descomponían bajo el ardiente sol estival. Giró a la derecha, bajó por la calle Aldersgate hasta llegar al callejón de San Martín y se adentró por varias callejuelas que la conducirían al convento de los franciscanos. Se detuvo al llegar a un cruce, donde el vigilante del barrio había amontonado sobre una banqueta los bienes robados por un ladrón que en aquellos momentos era conducido al patíbulo de Tyburn. Varias personas reclamaban a gritos los mismos objetos, lo cual dio lugar a un violento altercado que bloqueó las salidas de la calle. Inés no tuvo el valor de abrirse paso a empujones. Un vendedor ambulante se detuvo a su lado con un carrito de mano lleno de pan, trozos de queso y anguilas asadas. Inés alargó la mano; necesitaba comer, tenía que masticar algo. De repente, un pilluelo arrojó al carrito un hinchado sapo muerto. El vendedor tomó el sapo y se lo tiró a la cara entre insultos. Inés aprovechó la ocasión, tomó una dura y pequeña hogaza de pan de centeno y un trozo de queso y, al ver una brecha entre la gente, se alejó de aquel lugar y bajó por una maloliente callejuela. Giró a la izquierda y vio la pequeña

iglesia. De no haber tenido la boca llena de pan con queso, se hubiera puesto a gritar de alegría. Ya había llegado a su destino y estaba a salvo. Subió unos ruinosos peldaños y entró en el oscuro pórtico. El mensaje que alguien había deslizado por debajo de la puerta de su buhardilla estaba muy claro: tendría que acudir a la iglesia antes del toque del ángelus y esperar hasta que apareciera su benefactor.

Se agachó al pie de una columna y se metió en la boca el resto del pan con queso, masticando lentamente el último bocado para disfrutar mejor de las sensaciones que la comida le producía en la boca y el estómago. Se sentía más fuerte, pero muy cansada. Se le estaban cerrando los ojos cuando oyó el murmullo de una voz.

—¡Inés! ¡Inés!

La muchacha se levantó y trató de distinguir algo en medio de la penumbra.

—¿Dónde estáis? —preguntó.

No obtuvo respuesta. Muerta de miedo, retrocedió hacia la columna. Le pareció que allí estaría más segura.

—¡Por favor! —imploró—. ¿Qué es lo que ocurre?

Rodeó la columna, inclinó la cabeza hacia un lado y dejó el cuello al descubierto. Demasiado vulnerable. El asesino, que se encontraba detrás de la columna, mató a Inés Redheard con una afilada navaja. Inés, con los ojos enormemente abiertos a causa del terror, se desplomó sobre el duro suelo de baldosas de piedra mientras el asesino aplastaba la imagen de cera en su puño hasta convertirla en una pelota y se la escondía en la holgada manga.

—Adiós, Inés —musitó la voz—. Puede que tú me vieras, pero ¿acaso no sabías que yo también te vi a ti?

Corbett y Ranulfo abandonaron Winchester a la mañana siguiente de la partida de Maltote. El propio rey bajó al palenque para despedirlos y permaneció un buen rato charlando con su escribano acerca de asuntos intrascendentes. Sujetando la brida de la montura, el monarca se inclinó hacia adelante y miró fijamente a Corbett.

—Tened cuidado, Hugo. Hay que acabar con estos asesinatos.

—Haré todo lo que pueda, Majestad.

—El asunto de Puddlicott... —murmuró el rey.

—Es un bribón, cualquier día terminará en la horca.

—No es tan fácil. —El rey dio unas palmadas al cuello del caballo—. Si cuenta con la amistad de maese Nogaret, Puddlicott pronto desempeñará un importante papel en nuestros asuntos, pero lo que sea sonará —añadió Eduardo soltando la brida y apartándose con una leve sonrisa en los labios—. Dadles recuerdos de mi parte a *lady* Maeve y a la pequeña Leonor. ¡Mantenedme informado! Permaneceré algún tiempo en Winchester y después me iré al norte, a Hereford.

Corbett inclinó la cabeza, dio una palmada al caballo y, seguido de Ranulfo con la acémila, bajó por el angosto camino empedrado y abandonó el castillo en dirección a

la ciudad. En cuestión de una hora, justo cuando las campanas de Winchester tocaban a prima, cruzaron las puertas de la ciudad y siguieron los tortuosos senderos del este que conducían a la vieja calzada romana. El cielo estaba despejado y, mientras el sol proseguía su ascenso, Corbett hizo que su montura caminara al paso, disfrutando de los cálidos y dulces aromas de la campiña. Los campesinos estaban cuidando sus franjas de tierra y las vacas y las ovejas pastaban en los prados, moviéndose muy despacio a través de la crecida hierba punteada de primulas, pervincas y otras flores silvestres. Los setos aún estaban cubiertos de rocío y Corbett oyó las voces de los cucos, las palomas torcaces y los zorzales en la aterciopelada oscuridad de los árboles. Una raposa con un joven conejo entre las mandíbulas cruzó repentinamente el camino y fue objeto de las maldiciones de un sobresaltado Ranulfo.

Hicieron una pausa para desayunar con vino aguado y pan blanco que Ranulfo había pedido en las cocinas del palacio. El criado de Corbett estaba de mal humor. Aborrecía el campo. De haber podido, hubiera cabalgado con los ojos vendados hasta cruzar la Cripplegate y, una vez allí, se habría perdido en medio del bullicio, el colorido y el hedor de las calles de Londres. En cambio, Corbett estaba contento. Le sobraban razones: se había librado del rey, regresaba a Londres y, en caso de que Maltote hubiera cumplido debidamente su misión, la furia de Maeve ya se habría aplacado. No obstante, mientras montaban de nuevo en sus cabalgaduras y reanudaban el viaje, decidió darle una explicación a su enfurecido criado. Ranulfo se olvidó de la campiña, escuchó con asombro a Corbett y, cuando este hubo terminado, soltó un silbido a través de sus separados dientes.

—¡Por los cuernos de Satanás! —dijo en un susurro, imitando la voz del rey—. Alguien está matando a las prostitutas de Londres. Han asesinado a un cura. ¡Y ese malnacido francés anda por ahí tramando maldades como una rata!

Ranulfo sacudió la cabeza.

—Y no te olvides de Puddlicott.

Ranulfo de Newgate hizo una mueca.

—¿Quién podría olvidarse de Puddlicott? —replicó.

—¿Qué quieres decir, Ranulfo?

—Bueno —el criado se encogió de hombros—, antes de entrar a vuestro servicio, amo mío...

—¿Quieres decir cuando vagabas de noche por las calles y eras un ladrón?

—¡Yo no era un ladrón!

—Por supuesto que no, Ranulfo, pero digamos más bien cuando tenías ciertas dificultades para distinguir entre lo que era tuyo y lo que no lo era.

Ranulfo miró enfurecido a su amo. Su pasado era un tema que raras veces comentaban, pues, de no haber sido por Corbett, Ranulfo hubiera sido ahorcado en Newgate y su cadáver estrangulado habría sido arrojado a las caleras de las inmediaciones de la Cartuja.

Corbett le guiñó el ojo a su criado.

—Perdón, Ranulfo, ¿qué estabas diciendo?

—Bueno pues, en los burdeles de Southwark y en las cuevas de ladrones que rodeaban el convento de los franciscanos, Puddlicott era una leyenda. Entraba en cualquier casa y vaciaba todo tipo de cofres. Decían que era capaz de afeitar a un hombre sin despertarlo.

—¿Sabe alguien qué aspecto tenía?

Ranulfo contempló un halcón que estaba sobrevolando lentamente un campo.

—No. Algunos decían que era gordo y bajito, otros lo describían como alto y delgado. Un hombre dijo que era pelirrojo y otro que moreno. Habla con fluidez el latín y puede convencerlos de que lo negro es blanco y de que vos sois un bribón y yo soy un hombre honrado. ¡Sin embargo, no puede ser el culpable de los asesinatos de las prostitutas!

—¿Qué quieres decir?

—Cuando yo era chico, en Londres ocurrió algo muy parecido. Había un hombre (mi madre sabía cómo se llamaba, pero yo ahora no lo recuerdo) que odiaba a las mujeres y solía comprar sus servicios, pero solo conseguía que se le levantara la polla cuando les pegaba. Bueno pues, las cosas fueron yendo de mal en peor. Al final, solo disfrutaba mirándolas mientras las estrangulaba.

—Un chiflado —observó Corbett.

—Más loco que un cencerro. Recorría las calles de Southwark vestido con una túnica roja. Mató a muchas mujeres antes de que su propia familia lo atrapara.

—¿Qué fue de él?

—Mi madre estuvo presente cuando lo hirvieron vivo al pie del patíbulo cerca de la posada del Obispo de Ely. Me dijo que se pasó varias horas gritando. Nuestro asesino es un hombre de esta clase, no Puddlicott.

Corbett se estremeció y apartó la mirada. Una cosa era De Craon y otra muy distinta aquel lunático. Pensó en Maeve y su inquietud se intensificó. En cuanto se iniciara la búsqueda, ¿estaría segura? ¿Y por qué razón ahora al chiflado le había dado por matar a las damas respetables?, se preguntó. ¿Y puede que incluso al capellán?

Siguieron adelante en silencio y solo se detuvieron al mediodía en una cervecería. Más tarde, echando mano de sus autorizaciones reales, consiguieron camas limpias y buena comida en un pequeño monasterio de las afueras de Andover, en los linderos del gran bosque.

Llegaron a Londres a última hora de la mañana siguiente, tomando el camino de la Cruz Roja que conducía a Cripplegate para bajar después por las calles de la ciudad. Ranulfo se tranquilizó enseguida y se llenó de entusiasmo al ver a los cocineros de las casas de empanadas calientes, ofreciendo a los viandantes pan, cerveza, vino y chuletas de buey. En la esquina de la calle Catte se tropezaron con un grupo de jóvenes cantores de una iglesia del barrio que entonaban un villancico. Entre estrofa y estrofa, un atezado viajero hablaba de la iglesia de Belén y de una

columna contra la cual se había apoyado la Virgen María.

—La columna —explicó el viajero— está mojada desde que ella la usó para apoyarse, pues, cada vez que la secan, vuelve a sudar.

En la esquina de West Cheap Corbett se detuvo para escuchar a un exaltado predicador.

—¡Ay de esta ciudad! —tronó el hombre, mirando a su alrededor con unos ojos que parecían brasas—. ¡Ay de las ramera que han muerto! ¡Ellas han atraído este juicio sobre sí mismas! —Con febril expresión alucinada, el predicador miró enfurecido a Corbett y Ranulfo—. ¡Satanás busca a los suyos! —gritó—. Primero les ofrece golosinas exquisitas como si fueran sus preferidos pero después se revuelve contra ellos y los desgarras como un furioso lebre, engulléndolos en sus repugnantes y negras fauces cual si fueran sabrosos bocados.

Corbett estudió el esquelético rostro del predicador. ¿Y si un loco del mismo estilo fuera el culpable de los asesinatos de las prostitutas de rojas pelucas como las que ahora veía mezcladas entre la multitud que tenía delante?

—¿Lo detenemos, amo mío? —preguntó Ranulfo en tono burlón.

El escribano miró al fanático. Era tan ágil y flexible como un gato y, mientras gritaba, los ojos se le salían de las órbitas como si fuera un demonio. Tenía las mejillas y las mandíbulas tan hundidas como las de los presos que solo comían pan y agua de acequia. De repente, el predicador interrumpió su letanía de denuncias, saltó al suelo desde la tarima donde estaba subido e inició una extraña y extravagante danza.

Corbett miró a Ranulfo sacudiendo la cabeza.

—Dudo mucho que este pobre hombre pueda caminar sin dar traspies —comentó—. Y mucho menos forcejear con una fornida moza y blandir un afilado cuchillo.

Al bajar por una callejuela desmontaron de sus cabalgaduras para rodear a un grupo de andrajosos chiquillos que brincaban alrededor del cuerpo de un perro canelo callejero atropellado por un carro que le había reventado el vientre y provocado la salida de las azuladas entrañas. En la esquina los guardias habían detenido a un hombre por sacar ilegalmente agua del Gran Conducto. Ahora lo estaban obligando a sostener sobre la cabeza un cubo de agua agujereado que con perversa saña se complacían en volver a llenar una y otra vez.

Corbett miró con una sonrisa a su criado.

—Es bueno estar de regreso en Londres —comentó con amargura.

Ranulfo asintió enérgicamente con la cabeza, contemplando el colorido que lo rodeaba: capuchas, mantos y túnicas de todas las tonalidades habidas y por haber: el mostaza y el morado de los funcionarios municipales, las doradas sedas de las damas de alta cuna y las capas de lana de los mercaderes, bien echadas hacia atrás para que todo el mundo viera las pesadas bolsas y los anchos cinturones adornados con piedras preciosas. Pasó un grupo de templarios a caballo con una gran cruz bordada en la espalda de sus capas. Una suave brisa hacía ondear los pendones y estandartes que

portaban. Corbett y Ranulfo prosiguieron su camino por Cheapside, abriéndose paso entre un grupo de jóvenes aristócratas que admiraban unos espléndidos y musculosos perros de caza en venta.

Al final llegaron a la calle del Pan. Dejaron sus caballos en la taberna del Manto Rojo y cruzaron la calle pasando cuidadosamente por encima del albañal que discurría por su centro para dirigirse a la casa que Corbett tenía en la ciudad. Ranulfo, sosteniendo sobre sus hombros las pesadas alforjas, hubiera deseado que su amo entrara inmediatamente, pero Corbett se detuvo para admirar la reluciente puerta recién pintada, observando que el artesano había colocado también varias hileras de tachones de acero para reforzarla. Además, observó Corbett sonriendo, Maeve había contratado a unos pintores para que cambiaran la decoración exterior del edificio de tres pisos y, siempre deseosa de llevar la contraria, había ordenado que, en lugar de pintar el yeso de blanco y el entramado de madera de negro según la costumbre, el yeso se pintara de negro y el entramado de madera de blanco, y mandó colocar por encima de la puerta el escudo de armas de los Llewellyn al lado del Dragón Rojo Rampante de Gales.

Bajaron por el pasadizo que discurría paralelo a una de las paredes laterales de la casa y entraron por la puerta de atrás. Dos viejos criados les dieron la bienvenida, el galés Griffin y su mujer Ana. Esta última había servido a Maeve en Gales y después siguió fielmente a su ama a la «tierra de los extranjeros», cuando Maeve se trasladó a Londres después de su boda con Corbett. Para Griffin y su mujer, Inglaterra era algo tan extraño como un país de Ultramar y los habitantes de Londres, demonios encarnados. Pero a Corbett le tenían simpatía y ahora lo saludaban efusivamente en galés. Corbett los miró sonriendo y los besó en la mejilla, indicándoles por señas que no deseaba que anunciaran su llegada a Maeve. Se volvió para hablar con Ranulfo, pero su criado ya había dejado las alforjas en el suelo y había desaparecido. Ranulfo le tenía mucho miedo a Maeve, una hermosa mujer con un ingenio capaz de competir con el suyo y una lengua tan afilada como una navaja. Griffin miró de soslayo a Corbett y le señaló las alforjas.

—Sí —dijo el escribano—, te agradecería que las entraras. Ranulfo volverá. Seguramente se ha ido a ver a su hijito.

El anciano sacudió la cabeza e hizo una mueca como si no comprendiera de qué hablaba su amo, aunque el escribano sabía muy bien que no era así. Estaba seguro de que Griffin lo entendía perfectamente, por más que el anciano se empeñara en seguir hablando en galés y disfrutara en su fuero interno de las confusiones que con ello provocaba. De repente, Ana, la anciana nodriza de Maeve, le asió la mano, se puso muy seria y empezó a soltar palabras, de las cuales Corbett solo entendió «Llewellyn». El escribano sacudió la cabeza, estrechó cariñosamente las manos de sus criados y subió de puntillas a la solana del piso superior.

Al llegar arriba, miró a través de la puerta entornada y vio a Maeve al fondo de la estancia. Llevaba un vestido de color rojizo de cuello cerrado, ceñido con un cinturón

azul, y se cubría el rubio cabello con un velo blanco ajustado mediante unos prendedores.

Estaba sentada en una banqueta a la vera del fuego. El escribano reprimió un gruñido de desagrado al ver a su mujer apuñalando furiosamente un bordado con una aguja... señal inequívoca de que *lady* Maeve no estaba de muy buen humor. No le gustaba coser y aborrecía los bordados, pero solía desahogar su furia en el primer trozo de tela que tuviera a mano. No obstante, Corbett la oyó cantar suavemente para sus adentros una extraña nana galesa mientras con la punta de su escajón mecía la cunita que tenía al lado.

Plenamente consciente de la tormenta que se avecinaba, el escribano admiró aquella serena escena doméstica. Contempló con asombro cómo Maeve había convertido la solana en una lujosa cámara ricamente amueblada. Los carpinteros habían revestido las paredes con arimaderos de madera y los ladrillos de la parte superior habían sido cubiertos con una gruesa capa de pintura blanca. Tapices de brillantes colores y escudos de armas de las familias de Corbett y de Maeve guarnecían las paredes. El suelo lucía mullidas alfombras de lana roja en lugar de los acostumbrados juncos y las ventanas se habían cubierto con vidrieras, algunas de ellas de colores. Los albañiles adornaron el viejo hogar con una chimenea bellamente labrada, la cual descansaba sobre dos columnas esculpidas con dragones, escorpiones y dragones alados. Corbett se apoyó en la puerta y aspiró la fragancia de los manojos de hierbas aromáticas que Maeve debía de haber arrojado al fuego de la chimenea. De repente, su mujer levantó la cabeza como si hubiera intuido que la estaban observando.

—Pero ¿qué es eso, mujer? —dijo Corbett, empujando la puerta hacia adentro—. ¡Vuelvo a casa y me encuentro a mi esposa sentada entre las cenizas!

Maeve lanzó un grito, arrojó el bordado al suelo y cruzó corriendo la estancia con el blanco velo flotando a su alrededor cual si fuera un estandarte.

—¡Hugo! ¡Hugo! —exclamó, arrojándole los brazos al cuello. Después le sostuvo el rostro con ambas manos y lo besó apasionadamente en la boca—. Hubieras tenido que hacerte anunciar —añadió, apartándose—. ¡Un recién nombrado caballero tiene que cumplir las normas de cortesía!

—¿O sea que ya te has enterado de la noticia?

—Pues claro. Me lo dijo Maltote.

Corbett tragó saliva.

—¿Y qué dices de la otra noticia?

Maeve esbozó una triste sonrisa. Corbett tomó sus manos y la atrajo de nuevo hacia sí. Le extrañó que no pareciera enojada. La tersa y suave piel de su rostro no estaba tensa y no se veía el menor frunce ni en su entrecejo ni alrededor de los labios... todo lo cual significaba que su mujer no estaba furiosa. Los labios que acababa de besar eran tan suaves como el terciopelo y los ojos lo miraban con expresión burlona.

—¿No estás enfadada, Maeve?

—¿Por qué iba a estarlo? Mi esposo ha vuelto a casa.

—¿Y la noticia?

—Mi señor —contestó Maeve con fingido asombro—, habéis sido nombrado caballero.

—Señora mía —dijo Corbett—, no iremos a Gales. ¡No veréis a vuestro tío!

Maeve le rodeó la cintura con sus brazos.

—Muy cierto —dijo en tono burlón—. No iremos a Gales. —Su rostro volvió a ensombrecerse—. Pero veré a mi tío.

—¿Qué quieres decir?

—Va a venir aquí. Ya le he enviado a Maltote con la invitación.

Corbett se contuvo, pero hubiera deseado ponerse a gritar. No se le había ocurrido pensar en aquella posibilidad: la de que lord Morgan de Llewellyn entrara en su casa como un viento huracanado de las montañas de Gales. «Dios mío —pensó—, vendrá aquí, se pondrá a comer y a beber como una fiera. Sus criados se emborracharán en las tabernas de Londres, serán detenidos por la ronda y los arrojarán a la cárcel cuando intenten desmandarse. Tendremos que aguantar noches de cantos y algazara en las que lord Morgan entonará fieras canciones y después romperá en sollozos recordando las pasadas glorias de Gales. Pero, a la mañana siguiente, lord Morgan se despertará más fresco que una rosa y empezará a criticar la política de Eduardo en el País de Gales. Desafiará a Ranulfo a los dados y la casa se llenará de gritos y maldiciones cuando ambos hagan todo lo posible por engañarse el uno al otro». Corbett se dejó caer en una banqueta.

—¿Qué lord Morgan va a venir aquí? —preguntó con un hilillo de voz.

Maeve se agachó a su lado y tomó sus manos entre las suyas.

—Vamos, Hugo, no protestes. ¡Ya sé que es muy bruto, pero se está haciendo viejo!

—¡Tu tío —replicó Corbett con aspereza— jamás se hará viejo!

—Me quiere mucho, Hugo, y, a pesar de su mal genio, te admira profundamente.

Vaya por Dios, pensó Corbett. Estaba a punto de contestar cuando vio unas lágrimas pugnando por asomar a los ojos de su mujer... era uno de sus trucos preferidos: o lo aceptas ahora, le estaba diciendo, o me verás vagando por la casa como una mártir a punto de ser quemada en la hoguera.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar?

—Dos meses.

En otras palabras, seis, pensó Corbett.

—Que venga lord Morgan —dijo, lanzando un suspiro.

Maeve le dio otro beso.

—Estaremos todos juntos —dijo en un susurro mientras los ojos le brillaban de emoción.

—Sí —dijo Corbett en tono cansado—, estaremos todos juntos.

Maeve juntó las manos.

—Le asignaremos la estancia de la parte de atrás y sus criados podrán dormir en la sala de abajo o quizá en la taberna.

Corbett se levantó y tomó sonriendo un mechón del cabello de su mujer.

—Yo estaré muy ocupado. —De repente, la asió por los hombros—. El rey me dijo que habías recibido una visita, Maeve. El francés De Craon y su acompañante De Nevers.

Maeve hizo una mueca.

—De Craon estuvo muy amable. Ya sé que es más astuto que un zorro, Hugo, pero me regaló un pañuelo de pura seda de los telares de Lyon y una cuchara de plata para Leonor.

—¡Deshazte de todo eso! —dijo Corbett.

—¡Hugo!

—De Craon es un cruel malnacido que solo desea mi mal.

—Se mostró muy amable conmigo, Hugo.

—¿Y cómo estuvo su acompañante?

—¿De Nevers? —Maeve hizo una mueca—. Era muy apuesto, más reposado que De Craon, muy amable y diplomático. Me gustó.

Corbett miró enfurecido a su mujer, pero enseguida se dio cuenta de que estaba haciendo el ridículo.

—Perdona —musitó—. Es que De Craon siempre me pone nervioso.

Maeve tomó su mano.

—Pues olvídale tal como yo lo he olvidado. Ven a ver a tu hija.

Corbett la siguió y contempló a su hijita. A los tres meses, Leonor ya era como su madre: una piel aterciopelada y unas serenas y regulares facciones. Rozó uno de sus deditos.

—¡Qué pequeños son! —murmuró.

La mano de la niña estaba muy cálida y era tan suave como un cojín de raso. Corbett la estrechó con delicadeza y Leonor se movió y sonrió sin despertarse bajo su mamita acolchada.

—¿Está bien?

—Pues claro.

Corbett apoyó la mano en la frente de la niña mientras Maeve le miraba con semblante preocupado. Su esposo, que normalmente se mostraba muy tranquilo e incluso frío, siempre temía que a su hijita le pudiera ocurrir algo malo. Maeve apartó la mirada. A pesar de sus esfuerzos, la mente de su esposo aún estaba poblada de fantasmas. El más aterrador de todos ellos y también el más sorprendente en un hombre tan distante era el de perder a sus seres queridos y quedarse solo. Maeve tomó su mano.

—Vamos —le dijo en un susurro—. Nuestra cámara ya está preparada. Tenemos vino, pan y fruta al lado de la cama. Una cama cubierta con seda roja —añadió

sonriendo—. Y, en el centro, dos tórtolas bordadas. —De repente, le miró con la cara muy sena—. Pero, a lo mejor, quieres descansar. ¿O tomar una bebida dulce? Debes de estar agotado después del largo viaje.

Corbett le devolvió la sonrisa.

—Llama a Ana —le dijo, atrayéndola hacia sí—. ¡Que se siente al lado de Leonor y yo os enseñaré, señora, lo cansado que estoy!

Capítulo 3

A la mañana siguiente Corbett se levantó temprano. Apagó la vela del candelabro de pared y abrió la ventanita con celosía que daba al jardín y al pequeño huerto de la parte de atrás de la casa. Estaba a punto de amanecer y en el cielo ya habían aparecido algunos retazos de clara luz. Se oían las campanas de San Lorenzo de la Judería, la acostumbrada señal que marcaba el momento de apertura de las puertas de la ciudad y el comienzo de las actividades de la nueva jornada. Regresó a la cama, besó en la mejilla a su esposa todavía dormida y permaneció unos instantes junto a la cuna de su hijita, contemplando cómo esta le miraba con la cara muy seria. Estaba asombrado de la placidez y serenidad de la niña. Poco antes de levantarse la había oído gorjear, chasquear los labios y tratar de conversar con la muñeca de madera que Maeve había colocado a su lado sobre un pequeño travesero. Se apartó a regañadientes de ella y se vistió a toda prisa con las prendas que Maeve dejara la víspera sobre la cómoda: unas polainas azul oscuro, una suave camisa blanca y un jubón sin mangas con un cordel anudado alrededor de la cintura. Desechó esta última prenda. Sabía los horrores con los que quizá tendría que enfrentarse y decidió tomar la espada que colgaba de un gancho de la pared y ceñirse el talabarte. Tomó las botas y la capa y salió de puntillas de la habitación justo en el momento en que Leonor se dio cuenta de que tenía hambre y se puso a berrear como si quisiera mostrarle a su padre una nueva faceta de su carácter.

—Es digna hija de su madre —musitó Corbett, subiendo sigilosamente unos peldaños y abriendo la puerta del cuarto de Ranulfo.

Como de costumbre, la estancia daba la impresión de haber sido escenario de una violenta pelea. Corbett solo pudo adivinar la presencia de su criado por toda una serie de sonoros ronquidos. El escribano disfrutó sacudiéndolo por los hombros para que despertara y bajó a esperarle a la despensa. Los sollastres aún no habían encendido el fuego y, por consiguiente, decidió tomarse una jarra de cerveza aguada. Ranulfo se presentó legañoso y sin afeitar. Corbett permitió que su adormilado criado apagara su sed antes de empujarlo hacia la puerta y dirigirse con él a la taberna de enfrente. Hubo las habituales discusiones en tono de chanza hasta que un corpulento mozo sacó sus caballos y se los ensilló. Ranulfo se lavó la cara con el agua de un enorme tonel que allí había y le echó al sujeto un buen rapapolvo, diciéndole que algunas personas tenían que trabajar y no se pasaban el santo día tumbadas sobre la paja como otras que él sabía. Aún estaba soltando silbidos de burla cuando salieron a la Mercería y bajaron al Ayuntamiento.

El día sería espléndido y tanto los aprendices como los comerciantes ya estaban montando sus tenderetes delante de las casas, clavando los postes, extendiendo los toldos y colocando las mercaderías. En el aire se aspiraba el olor del denso humo de los artesanos que trabajaban en sus chozas de la parte de atrás de Cheapside. Los carros que transportaban los productos del campo a la ciudad bajaban ruidosamente

sobre el empedrado y los carreteros maldecían a los caballos y hacían restallar sus látigos. Los aprendices, con sus jubones de lona o cuero, vigilaban a los pordioseros que acechaban en las sombras de los pasadizos de separación entre las casas. No eran pobres de verdad solo chiflados y cuentistas que trataban de birlar lo que podían antes de que comenzara la jornada. Pasaron cuatro guardias conduciendo a una fila de maleantes, borrachos, ladronzuelos, vulgares prostitutas y alborotadores hacia un gran conducto de agua que llamaban el Canal, donde casi todos ellos se pasarían el día entero encerrados en una jaula, soportando los insultos de los buenos ciudadanos cuyo sueño habían turbado.

Corbett levantó los ojos al oír las campanas del chapitel de Santa María Le Bow y vio cómo se apagaba la gran luz nocturna, la almenara que guiaba a los londinenses durante las horas de oscuridad. Otras campanas empezaron a tañer convocando a los fieles a la misa de primera hora de la mañana. Ranulfo miró a su alrededor absorbiendo todo aquel espectáculo y después se volvió hacia su amo y empezó a quejarse de que tenía hambre. Se detuvieron en una casa de comidas y se enrollaron las riendas de sus cabalgaduras alrededor de los brazos mientras se tomaban unos pequeños cuencos de carne de buey sazónada con especias. Ranulfo se puso a hablar de su hijo, el fruto ilícito de uno de sus muchos amoríos. Corbett lo escuchó con atención. Ranulfo deseaba llevarse al niño una temporada a la casa de la calle del Pan. Corbett esbozó una valerosa sonrisa, pero sintió que su alma se hundía en la desesperación. Lord Morgan, Ranulfo y el hijo de Ranulfo destruirían por completo la paz y la tranquilidad de su hogar.

Corbett se terminó la carne y se lavó las manos en una jofaina de agua de rosas que le ofreció un demacrado chiquillo. El muchacho tenía cara de hambre y sus ojos eran casi tan grandes como su rostro. Corbett depositó una moneda en su mano.

—Cómprate un poco de comida, chico.

Se secó las manos con una servilleta y esperó hasta cerciorarse de que el niño hiciera lo que él le había dicho. Después, conduciendo por la brida a sus monturas, amo y criado bajaron por Cheapside. Mientras escuchaba con aire ausente la entusiasta descripción que le hacía Ranulfo de su hijo, recordó los acontecimientos de la víspera: después de hacer apasionadamente el amor con Maeve, bajó a tomar un bocado con ella en la cocina antes de regresar otra vez a la cama. Recordó las bromas de Maeve y sus propios comentarios acerca de los asuntos de la corte. Cuando le reveló la razón de su regreso a Londres, su mujer se preocupó.

—¡He oído hablar de esos asesinatos! —Maeve se incorporó en la cama, envolviéndose el cuerpo con las sábanas—. Al principio, nadie se dio cuenta. En una ciudad como esta, las mujeres son asesinadas o desaparecen sin que a nadie le importe, pero la muerte de esas mujeres, la forma en que las mataron... ¿tú crees que es verdad?

Tendido boca arriba en la cama, Corbett se volvió con rapidez hacia ella.

—¿Si es verdad qué?

—Dicen que el asesino... —Maeve se estremeció y dobló las rodillas bajo el mentón—. Dicen que el asesino mutiló los cuerpos de las mujeres.

Corbett la miró asombrado.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Es del dominio común. Muchas mujeres temen salir de noche, pero el último asesinato se produjo de día.

Maeve le habló a su esposo del más reciente asesinato y del hallazgo del cadáver mutilado de una prostituta en el pórtico de una iglesia cerca del convento de los franciscanos.

Corbett le acarició suavemente el brazo desnudo.

—Pero ¿por qué tener miedo? Todas las mujeres asesinadas eran prostitutas y cortesanas, ¿no es cierto?

—¿Y qué? —replicó Maeve, echando la cabeza hacia atrás—. ¡No por eso dejan de ser mujeres y *lady* Somerville no era una prostituta, desde luego!

Corbett la miró en silencio. Le parecía que la muerte de *lady* Somerville había sido en cierto modo distinta de las demás. ¿Acaso la anciana descubrió algo? ¿Habría sorprendido al asesino?

Miró a su alrededor y vio que Cheapside se estaba llenando de gente. Algunas prostitutas ya habían salido a la calle con sus multicolores atuendos y sus llamativas pelucas. De repente, el día ya no le pareció tan agradable y, recordando los comentarios de Maeve acerca de las mutilaciones, experimentó una punzada de inquietud. Sus habituales adversarios, tanto De Craon como cualquier astuto asesino con el que se hubiera tenido que enfrentar, siempre actuaban por algún motivo. En cambio, lo de ahora, ¿qué? ¿Y si estuviera persiguiendo a algún chiflado, a algún lunático que odiara a las mujeres y al que le resultara más cómodo asesinar a las pobres prostitutas callejeras, sin desdeñar a cualquier otra mujer solitaria y vulnerable que pudiera cruzarse en su camino? Pensó que ojalá pudiera dar media vuelta y regresar a casa. Era como si estuviera a punto de entrar en una casa oscura llena de tortuosos pasadizos en los que lo aguardara un asesino. «Dios mío —rezó en silencio —, sácame sano y salvo de este peligro; de los lazos del cazador, líbrame, Señor».

Al llegar al Ayuntamiento su desánimo se intensificó al ver a un corchete en los peldaños de la entrada, vendiendo en subasta las pertenencias de un delincuente ahorcado: una vieja mesa, dos sillas desvencijadas, un colchón destripado, dos dedos, unos calzones, una camisa, un jubón y una maltrecha copa de peltre con incrustaciones de plata. Al parecer, el hombre había cometido un robo en una iglesia, pero su cómplice consiguió escapar, por cuyo motivo un clérigo envuelto en unas raídas prendas, sosteniendo una vela en una mano y una campanilla en la otra, proclamaba a voz en grito su excomunión por medio de toda una sarta de letanías.

—Que sea maldito dondequiera que se encuentre. En casa o en el campo, en el camino o en un sendero, en el bosque o en el agua. ¡Que sea maldito en la vida y en la muerte, cuando coma y cuando beba, cuando tenga hambre y cuando tenga sed,

cuando duerma, cuando camine, cuando permanezca sentado o cuando se levante, cuando trabaje o descanse, cuando orine, defeque o sangre. Que sea maldito en el pelo de su cabeza, en sus sienes, en la boca, en el pecho, en el corazón, las vergüenzas, los pies y las uñas de los pies!

La terrible y sonora lista parecía no tener fin.

—¡Creo —le dijo Ranulfo a Corbett en voz baja— que ese pobre desgraciado ya habrá recibido el mensaje!

Corbett le miró sonriendo y le entregó las riendas de su caballo.

—Llévalo al establo de una taberna —le ordenó—. Nos reuniremos dentro.

Un mendigo encapuchado y enmascarado estaba acurrucado junto a la entrada del Ayuntamiento pidiendo limosna con voz quejumbrosa mientras al otro lado un mercachifle vendía unas preciosas cintas. Corbett se detuvo y les indicó por señas que se apartaran de su camino.

—Ya sé lo que sois, unos cuentistas. Mientras yo estoy ocupado con el mendigo, el otro intentará aligerarme el bolsillo.

Los dos hombres se alejaron a toda prisa y Corbett bajó por un pasadizo, cruzó un patio y entró en una pequeña mansión. El Ayuntamiento propiamente dicho era un simple recinto vallado con varios edificios alrededor de una gran casa de tres pisos. Corbett esperó en la puerta hasta que Ranulfo se reunió con él. Subieron por una desvencijada escalera de madera y entraron en una espaciosa estancia de paredes encaladas donde varios amanuenses permanecían sentados alrededor de una mesa, escribiendo en grandes rollos de vitelas y pergaminos. Ninguno de ellos levantó los ojos cuando entraron Corbett y Ranulfo, pero un orondo sujeto sentado al fondo de la estancia se levantó y se acercó a ellos. Corbett reconoció el mofletudo y rubicundo rostro que asomaba por encima de una túnica muy mal cortada y un sayo manchado con restos de comida.

—Maese Nettle —dijo Corbett alargando una mano que Nettle, alguacil de los barrios del norte de la ciudad, estrechó en la suya mientras en sus pálidos ojos azules se encendía un brillo de placer.

—Os estábamos esperando, Hugo. Anoche llegaron las cartas del rey. —Nettle miró a los amanuenses y bajó la voz—. No se puede fiar uno de nadie —murmuró—. El asesino podría ser cualquiera de los presentes en esta habitación. Yo no llevo el asunto. Uno de los alguaciles auxiliares os informará. ¡Venid! ¡Venid!

Los acompañó por un pasadizo hasta llegar a una pequeña y polvorienta estancia donde un amanuense sentado junto a un alto escritorio copiaba unas cartas. A su lado se encontraba un alto, fornido y apuesto personaje, a quien Nettle presentó como Alejandro Cade, alguacil auxiliar de la ciudad. Tras hacer las presentaciones, Nettle se retiró. Corbett estudió al alguacil auxiliar mientras este completaba la carta. Había oído hablar de Cade, un extraordinario cazador de ladrones cuya astuta mirada era capaz de descubrir a un bribón en una taberna abarrotada de gente. Con razón lo temían los malandrines de la mala vida de Londres y, sin embargo, a pesar de su

corpulencia, Cade parecía un gentil cortesano, con su adornada capa, sus botas de montar de cuero, su camisa de holanda y el casquete que llevaba echado hacia atrás sobre su espeso cabello negro. Su bifurcada barba cuidadosamente recortada, junto con sus morenos rasgos y la lánguida mirada de sus ojos, le conferían el aspecto de un hombre más amante de los placeres de la vida que de la implacable persecución de los villanos y los bribones. Cade les indicó a Corbett y Ranulfo el asiento de una ventana mientras él terminaba la carta. Después se volvió hacia ellos con un ceremonioso gesto.

—¿Habéis venido por lo de las prostitutas asesinadas? —Cade hizo una mueca—. ¿O preferís que hable con franqueza? Vuestra presencia aquí no es por ellas sino por la muerte de *lady Somerville* y del padre Benito. —El alguacil auxiliar le dijo algo a su amanuense, el cual se levantó de su asiento, se acercó a una de las estanterías, sacó un montón de documentos y se lo entregó—. Gracias —le dijo Cade en voz baja—. Puedes retirarte.

Esperó a que el anciano cerrara la puerta a su espalda y entonces tomó una banqueta y se sentó delante de Corbett.

—Hay tres cuestiones que me preocupan —explicó—. Las muertes de las rameras, las muertes de *lady Somerville* y del padre Benito y la llegada de Puddlicott a Londres.

Corbett le miró boquiabierto de asombro.

—Pues sí —dijo Cade—. Nuestro amigo el rey de los disfraces, Ricardo Puddlicott, el de los doce nombres y las mil caras, se encuentra de nuevo en la ciudad. —Cade abrió enormemente los ojos—. ¡Esta vez lo quiero atrapar! Quiero ver encadenado a ese inteligente malnacido.

—¿Cómo sabéis que está aquí?

—Leed todo eso. —Cade le entregó a Corbett el fajo de documentos—. Leedlo —repitió—. No hay prisa, maese Corbett. ¿O acaso debo llamaros *sir Hugo*? —El alguacil auxiliar esbozó una sonrisa—. Nos hemos enterado de la noticia. Aceptad nuestra felicitación. *Lady Maeve* debe de estar muy complacida.

—Pues sí —dijo Corbett—, lo está.

Cade se levantó, llenó dos copas de vino y se las ofreció a Corbett y Ranulfo.

—Os dejaré solo. Cuando lo hayáis leído, hablaremos.

Cade se retiró mientras Ranulfo se volvía para contemplar a través de la ventana cómo sacaban una hilera de presos al patio de abajo y Corbett empezaba a estudiar los documentos. Los dos primeros eran unas cartas en las que se transmitía a los alguaciles de Londres el enfado del rey por los sangrientos asesinatos que se habían cometido en la ciudad y, en particular, por la terrible muerte de *lady Somerville* y las misteriosas circunstancias que rodearon el incendio en el que había muerto el padre Benito. El tercer documento era un memorando redactado al parecer por el propio Cade, con el número de las mujeres asesinadas y las fechas de sus muertes. Corbett soltó un silbido por lo bajo. Eran dieciséis en total, sin contar a *lady Somerville*.

Todas las muertes se habían producido dentro de los confines de la ciudad; hasta la posada Grays por el oeste; Portsoken por el este; la calle de la Cruz Blanca por el norte y, por el sur, la Cordelería que limitaba con el Támesis. Corbett observó que los asesinatos empezaron unos dieciocho meses atrás y estaban regularmente espaciados a razón de uno por mes, alrededor del día 13 de cada mes. Las únicas excepciones fueron *lady* Somerville, asesinada el 11 de mayo, y la última víctima, la prostituta encontrada en una iglesia de las inmediaciones del convento de los franciscanos, asesinada apenas dos días antes. Las prostitutas solían ser asesinadas en sus habitaciones, pero tres de ellas, incluida la última, lo habían sido en otro lugar. Todas murieron de la misma espeluznante manera: con la garganta cortada de oreja a oreja y los órganos genitales mutilados y vaciados con un cuchillo. La única excepción era *lady* Somerville, asesinada en Smithfield de un rápido tajo en la garganta. Cade había escrito que no mostraba ninguna otra señal de violencia y que los vestidos de las prostitutas siempre aparecían cuidadosamente alisados. Corbett contempló el memorando y levantó la vista.

—Una muerte al mes —murmuró—. El mismo día 13 o alrededor de él.

—¿Qué decís, amo mío?

—Las prostitutas; las mataron a todas hacia la misma fecha, les cortaron la garganta y les mutilaron los órganos genitales.

Ranulfo soltó un grosero ruido con los labios.

—¿Y vos qué pensáis, amo mío?

—En primer lugar, podría ser un loco, aficionado a matar a las mujeres... y especialmente a las prostitutas. En segundo lugar, podría ser alguien que andará en busca de una prostituta en particular o...

—¿O qué?

—Algún practicante de la magia negra... a los magos siempre les gusta la sangre.

Ranulfo se estremeció y apartó la mirada. Desde la ventana podía ver la impresionante mole de Santa María Le Bow, donde Corbett había luchado contra un conciliábulo de brujos, encabezados por la bella asesina Alina de Bowe.

—La verdad es que no lo sé —musitó Corbett mientras reanudaba la lectura del memorando en el que también se incluía un breve y cáustico informe del escribano del forense acerca de la muerte del padre Benito. Según dicho informe, la noche del 13 de mayo los monjes de Westminster se despertaron a causa del rugido de un incendio y corrieron a la casa del padre Benito, la cual se levantaba en un solitario rincón del recinto de la abadía. La casa estaba envuelta en llamas. Los monjes, a las órdenes de Guillermo Senche, mayordomo del cercano palacio de Westminster, trataron de apagar el fuego con el agua de un pozo que había allí cerca, pero sus esfuerzos resultaron inútiles. Solo quedaron en pie las paredes del edificio y dentro encontraron el cuerpo medio quemado del padre Benito tendido en el suelo junto a la puerta, con una llave en la mano y, a su lado, los restos de su gato. No se veía ninguna causa aparente del incendio. Una ventana abierta en la parte superior de la

pared pudo haber permitido la entrada de una ligera brisa que tal vez dio lugar a que una chispa de la chimenea o de una vela prendiera en algún sitio.

—¡Qué extraño! —dijo Corbett levantando los ojos.

Ranulfo, que estaba contemplando cómo maniataban a los delincuentes en el patio de abajo, dio un respingo.

—¿Cómo decís, amo mío?

—La muerte del padre Benito. Era un anciano, Ranulfo, y, por consiguiente, debía de tener un sueño muy ligero. Se levanta en mitad de la noche, despertado por un incendio de origen misterioso. Es demasiado viejo para encaramarse a la ventana y, por tanto, toma la llave, llega hasta la puerta, pero no la abre. Y lo más curioso es que su gato muriera con él. Es más fácil que un perro permanezca junto a su amo, pero un gato se hubiera largado y habría saltado, sobre todo teniendo en cuenta que la ventana estaba abierta. Y, sin embargo, el gato también murió.

—A lo mejor, se asfixió con el humo —apuntó Ranulfo.

—No —Corbett sacudió la cabeza—. No acierto a comprender que un hombre llegara hasta la puerta con la llave en la mano y no luchara unos cuantos segundos más para introducir la llave en la cerradura y hacerla girar. Pero lo que más me desconcierta es lo del gato. Los pocos que he conocido me recuerdan a ti, Ranulfo. Tienen muy desarrollado el instinto de supervivencia y les horroriza especialmente el fuego.

Ranulfo apartó la mirada e hizo una mueca. Corbett estudió los garabatos de Cade al pie del memorando. Según el alguacil auxiliar, aquel mismo día el padre Benito había enviado una breve carta al alguacil anunciándole que era conocedor de que algo terrible y sacrílego estaba a punto de ocurrir, pero no disponía de más detalles. Corbett sacudió la cabeza mientras echaba un vistazo a un pequeño y grasiento trozo de pergamino. Era un escueto informe de un confidente acerca de unos rumores, según los cuales Ricardo Puddlicott, el rey de los falsarios, fue visto en el callejón de la Esposa, cerca de la posada del Obispo de Salisbury. Corbett se golpeó las rodillas con el rollo de pergamino y contempló los sucios juncos del suelo. Todo era muy misterioso, pero lo que más lo intrigaba era Puddlicott. Los emisarios del rey habían estado persiguiendo al villano por toda Europa. ¿Cómo era posible que hubiera regresado a Inglaterra? ¿Estaría su presencia relacionada con aquellas muertes? ¿O acaso se encontraba en Londres por otro infame propósito? ¿Por su propia cuenta o por la de Amaury de Craon? Corbett pasó un rato sumido en sus propias reflexiones entre trago y trago de vino hasta que regresó Cade.

—¿Os han parecido interesantes los pergaminos, Corbett?

—Pues sí. ¿No tenéis ninguna pista acerca del asesino de las prostitutas?

—Ninguna en absoluto.

—¿Y *lady* Somerville?

—Regresaba con una compañera de una reunión de las Hermanas de Santa Marta en Westminster. Bajaron por Holborn y se detuvieron brevemente en el hospital de

San Bartolomé. Después *lady* Somerville dijo que tomaría un atajo cruzando Smithfield para regresar a su casa en las cercanías de la Barbacana. Su compañera puso reparos, pero *lady* Somerville se burló de sus temores. Dijo que todos los bribones de mala vida la conocían y sabían que se dedicaba a las buenas obras, por lo que no se atreverían a atacarla. —Cade se encogió de hombros—. *Lady* Somerville tenía un hijo que había salido a divertirse con sus amigos. Regresó de madrugada, descubrió que su madre no había vuelto a casa y organizó su búsqueda. Sus criados encontraron el cuerpo cerca del patíbulo de Smithfield con la garganta cortada de oreja a oreja.

—¿Pero el cadáver no presentaba ninguna mutilación?

—Ninguna en absoluto.

—Y, antes de su muerte, ¿*lady* Somerville estaba disgustada o preocupada por algo?

—Más bien no.

—Os ruego que seáis más preciso, maese Cade.

El alguacil auxiliar disimuló su irritación.

—Bueno, una de sus compañeras dijo que se mostraba un poco reservada y no paraba de musitar para sus adentros cierto proverbio.

—¿Cuál era?

—*Cacullus non facit monachum*, es decir, «el hábito no hace al monje».

—¿Y qué quería decir con eso?

—No lo sé. A lo mejor, se refería a otra de sus actividades benéficas.

—¿Cuál era?

—A menudo lavaba la ropa de los monjes de Westminster. Resulta que su abad, Walter Wenlock, está enfermo. El prior ha muerto y *lady* Somerville supervisaba a menudo la colada de la abadía.

Corbett le devolvió al alguacil auxiliar el fajo de pergaminos.

—¿Y la muerte del padre Benito?

—Ya sabéis lo que hicimos.

—Es curioso que no abriera la puerta.

—A lo mejor, se asfixió con el humo o el fuego prendió en su ropa.

—¿Y el gato?

Cade se apoyó contra la pared y golpeó el suelo con el pie.

—Maese Corbett, tenemos cadáveres por todo Londres, ¿y vos me preguntáis por un gato?

Corbett le miró sonriendo.

—No comprendo por qué razón el gato no pudo saltar a través de la ventana abierta.

Cade arqueó las cejas y entornó los ojos.

—Pues claro —murmuró—, no se me había ocurrido pensarlo.

—Me gustaría ver la casa o lo que queda de ella. ¿Y el mensaje que os envió el

padre Benito?

—No sabemos qué significaba, podía ser cualquier cosa. Ya sabéis que las vidas de los curas y los monjes están plagadas de escándalos. Pudo ser algo así o algo relacionado con Westminster.

—¿En qué sentido?

—Bueno, la abadía y el palacio están desiertos. Todas las obras se han interrumpido porque el rey no puede pagar a los albañiles. Ahora la Hacienda y el Tesoro viajan con el rey y, por consiguiente, la corte lleva años ausente de allí. El abad Wenlock está enfermo y las costumbres de la comunidad se han relajado. En realidad, Westminster solo tiene importancia porque el rey ha trasladado buena parte de su tesoro a la cripta de la Sala Capitular.

—¿Por qué? —preguntó Corbett, asombrado.

—Porque el edificio de la Torre está en obras. Ahora casi ninguna estancia es segura. En cambio, la cripta de Westminster es probablemente el lugar más seguro de Londres.

—¿Y sabéis con certeza que el tesoro se encuentra a salvo?

—Sí, el mismo día en que murió el padre Benito yo fui a verle, pero no estaba y entonces bajé a la cripta. Los sellos de la puerta estaban intactos y, por consiguiente, supe que el tesoro estaba seguro. Resulta que la cripta solo tiene una entrada, que es la puerta sellada. Además, aunque alguien entrara, el corto tramo de escalera que baja a la cripta ha sido deliberadamente demolido y el resto del edificio está protegido por unos muros muy gruesos.

—¿Y maese Puddlicott?

—Lo único que os puedo decir —contestó Cade— es que ese malnacido ha sido visto en Londres, pero la información no es de primera mano.

—¡Ha venido para cometer alguna fechoría!

Cade soltó una amarga carcajada.

—Por supuesto, ¿pero qué?

Corbett sacudió a Ranulfo, que se había quedado dormido.

—Decidme, maese Cade, vos sabéis que el emisario francés De Craon y su compañero De Nevers se encuentran en Londres, ¿verdad? Oficialmente han venido para entregar unos mensajes de amistad de su amo a nuestro rey, pero su presencia aquí no obedece en realidad a ningún motivo.

—¿Estáis diciendo que podrían estar relacionados con Puddlicott?

—Es posible. Puddlicott ha sido visto en compañía de maese Guillermo Nogaret, el Guardián de los Secretos de Felipe IV.

Cade cruzó la estancia y se llenó una copa de vino a la que añadió un generoso chorro de agua.

—Pues sí —dijo Cade—, sabemos que De Craon está en Londres. Asistió a una recepción oficial y presentó sus credenciales al alcalde. Desde entonces hemos mantenido su casa de la calle de la Iglesia de la Gracia bajo una discreta vigilancia,

pero ahora ya estamos hartos. Al parecer, no ha hecho nada malo y se muestra más interesado por nuestra navegación comercial por el Támesis que por cualquier otra cosa. Y, como no estamos en guerra con Francia, eso no constituye ningún delito.

Corbett se levantó y se despezó.

—En fin —dijo, lanzando un suspiro—. ¿Por dónde empezamos?

El alguacil auxiliar extendió las manazas.

—Tal como ha dicho mi señor, estoy a vuestro servicio.

—Pues entonces, ¿os parece que sigamos el consejo del maestro Cicerón, *Et respice corpus*?

—¿Cómo decís, maese Corbett?

—Veamos el cadáver. —Corbett tomó su capa—. ¿Me podéis prestar la lista de los nombres de las mujeres asesinadas?

Cade se la entregó.

—¿La última víctima ya ha sido enterrada?

—No, yace en el osario de San Lorenzo de la Judería. —Cade apuró su copa de vino y se ajustó el talabarte—. Si deseáis echarle un vistazo, será mejor que os deis prisa. El buen cura tiene intención de enterrarla junto con las demás esta misma mañana.

—¿Qué decís? —farfulló Ranulfo—. ¿Habéis dicho «junto con las demás»?

—Bueno —contestó Cade—, las prostitutas muertas siempre se trasladan allí en un carro desde una pequeña dependencia anexa del Ayuntamiento. Les pagamos una módica cantidad a los curas de San Lorenzo de la Judería para que las entierren... un chelín por cada una, si no recuerdo mal.

—¿Y todas ellas menos *lady* Somerville han sido enterradas allí? —preguntó Ranulfo.

—Sí. Por un penique no se les dispensan muchos honores que digamos: un sucio lienzo de lona, un hoyo superficial en el suelo y un recuerdo en la misa de la mañana.

—¿Y nadie reclama jamás los cadáveres?

—Por supuesto que no. Algunas de esas pobres chicas proceden de Escocia, Irlanda y Flandes o de ciudades y aldeas tan al oeste como Cornualles y tan al norte como Berwick del Tweed.

—¿Y nadie asiste a los entierros?

—No. Una vez sentimos curiosidad y organizamos una cuidadosa vigilancia. —Cade se estremeció—. Se las entierra como a los perros —murmuró—. Y ni siquiera sus clientes habituales acuden a despedirse de ellas.

Corbett se terminó el vino y le devolvió la copa a Cade.

—Por más que os ruboricéis, maese Cade, no tengo más remedio que deciros que el rey os tiene en gran estima.

El alguacil auxiliar se turbó visiblemente y restregó sus grandes botas por el suelo.

—Sin embargo —añadió Corbett cerrando limpiamente la trampa—, ¿no resulta

un poco raro que no hayáis elaborado una lista de los clientes de esas prostitutas? ¿Quién utilizaba sus servicios? Es curioso que vuestros confidentes os hayan informado de la presencia de ese bribón de Puddlicott y no os hayan dicho nada acerca de los clientes de las prostitutas asesinadas.

La sonrisa de Cade se borró como por arte de ensalmo.

—Veréis —dijo este sentándose en una banqueta y marcando los distintos puntos con sus rechonchos dedos—. En primer lugar, algunas de las mujeres eran cortesanas de alto rango. Sí, en la muerte son pobres, pero en vida gozaron de los favores de algunos de los hombres más ricos y poderosos de la ciudad...

—Un momento —dijo Corbett, interrumpiéndole—. Algunas de esas damas ganaban plata y oro en abundancia. ¿Qué fue de todo eso?

Cade hizo una mueca.

—Casi todas se gastan enseguida lo que ganan. Cuando mueren, sus bienes son saqueados por gentes que no debieran hacerlo. Al final, como no tienen herederos ni parientes, los bienes restantes son inmediatamente confiscados por la Corona.

—Seguid —dijo Corbett, asintiendo con la cabeza.

—Bueno pues, tal como os estaba diciendo, los grandes propietarios de tierras y los mercaderes no se tomarían demasiado a bien que sus nombres se relacionaran con los de esas que ahora se llaman mujeres de la calle. En segundo lugar —repitió Cade—, la forma de sus muertes me inspira un cierto recelo: casi todas ellas fueron asesinadas en sus cámaras, lo cual significa que conocían a su asesino, pues de otro modo no le hubieran abierto la puerta. Yo soy un alguacil auxiliar, maese Corbett, y el sueldo me lo pagan los acaudalados burgueses de la ciudad. No quiero ser el funcionario que averigüe que uno de los que me pagan visitó a una prostituta la noche en que esta murió. —Ahora Cade se ruborizó de auténtica vergüenza y se frotó la mejilla con la mano—. Sí, sí, confieso que estoy asustado —añadió—. Soy capaz de atrapar a cualquier bribón, tanto si es un cura como si es un mercader o un señor, pero eso es distinto, mi señor escribano. Podría descubrir que el alcalde visitó a una prostituta, ¿pero eso qué demostraría?

—Podrías buscar una pauta, un rasgo común a todos los asesinatos.

Cade alargó una mano hacia Corbett.

—No, señor escribano, vos gozáis de la confianza del rey, acabáis de ser nombrado caballero por él. ¡Vos lo tenéis que averiguar! ¡Vos sois el que tiene que descubrirlo! ¡Para eso os han enviado aquí, hombre de Dios, y os lo digo sin ánimo de ofender!

Corbett se mordió el labio, se desperezó y tocó suavemente la mano de Cade.

—Comprendo —dijo en voz baja.

Y era cierto y también comprendía que le hubieran encargado a un alguacil auxiliar un asunto que ninguno de sus superiores hubiera querido tocar ni con pinzas. El escribano sonrió para sus adentros. También comprendía por qué razón el rey lo había enviado de nuevo a Londres.

Echó un vistazo a la lista que Cade le acababa de entregar.

—Sois muy observador, maese Cade —comentó—. Esas prostitutas debían de conocer a su asesino, pues actuaron con gran confianza. Incluso la última, esta Inés cuyo cuerpo vamos a examinar. La mataron en una iglesia —añadió—. Sospecho que su asesino se debió de citar con ella allí.

—Puede ser —dijo Cade—. Pero dejemos a un lado las muertes de esas pobres chicas. ¿Cómo explicáis el asesinato de *lady Somerville*?

—No lo sé —contestó Corbett—. Tal vez la anciana sabía algo. Pero os diré una cosa, Cade, vuestras inquietudes están justificadas. Cuando detengamos al asesino, y tened por cierto que lo haremos, apuesto a que será algún malnacido de noble cuna con muchas cosas que ocultar.

—¡Dios bendito! —exclamó Cade.

Corbett desvió y clavó la mirada en la pared del fondo.

—Lo que más me desconcierta —añadió— es el incremento de los asesinatos. Según vuestra lista, maese Cade, una prostituta muere asesinada alrededor del día 13 de cada mes, pero en mayo la pauta varía: a Somerville la asesinan el lunes, 11 de mayo; el cura muere a la noche siguiente; la prostituta Isabeau muere el miércoles 13 de mayo y poco después muere la chica cerca del convento de los franciscanos. ¿Qué circunstancia ha obligado al asesino a cambiar la pauta?

—A menos... —dijo Cade, interrumpiéndole.

—¿A menos qué?

—A menos que haya más de un asesino.

Capítulo 4

Corbett y Ranulfo esperaron a que Cade recogiera sus pertenencias. Después abandonaron el Ayuntamiento y bajaron por la calle Catte para dirigirse a la Judería Vieja, donde se levantaba la oscura e impresionante mole de la iglesia de San Lorenzo. Un numeroso grupo de personas se había congregado alrededor de los cepos colocados delante del portillo del cementerio. Casi todos los mirones eran gentuza que se estaba burlando de un hombre encerrado en el cepo por haber vendido cuerdas de arco defectuosas mientras su miserable producto era amontonado y quemado bajo su nariz. El pobre desgraciado, con la cabeza atrapada entre las tablillas de madera, se veía obligado a respirar el acre humo que le irritaba la boca, la nariz y los ojos. De vez en cuando, el hombre insultaba a sus torturadores y experimentaba unos violentos accesos de tos que le impulsaban a golpearse la cabeza contra las tablillas de madera.

Corbett y sus acompañantes se abrieron paso entre la gente y entraron en el desolado cementerio. Cade se encaminó hacia la casa del cura, llamó a la puerta y habló con alguien de dentro. A los pocos minutos, salió una menuda y obesa figura con un enorme llavero en la mano. Corbett le dirigió a Ranulfo una mirada de advertencia para que se reportara, pues la voluminosa panza del cura, sus sonrosadas mejillas y sus femeninos contoneos daban a entender con toda claridad que era un clérigo más interesado en los frutos de la tierra que en la salvación de las almas. Llevaba una capa verde aceituna ribeteada con piel de ardilla y sus dedos y muñecas estaban cuajados de joyas baratas. Sus pequeños ojos negros miraron enfurecidos a Corbett. No se hicieron presentaciones. En su lugar, el cura abrió una pequeña bolsa de cuero que llevaba y sacó tres esponjas empapadas en hierbas y vinagre.

—Las vais a necesitar —advirtió con aspereza, entregándole una esponja a cada uno—. Y ahora, seguidme.

Los acompañó a un alargado edificio sin ventanas situado detrás de la iglesia. Abrió el candado de la puerta y les indicó por señas que entraran.

—Confío en que os regaléis la vista —les dijo en tono de chanza—. Enterraré a esta pobrecilla dentro de una hora. Encontraréis una vela en la repisa de la derecha de la puerta.

Corbett entró en primer lugar e inmediatamente aspiró una vaharada de putrefacción. Se alegró de contar con la esponja y de tener un estómago fuerte. En cambio, a Ranulfo se le puso la cara de color gris, por lo que, tras haber encendido la vela con una yesca, Corbett le pidió que esperara fuera.

—¡No os preocupéis por las ratas! —les gritó el cura—. El ataúd está colocado sobre una mesa de tijera en el centro.

Corbett sostuvo en alto la vela y, a pesar de lo desagradable de la situación, experimentó una punzada de tristeza al ver la solitaria y alargada caja. Soltando maldiciones por lo bajo, Cade levantó la tapa suelta del ataúd y dejó al descubierto el horrible espectáculo de la mujer que yacía en su interior. Al parecer, la iban a enterrar

tal como la habían encontrado y nadie se molestó en amortajarla. Su rostro, más blanco que la tiza, ofrecía un aspecto espantoso bajo el parpadeo de la llama de la vela, la piel se estaba levantando y el cuerpo ya aparecía hinchado a causa de la putrefacción. Corbett examinó la larga herida de color morado que le había cortado la tráquea. Cubriéndose la nariz y la boca con la mano, Cade levantó el vestido de la pobre chica. Corbett echó un vistazo a la mutilación, volvió la cabeza y vomitó el vino que acababa de beberse. Después regresó tambaleándose hacia la puerta y salió a la luz del sol, seguido de Cade, más pálido que la cera. Corbett arrojó la esponja y la vela a los pies del cura.

—Dios se apiade de ella —murmuró entre accesos de náuseas—. Era la hija de alguien y la hermana de alguien. —De repente, pensó en su hijita Leonor. En otros tiempos, aquella masa de carne mutilada que acababa de ver debió de ser una criatura que gorjeaba en una cuna—. Dios tenga misericordia de ella.

Se agachó y se secó la boca con el dorso de la mano. Ranulfo fue por una jofaina de agua a la casa del cura y, sin pedir permiso, se la acercó a Corbett para que se lavara la cara y las manos. Después el escribano se levantó, miró enfurecido al cura y abrió su bolsa.

Dos monedas de plata salieron volando en dirección al clérigo.

—¡Aquí tenéis, padre! —murmuró Corbett—. Quiero que se celebre una misa por ella. Y, por lo que más queráis, antes de enterrarla, rociad el ataúd con una mezcla de vinagre y agua de rosas y cubrid el cadáver con un lienzo blanco. Tuvo seguramente una vida desdichada y sufrió una muerte horrible. Merece que se la honre.

El cura golpeó las monedas de plata con la punta de su bota de alto tacón.

—No lo haré —dijo con voz chillona.

—¡Vaya si lo haréis! —rugió Corbett—. Os encargaréis de buscar a alguien que lo haga y, si no lo hacéis (cosa que yo pienso comprobar), haré que os priven de este beneficio. Tengo entendido que Su Majestad el rey necesita capellanes para su ejército en Escocia. —Mirando despectivamente al atemorizado sacerdote, añadió—: Soy *sir* Hugo Corbett, Custodio del Sello Secreto, amigo y consejero del rey. Haréis lo que os digo, ¿verdad?

La arrogancia del cura se deshinchó como una vejiga pinchada. Este asintió con la cabeza y recogió cuidadosamente las monedas de plata. Corbett regresó al portillo donde habían dejado atados los caballos y respiró hondo varias veces.

—Quienquiera que lo haya hecho —dijo, señalando hacia la iglesia con la cabeza— tiene ser alguien no solo malo sino también perverso.

Cade, que aún estaba mareado, musitó unas palabras y sacudió la cabeza mientras Ranulfo miraba a su alrededor como si acabara de ver un fantasma. Bajaron al Gallinero y se les revolviéron las tripas al pasar por delante de las hediondas mesas y las cubas de los pellejeros que, con los cuchillos en la mano, rascaban la grasa seca del interior de los pellejos de los animales antes de arrojar las piezas a las cubas de agua.

Ranulfo, ya recuperado, lanzó unos silbidos contra los aprendices que, hundidos hasta la cintura en las cubas, estaban pisoteando las pieles con los pies descalzos. Los aprendices no tardaron en contestarle con insultos, aunque buena parte de su veneno se dirigía contra un hombre al que los guardias habían encadenado al palo de uno de los tenderetes. En un letrero que colgaba de su cuello se explicaba que la víspera, estando borracho, aquel hombre había pasado por delante de las casas de los pellejeros maullando como un gato. Una indirecta muy mordaz, pues quería insinuar con ello que algunos pellejeros intentaban vender piel de gato en lugar de piel auténtica.

Al final, Corbett y sus acompañantes llegaron a la Mercería, donde los comerciantes proclamaban a gritos desde sus tenderetes las bondades de sus encajes, cintas, gorros, amuletos, peines de madera de boj, molinillos tic pimienta e hilos para coser. Pasaron por delante del gran mercado cubierto de West Cheapside, donde tuvieron dificultades con los caballos a causa de las vacas que eran conducidas a través del desolladero hacia el matadero de Newgate. Los animales parecían presentir su inminente muerte y avanzaban con paso cansino, moviendo la cabeza como si quisieran librarse de la soga que les rodeaba el cuello. Los nerviosos caballos percibieron el temor de las vacas y se encabritaron. Más arriba, cerca de Newgate, los matarifes habían estado muy ocupados y los adoquines aparecían cubiertos de sangre amarronada y viscosos despojos. Cruzaron Newgate, donde la brisa estival se llevó los fétidos olores de la cárcel y el nauseabundo hedor de la zanja de la ciudad que discurría a su lado.

—Es una mañana de malos olores —murmuró Cade, señalando la zanja, una repugnante caldera de agua estancada, ratas, perros y gatos muertos, desperdicios, basura y despojos de los mercados.

Cade le dio a Ranulfo un codazo en las costillas.

—Seguid el camino recto y estrecho —le aconsejó—. A partir del lunes que viene los alguaciles tienen intención de usar a los presos de la cárcel para vaciar la zanja y trasladar la basura en barcos de remo para arrojarla al mar.

Corbett, pensando todavía en el cadáver que acababa de ver, se detuvo al llegar al Puente del Fleet para comprarles un balde de agua a los aguadores que la sacaban de unos grandes cubos y toneles. Los otros se reunieron con él y los tres se limpiaron la boca antes de bajar por Holborn hacia la Ribera. Pasaron por delante de la iglesia de San Dunstan al oeste, el archivo de la Cancillería y el colegio de abogados del Temple, y llegaron a la ancha Ribera que bajaba hacia Westminster, la cual estaba flanqueada por unas grandes posadas recién pintadas y encaladas cuyos propietarios eran miembros de la nobleza. La avenida estaba llena de jueces, abogados y escribanos, vestidos con sus vistosas túnicas y sus birretes blancos, yendo y viniendo de los tribunales.

En el exterior del hospital de Nuestra Señora de Roncesvalles, cerca de la aldea de Charing, Corbett se detuvo para admirar la nueva cruz de piedra labrada erigida

por su regio señor en memoria de su amada esposa Leonor. Más adelante, doblaron una esquina y pudieron contemplar cara a cara los gabletes, las torres y la sillería del palacio y la abadía de Westminster. Entraron en el recinto real a través de una pequeña poterna del muro norte y vieron a la derecha la gran mole de la abadía y, más cerca de ellos, entre la abadía y los jardines del palacio, la hermosa iglesia de Santa Margarita. Pero tanto la abadía como la iglesia estaban afeadas por los oxidados andamios que los albañiles habían amontonado de cualquier manera contra sus muros tras la interrupción de las obras por falta de dinero con que pagarles.

Cade señaló hacia el norte, al otro lado de la abadía.

—Por allí, en el centro de un pequeño huerto, encontraréis las ruinas de la casa del padre Benito y, detrás de la iglesia de la abadía —añadió moviendo el brazo—, está la Sala Capitular donde se reúnen las Hermanas de Santa Marta. ¿Queréis que vayamos primero allí?

Corbett sacudió la cabeza.

—No. Primero visitaremos el palacio y hablaremos con el mayordomo. Tal vez este nos pueda facilitar más información.

Cade hizo una mueca.

—El mayordomo es Guillermo Senche. Suele estar siempre medio borracho y no sabe ni siquiera la hora del día que es. Ya sabéis lo que ocurre, señor, cuando no está el gato, las ratas bailan.

Entraron en el patio del palacio conduciendo los caballos por las bridas. El rey llevaba varios años ausente de aquel palacio y los signos de abandono eran visibles por todas partes; en el patio crecían las malas hierbas, las ventanas estaban cerradas, las puertas atrancadas, las caballerizas vacías y los macizos de flores invadidos por la maleza. Un perro callejero salió corriendo y, con los pelos del cuello erizados, empezó a ladrarles hasta que Ranulfo lo apartó. Cerca del edificio de la Hacienda, junto a los huertos a la orilla del río, encontraron a un criado de triste mirada y lo enviaron en busca de Guillermo Senche. Este apareció en lo alto de los peldaños que conducían a la capilla de San Esteban. Al verle, Corbett soltó una maldición. Guillermo Senche parecía lo que era: un borrachín. Tenía unos saltones ojos de pescado, una babosa boca y una nariz tan colorada como un faro. Su ralo cabello rojizo y su huidiza frente contribuían a acrecentar su fealdad. Ya le había dado a la jarra de vino, pero, al darse cuenta de quién era Corbett, puso a mal tiempo buena cara; sus respuestas fueron claras y directas, pero desviaba la mirada como si ocultara algo.

—No, no —dijo en tono malhumorado—, yo no sé nada de las Hermanas de Santa Marta. Se reúnen en la abadía y allí manda el abad Wenlock, que está muy enfermo —añadió.

—¿Pues quién es el responsable?

—Bueno, solo hay cincuenta monjes y casi todos son viejos. El prior Rogelio ha muerto y, por consiguiente, el responsable es el sacristán Adam Warfield.

El hombre empezó a saltar alternativamente sobre uno y otro pie como si tuviera ganas de orinar. Su nerviosismo se intensificó cuando Cade se situó a un lado y Ranulfo al otro.

—Vamos, vamos, maese Guillermo —le dijo Corbett en tono burlón—. Sois un importante funcionario, no un mariposón de la corte. Hay otras cuestiones sobre las cuales deseamos hablar con vos.

—¿Como qué?

—Bueno, una en particular, la muerte del padre Benito.

—Yo de eso no sé nada —replicó el mayordomo.

Corbett dio una ligera palmada a la pechera de su sucio jubón.

—Esa va a ser la última mentira que me digáis. La noche del martes 12 de mayo descubristeis que la casa del padre Benito estaba ardiendo.

—Sí, sí —dijo el mayordomo abriendo mucho los ojos.

—¿Y cómo lo descubristeis? La casa no se puede ver desde el patio del palacio.

—No podía dormir y salí a dar un paseo. Vi humo y llamas y toqué a rebato.

—¿Qué ocurrió después?

—Hay un pequeño pozo entre los árboles. Sacamos cubos, pero el incendio era demasiado grande. —El hombre curvó los labios hacia abajo como una carpa recién pescada—. Cuando se extinguieron las llamas, examinamos el interior de la casa. El padre Benito estaba tendido en el suelo justo detrás de la puerta.

—¿Sostenía una llave en la mano?

—Sí.

—¿Visteis algo que os llamara la atención?

—No.

—¿Y sabéis cómo se inició el incendio?

—El padre Benito era viejo. A lo mejor, se le cayó una vela o una lámpara de aceite. Puede que la causa fuera una chispa de la chimenea.

—¿Y no observasteis nada sospechoso?

—No, nada en absoluto. No os puedo decir nada más. Adam de Warfield os podría ser más útil.

Dicho lo cual, el hombre dio media vuelta y salió disparado como un conejo que hubiera visto una raposa.

Corbett miró a Cade, arqueó las cejas y volvió a cruzar la poterna para entrar en el recinto de la abadía mientras el alguacil auxiliar se reía de buena gana con la imitación que hacía Ranulfo del acento y los extraños gestos del mayordomo.

Ante sus ojos se levantaba la impresionante mole de la iglesia de la abadía con sus figuras labradas en piedra: gárgolas de siniestra sonrisa y visiones infernales. Corbett se detuvo a contemplar estas últimas, fascinado por los horrores que el escultor tan sutilmente supo representar. A los pies de un Cristo Juez triunfante, unos monstruosos demonios conducían a los condenados hacia unas grandes calderas de aceite hirviente, donde los diablos pinchaban a las desventuradas almas perdidas con

lanzas y espadas tal como hubiera hecho un cocinero que estuviera cociendo unos trozos de carne. Corbett oyó un ruido y miró a la izquierda hacia la desierta inmensidad del viejo cementerio. La hierba y el cáñamo alcanzaban casi cinco palmos de altura, pero Corbett vio a un anciano jardinero ocupado en la tarea de arrancar las malas hierbas que rodeaban los sepulcros.

—Señor —le dijo—, tenéis mucho que hacer aquí.

El hombre de pálidos ojos y mugrientas mejillas se medio volvió para mirar a Corbett.

—Es cierto —replicó con un acusado acento de pueblo, dando una palmada a una lápida—. Pero mis clientes no se quejan.

Corbett sonrió y sus ojos se posaron en unos grandes edificios de redondeada techumbre que daban al cementerio.

—¿Esa es la Sala Capitular?

Cade asintió con la cabeza.

—¿Y debajo está la cripta?

—Sí.

Corbett estudió los sólidos contrafuertes y el grueso muro de granito.

—Decidme otra vez cómo se entra en la cripta.

—Bueno, detrás de la Sala Capitular —dijo Cade— está el claustro, pero en la cripta solo se puede entrar a través de una puerta en la esquina sudeste de la iglesia de la abadía. Tal como ya he dicho, la puerta está sellada. Detrás hay un pasadizo abovedado que baja a la cripta por medio de unos empinados peldaños. Estos se destruyeron deliberadamente y ahora, para bajar a la cripta donde están los tesoros, hay que utilizar unas escalas de mano especiales. —Cade entornó los ojos—. Ya os lo he dicho, ¿a qué viene tanto interés?

—Estaba pensando en el críptico mensaje del padre Benito. —El escribano se rio del retruécano—. A lo mejor, su advertencia se refería al tesoro. Puede que viera algo.

Cade sacudió la cabeza.

—Lo dudo. La puerta del tesoro está sellada, cerrada y atrancada y, aunque pudierais entrar, necesitaríais material de asedio para llegar al corazón de la cripta. Además, dudo que los buenos monjes permitieran que alguien saliera de su cripta con las bolsas del tesoro.

Corbett se mostró de acuerdo muy a pesar suyo y los tres volvieron a cruzar el recinto para dirigirse a los principales edificios de la abadía. Un legañoso hermano lego se hizo cargo de los caballos y después los acompañó a través de unos pasadizos de suelo embaldosado hasta la cámara de Adam de Warfield. Corbett experimentó una inmediata antipatía por el sacristán, un alto, anguloso y remilgado sujeto de larga nariz aguileña y desdeñosos labios fruncidos. A Corbett le pareció que, bajo las pobladas cejas, sus ojos le miraban con recelosa inquietud. Sin embargo, Warfield los recibió amablemente y, agitando sus largos y huesudos dedos, les ofreció pan y cerveza, cosa que Corbett rechazó a pesar de los murmullos de protesta de Ranulfo.

Acomodados en un banco como unos niños en la escuela, los tres se sintieron ligeramente cohibidos en presencia del sacristán, sentado en un alto sillón con las manos ocultas en las holgadas mangas de su hábito de color pardo. «Demasiado tranquilo —pensó Corbett—, demasiado sereno: no es la clase de hombre que suele estar al frente de una gran abadía». Al principio, la conversación fue un tanto inconexa. Corbett preguntó por el anciano abad que se pasaba prácticamente el día en la cama y expresó sus condolencias por el reciente fallecimiento del prior Rogelio. Adam de Warfield no pareció conmoverse.

—Hemos comunicado la noticia a Roma —dijo con áspera voz—. Pero aún no se nos ha autorizado a convocar elecciones para un nuevo prior. —Sonrió casi como si quisiera disculparse—. Pero yo hago lo que puedo.

—¡No me cabe la menor duda! —dijo Corbett.

No soportaba la santurróna sonrisa de aquel hombre, por lo que prefirió estudiar el austero aposento y el sencillo mobiliario. Intuyó que Warfield era un hipócrita, vio unos restos de azúcar en su hábito y el cerco dejado por una copa de vino sobre la mesa. Comprendió que aquel monje era tan amante de los placeres del estómago como el cura de San Lorenzo de la Judería.

—Habládmeme de la muerte del padre Benito —le dijo bruscamente.

Adam de Warfield se tensó.

—Ya se lo he contado todo a maese Cade —dijo el monje con voz quejumbrosa—. Nos despertó en nuestro dormitorio maese Guillermo, el mayordomo de palacio. Hicimos todo lo que pudimos, pero la casa fue pasto de las llamas.

—¿No os parece extraño —añadió Corbett— que el mismo día de su muerte el padre Benito enviara un mensaje a Cade, diciéndole que ocurría algo terrible y sacrílego? Y yo os pregunto ahora a vos, Adam de Warfield, ¿qué es lo que sucede en la abadía real que tanto turbó a aquel anciano y piadoso sacerdote?

El sacristán lanzó un profundo suspiro. Corbett aspiró una vaharada de vino.

—Nuestro señor el rey —prosiguió diciendo Corbett— apreciaba profundamente al padre Benito y a mí me intriga cualquier cosa que preocupe a mi señor. Tened por cierto que conseguiré satisfacer mi curiosidad.

El sacristán se puso visiblemente nervioso y sus dedos aletearon por encima de su hábito pardo.

—El padre Benito era viejo —balbució—. Tenía visiones.

Estiró el huesudo cuello y Corbett vio de repente una señal morada en el lado derecho de la garganta del sacristán. ¿Cómo era posible que un sacerdote ordenado y monje de Westminster hubiera recibido un amoroso mordisco en el cuello? Volvió a mirar y no le cupo la menor duda de que la señal no era un corte o un arañazo de una navaja de afeitar. Se levantó y miró a través de una ventanita romboidal.

—¿Qué sabéis de las Hermanas de Santa Marta, fray Adam?

—Son un generoso grupo de devotas damas que se reúne todas las tardes en nuestra Sala Capitular. Rezan, se dedican a las buenas obras, especialmente entre las

prostitutas y las mujeres perdidas de la ciudad.

—¿Y vos apoyáis su labor?

—¡Por supuesto que la apoyo!

Corbett se medio volvió.

—¿Os horrorizó la muerte de *lady Somerville*?

—¡Pues claro!

—Tengo entendido que se encargaba de la colada de la abadía, ¿no es cierto? ¿En qué consistía exactamente su trabajo?

Corbett volvió la cabeza hacia el sacristán y vio que este había palidecido intensamente. ¿No había unas gotas de sudor en su frente?, se preguntó.

—*Lady Somerville* lavaba y cuidaba de una manera especial los manteles del altar, las servilletas, las vestiduras y otros lienzos litúrgicos, aparte los hábitos de los monjes.

—¿Sabéis lo que quiso decir *lady Somerville* con la frase *Cacullus non facit monachum*?

—¿El hábito no hace al monje? —El sacristán esbozó una leve sonrisa—. Es una frase que suelen usar nuestros enemigos, y quieren decir con ella que hace falta algo más que un hábito para ser monje.

—¿De veras? —preguntó Ranulfo—. ¿Y vos estáis de acuerdo, hermano?

Warfield le dirigió una mirada de desprecio mientras Corbett tamborileaba con los dedos sobre el alféizar de la ventana.

—O sea que no sabéis a qué se refería, ¿verdad?

—No, mis relaciones con las Hermanas de Santa Marta son prácticamente inexistentes. Bastantes cosas tengo entre manos. A veces me reúno con ellas en la Sala Capitular, pero eso es todo.

—¡Vaya, vaya, vaya! —Corbett regresó al banco—. Parece ser que aquí en Westminster nadie sabe nada, ¿verdad, hermano? Pues bien, yo quiero ver tres cosas: primero, la casa del padre Benito; después, la puerta de la cripta y, finalmente, a las Hermanas de Santa Marta. ¿Decís que se reúnen todas las tardes?

El sacristán asintió con la cabeza.

—En tal caso, mi querido hermano, vamos a empezar.

Abandonaron los edificios de la abadía y siguieron a Warfield cruzando el jardín cubierto de maleza hasta llegar a un pequeño huerto.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó Ranulfo en un susurro—. Esta es la abadía del rey y la casa del rey y, sin embargo, todo está abandonado.

—En realidad, la culpa la tiene el rey —contestó Corbett en voz baja—. Está demasiado ocupado en Escocia como para ejercer presión sobre el papa Bonifacio y conseguir que se celebren las debidas elecciones. Se ha llevado a toda su servidumbre de Westminster y en su tesoro no hay dinero para pagar a los albañiles y los jardineros. No creo que conozca la gravedad de la situación. Cuando termine todo este asunto, se enterará.

—Y a los demás les da igual —terció Cade—. Nuestros acaudalados burgueses piensan que Westminster es un villorrio mientras que los obispos de Canterbury y Londres se alegran de ver su decadencia.

El espesor de la hierba del huerto se fue aclarando hasta que, en el interior de un pequeño cercado con la valla rota, vieron las negras ruinas de la casa del padre Benito. Corbett rodeó lentamente el edificio. No se había construido con juncos y argamasa sino con ladrillos cortados por los canteros, de lo contrario, hubiera quedado reducida a un humeante montón de escombros. Corbett estudió el marco de madera de la ventana de la parte superior de la pared, la cual se elevaba a más de diez palmos por encima del huerto.

—¿Es la única ventana? —preguntó.

—Sí.

—¿Y la techumbre era de paja o de tejas?

—De tejas rojas.

Corbett se acercó a la puerta, que todavía colgaba de sus goznes de acero. Era de roble y muy gruesa, provista de unos refuerzos de acero.

—¿Y esta es la única puerta?

—¡Sí, sí!

Corbett la empujó y los tres entraron en el ennegrecido edificio derruido, arrugando la nariz a causa del fuerte olor de la madera quemada y del humo. El interior del edificio estaba totalmente destruido y las paredes encaladas, calcinadas. El hogar de piedra del fondo había quedado reducido a un montón de cascotes.

—Un lugar muy sencillo —comentó Corbett en voz baja—. La cama del padre Benito debía de estar en aquel rincón del fondo, al lado de la chimenea, ¿verdad?

Warfield asintió con la cabeza.

—Y probablemente dormía, comía y estudiaba aquí, ¿verdad?

—Sí, maese Corbett, la casa solo tenía una habitación.

—¿Y qué había en el suelo?

—Probablemente juncos.

Corbett se acercó a un rincón y rebuscó entre las cenizas del suelo. Sacó una especie de hilos y los restregó entre sus dedos; sí, eran juncos y debían de estar muy secos, por cuyo motivo el fuego prendió fácilmente en ellos.

Corbett se situó en el centro de la estancia y contempló la pared de la ventana en la que la violencia de las llamas convirtió el marco de madera en una negra y fina ceniza; las llamas habían dejado unos profundos huecos negros en la pared y habían convertido el suelo en una alfombra de fina ceniza. Corbett se acercó a la chimenea y a los restos de la cama de madera. Permaneció allí un buen rato sin prestar atención a los murmullos de impaciencia de sus acompañantes y restregó los pies entre la ceniza.

—¡Tráeme un palo, Ranulfo!

El criado salió al huerto y regresó con una larga rama de tejo que afiló con su

daga. Corbett empezó a rebuscar entre la ceniza, hundiendo el palo en la reseca tierra. Se concentró en una línea que bajaba directamente desde la ventana y regresó a la puerta donde aguardaban los demás.

—El padre Benito fue asesinado —anunció.

El sacristán le miró boquiabierto de asombro.

—Sí, fray Adam. Decidme de nuevo qué ocurrió cuando intentasteis apagar las llamas.

—Pues que no pudimos acercarnos a la puerta porque el calor era insoportable. Arrojamus cubos de agua contra las paredes y a través de la ventana. Era lo único que podíamos hacer.

—¿Y después?

—Cuando se apagaron las llamas, forzamos la puerta.

—¿Aún estaba cerrada bajo llave?

—Pues sí, pero los goznes se habían aflojado.

—Y encontrasteis el cuerpo medio quemado del padre Benito, ¿verdad?

—Junto a la puerta; a su lado se encontraba el cuerpo del gato. —El sacristán sacudió la cabeza—. No comprendo cómo pudo ser asesinado. La puerta estaba cerrada a cal y canto y solo había una llave. ¡El padre Benito no hubiera abierto la puerta para que alguien entrara, provocara un incendio, saliera y cerrara la puerta a su espalda!

El sacristán esbozó una sonrisa triunfal como si acabara de hacer un brillante silogismo.

—El asesino no entró —dijo Corbett—. Si el fuego se hubiera iniciado cerca de la chimenea, las llamas más violentas se habrían producido allí. Sin embargo, observad la pared bajo la ventana y la pared del otro lado. Ambas están muy quemadas, lo mismo que la línea del suelo que discurre entre ellas. El incendio se inició en el centro de la habitación. Ocurrió lo siguiente: alguien arrojó hacia el centro de la habitación una jarra o un pellejo de aceite, de aceite muy puro porque es más difícil de descubrir. La jarra se rompió o el pellejo reventó y entonces arrojaron una yesca o una vela y los resecos juncos empapados de aceite se convirtieron en un rugiente infierno.

—¡Pues claro! —exclamó Cade—. Por eso el gato no pudo saltar a través de la ventana: estaba demasiado alta para él y el suelo al pie de la ventana, saturado de aceite.

—Y la pared de enfrente está muy quemada porque la brisa que entraba por la ventana empujaba las llamas hacia allí —añadió Ranulfo.

—¡Tonterías! —dijo el sacristán.

—Ni hablar —replicó Corbett—. He examinado el suelo del centro de la habitación bajo los juncos. No hay más que tierra reseca y, sin embargo, la arcilla de allí está manchada de aceite no del todo quemado.

—Pero el padre Benito alcanzó la puerta —dijo el monje.

—En efecto —replicó Corbett—. El sonido de la jarra de aceite al tocar el suelo y el rugido de las llamas lo debió de despertar. Toma la capa y la llave que guarda debajo de la cama y, sosteniendo al gato en sus brazos, corre hacia la puerta.

—¿Qué me decís de la muralla de fuego que cruzaba la estancia?

—Las llamas debían de ser bastante altas, pero seguramente la brisa aún no las había avivado. El padre Benito debió desesperarse y decidió enfrentarse a ellas antes de que alcanzaran el techo.

—¿Y cómo sabéis que la llave no se hallaba en la cerradura? —preguntó Cade.

—Porque, si hubiera estado allí, el padre Benito habría sobrevivido y el asesino hubiera elegido otro plan. —Corbett contempló el talabarte del alguacil auxiliar—. Vuestra daga, maese Cade, es de estilo italiano, fina y delgada. ¿Me la prestáis un instante?

Cade se encogió de hombros y se la entregó.

—Bueno —dijo Corbett—. ¿Queréis salir todos ahí fuera? Ranulfo, cubre el ojo de la cerradura con la mano.

Los acompañantes de Corbett, un tanto perplejos, salieron de la casa incendiada. Corbett cerró la puerta y la empujó con una mano antes de introducir el fino estilete de Cade a través del ojo de la cerradura. Al principio, el ojo estaba bloqueado; por lo que Corbett siguió empujando con cuidado hasta que oyó la exclamación de asombro de Ranulfo. Corbett abrió la puerta y le devolvió la daga a Cade.

Su criado le mostró un pequeño tarugo de madera medio quemado, largo y tan redondeado como si lo hubiera cortado un maestro carpintero.

—Ocurrió lo siguiente —dijo Corbett—. El asesino sabía muy bien dónde guardaba la llave el padre Benito. La noche en que asesinó al cura, introdujo este pequeño tarugo de madera en el ojo de la cerradura, rodeó la casa, arrojó el aceite y la tea encendida a través de la ventana y huyó corriendo. El padre Benito alcanza la puerta rodeado de llamas por todas partes; inserta la llave, pero la cerradura está bloqueada. Saca la llave, quizá lo intenta de nuevo, pero ya es demasiado tarde. —Corbett miró fijamente al sacristán—. No es posible que el tarugo estuviera antes allí, pues de otro modo el padre Benito no hubiera podido cerrar la puerta por dentro. No, mi señor sacristán, el padre Benito fue asesinado a sangre fría. ¡Y yo tengo intención de descubrir por qué y por quién!

Corbett se volvió al oír unas pisadas. Un monje obeso y de baja estatura, cuyo mofletudo rostro revelaba no solo inquietud sino también una cierta arrogancia, salió corriendo de entre los árboles y se acercó a la casa del cura.

—¡Fray Warfield! ¡Fray Warfield! —gritó—. ¿Qué es lo que ocurre? —Se detuvo, echó la cabeza hacia atrás como un pequeño gorrión y frunció los labios mientras sus negros ojos estudiaban al grupo—. ¿Quiénes son estas personas? ¿Necesitáis ayuda?

—¡No, fray Ricardo, no necesito nada! —contestó Warfield.

El orondo monje introdujo los pulgares en la parte interior del cordel con borlas

que le ceñía la cintura.

—Bueno pues —dijo, mirando con expresión desafiante a su alrededor—. ¡Yo creo que sí!

—¡Fuera de aquí, hombrecillo! —le replicó Ranulfo—. ¡Estáis en presencia de *sir* Hugo Corbett, Custodio del Sello Secreto y emisario especial del rey!

—Perdón, perdón —tartamudeó el monje, mirando con ojos suplicantes a Warfield.

—No os preocupéis, fray Ricardo. —El sacristán le dio una fuerte palmada en el hombro—. ¡Todo va bien! —Mirando con una sonrisa a Corbett, explicó—: Fray Ricardo es mi ayudante y cumple celosamente con sus deberes.

—Me parece muy bien —dijo Corbett—. Pues ahora los dos me vais a enseñar la entrada de la cripta.

Corbett se volvió, no sin antes haber reparado en las miradas de advertencia que intercambiaron Warfield y su obeso ayudante.

Capítulo 5

Adam de Warfield los acompañó a la iglesia de la abadía. Los pilares de piedra y los pasillos se extendían ante ellos tan silenciosos como una tumba. Se aspiraba en el aire un fuerte olor a moho y Corbett percibió el agrisado perfume del incienso y los efluvios de unas flores marchitas. Las moteadas sombras quedaban iotas aquí y allá por los rayos de sol que penetraban a través de las altas vidrieras de colores de los muros. Mientras avanzaban por el crucero, sus pisadas resonaron por todo el templo y hasta su respiración pareció repetirse como un eco en la inmensidad de la bóveda del techo. Al final, llegaron al crucero sur, cerrado por una gran puerta de madera de roble macizo con refuerzos de acero y tachones de hierro. El borde de la puerta en contacto con el dintel estaba sellado con grandes gotas de cera escarlata, marcadas con el sello del Tesoro. Tres pestillos, cada uno de ellos asegurado con dos candados, cerraban la puerta.

—A cada candado le corresponden dos llaves —les explicó Adam de Warfield—. Una la tiene el rey y otra el señor alcalde. —Señalando el ojo de la cerradura, añadió—: Eso también está sellado.

Corbett se agachó y estudió el gran disco de cera púrpura, sellado por el canciller, y examinó cuidadosamente todos los detalles.

—No se ha roto nada —dijo—. Pero ¿qué ocurre si el rey quiere entrar?

—Yo también me lo he preguntado —contestó Cade—. Los barones del Tesoro lo han dicho muy claro: la puerta no se puede abrir más que en presencia del rey. Hasta ahora el rey ha tenido suficiente oro y plata y, en caso de que necesitara más, podría fundir los lingotes que todavía quedan en la Torre. —Cade hizo una mueca—. La paz con Francia —añadió— ha permitido que el rey no tenga que echar mano de su tesoro.

Corbett asintió con la cabeza. Todo estaba aparentemente intacto y las palabras de Cade le recordaron los comentarios que circulaban por la corte: varios funcionarios del Tesoro habían presumido en su presencia de que el rey no hubiera tenido necesidad de fundir copas de plata para pagar a sus soldados.

Corbett golpeó la puerta con la mano.

—¿Y aquí detrás están los peldaños?

Adam de Warfield lanzó un suspiro de exasperación.

—Sí, y están rotos. Cualquiera que hubiera intentado abrir esta puerta habría sido descubierto de inmediato. ¿Habéis dicho que deseabais conocer a las Hermanas de Santa Marta?

Sin esperar la respuesta, el sacristán y fray Ricardo encabezaron la marcha y, abandonando la abadía, salieron con ellos al claustro. Una cuadrada galería porticada rodeaba el jardín central, una verde isla de lujuriente vegetación, alrededor de cuya fuente trinaban y revoloteaban los pájaros. Cruzaron una puertecita, recorrieron varios pasadizos y llegaron a la Sala Capitular.

Corbett oyó un murmullo de voces que enmudecieron en cuanto ellos cruzaron el umbral. El escribano parpadeó. A pesar de que los postigos de las ventanas estaban abiertos, la estancia era muy oscura. Unas velas ardían en los sombríos rincones y sobre la mesa de roble, a cuyo alrededor permanecían sentadas varias mujeres. Corbett aspiró en el aire una sensación de tristeza en el momento en que las mujeres dejaron de hablar y le miraron. Al principio, la escasa luz le impidió distinguir los detalles. Forzó la vista y vio que todas las mujeres lucían un tocado azul oscuro ajustado bajo la barbilla con galón de oro. Sus vestidos eran de distintos colores, pero todas llevaban unos mantos del mismo color que los tocados. Trató de distinguir la divisa bordada que lucían y vio la figura de Jesucristo con una mujer arrodillada a sus pies que debía de ser santa Marta. Vio unos tobillos desnudos bajo la mesa y comprendió que aquellas damas, a pesar de su alta cuna, eran como otras muchas viudas que seguían las reglas monásticas en sus vidas espirituales. Avergonzándose del ruido de sus botas sobre el entarimado, Corbett cruzó la estancia con sus acompañantes, y observó que tanto Cade como los monjes se quedaban un poco rezagados, como si quisieran esconderse.

—¿Creéis que siempre visten así? —le preguntó Ranulfo en voz baja.

—Lo dudo —contestó Corbett—. Seguramente solo lo hacen en sus reuniones.

—¿Qué estáis murmurando? ¿Qué hacéis aquí?

Una anciana de blanco cabello se levantó de la cabecera de la mesa y ahuecó una mano alrededor de su oído. Los volvió a desafiar mientras otra dama de elevada estatura sentada a su derecha les repetía la pregunta.

—Señora —contestó Corbett—, estamos aquí por orden del rey.

Las demás mujeres sentadas alrededor de la mesa empezaron a cuchichear entre sí. La anciana de la cabecera dio unas palmadas para pedir silencio mientras la dama de su derecha se levantaba para acercarse a ellos. Corbett contó rápidamente y vio que eran diecisiete en total.

—Soy *lady* Catalina Fitzwarren —dijo la espigada mujer—. Mi superiora, *lady* Imelda de Lacey, os ha hecho una pregunta. ¿Quiénes sois?

Corbett la estudió y observó que, a pesar de los mechones de cabello gris que se escapaban de su tocado, la mujer no era vieja. En su terso rostro no había ni una sola arruga y sus altos pómulos realzaban unos bellos ojos gris pizarra. Lástima que sus labios fruncidos en un desdeñoso mohín le dieran una apariencia un tanto avinagrada. Corbett se mantuvo firme; estaba acostumbrado a la arrogancia y los modales de las gentes de la corte y sabía que, cuanto menos dijera, mejor.

—Bien, ya sé quién sois —los ojos de *lady* Fitzwarren miraron con desprecio a los monjes—. ¡Y vos —añadió, apuntando con un largo y fino dedo a Cade— sois el alguacil auxiliar incapaz de echar el guante al sanguinario asesino de unas pobres y desventuradas jóvenes!

Mientras la mujer hablaba, Corbett echó un vistazo a la dama sentada a la cabecera de la mesa. «Tengo que andarme con cuidado —pensó—. Esta De Lacey

debe de tener setenta y tantos años por lo menos y es la viuda de uno de los grandes mentores de Eduardo, mientras que el marido de Fitzwarren fue uno de los mejores generales del rey en Gales». Corbett respiró hondo y le dirigió a Ranulfo una mirada de advertencia.

—Señora —dijo, dando un paso al frente—, soy Hugo Corbett, Custodio del Sello Secreto y escribano mayor de la Cancillería.

Lady Catalina extendió rápidamente una blanca y delicada mano para que Corbett se la besara, cosa que este se apresuró a hacer sin prestar atención a las ahogadas risitas de Ranulfo.

—El rey en persona me ha enviado aquí para investigar las muertes de *lady Somerville* y... —el escribano tartamudeó— de las otras desventuradas que vos habéis mencionado.

—Pues bien, sed bienvenido, *sir Hugo* —contestó la dama—, pero ¿es necesaria la presencia de los monjes?

Adam de Warfield y fray Ricardo no necesitaron una segunda invitación y abandonaron la estancia como conejos asustados.

—¿Y bien? —*lady Catalina* volvió la cabeza con una relamida sonrisa en los labios—. Necesitamos más sillas. Dio unas palmadas y unas criadas sentadas en el oscuro hueco de una ventana se levantaron a toda prisa para obedecer su orden.

Corbett procuró reprimir una sonrisa mientras las criadas, haciendo comentarios en voz baja, apartaban de la pared tres sillas de alto respaldo y las acercaban al fondo de la larga mesa ovalada. Corbett ordenó a Cade y Ranulfo que las ayudaran. *Lady Catalina* regresó con majestuosos andares a su sitio mientras los tres hombres se sentaban tímidamente en las sillas.

—Será mejor —anunció la anciana De Lacey con una voz sorprendentemente clara— que le expliquemos al emisario del rey cuáles son las actividades de las Hermanas de Santa Marta. Somos un grupo de mujeres seglares —añadió en tono sarcástico—. Unas viudas que, siguiendo el consejo de san Pablo, nos dedicamos a las buenas obras. Hacemos solemne voto de obediencia al obispo de Londres y desarrollamos nuestra labor entre las mujeres que recorren las calles y callejones de la ciudad. Unas mujeres —sus penetrantes ojos miraron con dureza a Corbett— que tienen que vender sus cuerpos para satisfacer los sucios deseos de los hombres.

Hizo una pausa y miró a Corbett como si este fuera personalmente responsable de todas las prostitutas de Londres.

Corbett se mordió el labio inferior para reprimir una sonrisa. Ranulfo inclinó la cabeza y recibió un puntapié en la espinilla bajo la mesa.

—Como te rías, Ranulfo —le dijo su amo sin apenas mover los labios—, ¡te retuerzo el pescuezo!

—¿Qué es eso? ¿Qué ocurre? —preguntó De Lacey, ahuecando una vez más la mano alrededor de su oído.

—Nada, señora mía. Le preguntaba a mi criado si había llevado los caballos a las

cuadras.

La anciana golpeó la superficie de la mesa con un pequeño martillo.

—¡Será mejor que prestéis atención cuando yo hablo!

Corbett juntó los dedos de ambas manos delante de su rostro y se mordió el labio inferior, recordando ciertas cosas que había oído decir acerca de *lady* Imelda de Lacey, la cual solía acompañar a su esposo en sus campañas y utilizaba un lenguaje que hubiera hecho ruborizar al más curtido de los mercenarios. Echó un rápido vistazo a su alrededor y observó con asombro que, a diferencia de *lady* Catalina Fitzwarren, las demás componentes del grupo permanecían sentadas con las cabezas inclinadas. Al ver los estremecimientos de sus hombros, lanzó un suspiro de alivio, percatándose de que no era el único que había visto el lado cómico de la situación. Permaneció sentado sin moverse mientras *lady* Imelda de Lacey terminaba su mordaz descripción de las actividades de la orden.

—Al final de esta reunión y solo cuando nosotras hayamos terminado, *lady* Catalina os prestará la ayuda que necesitéis. Ella y su compañera *lady* María Neville.

De Lacey chasqueó los dedos hacia una de las mujeres sentadas en torno a la mesa y esta levantó la cabeza y miró directamente a Ranulfo.

Corbett y Ranulfo contemplaron los delicados rasgos de la morena *lady* María. Al ver sus ojos azul oscuro, Ranulfo tragó saliva y sintió que se le secaba la garganta y que el corazón le martilleaba en el pecho. Jamás en su vida había visto a una mujer más hermosa. A pesar de las muchas que había conocido, comprendió en lo más hondo de su ser, sentado en aquella extraña Sala Capitular, que por primera y quizá por última vez en su vida, se había enamorado de verdad. La mujer esbozó una gentil sonrisa y apartó la mirada. Ranulfo la miró con ansia y, a partir de aquel momento, el resto de la reunión no fue para él sino un lejano murmullo.

Corbett observó también cómo la joven viuda apartaba el rostro. ¿Puede ser?, se preguntó. ¡No, no podía ser! Experimentó un sobresalto y sintió que se le enfriaban las manos. *Lady* María tenía el mismo nombre, el mismo aspecto y el mismo porte que su primera mujer, muerta muchos años atrás. No podía creerlo y estaba tan alterado que perdió su habitual perspicacia y no se dio cuenta de que *lady* María había ejercido un efecto similar en su criado. Cade les miró con recelo a los dos y le dio a Corbett un ligero codazo.

—Vos, señor —gritó *lady* Imelda desde el otro extremo de la mesa—. ¿Sois acaso un bufón o un miserable sirviente? ¡Estoy hablando con vos!

Corbett esbozó una leve sonrisa e inclinó la cabeza.

—Os pido perdón, señora, pero mi viaje desde Winchester ha sido muy duro.

Estudió el autoritario rostro de la dama, sus firmes mejillas y la mirada de halcón de sus ojos y reprimió el impulso de contestarle en el mismo tono. Trató de concentrarse y, a pesar de la siniestra atmósfera que reinaba en la estancia, empezó a admirar en su fuero interno a aquellas gentiles damas, las únicas personas de Londres que parecían preocuparse por las numerosas mujeres obligadas a ejercer la

prostitución.

Las damas discutieron distintos asuntos. *Lady* Imelda explicó la forma en que se repartían la ciudad. Cada una de ellas se encargaba de un determinado barrio y habían creado unos refugios cerca de Santa María de Belén, en el callejón de Mark a un tiro de piedra de la Torre, en Lothbury y en la confluencia entre la calle del Jinete y la del Támesis. Allí les proporcionaban dinero y ropa, a algunas les buscaban marido y a otras les daban ropa, comida y unos cuantos peniques y las enviaban de nuevo a sus pueblos y aldeas.

Bajo la escueta descripción de *lady* Imelda Corbett intuyó una auténtico interés y una verdadera preocupación por otras mujeres menos afortunadas que ella. La orden se fundó unos veinte años atrás y las damas consiguieron establecer unos estrechos vínculos con los hospitales de San Bartolomé y San Antonio, donde los médicos ofrecían gratuitamente sus servicios, y con el Gremio de Boticarios que les vendía hierbas y medicinas a precios muy reducidos. «Mejor eso —pensó Corbett— que lo que hacían las superficiales damas de la corte cubiertas de joyas y vestidas de raso cuyas huecas cabecitas solo pensaban en embellecer sus rostros y llenarse el vientre».

La reunión terminó con una plegaria y, mientras las demás hermanas se retiraban hablando en voz baja y sonriendo tímidamente a los hombres, *lady* Catalina y *lady* María los acompañaron a una pequeña estancia cercana a la Sala Capitular. De repente, *lady* Imelda levantó la voz y proclamó a voz en grito su esperanza de que el rey se abrigara bien los hombros y bebiera los brebajes de hierbas que ella le enviaba.

—El rey siempre ha sufrido fluxiones —tronó la anciana cuya voz debió de resonar en medio Westminster—. Y de pequeño siempre estaba resfriado. ¡Cuánto desearía estar de nuevo a su lado! ¡Con un buen caballo entre las piernas les daría una buena lección a los malditos escoceses!

La dama bajó la voz cuando la puerta se cerró a su espalda.

Lady Catalina sonrió levemente mientras su compañera se apoyaba contra la pared y se cubría el rostro con una mano para disimular la risa.

—Debéis disculpar a *lady* Imelda —dijo *lady* Fitzwarren mientras se sentaban en unas banquetas alrededor de una baja y desvencijada mesa—. Se está quedando más sorda que una tapia y, aunque su lenguaje sea un poco soez, tiene un corazón de oro. —*Lady* Catalina proyectó los labios hacia afuera—. Me temo que no hay vino.

Corbett se encogió de hombros y dijo que no importaba. Estaba más interesado en estudiar a su criado, cuyos ojos no conseguían apartarse de *lady* María. Siguió la dirección de la mirada de Ranulfo. «Es muy hermosa —pensó—, y parece tan dulce como una paloma». Apretó las manos en puño sobre sus rodillas. Tenía que olvidar el pasado y advertir a Ranulfo de que *lady* María Neville no era una ramera con quien él pudiera tontear y gastar bromas.

—Bien —*lady* Catalina se inclinó hacia adelante y carraspeó, mirando a su compañera—. ¿Cuáles son vuestras preguntas, mi señor escribano? Sabíamos que ibais a venir —añadió—. El rey nos informó, pero *lady* Imelda siempre actúa de la

misma manera. —*Lady Catalina* se alisó el manto azul sobre las rodillas—. ¿Queréis preguntarnos algo acerca de las muertes de las chicas?

—Sí, señora mía.

—No sabemos nada. Hemos intentado averiguar algo, pero ni siquiera entre las mujeres con quienes trabajamos hemos oído el menor murmullo o la menor sospecha acerca de la identidad del asesino. —La dama se humedeció los labios con la lengua—. Nosotras trabajamos entre las más desgraciadas, entre aquellas que, aparentemente por lo menos, han sido abandonadas por Dios. Pero nosotras creemos que no es así, naturalmente. No nos interesa lo que hacen, a quién conocen, adonde van o qué hombres han utilizado sus cuerpos. Ni siquiera nos interesan sus almas. Nosotras las atendemos como personas, como mujeres atrapadas en la pobreza y la ignorancia, como mujeres que se dejan arrastrar por las vanas promesas de falsas riquezas. Creemos que, si podemos salvarlas de eso, todo se arreglará.

Corbett estudió a la mujer. No la comprendía. Era dura, pero amable; idealista y, al mismo tiempo, pragmática. Miró de reojo a Ranulfo y pensó que ojalá dejara de mirar a *lady* María y esta dejara de mirarlo a él con aquellos oscuros ojos de gacela que tan dulces recuerdos despertaban en su propia alma.

—¿O sea que no sabéis nada? —dijo.

—Nada en absoluto.

—¿Es eso cierto, *lady* María? —preguntó Corbett, volviendo la cabeza sin prestar atención al resoplido de Fitzwarren.

La joven carraspeó.

—*Lady Catalina* tiene razón.

Su voz era muy suave, pero Corbett percibió en ella la musical cadencia de un ligero acento. Le sonaba un poco a escocés. Recordó que los Neville eran una poderosa familia propietaria de grandes extensiones de tierra en Westmorland y en la frontera norteña.

—No sabemos nada, solo que alguien con un alma más negra que el carbón está asesinando a estas desventuradas —dijo en un susurro—. Al principio, cuando mataron a las primeras tres o cuatro, asistíamos a los entierros en San Lorenzo de la Judería, pero después yo dejé de hacerlo. Vos comprendéis por qué, ¿verdad, maese Corbett? La muerte tiene que ser algo más que envolver un cuerpo en una sábana sucia y arrojarlo a un hoyo como si fuera un montón de basura, ¿no os parece?

Corbett recordó lo que había visto en la iglesia aquel día y asintió con la cabeza.

—Hablemos de otra cosa.

Corbett hizo una pausa al oír las campanas de la abadía convocando a la misa de la tarde, aunque se preguntó con aire ausente si los monjes se debían de tomar la molestia de cumplir con sus deberes espirituales.

—¿De qué otra cosa tenemos que hablar? —preguntó bruscamente *lady* Catalina.

—De la muerte de *lady* Somerville, la hermana de esta orden que fue asesinada el lunes 11 de mayo cuando cruzaba Smithfield.

—En eso yo os puedo ayudar —dijo *lady* María, inclinándose hacia adelante con las manos sobre el regazo—. Celebramos una reunión aquí el mismo día en que la mataron y terminamos muy tarde. *Lady* Somerville y yo abandonamos Westminster. Decidimos ir a pie, pues hacía muy buen tiempo. Bajamos por Holborn y visitamos a unos pacientes del hospital de San Bartolomé. *Lady* Somerville abandonó el hospital, pero jamás regresó a su casa; la encontraron asesinada a primera hora de la mañana siguiente.

—¿Alguien le guardaba rencor por algo?

—No, era una dama muy discreta, austera y reservada. Había sufrido mucho en la vida.

—¿Por qué?

—Su esposo murió años atrás combatiendo en Escocia. Y creo que su único hijo Gilberto le había dado muchos quebraderos de cabeza. —*Lady* María miró a Corbett con semblante afligido—. A Gilberto Somerville solo le interesan los placeres de la vida y constantemente le recordaba a su madre que su padre, a pesar de ser un comandante del rey, lo único que había conseguido en la vida era que le clavaran una flecha en el cuello.

Corbett se incorporó en su asiento y posó la mirada en la pared de enfrente. Había demasiados participantes en aquel juego, pensó. El asesino podía ser cualquiera.

—Antes de su muerte, ¿dijo *lady* Somerville algo extraño o fuera de lo corriente? —preguntó Corbett.

—No —contestó Fitzwarren en tono irritado.

—Vamos —la voz de Corbett adquirió un tono ligeramente cortante—. Me han dicho que no paraba de repetir la frase *Cacullus non facit monachum*, el hábito no hace al monje.

—Sí, es cierto —terció *lady* María, acercándose la mano a la boca—. Lo decía constantemente. Es más, incluso me lo repitió el mismo día de su muerte.

—¿En qué circunstancias?

—Estábamos contemplando a los monjes que salían de la iglesia de la abadía. Yo comenté que todos parecían iguales y que, con los hábitos y las cogullas, era difícil distinguirlos. Y entonces ella repitió la frase. Le pregunté qué quería decir, pero se limitó a alejarse con una sonrisa en los labios.

—¿Eso es todo? ¿No hubo nada más?

—Sí, hubo algo. —Fitzwarren se sostuvo la cabeza con las manos—. La semana anterior a su muerte me preguntó si yo pensaba que nuestro trabajo merecía la pena. Le pregunté por qué lo decía y me preguntó a su vez de qué servía todo eso en un mundo perverso. Y el viernes anterior a su muerte, vos lo recordaréis sin duda, *lady* María, llegó con bastante retraso y parecía muy preocupada y alterada. Dijo que había ido a ver al padre Benito.

—¿Y no explicó por qué? —preguntó Cade.

Lady María dio una palmada y Corbett se volvió a mirarla.

—¡Acabo de recordar una cosa! —exclamó la dama, mirándoles con un destello de emoción en los ojos. Corbett reparó en lo hermoso que era su rostro cuando se despojaba de su recatada moderación—. Poco antes de llegar a San Bartolomé, me dijo que deseaba abandonar la orden. Traté de disuadirla de que lo hiciera y entonces me dijo que la abadía estaba llena de maldad. —*Lady* María se encogió de hombros—. Sé que suena muy raro, pero eso es lo que dijo.

—¿Participaba *lady* Somerville activamente en vuestras tareas?

—No —contestó Fitzwarren—. Por eso me resulta tan extraño lo que le dijo a *lady* María. Debéis saber que Somerville padecía reuma en las piernas y el hecho de caminar por la calle le suponía un gran esfuerzo, aunque los médicos decían que era bueno para ella. Su verdadero trabajo estaba en el lavadero de la abadía o, mejor dicho, en la sacristía del otro lado de la Sala Capitular. Era la encargada de la limpieza de los manteles del altar, las servilletas y las vestimentas.

—¿Y qué podéis decirme de la muerte del padre Benito?

—Murió en un incendio, mi señor escribano —contestó *lady* Fitzwarren—. Lo lamentamos muchísimo. No solo era nuestro capellán sino también un buen sacerdote. ¿Por qué lo preguntáis?

—¿Cómo estaba antes de su muerte? ¿Dijo algo que os llamara la atención?

—Es curioso que lo preguntéis, *sir* Hugo —dijo *lady* María, interrumpiéndole—. En realidad, no dijo nada, pero se mostraba muy apagado y distante. —La dama se encogió de hombros—. Pero no sé por qué. ¡Dios lo tenga en su gloria!

—¿Observasteis este detalle después de la visita de *lady* Somerville?

—Sí, pero ignoro de qué hablaron. *Lady* Somerville tenía muchas preocupaciones y el padre Benito era nuestro capellán.

Corbett se levantó.

—¿Hay algo más, señoras?

Ambas damas sacudieron la cabeza al unísono.

—No sé si me permitiríais ver el trabajo que hacéis —dijo Corbett en tono dubitativo.

—Salimos esta noche —contestó *lady* Catalina.

Corbett recordó súbitamente el rostro de Maeve y sacudió la cabeza.

—¡No, no, no puede ser!

—¿Pero dónde trabajáis exactamente? —preguntó Ranulfo.

—En nuestro mismo barrio —contestó *lady* María—. Farringdon.

Corbett experimentó una punzada de celos al ver la sonrisa que le dirigió la joven a Ranulfo.

—Pensamos que es mejor trabajar en un barrio donde nos sentimos más seguras porque nos conocen y siempre podemos contar con los guardias del barrio en caso de apuro —explicó—. ¿Mañana por la noche quizá?

Corbett inclinó la cabeza sonriendo.

—Quizá.

Ambas mujeres se levantaron y regresaron con ellos a la Sala Capitular. Corbett miró con recelo a sus dos acompañantes. Cade tenía fama de ser un hombre taciturno, pero, desde que entrara en la Sala Capitular, se había convertido en una sombra de sí mismo mientras que Ranulfo no cesaba de reírse por lo bajo y decir tonterías.

Una vez en la Sala Capitular, Corbett se detuvo en seco.

—¿Puedo echar un vistazo a la sacristía? Habéis dicho que estaba aquí, ¿verdad?

Lady Fitzwarren lo acompañó y abrió la puerta de la pared del fondo. Corbett asomó la cabeza; la sacristía era una simple estancia alargada, llena de casullas, cogullas y otras prendas sacerdotales colgadas de unos percheros en la pared. En los anaqueles había varios manteles de altar cuidadosamente doblados, servilletas para la ceremonia del lavado de las manos, amitos, estolas y casullas. Corbett no vio nada sospechoso y tanto menos nada que pudiera explicar la profunda desazón de *lady Somerville*. Se retiró y, al salir de la Sala Capitular, se despidió de ambas damas, besándoles las manos. Mientras se alejaba, se ruborizó, pensando que *lady María* le había apretado la mano con más firmeza de lo debido. Rodearon la abadía y recogieron sus caballos. Ahora Ranulfo se mostraba muy callado mientras que Cade recuperó repentinamente el habla y comentaba fascinado el temple de *lady Imelda*. Ranulfo sonrió al oírle describir gráficamente el arrojito de la anciana aristócrata, la cual no tenía el menor reparo en entrar en el Ayuntamiento para reprender al alcalde o los concejales cada vez que tenía alguna queja. Montaron en sus cabalgaduras y salieron por la puerta norte. Una vez en el camino, Corbett se detuvo para contemplar la oscura mole de la abadía de Westminster. Apretó fuertemente las riendas. Cuan grandes debían de ser las maldades que encerraba la gran abadía para haber provocado tantos temores en el padre Benito y *lady Somerville*. ¿Qué sabían estos para haber sufrido unas muertes tan bárbaras? Corbett clavó los ojos en una gárgola y le pareció que la criatura de piedra quería abalanzarse sobre él.

—Cuando termine todo este asunto —dijo—, el rey tendrá que intervenir y poner orden. Algo huele a podrido en nuestra gran abadía.

Se volvió y espoleó su montura para lanzarla al medio galope. La figura encapuchada que se ocultaba en una de las estancias de la abadía que daban a la Sala Capitular contempló cómo los tres hombres se alejaban por Holborn. Apretó un rosario en el puño, sonrió y soltó un bisbiseo semejante al silbido de una serpiente venenosa.

Al llegar a la posada del Obispo de Ely, Corbett y sus acompañantes se detuvieron y desmontaron. Cade se excusó, señalando que tenía otras obligaciones que cumplir y Corbett le vio doblar la esquina del callejón del Zapato.

—¿Qué le ocurre a Cade? —se preguntó en voz baja—. ¿Por qué está tan callado? ¿Qué tiene que ocultar?

Ranulfo se encogió de hombros y Corbett decidió reanudar su camino. Se mezclaron con la gente que intentaba abrirse paso por Newgate, donde el camino era más estrecho y estaba bloqueado por los carros que transportaban a la ciudad

productos del campo, frutas, centeno, avena, trozos de carne roja, ruidosos gansos y gallinas en jaulas de madera. Los caballos de tiro y las ruedas de los carros producían un estruendo semejante al fragor de los truenos en medio de una gran polvareda. Se oían maldiciones, gritos de repentinas peleas, restallar de látigos y tintineo de jaeces. Corbett giró a la izquierda junto a la puerta de la ciudad, bajando con Ranulfo por una callejuela cuyos rotos adoquines llenaban y bloqueaban el albañal que discurría por el centro. Tuvieron que avanzar con mucho cuidado, pues a veces había haches y profundos agujeros. Algunos estaban llenos de retama y virutas de madera mientras que otros eran letrinas repletas de todas las inmundicias nocturnas que la gente había arrojado desde las ventanas de las casas de ambos lados.

—¿Adónde vamos, amo mío?

—A San Bartolomé. Quiero echar un vistazo al alma de un asesino.

Capítulo 6

Cruzaron una calle y bajaron por un callejón más negro que la noche en el que las casas estaban tan juntas que los aleros de los pisos superiores se proyectaban hacia afuera hasta juntarse con los de enfrente, impidiendo con ello el paso del sol. Al final, llegaron a Smithfield, el gran espacio abierto lleno todavía de gente que visitaba la feria de caballos y especialmente de hombres acaudalados deseosos de participar en las subastas de las yeguas de Berbería. Paseaban por la feria numerosos jóvenes vestidos con gruesos jubones de hombros enguatados y cinturas muy marcadas, holgadas mangas de terciopelo, raso y damasco y ajustadas calzas que subrayaban la forma de la pantorrilla y el esplendor de sus entrepiernas. Llevaban del brazo a unas damas ataviadas con ricos vestidos de amplios escotes ceñidos con cinturones de seda, las cuales se cubrían la cabeza con unos llamativos tocados que se elevaban por encima de sus cejas y sus frentes, cubriendo por entero el cabello severamente recogido hacia arriba. Corbett esbozó una sonrisa al comparar su aspecto con los austeros atuendos y los rostros sin afeites de las Hermanas de Santa Marta.

Se abrieron camino entre la gente, pasaron por delante del gran poste carbonizado donde los criminales eran quemados en la hoguera y cruzaron la arcada del hospital de San Bartolomé, donde atravesaron un patio abierto y pasaron por delante de las cuadras, la herrería y otras dependencias anexas del largo y alto edificio construido en posición paralela a la iglesia del priorato. Un antiguo soldado convertido ahora en criado se ofreció a acompañarlos a pesar de lo a gusto que se encontraba en aquellos momentos, tomando el tibio sol de la tarde. Recorrieron varios pasillos y pasaron por delante de unas estancias muy limpias con los suelos cubiertos de juncos frescos salpicados de hierbas aromáticas y las ventanas abiertas de par en par para que entrara el aire. En cada estancia había tres o cuatro camas, donde Corbett vio a los enfermos y las enfermas con las cabezas apoyadas sobre grandes traveseros de lino. Casi todos ellos eran pobres desventurados de la ciudad, a quienes los monjes atendían, cuidaban o, por lo menos, ayudaban a morir con cierta dignidad. El viejo soldado se detuvo y llamó con los nudillos a una puerta.

—¡Adelante! —contestó una voz, y Corbett y Ranulfo entraron en una estancia sin apenas mobiliario. Se aspiraba en el aire la fragancia de los tarros y cuencos de hierbas trituradas y brebajes. El boticario padre Tomás se encontraba sentado de espaldas a ellos con la cabeza inclinada sobre una mesa situada bajo una ventana.

—¿Quién es? —preguntó en tono irritado por el hecho de que lo interrumpieran en plena tarea de seccionar una raíz con un pequeño y afilado cuchillo.

—¡Nos vamos si no nos queréis, padre!

El monje se volvió. Era un hombre alto y feo, pero la expresión de su rostro parecía amistosa.

—¡Hugo! ¡Ranulfo! —exclamó el padre Tomás mientras sus caballunas facciones se arrugaban en una cordial sonrisa. El monje se levantó y estrechó la mano del

escribano al que conocía desde sus tiempos en Oxford. Corbett se la estrechó con fuerza.

—Ahora soy un *sir*, cura.

El padre Tomás se inclinó en una burlona reverencia, saludó a Ranulfo y preguntó por Maeve. Después se volvió con intención de tomarle el pelo al criado, pero este sonrió sin darle pie para las consabidas bromas que solía gastar a sus íntimos amigos. El padre Tomás acercó unas banquetas.

—¿Os apetece comer algo? —preguntó.

—Sí —contestó Corbett, que aquel día solo había comido un pequeño cuenco de carne y lo había vomitado casi todo en el cementerio de San Lorenzo de la Judería.

El padre Tomás asomó la cabeza por la puerta y llamó a alguien del exterior. A los pocos minutos entró un hermano lego con una bandeja de pequeñas hogazas recién sacadas del horno y dos jarras llenas hasta el borde de espumosa cerveza.

—La he elaborado yo mismo —explicó orgullosamente el padre Tomás.

Corbett tomó un sorbo de la fría y amarga cerveza y esbozó una complacida sonrisa mientras Ranulfo soltaba un murmullo de aprobación.

—Bien —dijo el padre Tomás, sentándose frente a ellos—. ¿En qué puedo ayudaros, Hugo? ¿Más asesinatos? ¿Algún insólito veneno?

—No. Quiero que me permitáis echar un vistazo al alma de un asesino. ¿Os habéis enterado de las muertes de las prostitutas y del asesinato de *lady* Somerville?

—Sí, por supuesto.

—Tengo entendido que *lady* Somerville os visitó la noche de su muerte, ¿verdad?

—Sí, en efecto.

Corbett se inclinó hacia adelante.

—Decidme, padre, ¿qué clase de hombre puede perseguir a las prostitutas, cortarles la garganta y mutilarles los órganos genitales?

El padre Tomás hizo una mueca.

—Yo sé que la digital influye sobre el corazón, Hugo, pero... —El monje sacudió la cabeza—. Sé que el arsénico rojo en pequeñas dosis alivia las molestias estomacales, pero, en dosis masivas, revienta el estómago. El cómo y el porqué no os lo puedo decir. Por lo que respecta a la mente, el cerebro y el espíritu, soy un ignorante. —El clérigo respiró hondo, se volvió y tomó una amarillenta calavera que tenía sobre su escritorio—. Mirad, Hugo, esta calavera albergó en otros tiempos un cerebro. En la palma de mi mano sostengo un receptáculo que antaño tuvo la capacidad de reír, llorar, contar historias, cantar, tal vez sondear los misterios divinos o proyectar el edificio de una gran catedral. —El padre Tomás depositó la calavera a su lado en el suelo—. Cuando estudiaba en Salerno conocí a un médico árabe, el cual afirmaba que la mente humana, el contenido del cráneo que os acabo de mostrar y el funcionamiento del cerebro son un misterio tan grande como la naturaleza de Dios. —El monje se alisó el hábito, disponiéndose a entrar de lleno en el tema—. Os lo diré con toda franqueza, Hugo, aquellos médicos tenían un sinfín de teorías. Algunos

pensaban que todas las enfermedades humanas tenían su origen en la mente. Llegaban incluso a decir que las personas que sanan por medio de los milagros se curan ellas mismas. También afirmaban que, de la misma manera que el cuerpo sufre los efectos de lo que come y lo que bebe, la mente también sufre los efectos de las experiencias que vive. ¿Y si hubiera hombres con mentes retorcidas y un instinto innato de matar?

—¿Vos lo creéis, padre?

—Más bien no.

—Pues entonces, ¿cómo explicar el comportamiento de nuestro asesino?

El padre Tomás se miró las manos.

—Volvamos un paso atrás. Aquellos árabes que os digo afirmaban que el cerebro, la mente, se moldea mediante las experiencias. Si, por ejemplo, una persona sufrió malos tratos en su infancia, de mayor someterá a malos tratos a los demás. Algunos sacerdotes rechazan esta teoría y dicen que todo mal es obra de Satanás.

—¿Y vos qué decís, padre?

—Creo que es una combinación de ambas cosas. Si un hombre bebe demasiado —dijo el padre Tomás, mirando con una sonrisa a Ranulfo—, se le hincha el vientre, se le pone la cara colorada y se le nubla la razón. Y, siguiendo la misma analogía, si la mente se alimenta de odio y rencor, ¿qué pensáis que puede ocurrir?

—¡Lo siento, padre, pero no lo sé!

—Bueno pues, el asesino de esas muchachas podría ser alguien que ha saciado todos sus deseos sexuales y ahora quiere ampliar su poder. Se comporta como si tuviera poder sobre la vida y la muerte.

—¿O sea que el hecho de cortarles la garganta forma parte de un acto sexual?

—Tal vez.

—¿Y por qué la mutilación?

—Ah. —El padre Tomás arqueó las cejas—. Eso podría contradecir mi teoría. A lo mejor, el asesino es alguien que ha perdido la potencia sexual o que solo puede alcanzarla a través de ese acto tan abominable. —El padre Tomás se alisó el ralo cabello con los dedos—. No conozco los detalles, pero sospecho que esta última teoría es la más acertada. Vuestro asesino, Hugo, odia a las mujeres y a las prostitutas en particular. Les echa la culpa de algo, las considera culpables de sus desgracias y se cree con derecho a ejecutar una sentencia contra ellas.

—¿O sea que se trata de un asesino?

—Sí, y probablemente lo ha vuelto loco el cáncer de odio que tiene dentro.

—¿Y una persona así se comporta en todo momento como si estuviera loca?

—No, al contrario. De hecho, estos asesinos son tremendamente astutos y utilizan toda suerte de trucos y extravagancias para correr una cortina sobre sus malas acciones.

—¿O sea que podría ser cualquiera?

El padre Tomás se inclinó hacia adelante.

—Hugo, podríais ser vos, podría ser yo, o podrían ser Ranulfo, el rey o el arzobispo de Canterbury. —El padre Tomás vio una expresión de asombro en los ojos de Corbett—. También podría ser un clérigo e incluso alguien que llevara una vida aparentemente piadosa. ¿Habéis oído hablar del asesino de Montpellier?

—Pues no.

—Hace unos diez años en Francia, en la ciudad de Montpellier, andaba suelto un asesino parecido. Mató a más de treinta mujeres antes de ser apresado. ¿Sabéis cuál era su identidad? Un clérigo. Un brillante maestro de leyes en la universidad. No os quiero asustar, Hugo, pero el asesino podría ser la persona que menos pensáis.

—Padre Tomás —dijo Ranulfo, inclinándose hacia adelante. Se había despertado de su apatía al oír las estremecedoras palabras del cura—. Padre Tomás —repitió—, quizá podría llegar a comprender que semejante hombre matara a las prostitutas, pero ¿por qué a *lady* Somerville?

El padre Tomás sacudió la cabeza.

—No puedo responder a eso, Ranulfo. A lo mejor, era la única mujer que tenía a mano en aquel momento.

—Pero no la mutiló.

—A lo mejor, el asesino estaba enojado con ella porque ayudaba a las víctimas de sus maldades o...

—¿O qué, padre?

—A lo mejor, conocía la verdadera identidad del asesino y había que callarle la boca.

Corbett posó su jarra de cerveza.

—Es curioso que digáis eso, padre, pues *lady* Somerville repetía constantemente la frase: «El hábito no hace al monje».

—Sí, es un dicho muy conocido y muy apropiado para vuestra tarea, Hugo. Nadie es lo que parece. —El padre Tomás se levantó y apretó el nudo del cordel que le ceñía la cintura—. No os puedo ayudar a resolver la muerte de *lady* Somerville, pero aguardad un momento. —Se acercó a la puerta, llamó a un hermano lego y le dio unas instrucciones en voz baja—. He mandado llamar a alguien que quizá os pueda ayudar. Y ahora decidme, Hugo, ¿qué os parece mi cerveza?

Se encontraban en plena conversación acerca de las virtudes de la cerveza cuando una llamada a la puerta los interrumpió e inmediatamente entró en la estancia un joven monje de terso rostro y cabello rubio rojizo.

—Ah, fray David.

El padre Tomás hizo las presentaciones de rigor.

El monje miró a Corbett con una sonrisa que dejó al descubierto sus separados dientes y confirió a su pecoso rostro un aspecto todavía más aniñado.

—¿En qué puedo servirlos, maese Corbett?

—Hermano, el lunes 11 de mayo estuvieron aquí dos mujeres pertenecientes a la orden de Santa Marta. *Lady* Somerville y *lady* María Neville.

—En efecto, vinieron a visitar a dos enfermas a las que habíamos acogido.

—¿Y qué ocurrió?

—Se pasaron aproximadamente una hora charlando y después *lady* Somerville dijo que tenía que irse. *Lady* María intentó impedirselo y se ofreció a acompañarla cruzando con ella Smithfield, pero *lady* Somerville dijo que no, que no le ocurriría nada. Se fue y no hubo más.

—¿Cuándo se fue *lady* María Neville?

—Muy poco después que ella.

—¿Y qué camino siguió?

El joven monje sonrió.

—En eso no os puedo ayudar, maese Corbett.

Corbett le dio las gracias y, cuando estaba a punto de abandonar la estancia, fray David se volvió de repente.

—Me he enterado del asesinato de *lady* Somerville —dijo—. Su cuerpo fue encontrado cerca del patíbulo de Smithfield, ¿verdad?

—Sí, en efecto.

El monje ladeó la cabeza hacia la ventana.

—Está oscureciendo y la feria de caballos ya ha terminado. Si queréis y pensáis que eso os podría ser útil, sé que hay un mendigo medio loco, un hombre que perdió ambas piernas en la guerra del rey. Por la noche duerme al pie del patíbulo; se siente más seguro allí. —El joven monje se encogió de hombros—. A lo mejor, vio algo. Una noche le oí gritar, mientras pasaba por delante de la puerta del priorato, que el demonio andaba suelto en Smithfield. Le pregunté qué quería decir, pero él vive en su propio mundo y siempre dice que ve visiones.

El joven monje cerró la puerta a su espalda y Corbett miró primero al padre Tomás y después a Ranulfo.

—Es aterrador —murmuró—. El asesino podría ser cualquiera, pero no sé por qué me parece que la muerte de *lady* Somerville es la raíz de todo lo demás.

Tras despedirse del padre Tomás, Corbett quiso conocer a las marchitas ancianas a quienes *lady* Neville y *lady* Somerville visitaron la noche del 11 de mayo. Sin embargo, las mujeres estaban medio aturdidas, sus mentes vagaban sin rumbo y sus palabras eran totalmente inconexas, por lo que Corbett decidió dejarlo correr. En el patio del hospital se arrebujó en su capa y, al mirar a Ranulfo, vio que seguía muy apagado y como perdido en sus propios pensamientos.

—Ranulfo —le dijo en tono burlón—, ¿qué te ocurre?

—Nada, amo mío.

Corbett lo tomó del brazo y se inclinó hacia él.

—¡Vamos, hombre, has estado más callado que una monja!

Ranulfo se soltó, se apartó y levantó los ojos contemplando la creciente oscuridad; el azul del cielo aparecía teñido con los moribundos rayos del sol poniente y una suave brisa les llevaba los lejanos rumores de la ciudad.

—Hay algo —musitó—. Pero no quiero hablar de ello.

—¿Y lo demás?

Ranulfo lanzó un suspiro.

—A lo mejor, me estoy haciendo viejo, amo mío. Salgo a beber y a divertirme en las tabernas y me encuentro con la clase de chicas a las que este asesino ha matado. Veo cómo les bailan los ojos de alegría. Bromeo con ellas y les pago con oro. —El criado hinchó los carrillos—. Ahora estoy viendo otra faceta de sus vidas y...

—¿Y qué?

—Lo que más miedo me da, amo mío, es lo que ha dicho el padre Tomás. El asesino podría ser cualquiera. Si vos y yo no hubiéramos estado en Winchester, estaríamos bajo sospecha como todos los hombres de esta ciudad, incluido nuestro amigo Alejandro Cade.

Las facciones de Corbett se endurecieron.

—¿Qué quieres decir, Ranulfo?

—Pues que Cade es un buen representante de la justicia. Jamás acepta sobornos. Es un hombre recto y despiadado. Por consiguiente, ¿por qué ha estado tan callado en la abadía? He observado, además, que en San Lorenzo de la Judería abandonaba enseguida el depósito de cadáveres y se mantenía apartado. Tal vez me equivoque, amo mío, pero estoy de acuerdo con vos, creo que oculta algo.

—Me parece que todo el mundo oculta algo —dijo Corbett—. Ya has oído al padre Tomás. Nos enfrentamos con un hombre que lleva una doble vida; de día es normal, pero de noche sale a la calle dispuesto a cometer asesinatos. Bueno, Ranulfo, tápate la nariz y ármate de valor. Ya es hora de que vayamos a visitar el patíbulo.

Abandonaron el priorato y cruzaron la desierta explanada del mercado de Smithfield. Aún quedaban algunos rezagados: un tratante de caballos que intentaba vender dos viejos jamelgos que apenas se tenían en pie; un vendedor ambulante en cuya carretilla apenas quedaban manzanas; dos muchachos que daban puntapiés a una hinchada vejiga de cerdo y un borracho que, apoyado contra el tronco de un olmo, entonaba una atrevida canción. Ahora ya había oscurecido casi por completo. Pasaron por delante del lugar donde los criminales eran quemados en la hoguera y empezaron a subir por la suave ladera, en cuya cima se levantaba el gran patíbulo de tres brazos. La brisa nocturna empujaba hacia ellos el agrisulce olor de la corrupción. Corbett y Ranulfo levantaron inmediatamente los embozos de sus capas para cubrirse la boca y la nariz, pues, en medio de la penumbra, se distinguían los cadáveres de los ahorcados colgando todavía de las sogas. Corbett le dijo a Ranulfo que se quedara donde estaba y se adelantó para ir a echar un vistazo. Procuró no mirar las cabezas ladeadas, los vientres hinchados y los descalzos pies balanceándose como si todavía quisieran tocar la tierra. Rodeó el patíbulo: nada. De pronto, oyó el ruido de unas tablillas de madera, se detuvo y esperó. Una extraña criatura se estaba acercando por el camino de tierra batida que conducía al patíbulo. En medio de las sombras del ocaso parecía un enano envuelto en andrajos. La figura se detuvo en seco al ver a

Ranulfo, alargó la mano y empezó a pedir limosna con voz lastimera. Después vio a Corbett bajando con paso decidido hacia él. La mano se retiró y, a pesar de las tablillas de madera que llevaba ajustadas a los muñones de las rodillas, el sujeto dio media vuelta con tanta rapidez como un conejo.

—¡No te vayas! —le gritó Corbett.

Ranulfo agarró al mendigo por el hombro. El pordiosero empezó a gimotear y su arrugado rostro se torció en una mueca de súplica.

—¡Soltadme, por el amor de Dios! —gritó—. ¡Soy un pobre mendigo!

Corbett se acercó y se agachó delante de él. Vio el brillo de la locura en sus ojos, sus mejillas y su mandíbula sin rasurar y los hilillos de saliva que le caían por las comisuras de su desdentada boca.

—Tú vienes aquí todas las noches, ¿verdad?

El tipo seguía tirando de la mano de Ranulfo.

—No queremos hacerte daño —añadió Corbett en tono tranquilizador—. De veras que no.

Alargó una mano en cuya palma el mendigo vio brillar unos cuantos peniques y dos monedas de plata. El hombre sonrió y se calmó.

—Venís en son de paz —dijo—. Venís a ayudar al viejo Hierbacana. —Mientras el hombre se balanceaba hacia adelante y hacia atrás sobre las tablillas de madera, Corbett tuvo la desagradable sensación de estar hablando con alguien medio enterrado en la oscura tierra—. No me queréis hacer daño —repitió.

Corbett le vio levantar la mugrienta mano, pidiendo las monedas.

—Son tuyas si nos dices lo que viste —le susurró.

—Veo visiones —contestó el mendigo, ya más tranquilo al ver que Ranulfo le soltaba el hombro—. Veo vagar el demonio por aquí. Por eso me escondo entre los muertos. Ellos me protegen. A veces les hablo. Les digo lo que sé y lo que veo y, a veces, ellos me hablan a mí. Me cuentan lo tristes que están. —El tipo esbozó una taimada sonrisa—. Yo nunca estoy solo. Ni siquiera en invierno. —Señaló las luces del hospital de San Bartolomé—. Cuando se va el sol, yo también me voy. Duermo en el sótano, pero allí no veo visiones.

—¿Y qué es lo que viste? —le preguntó Corbett—. La noche en que murió la anciana.

El mendigo puso los ojos en blanco.

—Lo he olvidado. —Unas monedas cambiaron de mano—. ¡Ya me acuerdo! —gritó, dejando casi sordo a Corbett.

—¡Calla! —le dijo Corbett acercándose un dedo a los labios—. Dímelo y el resto del dinero será tuyo.

Hierbacana torció el cuello y movió la cabeza en dirección al patíbulo.

—Yo estaba allí, hablando con mis amigos.

Corbett comprendió de repente que se refería a los ahorcados que colgaban de las sogas.

—De repente, oigo unas pisadas y veo una figura surgiendo de la oscuridad. Una mujer.

—¿Y después?

—Oigo unas pisadas.

—¿Cómo sonaban?

—Muy lentas. El demonio pesa mucho, ¿sabéis?

Corbett miró exasperado a Ranulfo. El mendigo estaba algo loco y cualquiera sabía qué parte de su relato era verdadera y qué parte era fruto de su imaginación.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Yo sé que es el demonio —repitió el mendigo—. Quiero avisar a la mujer, pero ella se detiene. Mira hacia la oscuridad y grita: «¿Quién anda ahí?».

»El demonio se acerca un poco más y ella le dice: "Ah, sois vos".

—Repítelo.

—La mujer dice: «Ah, eres tú».

—¿Qué ocurrió a continuación?

—El demonio se acerca un poco más. Oigo el silbido de una cuchillada y el demonio desaparece.

—¿Qué aspecto tenía el demonio?

—Llevaba una capa y unas grandes sandalias negras en los nudosos pies.

—¿Unas sandalias? —exclamó Corbett mirando a Ranulfo—. ¡Uno de nuestros amigos los monjes!

—¡Oh, no! —gritó el mendigo—. Era el señor Satanás y se fue volando con sus grandes alas de murciélago en medio del aire de la noche.

Corbett suspiró y le entregó al mendigo el resto de las monedas.

—Demasiado bueno para ser verdad —murmuró—. ¡Vamos, Ranulfo, ya hemos hecho suficiente!

Corbett y Ranulfo cruzaron la ciudad a oscuras y regresaron a la calle del Pan. Encontraron la casa totalmente alborotada. Maltote ya había regresado. Él y Ranulfo se fundieron en un apretado abrazo como si fueran unos hermanos que llevaran mucho tiempo sin verse. Poniendo los ojos en blanco, Corbett besó a Maeve y a la pequeña Leonor que lo miraba con emocionado asombro y subió a su dormitorio. Maeve lo siguió con una copa de vino y se sentó a su lado en la cama.

—¡Fuera está muy oscuro! —dijo Corbett en tono cansado, mirando hacia la ventana de celosía—. Más oscuro que el infierno —añadió—. Hay un mal siniestro y brutal. ¡No es un mal humano como el ansia de poder de De Craon o el afán de Eduardo de ser visto como el nuevo Justiniano de Occidente! —Corbett asió a su mujer por la muñeca—. ¡No quiero que salgas sola y menos de noche, no quiero que lo hagas hasta que termine todo este asunto!

Posó la copa de vino, abrazó a su mujer y la besó suavemente en el cuello, pero, cuando levantó los ojos, la oscuridad aún seguía empujando contra la ventana.

A la mañana siguiente, Corbett se levantó muy temprano, desayunó en la

despensa, le dijo a Griffin, que estaba trajinando en la cocina, que no le molestara nadie y se retiró a su pequeño gabinete de escritura de la parte trasera de la casa. Sacó un trozo de pergamino, lo alisó con piedra pómez y empezó a elaborar una lista de todo lo que sabía.

Primero: Dieciséis prostitutas han sido asesinadas. A razón de una por mes, generalmente el día 13 o alrededor de ese día. Todas han sido asesinadas de la misma manera: con las gargantas cortadas y los cuerpos mutilados. Casi todas murieron en sus habitaciones, pero la última fue asesinada en una iglesia. (Corbett mordió el extremo de la pluma. ¿Qué más sabía?). Según Cade, todas las víctimas eran jóvenes y, en su mayoría, cortesanas más que vulgares mujeres de la calle. ¿Por qué razón el asesino mostraba predilección por aquellas y parecía despreciar a las viejas brujas y las pintarrajeadas prostitutas que dormían en las malolientes callejuelas? (Corbett echó la cabeza hacia atrás). Si casi todas fueron asesinadas en sus habitaciones, eso quería decir que abrieron la puerta a su asesino y le franquearon la entrada. ¿Era alguien de quien ellas se fiaban? ¿Quién podía ser? ¿Algún ricachón? ¿Un cliente común a todas ellas? ¿Un funcionario municipal? ¿Un clérigo tal vez? (Corbett se rascó la frente). Sin embargo, Cade le había dicho que nadie vio nada. ¿Quién era el asesino? ¿Quién había entrado subrepticamente como la sombra de la muerte, había apuñalado y mutilado y después había desaparecido como un fuego fatuo infernal? ¿Y por qué el día 13? ¿Sería alguna fiesta satánica? ¿Significaría algo aquella fecha? ¿Y por qué una al mes? ¿Cuál podía ser el motivo? (Corbett se estremeció al recordar las palabras del padre Tomás. Mojó las pluma en el tintero y siguió escribiendo).

Segundo: La muerte de *lady* Somerville. La habían matado al aire libre. De ser cierto lo que decía el mendigo, y él desconfiaba mucho de sus desvaríos, *lady* Somerville debía de conocer a su asesino, pues la había llamado en la oscuridad. ¿Sería aquel detalle una clave para descubrir al asesino? (Una vez más, Corbett buscó el común denominador). ¿A quién conocía *lady* Somerville? ¿Por quién detuvo sus pasos en la oscuridad? ¿Por un cura? ¿Por un monje? ¿Por un funcionario municipal? ¿Alguien de su clase? ¿Alguien en quien ella confiaba?

Tercero: ¿Qué quiso decir *lady* Somerville con la frase «El hábito no hace al monje»? ¿Sería una alusión a la doble vida del asesino? ¿O acaso se refería a la vida privada de algún monje o sacerdote? (El escribano se mordió los labios y sacudió la cabeza). ¿Y si *lady* Somerville se hubiera referido a otro escándalo, quizá a algo que había visto en Westminster? ¿Sería su asesino la misma fiera sanguinaria que había matado a las prostitutas? ¿O quizá era otro que quería que lo pareciera?

Cuarto: El padre Benito. ¿Cuál era la razón de su inquietud? ¿Por qué le había enviado aquel críptico mensaje a Cade? ¿No era extraño que Cade no hubiera conseguido encontrar al asesino ni descubrir la verdad que se ocultaba detrás de los temores del cura? ¿Existía alguna relación entre el asesinato del padre Benito y las muertes de las prostitutas?

Quinto: Ricardo Puddlicott. ¿Estaría aquel maestro del engaño implicado en alguna de las sutiles intrigas de De Craon? ¿Tendría todo aquello algo que ver con las muertes que él investigando?

Corbett se reclinó en su asiento mientras en su mente se arremolinaban las distintas posibilidades.

—¿Cuántos misterios hay? —se preguntó en un susurro—. ¿Uno, dos o tres? ¿No tienen nada que ver entre sí o están relacionados?

—¡Hugo!

Corbett se volvió. Maeve le estaba mirando con ojos adormilados desde la puerta. Parecía un fantasma, envuelta en aquella blanca manta de lana. Se acercó y le besó suavemente en la cabeza.

—Estás hablando solo —le dijo.

—Lo hago siempre. —Corbett miró a su mujer—. ¿Está levantado Ranulfo?

—Duerme como un cerdo. Lo he oído roncar desde el pie de la escalera. Anoche él y Maltote salieron juntos. No digas nada, Hugo, pero me parece que nuestro Ranulfo está enamorado.

Corbett sonrió, pero se sintió acongojado.

—¿Tú sabes quién puede ser, Hugo?

—No —mintió Corbett—. Ya sabes cómo es Ranulfo, Maeve. Su vida amorosa es tan compleja y enrevesada como uno de tus bordados.

Maeve giró sobre sus talones.

—Ah, por cierto —dijo, volviendo la cabeza—. Maltote me ha comunicado una noticia. ¡Mi amadísimo tío lord Morgan estará aquí dentro de una semana!

Corbett esperó a que Maeve cerrara la puerta a su espalda.

—Dios mío —dijo, lanzando un suspiro—. ¡Ranulfo está enamorado de *lady* María Neville y estoy seguro de que hará alguna tontería y la presencia de tío Morgan agravará la situación!

—Te dije que no hablaras solo. ¡O sea que es *lady* María Neville!

Corbett giró en redondo.

—¡Serás bruja! —gritó—. ¡Pensaba que te habías retirado!

—*Lady* María Neville —dijo Maeve, mirándole con asombro—. He oído hablar de ella. Ranulfo apunta muy alto. Quién sabe —añadió, ocultándose detrás de la puerta antes de que Corbett pudiera arrojarle algo—, ¡la próxima vez cortejará a una princesa galesa!

Corbett sonrió y regresó a sus notas. Recordó su conversación con Cade y se rascó furiosamente la cabeza. Trataba de encontrar una pauta, pero, si había alguna, ¿por qué no daba con ella? Tomó de nuevo la pluma.

Punto primero: De Craon, ¿qué papel desempeñaba?

Punto segundo: ¿Dónde estaba Puddlicott? ¿Por qué había aparecido primero en

París y después en Londres? ¿Qué estaba haciendo? ¿Había alguna relación entre él y De Craon? ¿Tendría alguno de ellos o los dos algo que ver con los asesinatos?

Punto tercero: ¿Qué ocultaba Cade?

Punto cuarto: ¿Qué ocultaba Warfield?

Punto quinto: ¿Qué habría querido decir *lady* Somerville con su misterioso comentario acerca de los monjes y de la maldad que encerraba Westminster? ¿Se habría convertido el padre Benito en su confidente? ¿Sería una sola persona la culpable de sus muertes? Punto sexto: ¿Sería su asesino el mismo que había matado a las prostitutas? En caso afirmativo, el asesino habría estado ocupado toda la semana a partir del día 11 de mayo: mató a Somerville, al padre Benito y a la prostituta Isabeau en tres noches seguidas. Punto séptimo: Inés, la última víctima y cuyo cadáver él había visto. La asesinaron dos días atrás mientras él regresaba a la ciudad. Su muerte tuvo lugar el día 20, no el 13. ¿Por qué?

Corbett se estremeció. ¿Estaría Cade en lo cierto? ¿Habría alguna pauta? ¿O acaso estaban buscando a uno, dos o quizá tres asesinos?

Capítulo 7

Una hora después, inquieto y contrariado, Corbett salió de casa, jurando decirle un par de palabras a Ranulfo, el cual todavía dormía la borrachera de la víspera. Maeve estaba ocupada con los preparativos para la llegada de su «amado» tío y él tenía el firme propósito de desenredar la maraña de misterios con la que se enfrentaba. Al cruzar el abarrotado mercado de West Cheap, se detuvo para preguntarles a los guardias si había alguna novedad en la ciudad, pero estos sacudieron la cabeza.

—Nada, señor —fue la respuesta—. Han robado en una casa de la calle de las Tres Agujas, dos bribones armados con catapultas han roto una ventana en Lothbury y un estudiante de Oxford se emborrachó y tocó la gaita en Bishopsgate.

Corbett dio las gracias con una sonrisa, bajó por la calle de la Leña y entró en la calle de la Iglesia de la Gracia, donde los comerciantes de la madera ya estaban abriendo sus tenderetes, dispuestos a iniciar un ajetreado día de trabajo. Le preguntó una dirección a un vocinglero aprendiz y el chico sacudió la *cabeza*, contestando a gritos que no tenía ni idea de que en el barrio viviera ningún francés. Una moza que acarrea dos baldes de agua desde el Canal le indicó la casa que había alquilado De Craon, un pequeño y ruinoso edificio de dos plantas encajado entre dos tiendas. Al oír las campanas anunciando la primera misa del día, Corbett sonrió para sus adentros y confió en llegar lo bastante temprano como para despertar a De Craon de un pacífico sueño. Levantó la gran aldaba de latón, la descargó con fuerza y repitió rápidamente la llamada. Oyó unas pisadas, se abrió la puerta y apareció De Craon vestido con un jubón rojo oscuro y unas calzas de cuero remetidas en unas negras y flexibles botas de montar. Su taimado rostro de raposa lo acogió con la más hipócrita de las sonrisas.

—Mi querido Hugo, os estábamos esperando. —Tomó la mano de Corbett y la estrechó con fuerza—. Os veo cansado, Hugo. ¿O acaso debo llamaros lord Corbett? —Los juntos y verdes ojos del francés brillaron con burlona malicia—. Pues sí, ya me he enterado de la noticia. ¡Pasad! ¡Pasad!

Corbett siguió al hombre que tanto deseaba su muerte hasta una pequeña estancia de la planta baja. La habitación se encontraba en muy mal estado, con unos juncos muy sucios en el suelo, un montón de frías cenizas en la chimenea y unas paredes agrietadas y desconchadas. De Craon se acercó a la mesa y tomó una astillada y desvencijada silla que se tambaleaba peligrosamente.

—¡Os ruego que os sentéis!

Corbett aceptó recelosamente la invitación de De Craon mientras este se sentaba en una esquina de la mesa con las piernas colgando. A Corbett le molestó la astuta y maliciosa sonrisa del francés. De Craon dio unas palmadas.

—Bueno, Hugo, será una visita de cortesía, supongo. Ah, por cierto —se inclinó hacia adelante y tocó la mano de Corbett—, he conocido a *lady* Maeve. Tenéis una

hija preciosa. Se parece a su madre. ¿Os apetece un poco de vino?

—¡No!

La sonrisa de De Craon se desvaneció.

—Muy bien, Corbett, ¿qué deseáis?

—¿A qué obedece vuestra presencia aquí, De Craon?

—Soy portador de mensajes de cortesía y amistad de mi señor el rey de Francia.

—¡Eso es mentira!

De Craon miró enfurecido a Corbett.

—Cualquier día de estos, Hugo —dijo en un burlón susurro—. ¡Cualquier día de estos, os haré tragar vuestros insultos!

—¡Eso no son más que promesas, De Craon! —replicó Corbett sonriendo—. Aún no me habéis dicho por qué estáis en Inglaterra y por qué os habéis quedado en Londres.

De Craon se levantó y se dirigió al otro extremo de la mesa.

—Tenemos mercaderes franceses que viven aquí y tienen intereses que afectan al rey Felipe. Vosotros los ingleses tenéis fama de ser hostiles con los extranjeros.

—¡En tal caso, De Craon, debéis tener mucho cuidado!

—Ya lo tengo, Hugo, y vos también deberíais tenerlo. ¿Dónde habéis dejado a vuestra sombra Ranulfo?

—A la entrada de la calle —mintió Corbett—. Sentado en una taberna con un grupo de jóvenes arqueros que aguardan mi regreso.

De Craon ladeó la cabeza.

—Estabais en Winchester y ahora estáis en Londres. ¿Por qué ha enviado el rey a su muy fiel escribano y Custodio del Sello Secreto de nuevo a la ciudad? —De Craon se acercó un dedo a los labios—. Se han cometido unos asesinatos —añadió como si estuviera hablando solo—. Sé que los grandes personajes de la ciudad no quieren que sus pecados secretos salgan a la luz. Han asesinado a *lady* Somerville y, además, se ha producido un misterioso incendio en la casa del viejo capellán del rey, el padre Benito. —De Craon esbozó una afectada sonrisa mientras se alisaba el ralo cabello pelirrojo—. ¿Y ahora qué más? —preguntó con fingido asombro.

—Ricardo Puddlicott.

De Craon abrió y cerró la boca.

—Ah, sí, Puddlicott.

—¿Conocéis a Puddlicott?

—Por supuesto que sí. —El francés miró a Corbett sonriendo—. Un conocido criminal inglés. ¿Cómo llamáis aquí a los de su clase, un estafador que abusa de la confianza de los demás? Es buscado por nuestro preboste de París con tanto afán como por vuestro alguacil de Londres.

—¿Por qué razón?

—Por las mismas razones que en Londres.

—Pues entonces —habló Corbett muy despacio—, ¿por qué vieron a Puddlicott

tan bien atendido por maese Guillermo Nogaret, el más íntimo consejero de vuestro rey?

De Craon no se inmutó.

—Puddlicott es un criminal, pero nos es muy útil. Nos vende secretos. Cosas que él considera valiosa información, tal como seguramente vuestro amo compra secretos a traidores franceses.

Corbett oyó un ruido y se levantó. No estaba tranquilo en aquella casa tan silenciosa y polvorienta. Se volvió a mirar hacia la puerta justo en el momento en que un desconocido entraba sigilosamente en la estancia.

—Ah, Raúl. —De Craon rodeó la mesa—. Maese Corbett o, mejor dicho, *sir* Hugo, permitidme que os presenté a Raúl, vizconde de Nevers, enviado especial del rey Felipe a Flandes y los Países Bajos.

De Nevers estrechó cordialmente la mano de Corbett y este le cobró inmediatamente simpatía. Se parecía un poco a Maltote, pero era más alto y delgado y tenía el cabello rubio y unas regulares facciones un tanto aniñadas. A Corbett no le pasaron inadvertidas la perspicacia de sus ojos y la firmeza de su boca y su mandíbula. Comprendió por qué razón le había gustado a Maeve. Poseía un lánguido encanto y un trato sencillo y abierto que contrastaba poderosamente con la sutil hipocresía de De Craon.

—Antes de que preguntéis por qué razón se encuentra Raúl en Inglaterra —dijo De Craon en voz baja—, os seré sincero. La primavera que viene el rey Felipe se propone atacar Flandes. Tiene allí ciertos derechos que...

—Que el rey Eduardo no reconoce —dijo Corbett, interrumpiéndole.

—¡Cierto! ¡Cierto! —replicó De Nevers en un inglés chapurreado—. Pero nuestro señor desea vigilar a los mercaderes flamencos. Sabemos que vienen a Londres. Vigilamos sus movimientos y transmitimos mensajes a vuestro rey, advirtiéndole del error que cometería si ofreciera a dichos mercaderes el menor apoyo o consuelo.

Corbett miró fijamente a ambos hombres. Puede que le estuvieran diciendo la verdad, pensó, por lo menos en parte, y estaba claro que De Nevers era más sensato que De Craon. Los enviados ingleses vigilaban a los mercaderes escoceses en París, ¿por qué no iban los franceses a vigilar a los mercaderes flamencos en Londres? Corbett recogió su capa.

—*Monsieur* de Craon, *monsieur* de Nevers, os deseo una feliz estancia en Londres, pero os tengo que transmitir una advertencia de mi señor. Estáis protegidos por cartas de salvoconducto. Vos conocéis las reglas del juego, *monsieur* de Craon. Si os sorprenden hurgando donde no debéis, yo os acompañaré personalmente al puerto más próximo y os enviaré inmediatamente a Francia.

Haciendo una leve reverencia y sin darles tiempo para contestar, Corbett abandonó la casa.

Una vez en la calle lanzó un suspiro de alivio. Le encantaba haber sorprendido a De Craon y a su compañero, pues estaba seguro de que ambos se llevaban alguna

villanía entre manos, aunque solo el tiempo diría lo que era. Sorteó los montones de basura que llenaban el arroyo y contempló con curiosidad la presencia al otro lado de la calle de un carro de estiércol vacío, con un caballo de aspecto cansado entre las varas. Se volvió a mirar la casa de De Craon. Había algo que no encajaba, pero que él no acertaba a identificar. Un detalle fuera de lo corriente. Se encogió de hombros.

—Solo el tiempo lo dirá —murmuró.

Mirando arriba y abajo de la calle, vio los montículos de basura amontonados a ambos lados del albañal y echó a andar calle abajo, procurando vigilar las ventanas de arriba que se abrían de golpe y arrojaban a la calle y sobre los viandantes el contenido de los orinales. Se detuvo en una casa de comidas de la calle de la Leña y compró una empanada, pero la arrojó inmediatamente al albañal cuando sus dientes mordieron un objeto duro.

—¡Malditos funcionarios municipales! —masculló.

Pensó que ya sería hora de que los guardias y los miembros de las cofradías de comerciantes vigilaran lo que se vendía en las calles con el mismo celo con que protegían su reputación. Dobló una esquina y volvió a subir por el Matadero, donde un hombre vestido completamente de negro y con los blancos huesos de un esqueleto llamativamente pintados en la ropa trenzaba una macabra danza de la muerte mientras un compañero tocaba un tambor y un muchacho interpretaba con una flauta una fúnebre melodía. Corbett se abrió paso entre la gente que se apretujaba alrededor de los tenderetes de los carniceros, con una mano en la bolsa y los ojos clavados en los desperdicios del suelo. En Newgate había un numeroso grupo de personas aguardando el paso de las carretas de la muerte que trasladaban a los criminales al patíbulo de la colina de Smithfield o al de los Olmos del centro de la ciudad. Recordó con un estremecimiento de angustia al mendigo loco de la víspera y apuró el paso.

Pensó que ojalá Ranulfo estuviera con él. Al llegar a la esquina de la calle del Gallo, vio que las vulgares prostitutas callejeras ya se preparaban para hacer negocio, con sus rapadas cabezas cubiertas con pelucas rojas o anaranjadas y los rostros tan pintarrajeados que hasta los afeites se agrietaban en determinados lugares.

—¡Un penique por un revolcón! —le gritó una de ellas a Corbett.

—¡Por dos peniques me podrás hacer lo que quieras!

—No te preocupes —dijo otra, soltando una risotada—, ¡no creo que te vaya a durar mucho!

Corbett se acercó al grupo, tratando de reprimir la repugnancia que le producían sus malolientes ropas, los negros afeites que les rodeaban los ojos y sus pintadas mejillas.

—Buenos días, señoras —les dijo.

Las mujeres se miraron unas a otras en silencio antes de estallar en sonoras carcajadas.

—¡Muy buenos días, señor! —le contestaron a coro, tomando una punta de sus rojas faldas e inclinándose en una burlona reverencia.

—¿Qué queréis? —Una voluminosa mujer tan redonda como un tonel se acercó a él. Sus labios entreabiertos en una hipócrita sonrisa mostraban los ennegrecidos raigones de sus dientes—. ¿Cuál de nosotras os gusta más? —se volvió para mirar con una sonrisa a sus compañeras—. ¡Por un penique nos podéis tener a todas, una buena docena de fraile! Nuevas risas acogieron su agudeza. Corbett apartó la mirada, tratando de disimular su turbación.

—Señora —contestó Corbett—, seguramente os agotaría. —Miró con una sonrisa a las demás—. Me refiero a todas vosotras.

Las carcajadas y los silbidos cesaron como por arte de ensalmo cuando apareció una moneda de plata entre los dedos de Corbett.

—De momento, sublimes beldades, aceptad mis más sinceras disculpas por no poder utilizar vuestros servicios, pero esta moneda de plata —dijo mirándolas una a una—, esta moneda de plata será para aquella de vosotras que me pueda facilitar información acerca de la muerte de Inés. Ya sabéis, la chica que fue asesinada cerca del convento de los franciscanos.

Las prostitutas retrocedieron como un grupo de chiquillos atemorizados.

—No os quiero causar ningún daño —añadió amablemente Corbett—. Vengo en nombre del rey. Colaboro con el alguacil auxiliar Alejandro Cade.

—¿Os referís al Lanza Larga? —preguntó el tonel de grasa.

Corbett la miró con curiosidad.

—Pues sí, así lo llamamos. Menuda pieza está hecho maese Cade, si yo os contara.

Una muchacha de no más de quince o dieciséis veranos, con el escuálido cuerpo envuelto en andrajos, se adelantó hacia el lugar donde estaba Corbett.

—Yo os puedo contar algo sobre Inés.

Corbett sostuvo la moneda de plata ante sus ojos.

—Estoy esperando, niña.

La muchacha sonrió; su pálido y blanco rostro adquirió de repente una patética y vulnerable expresión y, por un instante, sus ojos perdieron su recelosa dureza.

—Allí abajo —dijo, señalándolo con el dedo—, al lado de la botica, Inés tenía una buhardilla. —Se secó los mocos de la nariz con el dorso de la mano—. Siempre decía que estaba mejor que nosotras porque tenía su propia habitación y muchos vestidos bonitos.

—¿Qué más sabes?

—Inés tenía miedo. Dijo que había visto una cosa. —La muchacha abrió la boca y sacudió la cabeza—. No sé lo que era, pero fue después de que mataran a una de las otras chicas. Entonces se negó a salir de casa. Le pagaba a un pilluelo para que vigilara su puerta. —La joven se encogió de hombros—. Es todo lo que sé. —Alargó la mugrienta mano—. Por favor, señor —murmuró con ansia—. ¿Me dais la moneda?

Corbett la depositó en su mano y, desenvainando la daga, bajó por la oscura callejuela. Al llegar a la tienda que había al lado de la botica, se detuvo y echó un

vistazo a la madera medio podrida y al agrietado enlucido antes de llamar a la puerta. Le abrió una vieja bruja cuyos negros ojillos destacaban en un amarillento y arrugado rostro. «Una auténtica ave nocturna —pensó Corbett—, una vieja arpía que alquilaba habitaciones a las prostitutas de la calle, tomaba el dinero y hacía la vista gorda». Como es natural, al principio la vieja no sabía nada, pero, en cuanto unas monedas cambiaron de mano, lo recordó todo de golpe. Corbett la escuchó hablar. La vieja no le dijo nada que él no supiera acerca de la prostituta, pero, a cambio de otra moneda, le mostró la habitación de Inés. No había nada; los efectos personales y los muebles de la difunta ya no estaban allí y Corbett comprendió que la vieja le había tomado el pelo.

Bajó a la calle, se apoyó contra la pared de la casa y miró a su alrededor. Todo estaba muy sucio. Vio flotando en la verdosa agua del albañal ciertas cosas que le revolviéron el estómago y tuvo que taparse la nariz para no aspirar el insoportable hedor de las basuras amontonadas contra las paredes. Estaba seguro de que alguien lo vigilaba. Miró cautelosamente hacia el fondo de la angosta callejuela que desembocaba en la calle del Gallo. Echó a andar calle arriba con la mano apoyada en la pared de la casa, pero la apartó de inmediato al tocar una cosa caliente y peluda. Se volvió maldiciendo por lo bajo a la rata que corría entre las grietas y regresó a la botica. Sí, ya lo había visto: una pequeña sombra en uno de los pasadizos.

—La mañana me va a salir muy cara —murmuró. Se sacó otra moneda de la bolsa y la sostuvo en alto—. ¡Sé que estás aquí, chico! —gritó—. Sigues vigilando la casa, ¿verdad? No te quiero hacer daño. —Hablaban en voz baja para no llamar la atención de las prostitutas que todavía aguardaban junto a la entrada de la calle del Gallo y de los ávidos rostros que lo estaban mirando desde las ventanas—. ¡Ven aquí, chico! —dijo en tono apremiante—. Serás debidamente recompensado.

—Gracias, señor.

Corbett reconoció por la cascada voz a un mendigo profesional. Probablemente, el pobre niño era enviado por sus padres a pedir limosna por las calles. Se agachó junto a la puerta de la botica y le hizo señas al chico de que se acercara. El muchacho, acostumbrado a los peligros de la calle, avanzó temerosamente sin apartar los ojos de la moneda de plata. Corbett alargó la mano, asió el delgado brazo del niño y experimentó una punzada de compasión. Era todo piel y huesos: ¿cuánto duraría aquel niño cuando llegaran los rigores del invierno?, se preguntó.

—¡Ven! —le dijo—. No te haré daño. Toma esta moneda de plata. Te daré otra si me dices la verdad.

El niño se mordió el nudillo de la mano libre.

—Tú conocías a Inés, la chica que murió, ¿verdad?

El niño asintió con la cabeza.

—¿De qué tenía miedo?

—No lo sé.

—¿Por qué se quedaba en su habitación?

—No lo sé.

—¿Qué sabes pues?

—Vino un hombre.

—¿Qué clase de hombre?

—Un cura, un fraile. Era alto y llevaba una cogulla, pero se fue enseguida.

—¿Y qué otra cosa ocurrió?

—Inés me dio un mensaje.

—¿Qué era?

—Solo un trozo de pergamino, señor. Lo tenía que llevar a Westminster.

—¿A quién?

—No lo sé. —Los grandes ojos se llenaron de lágrimas—. Me porté muy mal. No quería hacerlo, pero estaba muerto de hambre. Tiré el mensaje a un albañal y me gasté el dinero que me dio la chica en una tahona.

Corbett le miró sonriendo.

—¿Sabes leer?

—No, pero Inés sabía escribir. Era muy lista. Sabía leer unas cuantas palabras y escribir algunas. Me dijo que, si le vigilaba la puerta, algún día me enseñaría a leer.

—Pero no sabes a quién enviaba el mensaje, ¿verdad?

—Creo que era a una mujer.

—¿Por qué?

—Porque Inés me dijo que lo llevara a la Sala Capitular a última hora de la tarde. —El niño hizo una mueca—. Inés me dijo que ella ya sabría.

—¿Eso es todo?

—Sí, señor, es la verdad. Por favor —gimoteó el chico—, soltadme la muñeca. Me habéis prometido una moneda.

Corbett se la entregó y el niño se alejó corriendo.

—Si tienes hambre —le dijo Corbett a su espalda, contemplando sus piernas tan delgadas como palillos—, ve a la casa de Corbett en la calle del Pan. Diles a los criados que te envía el amo.

El niño se volvió sin dejar de correr por uno de los oscuros pasadizos.

Corbett se levantó, volvió sobre sus pasos y se detuvo en una pequeña taberna cerca del puente de Holborn. Entró, pidió una jarra de cerveza y se sentó bajo la única ventana del local. En el rincón más alejado de la taberna unos caldereros estaban hostigando a un enorme y baboso mastín inglés, ofreciéndole un trozo de carne y retirando rápidamente la mano para que los afilados dientes del perro no atraparan sus rápidos dedos. Corbett contempló su crueldad y pensó en el niño mendigo, en la terrible muerte de Inés y en la espantosa fealdad de las prostitutas de la calle del Gallo. ¿Tendría razón el padre Tomás?, se preguntó. ¿Sería cierto que la hedionda podredumbre de la ciudad era el origen de muchos de los males que ocurrían en las calles? Tomó un sorbo de cerveza negra, procurando apartar sus pensamientos de los gruñidos del perro y los gritos de los caldereros. O sea que Inés vio algo. Se había

escondido en su habitación y había recibido la visita de un hombre vestido de monje o sacerdote. ¿Sería el asesino? En caso afirmativo, ¿por qué no la mató entonces? ¿Porque la casa estaba vigilada? Pero, en tal caso, era evidente que Inés se hubiera negado a abrir la puerta. Llegó a la conclusión de que esto último era lo más lógico. Por consiguiente, ¿por qué había ido aquel hombre a la casa de la calle del Gallo? Claro, pensó Corbett posando la jarra de cerveza sobre la mesa, alguien atrajo a Inés hacia su propia muerte; probablemente el asesino le había hecho llegar un mensaje, quizá utilizando el nombre de otro, diciéndole que se reuniera con él en la iglesia cercana al convento de los franciscanos. Corbett deslizó los dedos por el borde de la jarra y trató de esbozar un esquema de los detalles anteriores a la muerte. Inés sabía algo y había enviado un mensaje a alguien para que la ayudara, una de las Hermanas de Santa Marta, *lady* Fitzwarren o quizá De Lacey, pero el chico lo había arrojado a un albañal. Cerró los ojos. ¿Qué había ocurrido después? El asesino se había enterado de que Inés constituía un peligro y la había visitado en su habitación. Le había dejado un mensaje misterioso; la pobre chica que apenas sabía leer no distinguía las distintas escrituras y el resto sería muy fácil. Inés debió de acudir a la iglesia en busca de salvación y allí la debía de estar esperando el asesino.

Corbett levantó la vista al oír unos desgarradores gritos procedentes del rincón más alejado de la taberna. Sonrió complacido. A veces se hacía justicia, pues el mastín se había soltado de la correa, había apesado entre sus dientes el brazo de uno de sus torturadores y la puerta de la taberna había quedado completamente salpicada de sangre. Corbett apuró su cerveza y salió a la calle, dejando a su espalda todo el alboroto de la taberna. Aún le quedaba una visita por hacer. Subió por la calle hasta llegar a los límites de la ciudad que rodeaban el priorato de San Juan de Jerusalén y salió al otro lado de Smithfield. Allí le preguntó a un aguador dónde estaba la Casa Somerville. El hombre la conocía muy bien y Corbett, procurando no mezclarse con la muchedumbre que bajaba hacia Smithfield, cruzó Aldersgate y entró en la calle de la Barbacana.

La Casa Somerville era un espléndido edificio cuyas ventanas estaban cerradas y de cuyo entramado de madera negra colgaban unos grandes crespones en señal de luto. Una llorosa criada le abrió la puerta y lo acompañó a una pequeña y lujosa solana del piso de arriba. La estancia le recordó a Corbett los cambios que había introducido Maeve en su casa de la calle del Pan, a pesar de su aspecto un tanto abandonado, como si llevara varios días sin que nadie la limpiara. Se veían manchas de vino en la mesa y en algunos de los tapices que cubrían las sillas. Las colgaduras de la pared estaban llenas de polvo, la chimenea apagada y el hogar no se había limpiado.

—¿Deseabais verme?

Corbett se volvió y vio a un joven de pie en el umbral de la puerta.

—Me llamo Gilberto Somerville. La criada me ha dicho que sois *sir* Hugo Corbett, emisario del rey.

El joven le tendió la mano sin demasiado entusiasmo. Corbett estudió su desgreñado cabello negro, sus blancas y abotagadas mejillas, sus enrojecidos ojos y la triste mueca de su boca. «Un borrachín —pensó—. Un hijo que llora la muerte de su madre pero que tiene, además, una desmedida afición al clarete».

—Disculpadme. —El joven tiró de su capa forrada de piel mientras acompañaba a Corbett a un asiento—. He estado durmiendo hasta muy tarde. Os ruego que os sentéis. —El joven se rascó la áspera mejilla—. Ayer fue el entierro de mi madre —murmuró—. La casa aún no se ha limpiado y...

Su voz se perdió sin terminar la frase.

—Os expreso mis más sentidas condolencias, maese Gilberto.

—Soy *sir* —dijo el joven, interrumpiéndole.

—Os expreso mis condolencias por la muerte de vuestra madre, señor. Si no me equivoco, regresasteis a casa a primera hora de la madrugada del martes 12 de mayo y, al ver que vuestra madre no estaba en su cámara, organizasteis su búsqueda, ¿no es cierto?

—Sí. Los criados la encontraron cerca del patíbulo de Smithfield.

—Con anterioridad a su muerte, ¿actuó vuestra madre de manera extraña o dijo algo fuera de lo corriente?

—Mi madre casi nunca hablaba conmigo y, por consiguiente, yo la dejaba en paz. Corbett apreció en la mirada del joven una expresión de furia y dolor.

—Ahora ella ha muerto —dijo en voz baja—. ¿Por qué esas desavenencias entre una madre y su único hijo?

—Para ella, yo no era como mi padre.

No, por supuesto, pensó Corbett. Recordaba vagamente a Somerville. Era un alto y vigoroso combatiente que había prestado muy buenos servicios al reino en los últimos años de las guerras galesas. Recordaba haberle visto en las distintas dependencias de la Cancillería, paseando con el rey en algún campamento o recorriendo los pasillos de algún castillo o palacio.

—¿Significa algo para vos el proverbio «El hábito no hace al monje»?

Somerville hizo una mueca.

—Nada en absoluto.

—¿Tenía vuestra madre alguna persona de confianza en esta casa?

El joven miró amargamente al escribano.

—No, era de la vieja escuela, maese Corbett.

—¡Soy *sir* Hugo Corbett!

—¡Me está bien empleado! —dijo el joven—. No, *sir* Hugo, mi madre era muy reservada y las únicas personas con quienes hablaba eran las Hermanas de Santa Marta.

Corbett miró al joven.

—¿O sea que no tenéis ni idea de quién, el porqué o el cómo del asesinato de vuestra madre?

—No.

Corbett miró a su alrededor, sorprendiéndose de la frialdad de aquel joven ante la violenta muerte de su madre.

—¿Tenía vuestra madre algún documento privado?

—Sí, pero ya los he examinado. Allí no hay nada.

—¿No queréis vengar la muerte de vuestra madre?

El joven se encogió de hombros.

—Pues claro, pero vos sois Hugo Corbett, Custodio de los Secretos del rey. Confío plenamente en vos, mi señor escribano. Vos encontraréis al asesino. Os parecéis a mi padre. Correteáis por ahí como uno de los galgos del rey, recogiendo esto y llevando aquello. El asesino será atrapado y yo bajaré con una bota de vino a los Olmos para ver cómo ahorcan al muy malnacido.

Corbett se levantó, empujando la banqueta hacia atrás.

—Os saludo, señor.

Se volvió para encaminarse hacia la puerta.

—¡Corbett!

El escribano siguió caminando y ya había llegado al pie de la escalera cuando Somerville le dio alcance.

—Señor, os lo ruego.

Corbett se volvió.

—Lamento mucho la muerte de vuestra madre —le dijo en voz baja—. Pero vuestro comportamiento me parece vergonzoso, señor.

El joven apartó la mirada.

—Vos no lo entendéis —dijo—. ¡Eso fue obra de mi padre! ¡Lo hizo mi padre! Sí, mi madre ha muerto. ¿Y a mí qué, escribano? A sus ojos, yo siempre estuve muerto.

Corbett miró al joven y se preguntó si su odio era lo bastante hondo como para haberlo inducido a cometer un asesinato. Los apagados ojos de Somerville se clavaron en los suyos.

—¡Ah, no! —murmuró—. Adivino lo que estáis pensando, mi señor escribano. A los ojos de mi madre yo no existía, ¿por qué iba a matarla? Pero esperad, tengo algo para vos.

Subió corriendo al piso de arriba y regresó a los pocos minutos con un trozo de pergamino en la mano.

—Tomadlo —musitó—, estudiadlo y utilizadlo en la forma que gustéis. Ya no hay motivo para que os quedéis aquí o regreséis.

Corbett hizo una leve reverencia, cerró la puerta a su espalda y se fue.

No se detuvo a ojear el pergamino hasta que llegó al callejón de San Martín. Era una lista de prendas de vestir, probablemente elaborada por *lady* Somerville y relacionada con su trabajo en la abadía, pero, a su lado, la dama había trazado unos toscos dibujos de unos monjes con las manos unidas en gesto de oración. Eran unos sencillos dibujos muy infantiles, pero, de vez en cuando, en lugar de dibujar una

cabeza tonsurada, *lady* Somerville dibujaba el rostro de un cuervo, una raposa, un cerdo o un perro. Sin embargo, lo que más fascinaba a Corbett era el hecho de que, en el centro del grupo y destacando por encima de las demás, hubiera una figura vestida con hábito y cogulla de monje, pero con una capucha echada hacia atrás que dejaba al descubierto las babosas fauces de un fiero lobo. Corbett estudió el pergamino y trató de seguir la lógica de los pensamientos de la difunta. ¿Habría estado haciendo una lista de la ropa de la colada y eso le habría hecho evocar algún recuerdo? Corbett sacudió la cabeza.

—Cualquier cosa que sea —murmuró—, está claro que la percepción que tenía *lady* Somerville de nuestros monjes de Westminster dejaba mucho que desear.

—¿Pero qué es eso? ¿Qué es eso?

Corbett levantó los ojos y vio a una mendiga con una vieja muñeca de madera, saltando arriba y abajo delante de él.

—¿Qué es eso? ¿Qué es eso? —repitió la mujer—. ¿Acaso os gusta mi hijita?

Corbett miró a su alrededor y vio que se había formado un grupo de gente. Le arrojó un penique a la mendiga y regresó a toda prisa a la calle del Pan.

Se dio cuenta de que en la casa reinaba un gran alboroto en cuanto entró. Oyó unos chillidos desde la solana y reconoció la clara pero poderosa voz del hijito de Ranulfo. Griffin le confirmó tristemente la noticia. Ranulfo y Maltote estaban ocupados jugando con el pequeño y, al mismo tiempo, tenían que encargarse de cuidar de Leonor, pues *lady* Maeve había salido al jardín. Corbett salió fuera y la vio entre los lirios y las caléndulas, las rosas y los alhelíes. El escribano se la quedó mirando. Estaba conversando con su criada Ana. Bajo el sol del ocaso, Corbett permaneció de pie en el porche admirando la habilidad de Maeve, que había sabido convertir un páramo cubierto de maleza en un precioso jardín con caminos de grava, jóvenes manzanos y parras que trepaban por el muro iluminado por el sol. Al fondo, más allá del lugar destinado a un pequeño huerto, Maeve había mandado construir un gran palomar blanco junto a una larga hilera de colmenas de abejas. La mujer se volvió como si hubiera adivinado su presencia.

—¡Hugo! ¡Hugo! ¡Ven aquí! ¡Mira! —dijo, señalando hacia el suelo—. Las hierbas han resistido.

Corbett contempló la mostaza, el perejil, la ajedrea, el ajo, el comino, el hisopo y la borraja que ella había plantado el año anterior.

—¿Lo ves? —exclamó Maeve en tono triunfal—. Han crecido. —Se volvió con el bello rostro arrebolado por el sol y el ejercicio al aire libre—. Si todo va bien, por San Miguel tendremos algo más que sal para sazonar la carne. —Maeve entornó los ojos—. Te veo cansado, Hugo. —Se quitó los gruesos guantes de lana que utilizaba y le entregó un pequeño palustre a Ana, la cual la había estado ayudando a arrancar las malas hierbas que crecían en los lechos de hierbas aromáticas—. Ven —dijo, secándose la frente con el dorso de la mano—. Una buena jarra de cerveza fría. Ana y yo hemos preparado la cena.

Después de lavarse y refrescarse, Corbett se sintió mucho mejor, aunque la cena fue un poco ruidosa. El pequeño Ranulfo se pasó todo el rato gritando y Leonor, que hubiera tenido que estar durmiendo en su cuna, se rio y gorjeó al verle y, al final, exigió a gritos que le dieran su comida, consistente en trozos de pan azucarado empapados en leche. La conversación fue imposible, pues Ranulfo había recuperado el buen humor —con demasiada rapidez, pensó Corbett no sin cierto recelo— y estaba empeñado en contarle a todo el mundo una nueva muestra de la torpeza de Maltote en el uso de la daga. Al final, terminaron de cenar y Corbett les pidió a Maeve y Ranulfo que se reunieran con él en la solana.

—¿Te ha ido bien el día, Ranulfo? —preguntó con aire inocente, cerrando la puerta a su espalda.

—Sí, muy bien.

Corbett admiró la belleza de la estancia. Maeve lo estudió con curiosidad, como si no comprendiera la razón de su malhumor e irritación.

—Perdón —murmuró Corbett—, pero creo que el problema tiene muy pocas soluciones. El asesino podría ser cualquiera. Lo único que he conseguido establecer es que lleva capucha y cogulla.

—¿Entonces podría ser un monje? —preguntó Ranulfo, interrumpiéndolo.

—¡Por el amor de Dios, Ranulfo! —exclamó Corbett—. ¡Todo el mundo en la ciudad tiene una capucha! —Sentándose en una banqueta, le preguntó a su criado—: ¿Y tú qué has hecho?

Ranulfo sonrió de oreja a oreja mientras Corbett rezongaba por lo bajo.

—He utilizado mi ingenio, amo mío. ¿Recordáis que *lady* Fitzwarren nos dijo que podíamos ir a ver su trabajo cuando quisiéramos? Pues bien, le he hecho una visita de cortesía a *lady* María Neville.

Maeve se cubrió la boca con la mano. Corbett miró al suelo.

—El día aún no ha terminado, amo mío. *Lady* Fitzwarren os invita a que os reunáis con ella en el hospital de Santa Catalina junto a la Torre. Quién sabe —añadió el criado, mirando a su amo con una radiante expresión de felicidad—, a lo mejor, conseguimos averiguar algo más.

Corbett se cubrió el rostro con las manos.

Capítulo 8

Corbett levantó la cabeza y miró enfurecido a Ranulfo.
—¡No me apetece andar vagando por la ciudad en mitad de la noche! — rugió.

Miró a Maeve de pie detrás de Ranulfo y vio que se estaba cubriendo la boca con el puño de la manga para disimular la risa.

—Pero, amo mío, yo pensaba que eso nos podría ayudar. Tenemos que interrogar a ambas damas, especialmente a *lady* María. A fin de cuentas, ella fue la última que vio a *lady* Somerville con vida.

Corbett restregó la punta de la bota por la alfombra. Aún se oían desde la salita de abajo los berridos de Leonor y los gritos de alegría del pequeño Ranulfo. Miró con el ceño fruncido primero a Ranulfo y después a Maeve. Quizá sería mejor que salieran, pensó; en la casa reinaba un barullo espantoso, Maeve estaba ocupada con la inminente llegada de su tío y los dos niños no paraban de alborotar. Allí no podría disfrutar de un solo momento de paz y él tenía asuntos urgentes que atender.

—De acuerdo —dijo—. Pero envía primero a Maltote. Antes de visitar a las Hermanas de Santa Marta, deseo ver a las siguientes personas: Guillermo de Senche, fray Adam de Warfield y su gordinflón amigo fray Ricardo. Diles a esos tres temibles personajes de Westminster que tendrán que reunirse conmigo en la taberna de las Tres Grullas de la Vinatería. Protestarán e intentarán dar excusas, te dirán qué deberes tienen que cumplir, cabe incluso la posibilidad de que estén bebidos. ¡Diles que me importa un bledo! ¡Se les convoca por orden del rey y, como no acudan, se pasarán dos semanas en la cárcel del Fleet tanto si son curas como si son monjes o sacristanes!

Sonriendo satisfecho, Ranulfo se retiró. En su cuarto se lavó, se cambió de ropa y se acicaló delante del disco de metal que le servía de espejo.

—De momento, todo va bien —murmuró.

No podía olvidar a *lady* María ni la cordial acogida que esta le había dispensado cuando él le hizo una visita de cortesía en nombre de su amo. Como es natural, le había dicho que lo enviaba su amo. Esperaba que Corbett no interrogara demasiado a la dama, la cual, a pesar del sencillo vestido oscuro que llevaba en su casa, parecía una visión celestial. Se había sentado delante de él en el pequeño salón de su casa y le había servido una copa de vino frío de Alsacia y un trozo de mazapán en un platito de plata. Él le explicó que era hijo de un caballero arruinado y que tenía un buen empleo en la Cancillería y se ganaba muy bien la vida, todo lo cual lo ponía a su entera disposición. *Lady* María había agitado seductoramente las pestañas y él había regresado a la calle del Pan tan contento como el caballero Galahad de la Tabla Redonda a su regreso a Camelot.

Se alisó el húmedo cabello y se roció el jubón con agua de rosas. Después bajó, le dio un beso de buenas noches a su hijito y salió con el malhumorado Maltote para ir a

recoger los caballos en la taberna.

Corbett salió de casa una hora después, todavía molesto por todos los preparativos que estaba haciendo Maeve para recibir a su tío. Se acarició el dolorido codo que el pequeño Ranulfo le había lastimado con su espada de juguete, tras haberle convencido de que jugara un rato con él en la despensa.

—Mal día es aquel en que un hombre no puede disfrutar de sosiego ni siquiera en su propia casa —rezongó.

Soltando maldiciones, recorrió las oscuras callejuelas de la Trinidad hasta llegar a la calle del Pez y desde allí se dirigió a la Vinatería y entró en la caldeada atmósfera de la taberna de las Tres Grullas. Se pasó una hora sentado en un oscuro rincón cerca del gran hogar abierto de la taberna, pero, al final, Ranulfo y Maltote se presentaron con sus tres malhumorados visitantes: el mayordomo Guillermo estaba medio borracho y los dos monjes, apartados sin contemplaciones de su cena, tenían las mejillas arreboladas a causa de la irritación. Corbett los invitó a sentarse y pidió unas jarras de cerveza aguada, pues, a juzgar por las congestionadas mejillas, los adormilados ojos y la colorada nariz de Guillermo, temía que, si este bebiera más vino, se quedara dormido allí mismo. El sacristán parecía el más sereno de los tres.

—Hemos sido convocados aquí —dijo, arrebuándose en su capa— sin ninguna causa justificada.

Corbett hizo una mueca.

—Es el rey el que os ha convocado aquí, monje —replicó—. Por consiguiente, si tenéis alguna queja, decídselo a él.

—¿Qué queréis?

—Sinceras respuestas a sinceras preguntas.

—Ya he respondido a vuestras preguntas.

—¿Qué está ocurriendo en la abadía y en el palacio de Westminster?

—¿A qué os referís?

Corbett se sacó del bolsillo el dibujo de *lady* Somerville y se lo arrojó al sacristán, empujando hacia él la gruesa vela de sebo para que pudiera estudiarlo mejor.

—¿Qué deducís de todo eso, Adam de Warfield?

El sacristán estudió el dibujo.

—Es un dibujo muy tosco —dijo.

Corbett comprendió que estaba disimulando e intuyó su temor. Fray Ricardo se inclinó hacia adelante y examinó el dibujo con los ojos entornados.

—¡Escandaloso! —musitó—. Quienquiera que lo haya dibujado ofende a la Iglesia.

—Lo dibujó *lady* Somerville —dijo Corbett—. Una destacada miembro de las Hermanas de Santa Marta. Trabajaba en la sacristía y el lavadero de la abadía. ¿Qué descubrió esta viuda de intachable reputación, esta piadosa aristócrata? ¿Qué la indujo a dibujar esta cruel parodia de unos llamados «hombres de Dios»? Maese Guillermo, quizá vos podáis ayudarnos.

El mayordomo sacudió la cabeza y Ranulfo, sentado detrás de los invitados de Corbett, esbozó una ancha sonrisa de satisfacción.

Se divertía muchísimo siempre que a los llamados «piadosos», a los egoístas y los poderosos, se les pedían cuentas de sus actos. Corbett siempre citaba la frase de san Agustín, *Quis custodiet custodios?*^[1] Y él siempre la repetía y ahora no pudo resistir el impulso de murmurársela al oído a Adam de Warfield. El monje se volvió y le enseñó los dientes como un perro.

—¡Cállate, criado! —le contestó en tono despectivo.

—¡Ya basta! —dijo Corbett, tratando de apaciguar los ánimos—. Fray Adam, fray Ricardo, maese Guillermo, ¿conocíais a alguna de las prostitutas recientemente asesinadas en la ciudad?

—¡No! —contestaron los tres al unísono.

—¿Significan algo para vosotros los nombres de Inés o Isabeau?

Adam de Warfield se levantó de un salto.

—¡Somos hombres de Dios! —contestó—. Somos sacerdotes, monjes obligados a guardar castidad. ¿Por qué íbamos a tener algo que ver con las prostitutas y las cortesanas? —Se inclinó sobre la mesa con los ojos rebosantes de furia—. ¿Tenéis alguna otra pregunta, escribano?

Corbett hizo una mueca de desagrado.

—No —contestó muy despacio—. Pero vos aún no habéis respondido a las que os he hecho.

—No conocemos a ninguna prostituta.

—¿Y no sabéis nada acerca de la muerte de *lady* Somerville?

—¡No! —gritó el monje, llamando la atención de los restantes parroquianos.

—¿Tampoco sabéis qué quería decir con la frase «El hábito no hace al monje»?

—Me voy, maese Corbett. ¿Maese Guillermo, fray Ricardo?

El monje se encaminó hacia la puerta y sus dos embriagados compañeros lo siguieron haciendo eses. Mientras el manto del monje volaba a su alrededor, Corbett vio fugazmente sus costosas botas de montar de cuero español y las espuelas de oro ajustadas a sus altos tacones.

—¡Monje! —tronó, levantándose.

—¿Qué queréis, escribano?

—También habéis hecho voto de pobreza. Habéis comido y bebido muy bien antes de venir aquí. Vuestro compañero fray Ricardo está bebido y vos calzáis unas botas que el mismo rey os envidiaría.

—Eso es asunto mío, escribano.

Corbett esperó a que el monje ya casi hubiera alcanzado la puerta.

—¡Una última pregunta, Adam de Warfield!

El sacristán se volvió y se apoyó contra el dintel con un irónica sonrisa en los labios. Al fin y al cabo, había acudido a ver al escribano, había contestado a sus preguntas y el asunto ya había terminado.

—Por el amor de Dios, escribano, ¿qué queréis ahora?

Corbett cruzó la silenciosa taberna y asió la puerta entreabierta.

—¿Conocéis a alguien llamado Ricardo Puddlicott?

—No, no lo conozco.

Dicho lo cual, Warfield dio media vuelta y salió al patio de la taberna, cerrando ruidosamente la puerta a su espalda.

Corbett se reunió con sus compañeros. Ranulfo seguía sonriendo y Maltote se había quedado boquiabierto de asombro, pues aún no estaba acostumbrado a aquel amo tan extraño que trataba con tanta dureza a los grandes de la tierra. Corbett se sentó y se reclinó contra el respaldo del banco.

—¿No habéis descubierto nada, amo mío? —le preguntó Ranulfo, pinchándole con astucia.

—He descubierto tres cosas. Primero, Adam de Warfield y sus compañeros, por lo menos uno de ellos, conocían a las prostitutas muertas. Verás, Ranulfo, a pesar de lo furioso que estaba, fray Adam no ha querido saber en ningún momento por qué se lo preguntaba. Es más, yo no le he dicho que Inés e Isabeau eran unas prostitutas, por consiguiente, ¿por qué ha llegado él a esta conclusión?

La sonrisa de Ranulfo se esfumó.

—Sí, sí, es cierto. ¿Y qué más?

—En segundo lugar, algo está ocurriendo en la abadía. No sé qué es. Una vez más, Adam de Warfield no me ha preguntado la razón de mi pregunta. Como todos los culpables, quería que sus respuestas fueran lo más breves y lacónicas posible.

—En otras palabras —dijo Maltote, interrumpiendo a su amo como un colegial que acabara de resolver un problema—, ¡cuánto menos se habla, antes se termina!

—¡Exacto!

—¿Qué más? —preguntó Ranulfo, molesto por la interrupción de Maltote.

—Lo más importante de todo... —Corbett miró hacia el fondo de la taberna, donde una moza recogía los platos de una mesa—. ¡Chica, ven aquí!

La criada se acercó a toda prisa. Corbett deslizó una moneda en el bolsillo de su sucio delantal.

—Dime, chica, ¿tú conoces a un tal Ricardo Puddlicott?

—No, señor, ¿quién es?

—Eso no importa ahora —contestó Corbett—. Simple curiosidad. ¿Lo veis? —dijo en un susurro mientras la moza se retiraba—. Cuando le he preguntado por Puddlicott, inmediatamente ha contestado a mi pregunta con otra pregunta. En cambio, nuestro buen sacristán no ha preguntado nada sobre las prostitutas, ni sus nombres ni sobre lo que ocurría en la abadía y, por encima de todo, por qué le preguntaba por un completo desconocido llamado Ricardo Puddlicott. —Corbett apuró el contenido de su jarra, tomó la capa y se levantó—. Por lo menos, hemos hecho algún progreso —murmuró—. Pero solo Dios sabe adonde nos llevará.

Corbett, Ranulfo y Maltote alquilaron una barca en Queenshithe y navegaron río arriba hasta la Aduana, cerca del Muelle de la Lana. Echaron a andar por la orilla del río, pasando por delante de la oscura mole de la gran Torre y salieron a los campos en los que brillaban las luces del hospital de Santa Catalina. Ranulfo guardaba silencio y mostraba un semblante enfurruñado, pues siempre la gustaba pillar a su amo en alguna falta y el hecho de que Maltote presumiera de ingenioso no contribuía a mejorar la situación. El portero del hospital de Santa Catalina les franqueó la entrada y los acompañó a una pequeña iglesia que se levantaba al lado del principal edificio del hospital.

—Las hermanas siempre se reúnen aquí —les dijo—. Creo que ya han llegado.

Corbett abrió la puerta y entró. La iglesia era muy sencilla; una larga y estrecha nave abovedada bajo un elevado techo de vigas de madera, un antealtar al fondo y unas gruesas columnas a ambos lados de la nave. Al principio, Corbett y sus acompañantes no fueron objeto de la menor atención por parte de las damas que andaban de un lado para otro encendiendo braseros y juntando varias alargadas mesas de tijera, sobre las cuales extendieron unos manteles limpios y cortaron unas grandes hogazas de pan, colocando a su lado unos cuencos de sal, varias bandejas de cecina y unos cuencos de manzanas y peras cortadas a trocitos y espolvoreadas con azúcar. *Lady Fitzwarren* entró a través de una puerta lateral, sonrió y los saludó con la mano. A su espalda, *lady* María miró tímidamente a Ranulfo.

—¿Habéis venido a vernos trabajar, *sir* Hugo?

—Sí, señora. Pero también a haceros algunas preguntas.

La sonrisa de Fitzwarren se desvaneció.

—¡Cuándo esté preparada! ¡Cuándo esté preparada! —dijo—. ¡Aún no hemos sacado la jarra de vino! Creo que está a punto de cambiar el tiempo y podríamos tener una noche muy agitada.

Corbett y sus acompañantes tuvieron que sentarse en un banco y armarse de paciencia a la espera de que Fitzwarren y *lady* María se reunieran con ellos.

—Y bien, mi señor escribano, ¿qué preguntas os quedan todavía por hacernos?

Corbett percibió en el tono de su voz una cierta irritación.

—Primero, *lady* María, vos estuvisteis con *lady* Somerville la noche en que esta murió, ¿no es cierto?

La mujer asintió con la cabeza.

—¿Y cuándo abandonasteis San Bartolomé?

—Aproximadamente un cuarto de hora después que *lady* Somerville.

—¿Y no visteis nada que os llamara la atención?

—Nada en absoluto. Todo estaba negro como la pez. Contraté a un muchacho para que llevara una antorcha y regresé a mi casa de Farringdon.

—*Lady* Fitzwarren, ¿conocíais a alguna de las muchachas que murieron?

—A algunas, pero no olvidéis que las víctimas eran en su mayoría cortesanas de más categoría y nosotras solemos atender a las de más baja condición.

—¿Conocíais a Inés, la chica que fue asesinada en la iglesia cercana al convento de los franciscanos?

—Sí, y me sorprende que mencionéis su nombre. Después de su muerte, recibí un incomprensible mensaje de alguien que la conocía, en el que se me informaba de que la chica quería hablar conmigo.

—¿Quién os transmitió el mensaje?

Lady Fitzwarren sacudió la cabeza.

—Conozco a muchas chicas, fue una de ellas.

—¿O sea que vos no conocíais personalmente a Inés?

—¡Por supuesto que no!

—¿Hay alguna otra cosa, *lady Catalina*?

—¿Como qué?

—Bueno, os reunís en la Sala Capitular de la abadía de Westminster. ¿No habéis visto nada que os haya llamado la atención en la abadía o el palacio?

—Ambos lugares están prácticamente desiertos —terció *lady María*—. El viejo abad está enfermo y no tienen prior. El rey tendría que regresar a Westminster.

Lady Fitzwarren miró a su compañera y después volvió a mirar a Corbett.

—*Sir Hugo*, creo que hay algo que debéis saber —la mujer bajó la voz al ver a *lady De Lacey* entrando en la iglesia tan ligera como una brisa de marzo—. Hace más de un año —añadió en un susurro—, poco después de que empezaran estos terribles asesinatos, *lady María* se enteró de un rumor que circulaba entre las cortesanas y las prostitutas de la calle, según el cual algunas mujeres habían sido conducidas a la abadía o más bien al palacio, donde se celebraban fiestas y orgías que duraban toda la noche. —La mujer se encogió de hombros—. Ya sabéis vos cómo son estas cosas. Suele ocurrir. Los palacios reales se quedan a menudo desiertos, sobre todo en tiempos de guerra. Los mayordomos y servidores se vuelven holgazanes y deciden divertirse a expensas de sus superiores. Creo que hasta Jesucristo expuso parábolas que se refieren a eso —añadió con una leve sonrisa en los labios. Volvió la cabeza y saludó con la mano a *lady De Lacey*, que la estaba llamando a gritos—. Es todo lo que sé. Pero decidme, ¿tenéis alguna idea de quién es el culpable de estos terribles asesinatos?

—No, mi señora, pero espero impedir que haya otros.

—En tal caso, os deseo suerte, mi señor escribano.

—Por cierto, *lady Catalina*...

—¿Sí?

—¿Sabéis vos o sabe *lady María* algo acerca del enviado francés *sir Amaury de Craon*? ¿O acerca de un tal Ricardo Puddlicott?

Ambas mujeres sacudieron la cabeza.

—De Craon no significa nada para mí —se apresuró a responder *lady Fitzwarren*—. Pero he oído hablar de Puddlicott. Es un villano y un embaucador. Algunas mujeres de la calle hablan de él con tanto respeto y temor como yo hablaría del rey.

Corbett asintió con la cabeza y permaneció de pie mientras ambas mujeres se alejaban. Se volvió a sentar en el banco y miró a Ranulfo, el cual parecía ciego y sordo a cualquier cosa que no fuera *lady* María Neville. El escribano parpadeó y apartó la mirada. Había visto a Ranulfo borracho, enfurecido, triste, lujurioso y sentimental, pero jamás lo había visto enamorado y ahora le resultaba muy difícil aceptar que lo estuviera hasta semejante extremo. Lanzó un suspiro y procuró concentrarse en lo que acababa de averiguar. Todo apuntaba a que algo extraño estaba ocurriendo en Westminster. *Lady* Fitzwarren tenía razón: muy a menudo los servidores de los palacios reales abandonados se dedicaban a organizar orgías —en cierta ocasión, él mismo había actuado como representante de la casa real para llevar a juicio a aquellos delincuentes—, pero ¿serían tales orgías el origen de aquellos terribles asesinatos? ¿Habrían participado los monjes de Westminster en las bacanales nocturnas? ¿Habría ocurrido algo y los asesinatos se habrían cometido para acallar las lenguas y los escandalosos rumores?

La puerta del hospital se abrió lentamente y Corbett observó boquiabierto de asombro cómo dos viejas entraban tambaleándose en la iglesia; los vestidos que envolvían sus escuálidos cuerpos eran unos simples andrajos, llevaban el ralo cabello sucio y desgredado y parecían un par de brujas gemelas, con sus narices aguileñas, sus húmedos ojos y sus babosas bocas. Parloteando y soltando risotadas como si no estuvieran en sus cabales, las viejas se acercaron a las mesas y empezaron a engullir grandes bocados de pan y a beber ruidosamente vino de las copas de peltre. El hedor de sus cuerpos sin lavar despertó a Ranulfo de sus ensueños.

—¡Dios misericordioso! —musitó el criado entre dientes—. ¡No hace falta que esperemos a la muerte para ver visiones infernales, amo mío!

Lady De Lacey se dio cuenta de la repugnancia que sentían y se acercó a ellos.

—Maese Corbett, ¿cuántos años diríais que tienen estas mujeres?

—Son unas viejas brujas.

—Estáis equivocado. Ninguna de las dos ha alcanzado todavía los treinta años. Son mujeres de la calle devastadas, envejecidas y podridas por las enfermedades, objetos desechados de la lujuria de los hombres.

Corbett sacudió la cabeza.

—No estoy de acuerdo.

—¿Qué queréis decir? ¡Los hombres las han explotado!

—Y ellas han explotado a los hombres... aunque sospecho que los hombres podían elegir y ellas no.

De Lacey le dirigió una penetrante y perspicaz mirada.

—Los llamados «hombres buenos» han utilizado a estas mujeres —prosiguió diciendo Corbett—. Honrados ciudadanos, burgueses pertenecientes al concejo municipal que toman parte en las procesiones de las cofradías y van a misa los domingos del brazo de sus esposas mientras sus hijos corretean delante de ellos. — Corbett se encogió de hombros—. Tales hombres son unos embusteros y sus

matrimonios están vacíos.

—Casi todos lo están —replicó De Lacey—. Una esposa es como un bien mueble, un trozo de tierra, una posesión, un caballo, una vaca o un tramo de río.

Corbett sonrió, pensando en Maeve.

—No todas las esposas lo son.

—Lo dice la Iglesia. Graciano escribió que las mujeres están sometidas a sus maridos. Son una propiedad suya.

—La ley de Inglaterra —replicó Corbett— también dice que un hombre culpable de traición tiene que ser ahorcado, arrastrado por caballos y descuartizado, pero eso no significa que sea una ley justa. —Miró con una sonrisa a De Lacey—. Deberíais leer a san Buenaventura, señora. Dice entre otras cosas que «entre marido y mujer debería existir la más singular amistad del mundo».

El severo rostro de *lady* De Lacey se iluminó con una sincera sonrisa de complacencia.

—Ya —dijo alejándose—, y, ¡si los cerdos tuvieran alas, habría en los árboles carne de cerdo en abundancia!

Corbett la vio acercarse a una de las envejecidas prostitutas y conversar afectuosamente con ella.

—Es extraordinaria —murmuró Ranulfo.

—Casi todos los santos lo son. Vámonos.

Aquella noche, tendido al lado de la dormida Maeve en su gran lecho matrimonial, Corbett contempló el oscuro dosel que lo cubría. Su cansada mente examinaba una y otra vez los problemas con que se enfrentaba, pero, a pesar de albergar ciertas sospechas, no había llegado a ninguna conclusión definitiva. Recordó lo que viera en el hospital de Santa Catalina, a las dos mujeres de la calle, la gentileza de *lady* De Lacey y sus propios comentarios acerca de la amistad que debería reinar entre marido y mujer. Contempló a Maeve, tranquilamente dormida a su lado. ¿Sería cierto?, se preguntó. Qué curioso. No hacía más que pensar en María, su primera mujer. Los recuerdos se habían vuelto más claros tras haber conocido a *lady* María Neville. Corbett cerró los ojos, sabiendo que no debía seguir por aquel camino y que no convenía hurgar en el pasado. Se mordió el labio y se preguntó qué haría cuando terminara aquel asunto. Había visto la suciedad y la degradación de las prostitutas callejeras. Quizá convendría hacer algo en lugar de arrugar la nariz y cruzar la calle. Por lo menos en Francia, pensó, trataban de controlar la situación. Un funcionario llamado el Rey de los Acertijos imponía un poco de orden y ofrecía protección a las damas de la noche. En Florencia, la acción era más drástica y los burdeles estaban controlados por las autoridades de la ciudad, cuyos representantes trabajaban en lo que se llamaba «el Despacho de la Noche». Pero la Iglesia debería hacer algo más que condenar. ¿Tal vez construir hospitales y refugios? Tendría que aconsejarle al rey que interviniera, pero ¿qué? Su adormilada mente examinó las distintas posibilidades.

Justo cuando su amo se dormía, Maltote y Ranulfo, con las botas envueltas en

unos trapos para amortiguar sus pisadas, bajaron de puntillas, abrieron la puerta lateral de la casa y salieron a la oscura calle. Ranulfo le ordenó a Maltote que dejara de murmurar y maldecir y ambos descendieron por la calle del Pan, donde Ranulfo había escondido un ramillete de rosas en la grieta de un pasadizo. Las robó horas antes en el jardín de un mercader de West Cheap. Lanzó un suspiro de alivio al ver que nadie las había tocado. Siguieron adelante, cruzando varios callejones y pasadizos hasta llegar a la vieja muralla de la ciudad; pasaron por delante de la prisión del Fleet y entraron en el callejón del Zapato donde vivía *lady* María Neville. Ranulfo ni siquiera permitió que Maltote hablara en susurros y, vigilando atentamente para no tropezarse con la guardia nocturna, acercó una mano a la daga para protegerse de los ladronzuelos, maleantes y mendigos que vagaban por las calles en busca de alguna presa.

Se detuvo al llegar a la casa a oscuras y, recurriendo a sus antiguas habilidades de ladrón, se encaramó por la pared, apoyando los pies en el negro entramado de madera de la fachada. Soltando maldiciones por lo bajo, le dijo a Maltote que trepara al alféizar de una ventana inferior y le entregara las rosas que el pobrecillo sostenía en la mano. Ranulfo trabajó con gran pericia, utilizando todos los huecos y asideros que había alrededor de la que él suponía que era la ventana del dormitorio de *lady* María hasta conseguir rodearla por entero con una guirnalda de rosas. Algunas de ellas se caerían, pero muchas quedarían prendidas el tiempo suficiente como para fascinar e intrigar al único amor de su vida. Después saltó de nuevo a la calle riéndose por lo bajo y regresó corriendo a la calle del Pan, seguido de Maltote.

En otro barrio de la ciudad, Hawisa, una joven cortesana recién llegada a Londres desde Worcester, bajó por la calle Monkwell cerca de Cripplegate. Había pasado la noche con un anciano mercader en una habitación situada detrás de la tienda, aprovechando la ausencia de su esposa y su familia que se encontraban en peregrinación al sepulcro de Santo Tomás en Canterbury. Hawisa se levantó el dobladillo de la falda morada, procurando sortear cuidadosamente los montones de basura, pegando saltitos y reprimiendo la risa mientras las ratas correteaban a su alrededor. Al final, llegó a una casa adosada a la vieja muralla de la ciudad y al sótano que el mercader de lanas había comprado para ella. Estaba cansada y se alegraba de poder regresar a la casa que ella misma había decorado y amueblado a su gusto. Insertó la llave en la cerradura, la giró y se quedó paralizada al oír un ruido a su espalda. ¿Otra rata? ¿O alguna persona? Se detuvo en la certeza de que era una pisada de alguien en la calle de arriba. Se apartó de la puerta y miró hacia lo alto de los peldaños. Nada. Se acercó de nuevo a la puerta y, cuando estaba a punto de introducir de nuevo la llave en la cerradura, sintió que alguien le rozaba ligeramente el hombro.

—¡Hawisa —murmuró la voz—, te estaba esperando!

Hawisa sonrió y levantó el rostro justo en el momento en que el cuchillo del asesino se acercaba a su cuello y se lo desgarraba con una larga y sangrienta herida.

Capítulo 9

Corbett estaba desayunado en la despensa a primera hora del día siguiente cuando una fuerte llamada a la puerta turbó toda la casa. Adivinó la noticia cuando abrió la puerta y vio al alguacil auxiliar Alejandro Cade, desgredado y sin afeitarse.

—Ha habido otro asesinato, ¿verdad? —le preguntó en un susurro.

—Sí, hace unas cuatro horas. Una prostituta llamada Hawisa ha sido asesinada delante de su casa. Corbett le indicó que entrara.

—Los muertos tendrán que esperar un poco —murmuró—. ¿Habéis desayunado?

Cade sacudió la cabeza y Corbett lo acompañó a la cocina, lo sentó a una mesa y empujó hacia él un cuenco de vino, un plato de cecina y unas hogazas de pan moreno recién hecho. Cade comió y bebió ávidamente mientras Corbett lo estudiaba con curiosidad: a pesar del apetito que tenía, el alguacil auxiliar parecía muy trastornado.

—¿Conocíais a Hawisa? —le preguntó Corbett mientras unos legañosos Ranulfo y Maltote entraban en la despensa. El alguacil levantó los ojos con la boca llena de pan y carne. Corbett comprendió que lo había pillado desprevenido—. La conocíais, ¿verdad?

Cade asintió con la cabeza.

—Sí —musitó—. Conocía a la chica, ¡pero eso es asunto mío!

Ranulfo y Maltote se sentaron a su lado en el banco.

—Un momento, maese Cade. Ranulfo, tengo que hablar contigo.

En el pasadizo lateral de la casa, Corbett asió a su criado por la pechera del jubón.

—Anoche saliste de casa, ¿verdad?

—Sí, amo mío, pero, tal como dice maese Cade, ¡eso es asunto mío!

—Pero, si dejas la puerta abierta, ¡el asunto es mío! —replicó Corbett enfurecido—. ¡Ya tengo bastantes enemigos en la ciudad como para que, encima, invite públicamente a todos los maleantes y ladronzuelos de la ciudad, por no hablar de los asesinos de la noche! —El escribano empujó a Ranulfo contra la pared—. ¿Adónde fuiste? ¿A casa de *lady* María Neville?

—¡Sí! —contestó Ranulfo sin disimular su irritación.

—¡Es una dama de noble cuna y viuda!

—¿Y yo qué soy? —replicó Ranulfo—. ¿Un plebeyo? ¿Tengo yo que saber cuál es mi verdadera categoría social en la vida, amo mío? —Ranulfo se acercó un poco más a Corbett—. ¿O acaso la querriais para vos, amo mío? ¿Es eso? He visto cómo la mirabais.

Corbett deslizó la mano hacia su daga y Ranulfo asió el puño de la suya.

—Llevo mucho tiempo a vuestro servicio, amo mío —dijo el criado en voz baja— y os he servido fielmente. Solo Dios sabe quién fue mi padre, pero mi madre era la hija de un granjero. Apuntaba muy alto, pero carecía de talento. Sin embargo, os aseguro que yo tengo ambas cosas. Un día me arrodillaré delante del rey —añadió,

proyectando la barbilla hacia afuera—. ¡Y seré nombrado caballero!

Corbett dejó caer la mano y se apoyó contra la pared del pasadizo.

—¡Dios nos perdone, Ranulfo! —musitó—. ¡Aquí estamos tú y yo a punto de desenvainar las dagas! Haz lo que quieras, pero tenemos otros asuntos entre manos.

Recogieron a Cade y al medio adormilado Maltote en la despensa, bajaron por la desierta calle del Pan y subieron a Cheapside. La gran avenida estaba vacía y solo vieron a un solitario fraile con una casulla sobre los hombros y a un muchacho medio dormido con una vela encendida, apurando el paso con el viático para los enfermos. Vanos perros y gatos se disputaban unos montones de basura. Pasaron dos guardias tan borrachos como los alborotadores a los que perseguían. Corbett contempló el encapotado cielo.

—¿Dónde está el cadáver de la chica, maese Cade?

—Ya lo han trasladado a San Lorenzo de la Judería. Lo hemos colocado en un carro de estiércol.

—¿Quién lo encontró?

—Un guardia. —Cade apartó la mirada y soltó un escupitajo—. Oyó los rugidos de unos perros peleándose por el cuerpo. —El alguacil auxiliar apretó los labios para no vomitar—. ¡Dios se apiade de nosotros! —murmuró—. ¡Los perros estaban lamiendo la herida y bebiéndose la sangre!

Corbett rezó mentalmente una oración.

—De nada sirve ir allí —dijo—. ¿La mataron en su habitación?

—No, justo en la puerta de su casa. Ya tenía la llave en la cerradura cuando el asesino la atacó.

—¿Os parece que vayamos a San Lorenzo de la Judería?

—Maese Corbett, primero tengo otros asuntos que atender. ¿Os importa esperar? Le he pedido a mi escribano que echara un vistazo a los archivos. Ha redactado un memorando sobre lo que sabemos acerca de Puddlicott.

Corbett le miró sonriendo.

—Resolvamos primero vuestros asuntos, maese Cade. El alguacil auxiliar lo acompañó a los Grandes Cepos del Canal, donde unos soldados vestidos con la librea azul y oro de la ciudad habían reunido a los malhechores y criminales para someterlos a los habituales castigos. Cuando Corbett llegó, se estaban llevando a un clérigo sorprendido en brazos de la esposa de un honrado burgués. Lo precedía un hombre, tocando la gaita.

—Tendrá que ir y venir seis veces a pie hasta Newgate con el trasero al aire y los calzones bajados hasta los tobillos —explicó Cade.

Los soldados soltaron unas sonoras carcajadas cuando se llevaron al desventurado. Cade tuvo que decidir los castigos de los demás infractores de la ley. Un estafador que había comprado dos capas de raso por cinco libras; con la excusa de enseñarle una de ellas a un amigo, el hombre había pagado un cuarto de noble, ofreciendo como depósito quince monedas similares en una bolsa. El comerciante

aceptó y, cuando el hombre ya se había retirado, descubrió que las monedas eran falsas. Otro era un zapatero que había asegurado ser capaz de encontrar objetos robados, utilizando una hogaza de pan con unos cuchillos clavados a ambos lados. Ahora los cuchillos colgaban alrededor de su cuello y, en el momento de atarlo a la picota, los soldados le frotaron la cara con la hogaza de pan empapada en orina de caballo. Los castigos aún no habían terminado. Un blasfemo tendría que llevar tres libras de cera a una iglesia de Southwark. A un hombre que fingía ser mudo para poder pedir limosna, le quemaron la punta de la lengua con un atizador al rojo vivo. Corbett se cansó de presenciar la imposición de los castigos y decidió marcharse.

Tuvo que esperar casi una hora en una cercana taberna a que Cade terminara su trabajo. Después, los cuatro se dirigieron a San Lorenzo de la Judería. Maltote, que ya había conseguido despertarse por completo, le comentó en voz baja a Ranulfo lo contenta que se iba a poner *lady* María cuando despertara y viera las rosas. Corbett oyó el comentario y confió en que así fuera, pues, de lo contrario, Ranulfo hubiera corrido peligro de engrosar el número de los malhechores como los que acababan de ver en los cepos. Miró de soslayo a Cade y vio que aún seguía muy nervioso y abatido.

—Debo haceros unas cuantas preguntas, Alejandro —le dijo en voz baja para que Ranulfo y Maltote no le oyeran.

—¿Como qué?

—¿Conocíais a alguna otra chica de las que fueron asesinadas?

Cade sacudió la cabeza y apartó la mirada.

Cuando llegaron a San Lorenzo de la Judería, Cade llamó al menudo y obeso cura, el cual, protestando por lo intempestivo de la hora, abrió el pequeño depósito de cadáveres, murmurando que ya estaba harto de tener que enterrar a una prostituta tras otra. Solo se calló cuando Cade le recordó que la ciudad le pagaba una buena cantidad de plata por sus servicios. Corbett echó un rápido vistazo al cadáver del interior, el profundo corte morado que le cruzaba la garganta y las horribles mutilaciones de la ingle, y salió rápidamente para respirar una bocanada de aire fresco.

—¡Estoy de acuerdo con vos, cura! —dijo, levantando la voz—. ¡El hecho de tener que contemplar diecisiete cadáveres como este sería capaz de acabar con la paciencia de un santo!

—¡Dieciséis! —dijo el cura con voz chillona—. ¡Esta es la decimosexta!

Corbett observó que Cade palidecía súbitamente.

—No, no —replicó Corbett—. Esta es la decimoséptima víctima, o la decimoctava, si incluimos a *lady* Somerville.

El sacerdote se encogió de hombros y entró de nuevo en la casa; volvió a salir con un enorme libro mayor de tapas moradas.

—Este es el libro de entierros de la iglesia —explicó, abriendo las amarillentas páginas. Pasó a las del final—. Aquí están las personas a las que se hizo un entierro

de pobre. He marcado los nombres de las víctimas... de las prostitutas asesinadas en los últimos meses.

Corbett tomó el libro y examinó las patéticas entradas. Un viejo que había muerto en el cepo; un chico que había caído al vacío desde lo alto de un campanario; un calderero asesinado en el callejón de la Compuerta. Entre ellos, con un asterisco al lado del nombre, estaban las prostitutas asesinadas. Corbett se alejó haciendo caso omiso de las protestas del cura. Depositó el libro sobre una ruinosa lápida, se sacó de la bolsa la lista de las víctimas que le había facilitado el alguacil auxiliar y cotejó los datos. Cade se encontraba de espaldas a cierta distancia y Ranulfo y Maltote contemplaban la salida del sol, apoyados contra el muro. Corbett estudió cuidadosamente ambas listas. Después cerró el libro y se lo devolvió al sacerdote.

—Gracias, padre. Probablemente no llegaréis a saber jamás lo valioso que es este libro de entierros. ¡Ranulfo! ¡Maltote! —gritó, llamando a sus dos criados—. ¡No os mováis de aquí! ¡Y vos, maese Cade, venid conmigo!

Mientras el clérigo se retiraba a toda prisa, Corbett acompañó a Cade a la parte trasera de la iglesia. Una vez allí, empujó al alguacil auxiliar contra la pared, inmovilizando con una mano su cuello mientras con la otra acercaba la punta de la daga a la parte más blanda de su garganta, justo bajo la oreja derecha.

—Y ahora, maese Cade —le dijo en voz baja—, ya basta de mentiras y de historias. ¿Qué es lo que ha ocurrido, me lo queréis decir? ¡Según vuestra lista, una prostituta llamada Judit que vivía en el callejón de la Compuerta fue asesinada hace unas seis semanas!

El alguacil auxiliar abrió y cerró la boca. Corbett le golpeó suavemente la cabeza contra la pared.

—No mintáis, maese Cade. Vos sois el responsable de todos los entierros. ¿Qué ocurrió con el cadáver de esa mujer? —Corbett esbozó una leve sonrisa—. Ah, por cierto, debo deciros que sois famoso entre las prostitutas de la ciudad.

Cade emitió un jadeo.

—Yo os lo diré —graznó—. Apartad la mano y envainad la daga, maese Corbett. Sé muy bien que, tarde o temprano, la verdad saldrá a la luz.

Corbett envainó la daga y la guardó. Justo en aquel momento aparecieron Maltote y Ranulfo.

—¡Os he dicho que esperarais! —les gritó Corbett—. ¡Volved ahora mismo a vuestro sitio!

Frotándose la garganta, el alguacil auxiliar se sentó en un plinto de piedra del muro de la iglesia.

—Sí, sí —dijo—. Conocía a algunas de las chicas asesinadas. Soy soltero. Solo tengo la ropa que llevo encima y la remuneración de mi cargo. No acepto sobornos y nunca miro para el otro lado, pero, como todos los hombres, me siento muy solo. La sangre me hierve en las venas. Un bello rostro y un suave cuerpo, cualquier rostro y cualquier cuerpo, son un alivio para mí. Conocía a Hawisa, la última chica, y también

a otras, Mabel, Rosamunda, Gennora... pero Judit era mi preferida. Resulta que la atacaron pero, por suerte, no la mataron, maese Corbett. Yo cuidé de ella y puse su nombre en la lista para protegerla.

—¿Cómo decís? —preguntó Corbett sin poder reprimir un jadeo de asombro—. ¿Queréis decir que hay una chica que sobrevivió al ataque de este loco asesino?

—Apenas vio nada —musitó el alguacil auxiliar—. Estaba muy asustada. Me amenazó con decir a otros lo que sabía de mí y de otros funcionarios del municipio si no la protegía.

—¿Y dónde está ahora?

—La llevé al convento de las franciscanas menores, el que hay cerca de la Torre. Las buenas monjas accedieron a cuidar de ella. —Cade se secó la boca con el dorso de la mano—. Hasta que consiga reunir dinero suficiente para enviarla a uno de los Cinco Puertos^[2].

—Bien, maese Cade, será mejor que vayamos allí.

Recogieron a los perplejos Ranulfo y Maltote y bajaron al Ayuntamiento, donde alquilaron unas cabalgaduras para recorrer las calles todavía medio dormidas, cruzar Aldersgate y salir a la campiña del otro lado de la muralla. Giraron al sur atravesando unos fértiles campos y pasaron por delante de varias granjas hasta llegar al edificio de piedra gris del convento de las franciscanas menores, rodeado de bosques y campos.

Las hermanas, que seguían la regla de Santa Clara, los recibieron amablemente, siempre deseosas de recibir visitas, sobre todo, cuando estas pertenecían al sexo contrario. Todas se agitaron y cloquearon como gallinas alrededor del grupo de Corbett. El escribano tuvo que seguir el consabido ritual de reunirse con ellas en el pequeño refectorio para tomar un poco de pan con cerveza, antes de que Cade pidiera ver a «su querida hermana Judit» en una de las estancias de huéspedes.

Las bondadosas hermanas accedieron a su petición, pero Corbett percibió sus miradas de reojo y sus mal reprimidas sonrisas. Por mucho que dijera el alguacil auxiliar, las monjas no eran tan ingenuas como parecían y tenían algo más que una vaga idea acerca de las verdaderas actividades de Judit. Inmediatamente enviaron a una joven novicia para que preparara a la chica. Ranulfo y Mal tote aguardaban en el jardín del claustro tras recibir la severa orden de comportarse bien.

Cade y Corbett fueron acompañados a la celda de paredes encaladas donde Judit esperaba. Era una agraciada y regordeta pelirroja vestida con un severo atuendo marrón oscuro de cuello cerrado. Saludó cordialmente a Cade besándolo en ambas mejillas y comprimió afectuosamente su mano, pero las oscuras sombras que rodeaban sus ojos traicionaban su inquietud.

—Las monjas siguen pensando que soy tu hermana —dijo jovialmente.

—¿Y por qué razón creen que estáis aquí? —le preguntó Corbett.

—Veo que sabéis quién soy, señor, pero ¿quién sois vos? —replicó la joven en tono airado.

Corbett sonrió, pidió disculpas y se presentó.

—Y ahora, ¿queréis responder a mi pregunta?

—Las monjas —terció Cade— creen que Judit es mi hermana y fue atacada por un ladrón que entró en su casa.

—¿Y la verdad cuál es?

La muchacha apartó la mirada sonriendo.

—Soy la querida de maese Cade —contestó—. Tengo una habitación encima de una tienda del callejón de la Compuerta. Maese Cade solía visitarme allí. Yo tenía —su voz se elevó en un ligero sonsonete—, tenía otros amigos. Me ganaba bien la vida. Había oído hablar de los asesinatos pero creía que los cometía alguien que estaba resentido por algo. —Se sentó en la única banqueta que había en la estancia—. Una noche —añadió— regresé tarde a casa y empecé a subir por la escalera exterior que conduce a mi habitación. A menudo dejaba la puerta abierta para que mi gato pudiera entrar y salir. Entré y encendí una vela. Un carpintero me había regalado un armario muy grande, donde yo colgaba todos mis vestidos. Oí un ruido y, como no veía al gato, pensé que el pobre animal se habría quedado encerrado dentro. —Judit hizo una pausa y entrelazó los dedos de ambas manos—. Jamás lo podré olvidar. Tomé la vela y abrí la puerta del armario. Creo que fue la vela la que me salvó. Vi una oscura sombra y el brillo del acero y, mientras me echaba hacia atrás, el cuchillo me hizo un corte. —La muchacha desató los cordones del cuello de su vestido y lo empujó hacia abajo para mostrar un largo e irritado verdugón de color rojo que se extendía de uno a otro hombro—. Lancé un grito mientras la sangre se escapaba a borbotones de la herida y después me desmayé. Alguien me debió de oír y avisaron a maese Cade. —Levantó los ojos hacia Corbett—. Creo que lo demás ya lo sabéis, ¿verdad?

—Me pareció mejor que el asesino creyera que había muerto —explicó Cade.

—¿Entonces visteis algo? —preguntó Corbett.

La muchacha hizo una mueca.

—¿Quién me hubiera creído?

—¿Qué visteis?

—Fue una visión muy fugaz pero me pareció que era un monje.

—¿Por qué?

—La figura llevaba capa y capucha, pero, mirad, maese Corbett, cuando levanté en alto la vela —añadió con una remilgada sonrisa en los labios—, vi fugazmente la manga del agresor. Era la manga pardo oscuro de un hábito de monje. Y vi también otra cosa.

—¡Vamos, muchacha, decídmelo de una vez!

—Mientras me echaba hacia atrás y la vela caía al suelo, estoy segura de que vi un cordón blanco con borlas. —La joven levantó la vista—. Y eso solo lo lleva un monje.

Corbett miró a Cade con expresión acusadora.

—Por eso estuvisteis tan callado cuando fuimos a la abadía de Westminster y hablamos con el sacristán y con su amigo del alma. Solo los benedictinos llevan

hábitos de color pardo. ¿No os dais cuenta, Cade, de que el asesino tiene que ser un monje?

Cade dio un puñetazo a la pared.

—¡Por supuesto que me di cuenta! —replicó—. Pero ¿quién hubiera dado crédito a las palabras de una prostituta? —El alguacil auxiliar contempló la triste mirada de Judit—. Perdóname —le dijo— pero eso es lo que dirían, la palabra de una prostituta contra la de un monje, ¿y qué otra prueba hubiera podido aportar ella, aparte su declaración? Si un monje fuera acusado de un crimen, sus hermanos jurarían que fray Tal o el padre Cual se encontraba en otro lugar en el momento del ataque.

—Tú nunca me lo habías formulado de esta manera —dijo la muchacha, interrumpiéndole—. Siempre me habías dicho que me habías traído aquí para protegerme. ¡Pero te estabas protegiendo a ti mismo! —Judit se volvió hacia Corbett—. Antes de que el alguacil auxiliar siga adelante y me pregunte por qué razón iba un monje a atacar a una prostituta, yo os lo diré, maese Corbett. Y vos seréis la única persona a quien se lo haya revelado.

Corbett se agachó delante de la chica y comprimió ligeramente sus dedos.

—Decidme la verdad —le dijo—. Decidme todo lo que sepáis y yo atraparé al hombre que os atacó. Os ofreceré protección por orden del rey y una elevada recompensa. Sí —añadió al ver el destello de esperanza que brillaba en los ojos de la muchacha—. Una buena cantidad de plata para que os podáis ir a otro sitio e iniciar una nueva vida. Con una pequeña dote, quizá podáis regresar a vuestro pueblo, casaros y tener una familia.

La joven comprimió la mano de Corbett.

—¿Me lo prometéis?

Corbett levantó una mano.

—Juro solemnemente por el rey y por los santos sacramentos que seréis debidamente protegida y recompensada.

—Hace aproximadamente un año —dijo Judit—, a finales de verano y principios de otoño, yo y otras chicas fuimos contratadas para ir al desierto palacio de Westminster. Nos pagaron buena plata y nos llevaron río abajo en una barcaza. Subimos las Gradass del Rey y nos condujeron a una estancia del palacio. Estuvimos allí una docena de veces y participamos en unas alocadas orgías. Jamás he visto cosa igual. El vino corría como el agua y se servían incesantes bandejas de comida. —La muchacha sonrió al recordarlo—. Pero siempre había muy poca luz. Varios hombres se reunían con nosotros. Reconocí a uno de ellos, creo que era el mayordomo del palacio y siempre estaba bebido.

—¿Quién más había?

—Bueno, tal como ya he dicho, el vino corría como el agua. Nos quitábamos la ropa, había música y danzas. Nuestros compañeros iban siempre enmascarados, pero yo estoy segura... —la joven hizo una pausa— estoy segura de que algunos de ellos eran monjes de la cercana abadía.

Corbett soltó un silbido entre dientes y miró a Cade.

—¡Por los cuernos de Satanás, Cade! Había oído rumores acerca de estas orgías. ¿Alguien más en la ciudad sabe algo de ellas?

El alguacil auxiliar palideció intensamente.

—Ha habido rumores —dijo en voz baja.

—Cuando el rey se entere —dijo Corbett—, su furia no tendrá límites. —Miró con una sonrisa a la chica y comprimió su mano—. Oh, no con vos, Judit. El rey tendrá que arreglarles las cuentas a otros personajes más importantes. Vos estaréis a salvo. —Contempló los atemorizados ojos de la joven—. ¿Quién era el que mandaba, el que llevaba la voz cantante en las orgías?

—No lo sé. Al principio, pensé que era el mayordomo, pero este no era más que un vulgar borrachín. No, había otro hombre. Alto, de buena figura y cuerpo musculoso, pero siempre llevaba puesta una máscara de sátiro. Era él quien se encargaba de que las estancias estuvieran a oscuras, de que se sirviera la comida y el vino y, sobre todo, de que, al amanecer, nosotras ya estuviéramos fuera del palacio, navegando río arriba a bordo de una barcaza.

—¿Sabéis quién era?

—No, siempre lo llamaban «le Seigneur».

—¿Y cómo sabéis que en las orgías participaban los monjes?

La muchacha se echó a reír.

—Puede que sea una ignorante, maese Corbett, pero cuando una trabaja en las calles de Londres, aprende tantas cosas sobre los hombres que podría llenar mil pergaminos. —La muchacha se encogió de hombros—. Todo estaba a oscuras, pero los cuerpos de los hombres estaban muy bien cuidados y alimentados. ¡Y, además —añadió riéndose—, solo los monjes llevan tonsura!

Corbett sonrió.

—O sea que comían, bebían, danzaban y...

—Sí —dijo la muchacha interrumpiéndolo—. Y lo otro. Nos separábamos en parejas y después tocaban un cuerno, servían carne y copas de vino y la orgía duraba hasta el amanecer.

—Decís que eso fue hace un año. ¿Por qué terminó todo de repente?

—Yo no he dicho eso. Creo simplemente que el Seigneur se buscó otro grupo distinto de mujeres.

—Ya —dijo Corbett, levantándose—. Lo comprendo, para evitar que vos o vuestras compañeras acabarais sabiendo demasiado.

—Pero ¿por qué nadie informó a las autoridades? —preguntó Cade.

La muchacha le miró casi como si lo compadeciera.

—Alejandro —le contestó—. Eres un buen hombre pero un poco tonto. ¿Quién iba a decir nada? ¿El Seigneur y su camarilla? ¿Las chicas? ¿Crees que nos hubiéramos privado voluntariamente de la plata, la comida y el vino? ¿Quién se hubiera atrevido a presentar una denuncia? —La joven echó la cabeza hacia atrás—.

Tal como tú has dicho, Alejandro, ¿quién nos iba a creer a nosotras, las ramera y las prostitutas?

Corbett se acercó a una pequeña ventana de bisagra. Vio a Ranulfo y Mal tote en el verde jardín del claustro, calentándose bajo los primeros rayos del sol matinal mientras comentaban entre risas sus andanzas de la víspera.

—Eso que habéis dicho, Judit, tiene sentido —dijo—. Creéis que algunos monjes de la abadía participaban en las orgías nocturnas. ¿A lo mejor uno de ellos empezó a preocuparse o se sintió amenazado y decidió eliminar las pruebas?

La muchacha asintió con la cabeza.

—Puede que sí —contestó—. Pero puede que haya más de un asesino, maese Corbett. Las muertes se han producido en distintos lugares de la ciudad.

—Tal vez —dijo Corbett—. Pero todo lo que decís, Judit, encaja en el rompecabezas. Primero, *lady* Somerville. Era miembro de las Hermanas de Santa Marta, brutalmente asesinada en Smithfield. ¿Habéis oído hablar de esas bondadosas hermanas?

Judit asintió con la cabeza.

—Pues bien —añadió Corbett—, ella tenía muy mala opinión de los monjes. Siempre repetía el proverbio «El hábito no hace al monje» y había dibujado unas crueles caricaturas de ellos. ¿A lo mejor, estaba al corriente de las orgías y quisieron callarle la boca? En segundo lugar, lo que siempre me ha desconcertado es el hecho de que el asesino pudiera recorrer la ciudad sin que nadie se fijara en él, aunque, ¿quién iba a detener e interrogar a un monje? En tercer lugar, alguien vio entrar a un monje en la casa donde fue encontrada una de las víctimas. Y, finalmente, todo el mundo se fía de un monje y por eso las víctimas siempre permitían que el asesino se les acercara.

Corbett contempló nuevamente desde la ventana el jardín del claustro iluminado por el sol. «Claro —pensó—, encaja con lo que siempre ha dicho el padre Tomás: a lo mejor, el monje mató a las chicas no solo para callarles la boca sino también porque se sentía culpable de su indigno comportamiento y creía que, derramando su sangre, expiaba sus pecados». También tenía sentido lo que dijera el viejo mendigo loco: los nudosos pies del demonio eran, en realidad, los desnudos pies del monje calzados con sandalias. Y también se comprendía que *lady* Somerville se hubiera detenido en la oscuridad para saludar a un monje que apuraba el paso a su espalda, tratando de darle alcance.

—¡La muerte del padre Benito! —dijo Cade, interrumpiéndole muy nervioso—. El anciano sacerdote murió porque vio o averiguó algo acerca de las orgías nocturnas de los monjes. Por eso quería verme. ¡Y por eso lo asesinaron!

Corbett asintió con la cabeza, apoyado contra la pared. Pero ¿por qué se celebraban aquellas ilícitas fiestas? ¿Quién era aquel Seigneur? La chica había dicho que no era Guillermo de Senche. Quizá fuera el sacristán, Adam de Warfield. Pero ¿por qué, por qué, por qué? Contempló la hierba en la que las gotas de rocío brillaban

como diamantes y, de repente, sintió frío.

—¡Claro! —gritó—. ¡Claro!

Se acercó de nuevo a la joven y la asió fuertemente por la muñeca.

—¿Podéis decirme algo más?

—No, mi señor. Os he dicho todo lo que sé.

—Muy bien, pues entonces os quedaréis aquí. ¡Venid conmigo, Cade!

Corbett se dirigió a toda prisa al claustro, donde Ranulfo y Maltote lo esperaban.

—¡Ranulfo! ¡Maltote! ¡Vamos! ¡No os quedéis aquí sentados como dos escuderos enfermos de amor cuando se están tramando traiciones y asesinatos!

Los criados echaron a correr tras él como conejos. Corbett se despidió a toda prisa de la sorprendida madre superiora, recogió su caballo y cruzó las puertas del convento como alma que llevara el diablo.

Recorrieron las tortuosas callejuelas sin detenerse hasta llegar al laberinto de angostos callejones de Petty Wales que se extendía alrededor de la Torre y desmontaron en la taberna del Turco de Oro.

—¡Nada de bebida, maese Cade, tenéis trabajo que hacer! —Corbett se sacó una orden del bolsillo—. Entregadle esto al alcaide de la Torre con los saludos de *sir* Hugo Corbett, Custodio del Sello Real, y decidle que dentro de una hora quiero tener tres barcazas en el Muelle de la Lana. Una para nosotros y las otras dos llenas de arqueros reales. Quiero los mejores; hombres que sepan cumplir cualquier orden que yo les dé. No —añadió, sacudiendo la cabeza al ver la cara del alguacil auxiliar—. Ahora no puedo daros ninguna explicación. Haced lo que os digo y regresad aquí cuanto todo esté listo.

Mientras Cade se retiraba, Ranulfo le preguntó:

—¿Qué ocurre, amo mío?

—De momento nada, Ranulfo. Tengo apetito. Quiero comer. Podéis acompañarme si queréis.

Una vez en el interior de la taberna, el escribano les dijo a Ranulfo y Maltote que se las arreglaran por su cuenta y le pidió una habitación al calvo tabernero envuelto en un grasiento mandil.

—¡Quiero estar solo! —le dijo—. ¡Subidme una copa de vino! —Aspiró los deliciosos efluvios que se escapaban de las cocinas—. ¿Qué estáis cocinando, tabernero?

—Empanadas de carne.

—¡Quiero dos!

Corbett asintió con la cabeza mirando al perplejo Ranulfo y siguió al tabernero al piso de arriba.

La pequeña estancia estaba muy limpia, ordenada y bien cuidada. El escribano se pasó un buen rato tendido en la pequeña carriola, mirando al techo. Entró el tabernero portando una bandeja con vino y comida. Corbett comió y bebió con buen apetito, procurando contener su emoción, pues, al final, había encontrado una salida.

Desenrolló el pergamino que Cade le entregara y estudió la información que habían reunido los escribanos acerca de Ricardo Puddlicott. Al parecer, este tenía un amplio y variado historial delictivo. Había nacido en Norwich y era tan aventajado en los estudios que había conseguido entrar en una de las escuelas de Cambridge, donde obtuvo un título y recibió las órdenes menores. Posteriormente abandonó la vida clerical para convertirse en un próspero mercader de lanas, queso y mantequilla. Durante algún tiempo había viajado al extranjero y visitado Gante y Brujas, pero allí los negocios le empezaron a fallar. Los ingleses se habían visto obligados a no pagar los préstamos de los mercaderes de Brujas y Puddlicott fue uno de los mercaderes ingleses retenidos en represalia y obligados a permanecer en una cárcel flamenca. Al final, rebosante de rencor contra Eduardo de Inglaterra, consiguió escapar, matando a dos guardias.

Había regresado a Londres y se lanzó a una interminable carrera de delitos. Engañó a unos orfebres de Cheapside; estafó a un banquero lombardo y sustrajo objetos de valor de varias iglesias. Pero su mayor habilidad era el abuso de la confianza de los demás, haciéndose pasar por lo que no era con el fin de obtener dinero por medios fraudulentos. En varias ocasiones los representantes de la ley lo habían atrapado, pero él, que era un maestro del disfraz, siempre escapaba. Corbett tomó un sorbo de vino, asombrándose de las proezas de aquel estafador. Nadie estaba a salvo. Taimados mercaderes, curtidos funcionarios, afligidas viudas, astutos soldados, codiciosos granjeros: todos habían sido víctimas de los engaños de Puddlicott.

Corbett se tensó mientras examinaba la lista de fechas. Un espía del Gobierno había oído decir que Puddlicott se encontraba en Inglaterra en otoño del año anterior. En otros informes se indicaba que fue visto varias veces en primavera y, según el comunicado más reciente del espía inglés, Puddlicott había sido visto en París. Corbett dejó el pergamino y volvió a tenderse en la cama. ¿Sería posible?, se preguntó. ¿Sería el Seigneur que Judit había descrito, aquel organizador de las orgías nocturnas en el palacio de Westminster, nada menos que Ricardo Puddlicott? Pero ¿por qué? ¿Acaso pretendía mostrar su desprecio por la autoridad, corrompiendo a los monjes y asociándose con las prostitutas? Corbett tenía una vaga idea de la verdad y solo existía una manera de averiguarla. Oyó un fuerte ruido en la escalera e inmediatamente Ranulfo empezó a aporrear la puerta.

—¡Amo mío! ¡Amo mío! ¡Cade ya ha regresado y las barcas están listas!

Corbett se levantó, apuró su copa de vino y bajó. Pagó al tabernero y salió al patio, donde Cade lo esperaba todavía un poco avergonzado, abriendo y cerrando nerviosamente las manos.

—¿Todo listo, maese Cade?

—Sí, maese Corbett. Están esperando en el Muelle de la Lana.

—Es Westminster, ¿verdad? —preguntó Ranulfo, batiendo palmas—. Son aquellos perversos monjes. —Le dio un codazo a Maltote—. Ahora viene lo bueno —

le dijo en voz baja—. Ya verás cuando maese «Cara Larga» empiece a ejercer su poder.

Pero maese «Cara Larga», tal como Ranulfo llamaba en secreto a Corbett, ya estaba bajando por la callejuela en dirección al río. En el Muelle de la Lana tres grandes barcazas les aguardaban. Un oficial de la guarnición de la Torre se adelantó para recibirlos.

—Maese Corbett, soy el sargento Pedro Limmer.

Señaló las barcazas llenas de arqueros con celadas de cuero y la cabeza protegida con cónicos yelmos de acero. Cada uno de ellos iba armado con espada, daga y una pesada ballesta.

—¡Muy bien! —dijo Corbett en voz baja—. Vamos a Westminster y haréis exactamente lo que yo ordene.

El larguirucho oficial de cabello cortado casi al rape asintió con la cabeza. Todos subieron a bordo. Se dieron las oportunas órdenes y las barcazas se adentraron en el río.

Capítulo 10

La travesía transcurrió sin incidentes, rota tan solo por el chapoteo de los remos en el agua, el crujido del cuero y el sonido metálico de la armadura. La espesa niebla que aún se cernía sobre el río permitía a Corbett aislarse del bullicio de la ciudad. De vez en cuando se cruzaban con algún barco o alguna pequeña embarcación. El silencio solo se quebró cuando Limmer ordenó con voz de trueno que las barcazas se situaran hacia el centro de los ojos del Puente de Londres, donde había más espacio para navegar. Allí el agua se arremolinaba alrededor de los grandes tajamares contruidos para proteger las embarcaciones del impacto contra las recias columnas de piedra del puente. Los remos se hundieron en el agua y las barcazas pasaron rápidamente bajo el puente y emergieron a las aguas más tranquilas del otro lado. La niebla era todavía muy espesa cuando doblaron el meandro para bajar hacia Westminster. Remando febrilmente, los barqueros consiguieron desviar las barcazas hacia un lado cuando la gran proa dorada de una galera veneciana surgió repentinamente de la niebla y a punto estuvo de echárseles encima. Pero, por lo demás, no hubo ningún incidente. Se acercaron a la orilla norte, donde la niebla ya se estaba disipando y vislumbraron la torre y los torreones de Westminster. Desembarcaron en las Gradas del Rey, se dieron unas órdenes y los arqueros, organizados en dos columnas, se pusieron en marcha detrás de Corbett y de sus acompañantes. Sorprendiendo a algún que otro adormilado criado, atravesaron los jardines y el patio del palacio y entraron en el recinto de la abadía. Una de sus puertas laterales estaba abierta. Dejando fuera a los miembros de su escolta militar, Corbett entró en la desierta nave lateral. Estaba fría y oscura.

—¡Traed unos bancos! —le ordenó a Limmer, indicándole el crucero sur—. Quiero que allí se coloque un banco adosado a la pared y una silla delante. Después quiero que se llame a las siguientes personas: en primer lugar, a Guillermo de Senche, que probablemente estará borracho. —Corbett aspiró en el aire el fragante aroma del incienso—. Después id al refectorio de la abadía. Y, por mucho que protesten, arrestad al sacristán Adam de Warfield y a fray Ricardo y traedlos aquí. Quiero que se coloque una guardia armada en el exterior y que se sellen todas las entradas del palacio y de la abadía. Nadie deberá entrar ni salir sin mi permiso.

—Guillermo de Senche será muy fácil —contestó el oficial—. Pero los monjes nos podrían acusar de sacrilegio, de entrar sin autorización en una propiedad eclesial y de transgredir las normas de su orden. —El soldado esbozó una amarga sonrisa—. ¡No quiero que ningún cura empiece a gritar que estamos volviendo a escenificar el martirio de Tomás Becket y tampoco quiero que mis hombres sean malditos y excomulgados!

—Nada de eso ocurrirá —contestó Corbett—. No se trata de un enfrentamiento entre la Iglesia y el rey sino entre unos representantes de la ley y unos criminales.

—Son monjes.

—No por eso dejan de ser criminales y yo lo voy a demostrar, maese Limmer. Os aseguro que, cuando todo esto termine y el rey conozca vuestra colaboración, seréis alabado y debidamente recompensado. En cuanto a la Santa Madre Iglesia, tened por cierto que se alegrará de que se haga justicia y estará demasiado ocupada con sus propios asuntos.

El oficial sonrió, se retiró a toda prisa y empezó a dar órdenes a sus hombres.

—¿Y nosotros, amo mío?

—Tú y Maltote, Ranulfo, permaneced aquí, cerca de la puerta lateral. Solo deberéis acercaros a mí en caso de que alguno de aquellos a quienes yo interroge haga uso de la violencia o amenace con hacerlo, aunque dudo mucho que se atrevan.

Corbett avanzó por el pasillo hacia el crucero sur donde los arqueros ya habían colocado un banco y una silla de la capilla de la Virgen para él. Se sentó y rezó mentalmente una oración, pidiendo que fueran ciertas sus sospechas. A pesar de las valerosas palabras que le dirigiera al soldado, se sentía profundamente inquieto y nervioso. En caso de que sus afirmaciones resultaran falsas y de que su teoría se derrumbara, tendría que dar muchas explicaciones, no solo a los obispos sino también al rey.

Oyó unos gritos y unas maldiciones en el exterior de la abadía, se abrió la puerta de golpe y entraron varios arqueros encabezados por Limmer, sujetando firmemente por los brazos a tres figuras que forcejeaban para soltarse. Corbett se levantó. Adam de Warfield parecía estar a punto de sufrir un ataque. Su cetrino rostro mostraba unas manchas de cólico rubor, los ojos le ardían de furia y Corbett vio unos vestigios de espuma blanca en las comisuras de su boca.

—¡Tendréis que responder de esto, escribano! —rugió el monje—. ¡Mandaré que nuestra orden os excomulgue! ¡Qué os excomulgue la jerarquía de Inglaterra y el mismísimo papa! —El clérigo forcejeó y, soltándose de la presa de los sonrientes arqueros que lo flanqueaban, se volvió a mirar a sus torturadores—: ¡Todos vosotros! —tronó—. ¡Todos vosotros sois reos de excomunión! ¡Esto es un recinto sagrado, es la abadía del rey! ¡Y este hombre —añadió, volviéndose para apuntar con un dedo a Corbett— es un hijo de Satanás!

Corbett miró a fray Ricardo y se sintió reconfortado. El menudo y orondo monje parecía muy nervioso, movía constantemente los ojos y no paraba de humedecerse los labios con la sonrosada punta de la lengua. A su lado, el miedo había serenado de golpe al mayordomo Guillermo de Senche. Al final, Adam se calló y, respirando afanosamente, dejó ambas manos colgando a lo largo de sus costados. Corbett contempló su hábito y su cogulla de color pardo y el blanco cordón con borlas que le ceñía la cintura. Había sido testigo de su furia, de la espuma de su boca y de su demoníaca cólera. ¿Sería aquel el asesino que acechaba a las pobres prostitutas en las oscuras callejuelas de Londres?, se preguntó. El sacristán respiró hondo, disponiéndose a soltar otra parrafada. Corbett sabía que, si le permitiera seguir hablando, corría peligro de perder el apoyo de su escolta militar, algunos de cuyos

miembros ya empezaban a preocuparse por las terribles maldiciones que el clérigo les había lanzado. Se acercó un poco más a él y, echando la mano hacia atrás para tomar impulso, le abofeteó fuertemente el rostro. El monje lanzó un grito y retrocedió, acercándose una mano a la mejilla.

—¡Sacrílego! —le gritó con voz sibilante.

—Hay tribunales —contestó Corbett en un suave susurro— ante los cuales yo responderé de mis actos de la misma manera que hay tribunales, Adam de Warfield, en los que vos responderéis de los terribles acontecimientos que se han producido aquí. Yo, Hugo Corbett, Custodio del Sello Secreto, os detengo a vosotros, Adam de Warfield, fray Ricardo de Westminster y Guillermo de Senche, mayordomo del palacio, por los graves delitos de sacrilegio, blasfemia, ocultación de delito de traición y conspiración con los enemigos del rey.

Adam de Warfield perdió en parte su presumida arrogancia. Se le aflojó la mandíbula y miró a su alrededor con expresión atemorizada.

—¿Qué queréis decir? —murmuró, mirando enfurecido a fray Ricardo que gemía muy quedo a su lado. Corbett observó con repugnancia el pequeño charco de orina que se había formado entre los pies de Guillermo de Senche.

—Pues sí —prosiguió diciendo el escribano—. Las acusaciones que he enumerado son solo el principio. Los tres vais a sentaros en aquel banco. Y los tres, por lealtad al rey, responderéis a mis preguntas. Cuando termine, os mostraré las pruebas de las acusaciones que pesan sobre vosotros.

—¡No pienso contestar a ninguna pregunta! —gritó Warfield.

Corbett volvió a abofetearlo.

—Los tres responderéis —repitió—. De lo contrario, seréis conducidos a la Torre. ¡Si oponéis resistencia, de palabra o de obra, o si intentáis escapar, maese Limmer tiene orden de mataros! ¡Y ahora os ordeno que os sentéis!

Los tres prisioneros fueron conducidos al banco.

—¿Aquí estaréis seguro, maese Corbett?

—Por supuesto que sí. —Corbett se sentó delante de los tres hombres—. No me cabe la menor duda de que sí, maese Limmer. Os ruego que os retiréis. Ya os llamaré si os necesito. ¿Vuestros hombres tienen las ballestas cargadas?

Limmer asintió con la cabeza.

—¡Muy bien! —Corbett se volvió hacia sus tres prisioneros—. Ya podemos empezar.

Esperó a que los arqueros estuvieran lejos del alcance del oído antes de inclinarse hacia adelante con la mano ligeramente levantada.

—Juro por todo lo que es sagrado que sé lo que ha ocurrido aquí. Las orgías a medianoche, la comida y la bebida, el desenfreno y la relación con las prostitutas de la ciudad. —Miró a Guillermo de Senche, que temblaba de miedo—. Vos, señor, responderéis ante el rey y lo mejor que podéis hacer es encomendaros a su clemencia.

Corbett tuvo la impresión de que Adam de Warfield estaba a punto de contestar

con descaro, pero fray Ricardo se levantó repentinamente.

—Todo es verdad —confesó, mirando enfurecido al sacristán—. Por el amor de Dios, Adam, ¿no veis que lo sabe todo? Maese Guillermo, el escribano dice la verdad. No voy a mentir. Confesaré que quebranté los votos monásticos. Confesaré que hice mal uso de la propiedad real. —Se volvió mirando con una débil sonrisa a Corbett—. ¿Y qué, mi señor escribano? Cumpliré mi castigo, me pasaré tres años a pan y agua y me encargaré de las tareas más serviles de la abadía. A lo mejor, me pondrán en la picota. Pero ¿qué más me da?

Corbett miró a aquel menudo y obeso monje y volvió a mirar a Adam, que ahora permanecía sentado con la cabeza inclinada.

—Sois muy listo, fray Ricardo —dijo—. Creéis que es una cuestión de votos. Acepto vuestra confesión, pero sospecho que vuestros compañeros saben que en mis afirmaciones hay algo más que unos monjes que fornican, se emborrachan y se entregan a orgías nocturnas.

Fray Ricardo miró a sus compañeros.

—¿Qué está diciendo? —balbució. Asió al sacristán por los hombros y lo sacudió—. En nombre de Dios, Adam, ¿qué otras cosas hay?

El sacristán se negó a mirarle.

—¡Sentaos, fray Ricardo! —le ordenó Corbett—. Y ahora, Warfield, quiero el nombre del Señor de las Orgías, el Seigneur que organizaba las fiestas. ¿Cómo se llamaba?

—No lo sé —musitó el monje sin levantar la cabeza.

—Se llamaba Ricardo —dijo Guillermo con voz quejumbrosa, mirando a su alrededor con los ojos casi fuera de las órbitas a causa del temor—. Se hacía llamar Ricardo.

—¡Cállate! —le gritó el sacristán, con el pálido rostro desfigurado en una mueca mezcla de cólera y de temor.

—¡No pienso callarme! —contestó el mayordomo también a gritos.

—¿Qué aspecto tenía?

—No lo sé. —El mayordomo se retorció las manos y añadió con voz lastimera—: La verdad es que no lo sé. Siempre venía de noche y se mantenía en las sombras. Vestía hábito y cogulla de monje con la capucha bien echada sobre la cara y, durante las orgías, llevaba una máscara de sátiro.

—¿Llevaba barba?

—Sí, llevaba barba. Y creo que tenía el cabello negro.

Corbett se levantó y se acercó a los tres hombres.

—Creo que fray Adam de Warfield podría conocer su verdadera identidad. Sí, maese Guillermo, vuestro Señor de las Orgías se llamaba Ricardo. Y su nombre completo es Ricardo Puddlicott, un famoso delincuente. ¿Nunca os preguntasteis por qué razón un perfecto desconocido tenía tanto interés en proporcionaros orgías y obscenidad?

—Vino al palacio una noche —balbuceó el mayordomo—. Le dije que me aburría. Él me ofreció un poco de diversión. —Miró de reojo al sacristán—. Un día Adam de Warfield lo descubrió. —El hombre se encogió de hombros—. Lo demás ya lo sabéis. Algunos de los monjes se unieron a nosotros. —Maese Guillermo miró a Corbett con cara de pena y gimoteó—: No hicimos nada malo. No pretendíamos causar ningún daño.

—Hasta que alguien decidió que las fiestas tenían que terminar y que se tenía que acallar para siempre jamás a las prostitutas a las que vosotros habíais invitado.

Tanto el mayordomo como fray Ricardo soltaron un gemido de terror.

—No estaréis diciendo... —la voz de fray Ricardo se elevó hasta casi convertirse en un grito—. No estaréis diciendo que nosotros tenemos algo que ver con las terribles muertes de esas chicas en la ciudad, ¿verdad?

—Pues sí, y no solo con ellas sino quizá también con las muertes del padre Benito que se enteró de vuestras orgías nocturnas, y de *lady* Somerville que tenía ciertas sospechas.

Adam de Warfield se puso en pie de un salto y Corbett se echó hacia atrás. El pálido y tenso rostro del monje estaba cubierto por una fina película de sudor. En sus ojos brillaba la furia que ardía en su interior.

—¡Jamás! —dijo con voz áspera—. ¡Yo... nosotros no tuvimos parte en eso!

Corbett se sentó en su silla sacudiendo la cabeza.

—Tengo testigos —dijo—. Vieron varias veces al asesino. ¡Y todo apunta a un hombre vestido con un hábito de benedictino muy similar al que vos lleváis ahora mismo! —Corbett desenvainó la daga—. Os aconsejo que os sentéis, mi señor sacristán.

El monje se acomodó entre sus dos compañeros sin apartar los ojos de Corbett.

—No lo podéis demostrar —murmuró.

—Ahora no, pero es posible que muy pronto pueda hacerlo.

El rostro del monje se contrajo súbitamente en una maliciosa sonrisa.

—No, no podréis, escribano —repitió—. Lo único que podéis demostrar es que quebrantamos nuestros votos. ¿Me equivoco? Sí, reconozco que no estuvo bien. Pero vos habéis dicho en presencia de testigos que estamos acusados de traición. No soy jurista, maese Corbett, pero si ahora la fornicación se considera traición, ¡habría que detener a todos los hombres de esta maldita ciudad!

Corbett volvió a levantarse.

—Demostraré mis acusaciones. ¡Maese Limmer, Ranulfo, Maltote! ¡Ahora os reuniréis con nosotros delante de la puerta del Tesoro!

Miró con una leve sonrisa a Warfield y se alegró al ver que toda la arrogancia y la simulación habían desaparecido del rostro del monje. Parecía un frágil anciano destrozado.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó el monje.

Corbett chasqueó los dedos y se retiró, seguido de los tres prisioneros con sus

escoltas. Llegaron al crucero sur y se detuvieron delante de la impresionante puerta reforzada con herrajes. Corbett desenvainó la daga y, a pesar de las protestas y de las exclamaciones de preocupación de sus compañeros, rompió uno a uno los sellos.

—¿Por qué lo hacéis? —le preguntó Ranulfo en un susurro—. ¡No tenemos las llaves!

—Claro —dijo Corbett, soltando una maldición por lo bajo. En su nerviosismo, lo había olvidado—. Maese Limmer, quiero que vengan cuatro de vuestros hombres. Tienen que acercar uno de los pesados bancos. ¡Hay que echar la puerta abajo!

El oficial estaba a punto de protestar, pero Corbett dio unas palmadas.

—Por la autoridad del rey —le gritó—. ¡Quiero arrancar esta puerta de sus goznes!

Limmer se retiró a toda prisa.

—¡Y será mejor que otros traigan una escala de mano! —le gritó Corbett—. ¡La más larga que puedan encontrar!

El escribano se levantó y estudió la puerta del Tesoro mientras esperaba el regreso de los soldados. A su espalda, Ranulfo y Maltote le estaban haciendo advertencias en voz baja y Guillermo de Senche gimoteaba, muerto de miedo. Fray Ricardo permanecía apoyado contra la pared con los brazos cruzados mientras el sacristán miraba a su alrededor como un sonámbulo que se hubiera quedado vacío de toda emoción.

Regresaron los soldados. Seis de ellos llevaban un pesado banco de la iglesia y otros dos sujetaban una larga escala de mano. Corbett se apartó a un lado y Limmer empujó a los tres prisioneros mientras los arqueros, disfrutando visiblemente de su tarea, golpeaban la puerta con su improvisado ariete. Movieron el pesado banco hacia adelante y hacia atrás hasta que los golpes reverberaron por toda la abadía como el toque de una campana. Al principio, la puerta resistió el ataque. Entonces Limmer les dijo que se concentraran en el borde exterior, en el punto en el que los goznes estaban encajados en la pared. Los soldados volvieron a atacar y Corbett oyó que la madera crujía y gemía. Uno de los goznes se soltó y los sudorosos soldados se detuvieron para descansar un momento antes de reanudar su tarea entre jadeos. Al final, la puerta empezó a combarse. Con otro crujido, seguido de un estruendo ensordecedor, la puerta chirrió y se soltó de los goznes. Los arqueros la empujaron a un lado, rompiendo los gruesos pestillos y la cerradura, y Corbett entró en el oscuro pasadizo de baja bóveda de piedra. Alguien acercó una vela y, tras ordenar que encendieran las antorchas de la pared, Corbett tomó una de ellas.

—Limmer, dejad a dos o, mejor dicho, a tres arqueros para que vigilen a los prisioneros. ¡Los demás seguidme con mucho cuidado! El pasadizo tiene mucha pendiente y termina en una escalera, pero rompieron los peldaños. ¡Tened cuidado! Ah, por cierto —añadió, volviéndose—, ¿dónde está Cade?

De repente, se había dado cuenta de que el alguacil auxiliar había permanecido todo el rato en segundo plano.

—Está fuera —musitó Ranulfo.

—¡Pues traedlo!

Esperaron a que Ranulfo regresara con Cade, el cual se quedó anonadado al ver que habían derribado la puerta del Tesoro.

—¡Dios misericordioso, maese Corbett! —exclamó—. ¡Confío en que sepáis lo que estáis haciendo!

—¡Dios misericordioso! —repitió Corbett, imitando su tono de voz—. ¡Creo que soy el único que lo sabe!

Bajaron por el pasadizo mientras las llamas de las antorchas proyectaban sus sombras en las paredes. Sus pisadas resonaban como el redoble de un tambor espectral. Corbett se detuvo bruscamente e inclinó la antorcha hacia adelante. El pasadizo terminaba de repente. Inclinandose con mucho cuidado, Corbett se agachó e iluminó la entrada de la cripta. Allí estaba la escalera, por lo menos los cuatro primeros peldaños, pero después no había más que oscuridad. Acercaron la escalera de mano, la bajaron y, una vez asegurada, Corbett descendió cuidadosamente, con una mano en el escalón y la otra sosteniendo la antorcha lejos de su rostro y su cabello. Levantó los ojos y vio a los demás rodeados por un charco de luz.

—¡Dejad a dos arqueros ahí y bajad! —les gritó—. ¡Con todas las antorchas que podáis!

Llegó al fondo y esperó mientras los arqueros bajaban entre murmullos y maldiciones. Encendieron más antorchas y, cuando sus ojos se acostumbraron a la luz, miraron a su alrededor. La cripta era una enorme cueva vacía con una columna central que, según Corbett dedujo, debía de ser la parte inferior de la gran columna que sostenía las altas bóvedas de la Sala Capítular de encima. Respiró hondo. ¿Tendría razón? De pronto, lo vio: el brillo del oro y la plata de unos cofres, arcones y arcas entreabiertos.

—¿Pero no tendrían que estar cerrados? —murmuró Cade, descubriéndolos al mismo tiempo que Corbett. Se acercó a uno de ellos—. ¡Sí! ¡Sí! —exclamó presa de una profunda emoción—. ¡Han roto los candados! —Inclinó un poco más la antorcha—. Mirad, maese Corbett, hay restos de cera en el suelo. —Se acercó a una blanca gota de cera—. ¡Y es bastante reciente!

Los demás se dispersaron para examinar los distintos cofres y arcones. Algunos de ellos tenían las cerraduras rotas, otros se habían destrozado con barras de hierro o hachas y su contenido se había saqueado. Pero ninguno estaba completamente vacío.

—¡La cripta ha sido sometida a pillaje! —anunció Corbett—. ¡Sellan llevado parte de la plata! Pero todo eso abulta mucho, es incómodo de llevar, poco manejable y muy difícil de vender. ¡Mirad! —Sacó de un arcón un platito de plata con el borde incrustado de rojos rubíes y lo acercó a la llama de la antorcha—. Esto está grabado con el contraste del orfebre y con el escudo de armas de la Casa Real. Solo un necio se atrevería a intentar venderlo. Y nuestro ladrón no es tonto.

Se acercó de nuevo a la gran columna del centro y vio que un cantero había

cortado trozos de piedra, formando toda una serie de pulcras hornacinas. Introdujo la mano en una de ellas y sacó un roto saquito vacío.

—¡Por todos los santos! —murmuró—. ¡Venid todos aquí! —Mostró los restos de la bolsita—. Nuestro ladrón no vino aquí por la plata sino por las monedas de oro y plata recién acuñadas. Sospecho que estas hornacinas debían estar llenas de monedas, pero ahora no hay ninguna. Estos sacos eran la presa del ladrón.

—Pero ¿cómo pudo entrar? —preguntó Cade.

Corbett se acercó a la mohosa pared de la cripta, construida con grandes losas de granito.

—Bueno —contestó Corbett en voz baja. Su voz resonó en la oscura bóveda de la cripta—. Sabemos que el ladrón no pudo entrar por arriba y está claro que no entró por el suelo. —Golpeó con la bota el duro suelo—. Por aquí es imposible. Por consiguiente, tiene que haber entrado a través de la pared.

—Eso le hubiera llevado meses —dijo Limmer.

—¿Habéis participado alguna vez en un asedio? —le preguntó Corbett.

El soldado asintió con la cabeza.

—Estos muros tienen trece palmos de grosor. Muy parecidos a los de muchos castillos. ¿Cómo podría un comandante abrir una brecha en semejante muralla?

—Un ariete sería inútil. Lo más probable es que intentara abrir un boquete en el suelo y cavara una galería que discurriera bajo los cimientos y volviera a subir por el otro lado.

—¿Y si eso no diera resultado?

—Entonces intentaría atacar la muralla. Pero eso le llevaría muchos meses.

—Creo que nuestro ladrón disponía de mucho tiempo —murmuró Corbett—. Quiero que examinéis el muro con las antorcha. Si la llama parpadea a causa de una fuerte corriente, es allí.

Transcurrieron solo unos minutos antes de que se oyera un emocionado grito de Ranulfo desde detrás de unas arcas volcadas.

—¡Eso está suelto! —exclamó el criado—. ¡Mirad! —añadió, señalando los montículos de polvoriento yeso acumulados junto a la piedra.

Corbett y los demás examinaron el lugar y Ranulfo empujó la piedra.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Corbett—. Ya sé lo que ha hecho. —Dio unas palmadas al muro—. ¿Qué hay al otro lado?

—El viejo cementerio.

—Vamos.

Volvieron a subir por la escala de mano. Corbett ordenó a los arqueros que montaran guardia mientras, al otro lado de la puerta, los tres prisioneros guardaban silencio, atados de pies y manos. Corbett y los demás abandonaron la abadía casi al trote y entraron en el viejo cementerio. Tuvieron que abrirse camino entre los arbustos y la áspera hierba de cáñamo que les llegaba hasta la cintura para poder llegar a los muros de la cripta. Allí las huellas del intruso resultaban más visibles: una

pala rota, un azadón oxidado, algunos restos de arpillera e incluso un reluciente noble de plata que Ranulfo encontró entre las malas hierbas. Corbett trató de imaginarse el interior de la cripta y señaló una vieja lápida.

—¡Sacadla! —dijo.

Los hombres desplazaron la lápida a un lado sin ninguna dificultad y dejaron al descubierto un orificio lo bastante ancho como para que bajara un hombre. Corbett miró a su alrededor y esbozó una sonrisa para disimular su nerviosismo. No podía soportar los lugares cerrados y sabía qué terrores lo asaltarían en caso de que se quedara atrapado o no pudiera darse la vuelta. Se encogió de hombros con inquietud.

—Temo estos lugares —dijo en un susurro.

Ranulfo no lo pensó dos veces. Bajó al agujero a gatas y Corbett le oyó avanzar por la galería como una raposa que regresara a su madriguera. Al cabo de unos tensos minutos, Ranulfo apareció cubierto de tierra, pero sonriendo de oreja a oreja.

—La galería se ensancha cuanto más se acerca a la base del muro.

—¿Y el muro?

—No es más que un agujero. Al parecer, el ladrón se abrió camino, desmenuzando la piedra con un poco de fuego y sacando después los trozos en sacos y repartiéndolos entre las tumbas.

—¡Pero eso le debió de llevar muchos meses! —repitió Limmer sin poderlo creer.

—Se puede hacer —contestó Corbett—. He visto a los mineros del ejército del rey llevar a cabo una hazaña parecida contra las murallas de los castillos. Eso no está formado con roca natural sino con losas de piedra producto de la mano del hombre. En cuanto se agrietan, solo es cuestión de ir sacando los trozos.

—¿Y la piedra final? —preguntó Cade—. ¿La que descubrió Ranulfo en la cripta?

—La galería termina allí —contestó Ranulfo—. Pero, si os armáis de valor y empujáis con los pies, la piedra se mueve hacia adentro y hacia afuera. El ladrón hizo incluso un enorme gancho para empujarla. Una vez se retira la piedra, queda una puerta natural de entrada a la cripta y al tesoro del rey.

Corbett contempló el abandonado cementerio.

—O sea que probablemente nuestro hombre trabajaba de noche. Empieza aquí, y cava en la suave arcilla hasta que llega a la base del muro. Entonces empieza a desmenuzar la piedra, seguramente la debilita por medio del fuego y retira el fruto de su trabajo en sacos. El ladrón se lleva un poco de plata real, pero su verdadera presa son los sacos de monedas. —Corbett miró a su alrededor—. Y ahora las monedas han desaparecido.

Se frotó la mejilla con la mano. Se alegraba de que su teoría hubiera sido acertada, pero quedaban dos enigmas por resolver. Primero, el ladrón. No le cabía la menor duda de que era Puddlicott, pero ¿dónde demonios estaba aquel hombre? Y, sobre todo, ¿dónde estaban sus mal adquiridas ganancias? Se apretó los labios con los dedos. En segundo lugar, aunque se hubiera descubierto la vida secreta que llevaban

los monjes, no existía ninguna prueba que los relacionara con los asesinatos. Solo los garabatos de una anciana, el relato de un pordiosero y el de una vulgar prostituta. Corbett lanzó un suspiro y contempló el cielo intensamente azul.

—Claro —murmuró—. Hay un problema final. ¿Quién le dirá al rey...? Aquí hemos hecho lo que se ha podido —añadió, levantando un poco más la voz—. Maese Cade, os encargaréis de que los arqueros monten guardia en la sala del tesoro y de que se tape el agujero. Traed albañiles y carpinteros de la ciudad y haced lo que podáis. Maese Limmer, quiero que os olvidéis de la ley. Nuestros tres prisioneros serán conducidos a la Torre y, sin que pierdan la vida ni ningún miembro, deberán ser interrogados hasta que se conozca toda la historia.

El soldado, temeroso de las órdenes que le daban, soltó un escupitajo y sacudió la cabeza.

—¡Dos de ellos son clérigos, maese Corbett!

—¡Me importaría un bledo aunque fueran obispos! —replicó Corbett—. Llevadlos y haced lo que os mando. Eso es un acto de traición. Han robado el tesoro real. Vos seríais el primero en protestar si el rey no os pudiera pagar la soldada.

—¿Y cómo sabemos que ellos están mezclados en el asunto? —preguntó Cade, interrumpiéndolo.

—Lo sabréis —contestó Corbett—. Maese Guillermo tal vez, fray Ricardo quizá y Adam de Warfield con toda seguridad. Sugiero también que registréis la celda de este último. Estoy seguro de que encontraréis algo más que un par de costosas botas de montar. —Corbett dio unas palmadas—. Y ahora vamos, nos quedan todavía muchas cosas por hacer.

Limmer y Cade se retiraron a toda prisa. Corbett le dio a Maltote una palmada en el hombro y el joven mensajero, que contemplaba boquiabierto de asombro el hoyo del suelo, pegó un respingo y parpadeó.

—¿Sí, amo mío?

—Toma dos caballos, Maltote. Los más rápidos que tengamos. Tendrás que ir a Winchester y decirle exactamente al rey lo que has visto aquí. Tendrás que pedirle a Su Majestad que regrese a la mayor rapidez posible a Londres. ¿Has comprendido? ¿Tienes dinero?

El joven asintió con la cabeza.

—¡Pues ve!

Maltote se retiró y Corbett asió a Ranulfo por el brazo.

—Aprovecha mientras puedas, Ranulfo —le dijo en voz baja—. ¡Pues, cuando vuelva el rey, en la ciudad habrá más zumbidos y desconcierto que en una colmena volcada!

Corbett y Ranulfo esperaron a que Limmer enviara a unos arqueros para vigilar la galería secreta y entonces regresaron, cruzando el recinto de la abadía.

—¿Qué vamos a hacer, amo mío?

Corbett contempló cómo los arqueros de Limmer corrían de un lado para otro y

observó con alivio la llegada de tropas de refresco desde la Torre. Varios hermanos legos de la abadía, sollastres, funcionarios y criados de las cocinas vagaban sin rumbo haciendo preguntas mientras los arqueros de la entrada, con las espadas desenvainadas, empujaban hacia atrás a un pequeño grupo de mirones.

—Os he preguntado, amo mío, qué vamos a hacer.

Corbett miró a su sucio y desgredado criado.

—Bueno, tú necesitas lavarte y yo necesito comer y beber algo. Por consiguiente, ahora regresaremos al Turco de Oro y nos sentaremos para evaluar la situación. — Comprimió el brazo de su criado—. Ah, por cierto, te agradezco que hayas bajado por la galería. Puede que yo lo hubiera hecho, pero dudo que hubiera vuelto a subir.

Ranulfo estaba a punto de hacer un comentario burlón cuando, de repente, apareció *lady* María Neville, acercándose casi sin resuello con el negro cabello suelto bajo el velo azul.

—*Sir* Hugo, maese Ranulfo, ¿qué es lo que ocurre?

La joven viuda se detuvo delante de ellos con el rostro ligeramente arrebolado y un brillo de emoción en los ojos.

—¿Qué ocurre? —repitió—. Hay soldados en toda la abadía. ¡Dicen que algunos monjes han sido detenidos! ¿Habéis encontrado al asesino, *sir* Hugo?

Corbett tomó la blanca y delicada mano de la dama, la levantó y la rozó ligeramente con sus labios.

—Algo más que eso, *lady* María. Pero, de momento, dejemos que corran los rumores.

Inclinó la cabeza y reanudó su camino mientras el celoso Ranulfo trotaba a su espalda.

—¡Ah, maese Ranulfo!

Corbett siguió adelante mientras Ranulfo se detenía y regresaba junto a *lady* María.

—¿Sí, mi señora?

La joven viuda le miró tímidamente y levantó la mano. Ranulfo, con un ceremonioso gesto que hubiera sido la envidia de cualquier cortesano, la tomó y se la acercó a los labios. La dama se rio, retiró la mano, dio media vuelta y se alejó presurosa. Solo entonces Ranulfo se dio cuenta de que había depositado en su mano un pequeño amuleto de oro con la inscripción grabada *Amor vincit omnia*^[3]. Ranulfo se la quedó mirando boquiabierto de asombro hasta que las sonoras carcajadas de maese Cara Larga lo despertaron de sus doradas ensoñaciones.

Capítulo 11

Después de su viaje por el río, Corbett entró en la taberna mientras Ranulfo se quedaba fuera para lavarse en los toneles de agua que había junto al abrevadero de los caballos. Cuando el criado se reunió con su amo, el tabernero ya estaba sirviendo dos cuencos de carne de cordero y de buey asada al espetón y aderezada con especias, en una densa salsa de cebollas, puerros y otras hortalizas. Corbett había comprado una pequeña jarra del mejor vino de la casa. Mientras llenaba las copas, alabó hasta tal extremo la valentía de Ranulfo que el criado se ruborizó hasta las cejas.

—¿Creéis que hemos llegado al final de la historia, amo mío? —preguntó Ranulfo, tratando de encauzar la conversación por otros derroteros que no fueran los de sus hazañas.

—No lo sé. ¿Qué es lo que tenemos de momento, Ranulfo? Unos monjes indignos y un sutil ladrón que ha robado el tesoro real. Eso lo podemos demostrar, pero lo más difícil es establecer una relación entre las orgías de la abadía, el robo del tesoro real y las muertes de esas pobres prostitutas de Londres, sin olvidar los asesinatos de la desventurada *lady* Somerville y del padre Benito. —Corbett rebañó el cuenco con su cuchara de asta, envolvió la cuchara en una servilleta y se la guardó en la bolsa—. Todo lo que sabemos parece demostrar que existe una relación, pero un buen abogado demostraría que hemos tejido una red con tantos agujeros como hilos. Además, no sabemos quién es el ladrón.

—Tiene que ser Puddlicott, ¿verdad?

—Sí, creemos que sí, sabemos que sí. Tú lo sabes; yo lo sé. Aquí lo sabemos todo —contestó Corbett—. Pero no tenemos pruebas. ¿Quién es Puddlicott, dónde está Puddlicott? Ni siquiera podemos responder a estas preguntas. —El escribano tomó su copa de vino y la removió suavemente—. Y, por encima de todo, no sabemos quién es el asesino. —Ingirió un generoso sorbo de vino mientras su criado lo miraba con curiosidad, pues sabía que tenía fama de moderado.

—¿Estáis nervioso, amo mío?

—Sí, Ranulfo, estoy nervioso porque, cuando el rey me pregunte, le expondré los problemas, pero le ofreceré muy pocas soluciones.

—Habéis descubierto que han robado el tesoro.

—Eso al rey le importará un comino. Le interesará mucho más recuperarlo y ahorcar al malnacido que se lo robó. No, no. —Corbett se aflojó los cordones del cuello de la túnica—. Lo que más me preocupa son los asesinatos y a este respecto tengo dos pesadillas, Ranulfo. Primero, ¿están los asesinatos relacionados con la abadía? Y, segundo, ¿estamos hablando de dos o tal vez de tres asesinos? El asesino de las prostitutas, el asesino de *lady* Somerville y el silencioso asesino del padre Benito.

—Habéis olvidado una cosa, amo mío. Amaury de Craon, ese taimado malnacido,

tiene que estar metido en toda esta basura.

Corbett miró fijamente a Ranulfo. Las palabras de su criado despertaron un recuerdo en su mente. Se había olvidado por entero de su adversario francés.

—Pues claro —dijo en voz baja—. Amaury de Craon. ¿Has terminado, Ranulfo? ¡Muy bien pues! Vuelve al callejón del Gallo. —Sacudió la cabeza al ver la sonrisa de su criado—. No, no, guárdate tus aficiones para otro momento. Quiero que montes guardia a la puerta de la botica y busques a un pequeño mendigo vestido de harapos. Llévalo a la calle de la Iglesia de la Gracia y dile que vigile la casa de un francés. Si viera algo que le llamara la atención, como, por ejemplo, una visita inesperada o unos rápidos preparativos de partida inminente, que me deje un mensaje en mi casa de la calle del Pan.

Ranulfo asintió con la cabeza y se retiró. Corbett apuró el resto del vino y, con las mejillas ligeramente arboladas y la mente medio dormida, se encaminó a la entrada principal de la Torre. Mostró sus órdenes a los hombres que montaban guardia, cruzó el foso, pasó por debajo de varias arcadas y entró en los patios que rodeaban la torre central del homenaje o Torre Blanca. Cada vez que intentaba cruzar una entrada le impedían el paso, pero bastaba con que presentara la orden del rey para que se lo franquearan. Al final, llegó al patio interior, muy tranquilo a aquella hora de la mañana de un apacible día estival, a pesar de que la Torre estaba en obras, pues el rey temía de un momento a otro un desembarco francés en Essex o incluso en el estuario del Támesis. Los ladrillos aparecían amontonados alrededor de unos enormes hornos, junto a grandes montículos de arena y grava y de gruesas vigas de roble.

La Torre era una aldea en sí misma, con establos, palomares, cocinas abiertas al patio, graneros y gallineros adosados a los lienzos interiores de las murallas. En un rincón había un pequeño huerto cerca de las casas de madera y yeso de los oficiales de la Torre. El escribano pasó por delante de unos gigantescos mandrones y arietes que unos hombres estaban preparando y, cuando cruzó el prado para dirigirse a la Torre Blanca, un oficial de ancho rostro le cerró el paso. El oficial aún estaba intentando leer la orden de Corbett cuando, de repente, apareció Limmer y se apresuró a intervenir.

—Maese Corbett, los interrogatorios ya han empezado. —Sacudió la cabeza—. Hasta ahora, no hemos conseguido averiguar gran cosa.

Hizo señas a Corbett de que se acercara y bajó con él unos peldaños adosados al muro de la Torre Blanca que conducían a una mazmorra situada en la base de uno de los torreones. El escribano se estremeció. El lugar tenía un techo muy bajo, y estaba húmedo y frío a pesar de las antorchas encendidas que chisporroteaban en medio de la oscuridad. Aspiró el olor de la húmeda tierra que pisaban sus pies, mezclado con el olor del humo, el carbón, el miedo y el sudor. En la estancia no había más que unos grandes braseros de hierro en cada extremo. De las paredes colgaban cadenas y esposas, pero sus ojos se centraron inmediatamente en un apartado rincón y en el siniestro grupo de hombres que allí se encontraba. Mientras se acercaba, vio a los

torturadores desnudos de cintura para arriba y con unas cintas anudadas alrededor de la frente para evitar que el sudor les resbalara hacia los ojos. Les brillaban los cuerpos como si se los hubieran untado con aceite mientras se inclinaban casi amorosamente sobre los braseros, de los que sacaban e introducían unas barras de hierro envueltas en trapos para protegerse las manos. Uno de los torturadores levantó una barra, sopló la candente punta al rojo vivo y se acercó al oscuro rincón. El tipo murmuró algo e inmediatamente Corbett oyó un grito desgarrador. Se acercó un poco más y vio que Adam de Warfield, fray Ricardo y Guillermo de Senche habían sido despojados de toda su ropa menos de los calzones y que sus manos estaban esposadas a la pared. El torturador dijo algo, soltó un gruñido y acercó el hierro a un cuerpo que gritó aterrorizado mientras las cadenas golpeaban la pared. Se aplicó otra barra de hierro y se oyeron los murmullos de un amanuense que, sentado en un pequeño escabel, anotaba fielmente todo lo que oía. Una maldición, un grito, un alarido, así se realizaban los interrogatorios. Corbett se volvió.

—¡Ya basta, Limmer! —dijo con voz sibilante—. ¡Basta! Decidle al amanuense que se reúna con nosotros fuera.

Corbett salió al exterior.

—Jesús —exclamó—. ¡De estos terrores líbrame, Señor!

Se sentó en una de las vigas de madera y pensó que ojalá no hubiera bebido vino, pues se notaba la garganta seca y no podía soportar estar sentado en medio de la verde hierba bajo un cielo inmensamente azul, recordando los terrores que acababa de presenciar en la mazmorra. Limmer y el amanuense se acercaron a él. Este último era un sujeto calvo, regordete y rubicundo que parecía disfrutar con su trabajo y consideraba los horrores de los cuales estaba obligado a ser testigo como una desagradable necesidad de la vida.

—¿Han confesado los prisioneros? —preguntó Corbett.

Limmer se encogió de hombros.

—Sí y no —contestó el amanuense con un hilillo de voz.

—¿Qué queréis decir?

—Pues veréis, *sir* Hugo, hay que trazar una línea. Fray Ricardo no es culpable más que de beber demasiado vino y haber incumplido los votos monásticos. Se le ha aterrorizado pero no se le ha torturado. Aconsejo que sea puesto prontamente en libertad.

Corbett contempló los azules ojos del amanuense y asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Pero deberá ser retenido hasta que todo se aclare, en cuyo momento pasará a la custodia del obispo de Londres. ¿Qué más?

—El mayordomo Guillermo de Senche es culpable de varios delitos de menor cuantía contra el rey.

—¿Nada más?

—Tened un poco de paciencia, *sir* Hugo. También ha confesado conocer a un delincuente llamado Ricardo Puddlicott. Maese Guillermo tiene ciertos

conocimientos acerca de los ladrones, pues su hermano es guardián de la prisión de Newgate. Resulta que Guillermo de Senche entró en contacto con Puddlicott y juntos planearon enriquecerse a costa de los demás. —El amanuense se humedeció los labios con la lengua—. Según la confesión de Guillermo, Ricardo Puddlicott... antes de que lo preguntéis, *sir* Hugo, os diré que no tenemos ninguna descripción de este villano, aparte la barba y el cabello negro de los que habla todo el mundo y la cogulla y la capucha que siempre lleva puestas. —El amanuense se encogió de hombros—. Podéis creerlo si queréis... sea como fuere y según su confesión, un día el mayordomo y el pícaro estaban paseando por los claustros de la abadía cuando vieron las preciosas bandejas de plata que llevaban los criados que atienden a los monjes en el refectorio. —El amanuense se rio por lo bajo—. Y se les ocurrió la idea de que toda aquella plata podría ser suya. Un día apoyaron una escala de mano contra el muro del refectorio y consiguieron un rico botín que posteriormente vendieron.

—¿Y nadie se dio cuenta de su desaparición?

—Bueno, es lo que suele ocurrir —contestó el amanuense con una leve sonrisa en los labios—. El anciano abad está enfermo y no tienen prior. Sí, maese Corbett, yo también lo pensé. Me pregunto si al buen prior le dieron un empujoncito para que pudiera abandonar este valle de lágrimas. En fin, ahora vamos a la cuestión de Adam de Warfield. Este observó que la plata había desaparecido, supo de las orgías que Guillermo organizaba en el palacio y exigió participar en aquellas infames actividades so pena de denunciarlas directamente al rey. Maese Guillermo y Puddlicott se mostraron de acuerdo. Entregaron a Warfield un tercio del dinero obtenido con la venta de la plata de la abadía. Entonces se les ocurrió la brillante idea de robar el tesoro real. —El amanuense acarició los rollos de pergamino que sostenía en la mano—. Sus planes estaban muy bien concebidos. Hace dieciséis meses Adam de Warfield prohibió la entrada al cementerio; se sembraron semillas de cáñamo, que crece muy rápido, y Puddlicott empezó a excavar la galería. Hace unos días consiguió entrar en la cripta; no quería la plata, nuestro buen sacristán ya la había vendido. —El amanuense sonrió—. Estoy seguro, maese Corbett, de que hay en la ciudad varios orfebres que saben muy bien que la plata que han comprado procede de un robo.

Hizo una pausa mientras Corbett soltaba un silbido de incredulidad.

—¿Y cuándo excavó Puddlicott la galería?

—Según Warfield, lo hacía de noche, pero, como el cementerio estaba desierto, algunas veces lo hacía incluso de día.

—¡Dios mío! —exclamó Corbett, acercándose la mano a la boca.

—¿Qué ocurre, señor? —preguntó Limmer.

Corbett sacudió la cabeza. No quería confesar que probablemente había visto a Puddlicott, pues recordaba haber observado, durante su primera visita a la abadía, la presencia de un anciano jardinero encapuchado, de espaldas a él. No era un jardinero, pensó tristemente, sino maese Puddlicott con uno de sus hábiles disfraces.

—¿Qué más? —preguntó bruscamente—. ¿Han dicho algo acerca de Puddlicott?

—No, el muy bribón era un maestro de las sombras. Él era quien siempre se ponía en contacto con ellos y jamás les dijo dónde vivía. Llegaba o muy temprano o muy tarde y desaparecía sin despedirse de nadie. A veces, los visitaba con mucha frecuencia y otras se pasaba varias semanas ausente.

—¿Y el oro y la plata robados?

—Recibieron su parte, pero, como es natural, Puddlicott se quedó con la parte del león.

—¿Y en cuanto a los asesinos?

—Bueno, ellos niegan cualquier participación en las muertes —contestó el amanuense, sacudiendo la cabeza—, tanto en la de *lady* Somerville como en la del padre Benito o en las de las prostitutas de la ciudad. —El amanuense se sacó una pluma de ave que llevaba detrás de la oreja y golpeó con ella un pergamino—. Pero Warfield es un asesino —añadió en tono esperanzado—. Es tan poco hombre de Dios como las criaturas del jardín de fieras real, *sir* Hugo. He asistido a muchos interrogatorios.

Corbett contempló sus ojos tan duros como el pedernal y le creyó.

—He asistido a muchos interrogatorios similares —prosiguió diciendo el amanuense—. Warfield es un asesino y ha matado una vez. Estoy seguro de que tuvo parte en la muerte del prior. Vos ya sabéis lo que ocurre, ¿no es cierto, *sir* Hugo? El hombre que ha matado una vez, siempre vuelve a matar. —El amanuense enrolló fuertemente el pergamino—. Más que eso ya no os puedo decir —terminó diciendo con una débil sonrisa en los labios—. Pero, como es natural, aún tenemos asuntos pendientes con fray Adam.

Corbett le dio las gracias y el hombrecillo se retiró para regresar a sus ocupaciones.

—¿Qué más podemos hacer? —preguntó Limmer.

—Tal como ya he dicho, dejad a fray Ricardo en manos de la Iglesia. Interrogad a Warfield. Quiero también que se envíe un mensaje a los alguaciles y los representantes de los gremios. Por orden del rey, deberán efectuar un exhaustivo registro por toda la ciudad. Tienen que buscar en el mercado objetos de plata con el escudo real y establecer un posible aumento de la circulación de monedas recién acuñadas. Los alguaciles deberán entregarme un resumen de sus investigaciones en mi casa de la calle del Pan. ¿Habéis entendido?

Corbett le hizo repetir al soldado sus instrucciones, se despidió de él y abandonó la Torre.

Cuando llegó a la calle del Pan, Ranulfo ya había regresado de su recado. Maeve se había ido con su hijita y su criada Ana a uno de los tenderetes de Cornhill. Cansado y abatido, Corbett subió a su dormitorio del piso superior, se quitó las botas y se tendió sobre la colcha de seda blanca y roja. Se quedó dormido y se despertó varias veces, con la mente atormentada por terribles pesadillas de torturadores, cadáveres de muchachas vagando sin rumbo con las gargantas cortadas de oreja a

oreja, los ojos rebosantes de odio de Adam de Warfield y los rugidos de cólera de su regio señor. Al despertar, contempló la colgadura de la pared en la que se representaba la danza de Salomé en presencia de Herodes. Se preguntó por qué razón Maeve la habría colocado allí. Se agitó y dio vueltas en la cama, pensando en la muerte de Hawisa, la última prostituta. ¿Por qué la habían asesinado en la fecha en que lo habían hecho? Él pensaba que el siguiente asesinato se produciría a mediados de junio. Pensó en *lady* María y en su dulce sonrisa tan parecida a la de su primera esposa. Se sumió en un sueño más tranquilo y lo despertó Maeve, sacudiéndolo por los hombros.

—¡Hugo! ¡Hugo! ¡La cena ya está lista!

Corbett bostezó y se incorporó, apoyando los pies en el suelo.

—¡Vamos, escribano! —le dijo Maeve con fingida severidad—. Con el trabajo que hay y tú aquí, durmiendo. Pero, lo más importante es que la mesa ya está puesta y la comida a punto.

Las bromas de Maeve consiguieron sacarlo de su oscura depresión. Además, su mujer estaba firmemente decidida a resolver con él ciertas cuestiones domésticas. Se habían recibido unas cartas de los administradores de su mansión de Leighton en Essex y ella quería comentarle ciertas disposiciones que había tomado con vistas a la inminente visita de lord Morgan. ¿Podría dedicarle un poco de tiempo? A instancias de su mujer, Corbett se pasó unos cuantos días en casa, jugando con la pequeña Leonor, sentado con su mayordomo Griffin en el jardín examinando las cuentas de la casa y tratando una vez más de aconsejar prudencia al impetuoso Ranulfo en sus citas amorosas con *lady* María Neville. Pero Ranulfo estaba perdidamente enamorado de la dama y Corbett había observado un visible cambio en su aspecto: llevaba el cabello pelirrojo pulcramente peinado y untado con aceite, su jubón, sus calzones y sus botas eran lo mejor que se podía encontrar en Cheapside y su piel despedía las embriagadoras fragancias de los perfumes con que se la había frotado. A Maeve le hacía mucha gracia. Cuando Ranulfo contrató a unos músicos para que le dieran una serenata a *lady* María, no pudo reprimir un ataque de risa.

Sin embargo, toda aquella paz familiar quedó repentinamente truncada por el regreso de Maltote desde Winchester. El joven estaba muy pálido y alterado cuando Corbett y Ranulfo se reunieron con él en el gabinete privado que tenía el escribano en la Cancillería.

—¿Le comunicaste mi recado al rey?

—Sí, amo mío.

—¿Y cuál fue su reacción?

—¡Desenvainó la daga y, si lord De Werenne no hubiera estado allí, me la habría arrojado!

—¿Y después qué ocurrió?

—Casi todo el mobiliario de la estancia quedó destrozado. El rey tomó una maza que había en la pared y empezó a romperlo todo. ¡Creí que le había dado un ataque,

amo mío! Soltó maldiciones y empezó a desvariar. Dijo que mandaría ahorcar a todos los malditos monjes de la abadía.

—¿Y qué dijo de mí?

—Os enviará al destierro a la isla de Lundy, os despojará de todos los cargos y os obligará a ayunar a pan y agua.

Corbett soltó un gruñido y se sentó. Las cóleras del rey eran terribles y seguramente Eduardo tenía intención de hacer todo lo que había dicho, por lo menos hasta que se le pasara el enfado.

—¿Y ahora qué?

—Dejé Winchester aquella misma tarde. El rey se encontraba en el patio del palacio, dando órdenes a gritos a los mozos, los soldados y los funcionarios de su casa. Tenían que llenar arcones, cargar varias acémilas y enviar mensajeros a distintos lugares. Mañana por la mañana estará en Sheen y exige vuestra presencia allí.

Corbett vio la maliciosa sonrisa de Ranulfo.

—¡Tú irás conmigo, Ranulfo! —le dijo—. ¡Ay, Dios mío! —musitó—. ¡Mañana el rey y pasado, lord Morgan! ¡Te aseguro, Ranulfo, que la Santa Madre Iglesia tiene razón al decir que el matrimonio es un estado al que solo se lanzan los necios!

—¿Qué vamos a hacer, amo mío?

El gozo que solía experimentar Ranulfo ante los apuros de los grandes de la tierra se había disipado. Siempre vigilaba cautelosamente al rey y, cuando pensaba que la carrera de maese «Cara Larga» corría peligro, se mostraba más solícito que nunca. Corbett miró a través de la ventana. El sol ya se ponía y se oía a lo lejos el tañido de las campanas de la ciudad tocando a vísperas.

—Vamos a salir por ahí —dijo—. Nos comportaremos como tres alegres compañeros, nos pondremos morados de cerveza y de vino seco y regresaremos a casa cantando. Ya sabéis lo que solían decir en la antigua Roma, cuando estás a punto de morir, lo mejor que puedes hacer es divertirte.

Ranulfo miró a Maltote haciendo una mueca. Ambos tenían intención de ir a ver a *lady* María en Farringdon, pero Corbett insistió y no tuvieron más remedio que tomar sus capas y sus cintos y salir de casa para subir al ya desierto Cheapside. Corbett caminaba a grandes zancadas como si el ejercicio físico lo ayudara a librarse de los malos presagios que poblaban sus pensamientos ante su inminente encuentro con el rey. Entraron en la taberna de las Tres Rosas de Cornhill y, mientras Ranulfo y Maltote hablaban de lo humano y lo divino, Corbett se dedicó a examinar los problemas que aún debía resolver sin cesar de beber. Cuanto más bebía, mayor era su desesperación, pues se daba cuenta de que solo había conseguido demostrar dos cosas. En primer lugar, que los monjes de Westminster habían quebrantado sus votos y, en segundo lugar, que el tesoro real había sido saqueado por el mayor ladrón del reino.

Tres horas más tarde, un Corbett profundamente abatido salió tambaleándose de la taberna y, con la ayuda de Ranulfo y Maltote, emprendió el largo camino de vuelta

a casa a través de las oscuras y desiertas calles. Ranulfo pensaba que maese «Cara Larga» no estaba borracho sino que simplemente llevaba unas cuantas copas de más, pues se había pasado la última hora echándole un sermón y diciéndole que los matrimonios entre personas de distinta condición jamás daban resultado y que, a lo mejor, *lady* María Neville estaba jugando con él y burlándose de su afecto. Ahora Corbett había enmudecido tras recordar de repente a De Craon, pero no lograba establecer qué detalle le había llamado la atención durante su visita al francés. Llegaron al final de Walbrook y doblaron la esquina para subir por el callejón del Pellejo, después cruzaron el arroyo cubierto por una endeble reja y bajaron por una callejuela que discurría por el lateral de la iglesia de San Esteban. Maltote caminaba delante de ellos cantando una estúpida canción cuando unos hombres encapuchados se abalanzaron sobre él. Al parecer, esperaban que Corbett y Ranulfo caminaran a su lado, pero al no ser así, el joven mensajero recibió toda la fuerza de aquel ataque por sorpresa y de los ardientes puñados de cal. Maltote lanzó un grito de dolor cuando la cal le alcanzó los ojos e inmediatamente se desplomó sobre el barro. El resto de la cal fue a parar al cabello y la mejilla de Corbett y también a los de Ranulfo, pero no les alcanzó los ojos. Los encapuchados, que eran cuatro e iban armados con espada y escudo, emergieron de las sombras para atacar al sorprendido escribano y a sus acompañantes. No prestaron atención a Maltote, que, de rodillas en el suelo, gritaba que se había quedado ciego. Sorprendidos y desconcertados, Corbett y Ranulfo pegaron un brinco hacia atrás. Ante la violencia del ataque, Ranulfo desenvainó la espada y la daga y se abalanzó sobre los agresores como un loco. Estos, que eran unos ladronzuelos de poca monta acostumbrados a las peleas callejeras, no estaban preparados para el arrojo y la valentía de Ranulfo, el cual derribó al que los mandaba y lo dejó espatarrado en el suelo sin sentido. Otro recibió toda la fuerza de la daga del criado en el hombro, se acercó la mano a la ensangrentada herida y retrocedió a las sombras de la calleja mientras Ranulfo atacaba al tercero. Cuando el cuarto agresor se recuperó un poco del ataque, Corbett, libre de los vapores del vino, se incorporó a la refriega. El combate tuvo varios altibajos. Corbett y Ranulfo se acercaron el uno al otro luchando espalda contra espalda y dando tajos con sus espadas y sus dagas hasta que en toda la callejuela se escucharon los ecos del metal, de las botas arrastradas por el suelo y de los jadeos de los hombres. Ranulfo lanzó una vez más un furibundo ataque, consciente de que Maltote, cubriéndose todavía los ojos con las manos, necesitaba desesperadamente su ayuda. Los atacantes ya habían recibido suficiente y decidieron alejarse cual si fueran unas sombras. Ranulfo envainó la espada mientras Corbett, tambaleándose, intentaba perseguir a sus agresores. Gritando y soltando maldiciones, el escribano se percató de la inutilidad de su enojo y regresó al lugar donde Ranulfo, agachado sobre el barro, acunaba en sus brazos a Maltote al tiempo que intentaba apartarle las manos de los ojos.

—¡El pobrecillo se ha quedado ciego! —gritó Ranulfo—. ¡Vos tenéis la culpa, maldito escribano! ¡Vos y vuestros melancólicos humores! ¡Hubiéramos tenido que ir

a Farringdon!

—¡Cállate! —le replicó Corbett con voz ronca.

Después se arrodilló junto a Maltote y consiguió apartarle las manos del rostro. En medio de la oscuridad de la callejuela, vio que la piel que le rodeaba los ojos estaba tan enrojecida como si le hubieran arrojado encima ceniza caliente mientras que los ojos propiamente dichos estaban inflamados y llorosos. Corbett regresó corriendo al Walbrook y llamó a varias puertas hasta que un hombre más valiente que los demás le abrió. Maltote fue conducido a rastras hasta una puerta iluminada, donde pudieron ver con más claridad el grave daño que había sufrido. Corbett le limpió la herida con agua fría hasta eliminar la cal. Alertada por el ruido y las voces, la guardia formada por cuatro soldados y un regidor entró en el Walbrook. Corbett les dijo que se largaran y no se entrometieran en aquel asunto a menos que quisieran ayudarles. El regidor consiguió encontrar dos caballos. Ayudaron a Maltote a montar y, con Ranulfo trotando a su espalda, Corbett cabalgó con toda la rapidez que le permitía su compañero herido. Subiendo por el callejón del Pellejo hasta West Cheap para atravesar después el Matadero en dirección a Newgate. Los guardias de la ciudad les permitieron cruzar una poterna. Maltote no cesaba de gemir y quejarse y Ranulfo, cabalgando a su lado, le pedía a gritos que no se tocara los ojos.

No se detuvieron hasta llegar al hospital de San Bartolomé. Empapados de sudor y cubiertos de tierra y polvo, aporrearon la puerta, llamando a gritos al padre Tomás. Les abrieron la puerta y unos hermanos legos ayudaron a Maltote a desmontar. El padre Tomás, que estaba rezando en la iglesia, salió corriendo y se llevó al joven mensajero. Corbett y Ranulfo se quedaron esperando impacientes en el largo y desierto pasillo. Desde el otro lado de la puerta cerrada, les llegaban los gritos de Maltote mezclados con la serena voz del padre Tomás y las afables palabras de consuelo de los hermanos legos que iban de un lado para otro con cuencos de agua y bandejas de ungüentos y remedios preparados con hierbas. Corbett se cansó de los reproches de Ranulfo y se tendió en un banco para dormir una hora mientras su criado paseaba nerviosamente arriba y abajo del pasillo. El escribano se despertó más descansado y envió a un hermano lego con un recado a la calle del Pan mientras esperaba a que el padre Tomás terminara de trabajar con los ojos de Maltote. El sacerdote salió poco después del amanecer.

—No, ahora no podéis verle —anunció con voz cansada—. Se ha tomado una copa de vino con un calmante y dormirá hasta el mediodía.

—¿Y sus ojos? —preguntó Ranulfo, agarrando al clérigo por la manga—. ¿Ha perdido la vista?

El sacerdote se libró suavemente de su presa.

—No lo sé —contestó en voz baja—. El agua que le habéis arrojado a la cara lo ha salvado de lesiones más graves. Le he limpiado la piel y la cal de los ojos; de momento, es lo único que puedo hacer.

—¿Y sus ojos? —repitió Ranulfo—. ¿Se quedará ciego?

—No lo sé. Solo el tiempo lo dirá. Puede que pierda la visión de un ojo y también es posible que se quede ciego para toda la vida.

Ranulfo se volvió y empezó a aporrear la pared con el puño.

—Corbett —añadió el padre Tomás—, tengo que irme. Os mantendré informado.

Corbett le estrechó afectuosamente la mano, tomó a Ranulfo por el brazo y lo empujó fuera del hospital sin prestar atención a sus protestas y maldiciones.

En la puerta se cruzaron con el hermano lego que regresaba de la calle del Pan.

—Se lo he contado todo a *lady* Maeve. Está preocupada. Desea que regreséis a casa enseguida —dijo el lego.

Corbett le dio las gracias y reanudó la marcha. Ya se encontraban hacia la mitad de la calle que conducía a Newgate cuando Corbett oyó la voz del hermano lego a su espalda.

—¡*Sir* Hugo! ¡*Sir* Hugo!

—¿Qué ocurre, hermano?

—Bueno pues, que, cuando salía de vuestra casa, se me ha acercado un pilluelo que no paraba de saltar arriba y abajo como un diablillo del infierno. Dijo que tenía un mensaje para lord Corbett.

—¿Cuál?

—Dijo que el francés preparaba el equipaje para partir.

—¿Eso es todo?

—Sí, *sir* Hugo.

El hermano lego se alejó corriendo. Ranulfo estaba un poco más calmado y abatido, aunque su rostro y sus ojos conservaban todavía la furia de la reciente batalla. Tomó una piedra y la lanzó calle abajo lo más lejos que pudo.

—¿Qué es todo eso, amo mío?

Corbett se limitó a permanecer de pie, viendo alejarse al hermano lego.

—¡Os he hecho una pregunta, amo mío!

—Lo sé muy bien, Ranulfo, pero procura guardarte el malhumor. Lo más probable es que los atacantes nos hayan seguido toda la noche. Si hubierais ido a Farringdon, seguramente os habrían estado esperando allí. Y creo que, si no hubiéramos salido, es posible que hubieran atacado la casa.

—¿Y quién habrá enviado a esos malnacidos?

Corbett le miró con una triste sonrisa en los labios.

—Maltote está en buenas manos. *Lady* Maeve sabe dónde estamos. Vamos a desayunar. —Señaló la pequeña taberna de la Mesa del Flechero que abría muy temprano para atender a los carniceros y los matarifes que trabajaban en el matadero—. ¿Qué tal un poco de comida y un poco de cerveza aguada?

—¡Maltote yace medio muerto en una cama! —contestó Ranulfo en tono malhumorado.

—Sí, lo sé —contestó Corbett—. Pero tenemos que pensar en el mensaje que nos ha traído el hermano lego; De Craon está preparando su partida. Sospecho que ha

sido él quien nos ha enviado a los agresores.

Ranulfo se encogió de hombros y dejó que Corbett lo acompañara al otro lado de la calle y al interior de la todavía desierta y silenciosa taberna. Unos soñolientos sollastres y unos cocineros de rostro enfurruñado les sirvieron unas empanadas recién hechas y unas jarras de cerveza. Corbett le dijo a Ranulfo que dejara de quejarse y se sentó a comer y a beber, tratando de recordar todos los detalles de su encuentro con De Craon.

—Amo mío, ¿qué os induce a pensar que De Craon estaba detrás de los atacantes?

—Tú visitaste la casa del francés, Ranulfo, o, por lo menos, la viste en la calle de la Iglesia de la Gracia. ¿Viste en ella algo que te llamara la atención?

—La vi muy sucia y destartalada. Me pareció una residencia un poco extraña para el enviado de un rey francés. Las calles de los alrededores estaban llenas de basura y desperdicios, amo mío, y, sin embargo, los carros de recogida de estiércol estaban vacíos.

Corbett se atragantó con el trozo de empanada que estaba comiendo.

—Claro —dijo en un susurro. Unas imágenes pasaron fugazmente por su mente: el encuentro con De Craon y De Nevers, el anciano jardinero del cementerio de la abadía de Westminster, la silenciosa calle, el carro de estiércol vacío, Puddlicott en París y después en Londres.

—Mira, Ranulfo, ahora mismo vas a hacer dos cosas. Contrata un caballo y ve al Ayuntamiento como si Maltote cabalgara contigo. Allí encontrarás a Cade. Deberás decirle que ordene a los responsables del puerto del Támesis que interrumpan toda la navegación. Además, todos los soldados de la ciudad deberán reunirse en la esquina de la calle del Támesis en el plazo de una hora. —El escribano le arrebató a Ranulfo la jarra de cerveza que este sostenía en la mano—. ¡Date prisa, hombre! ¡Puede que no podamos hacer nada por los ojos de Maltote, pero es posible que atrapemos a los hombres que contrataron a sus atacantes!

En cuanto Ranulfo se fue, Corbett permaneció sentado maldiciendo su propia estupidez. Había conseguido establecer el robo del tesoro y la abertura de un boquete en el muro en los últimos días. Puddlicott habría trabajado en la galería a lo largo de muchos meses como un campesino que desbroza lentamente un campo. Buena parte de la plata no se había tocado porque pesaba demasiado y no era fácil de manejar ni de vender enseguida. A lo mejor, los ladrones habían decidido repartirse el botín, Warfield la plata y Puddlicott las monedas. Corbett se mordió los labios y se levantó muy despacio. Pero ¿no se hubiera podido decir lo mismo de los sacos de monedas? Puddlicott las hubiera podido sacar, pero, en caso de que hubiera empezado a utilizarlas, lo más probable hubiera sido que le siguieran el rastro... ¡Claro! Soltó un gruñido, tomó la capa y salió a toda prisa de la taberna.

Capítulo 12

Corbett se aposentó en una de las muchas tabernas de la calle del Támesis para aguardar la llegada de Ranulfo y de Cade. Contrató también a cinco pescadores que celebraban una buena noche de pesca y les pidió que buscaran en los muelles y los embarcaderos un barco francés que estuviera preparándose para zarpar con la marea del mediodía. Sus espías regresaron al cabo de una hora diciéndole que habían visto amarrado en Queenshite un barco francés, el *Grace de Dieu*, en el cual se registraba un auténtico hervidero de actividad. Uno de los pescadores describió con toda precisión a De Craon y Corbett se alarmó al decirle otro que el barco contaba con una numerosa tripulación de hombres armados y estaba vigilado por un contingente de soldados.

—Aparentemente es un bajel de vino —concluyó amargamente el hombre—. Ya sabéis cómo son los franceses, señor. Es un bajel mercante convertido en bajel de guerra.

Corbett soltó una maldición y les pagó a los hombres lo convenido. Si el barco soltara amarras, no quería verse mezclado en una batalla naval en el Támesis o, peor todavía, en el canal, donde el barco pudiera escapar a cualquier perseguidor y dirigirse rápidamente a Dieppe o Boulogne. En aquellos momentos, él ya se hubiera tenido que poner en camino hacia Sheen, pero el rey tendría que esperar. Solo deseaba que sus deducciones fueran acertadas.

Al final, Ranulfo regresó con Cade, otro alguacil y un contingente de tropas integradas por arqueros y soldados. Estos se distribuyeron por calles y callejuelas provocando el desconcierto de los madrugadores compradores, marineros, comerciantes, mercachifles y vendedores ambulantes de fruta y verdura. El alguacil auxiliar aún estaba nervioso y trastornado, sabiendo que su falta de honradez en la cuestión de Judit aún no se había resuelto por entero.

—¿Alguna noticia de la Torre, maese Cade?

El alguacil auxiliar sacudió la cabeza.

—Han puesto en libertad a fray Ricardo y Adam de Warfield sigue repitiendo la misma versión, pero ¿qué es todo este alboroto, *sir* Hugo?

—¡Este alboroto —contestó secamente Corbett— se debe a una traición! —Miró a Ranulfo—. ¿Está avisado el responsable del puerto?

El criado asintió con la cabeza.

—Dos bajeles de guerra han sido alertados —añadió Cade—. Se ha cerrado el Támesis por debajo de Westminster, pero, con esta marea, un barco podría abrirse camino y salir a mar abierto. Deduzco que nuestra presa es un barco, ¿verdad?

Corbett asintió con la cabeza.

—Un bajel mercante francés convertido en bajel de guerra, el *Grace de Dieu*. Está amarrado en Queenshite. No quiero que me vengáis con historias. Os ruego que os dejéis de protestas, protocolos y relaciones diplomáticas. Quiero que el barco sea

apresado, que se desarme a los soldados y que se registre de popa a proa.

Cade palideció al oír sus palabras.

—*Sir Hugo*, confío en que sepáis lo que estáis haciendo. Si os equivocáis, pues sospecho que estamos buscando el tesoro robado, ¡la copa de la cólera del rey se derramaría sobre todos nosotros!

—Y, si no me equivoco —contestó serenamente Corbett—, todos bailaremos alrededor del mayo.

Dicho lo cual, el escribano se puso al frente de los arqueros y los soldados y echó a andar por las tortuosas callejuelas que descendían a los muelles y los embarcaderos. Dio instrucciones a los hombres en voz baja y, al final, llegaron a la orilla del río. Corbett vio el *Grace de Dieu*; las rampas aún estaban tendidas, pero los marineros ya se habían encaramado a los mástiles, preparándose para zarpar.

—¡Ahora! —gritó Corbett.

Él, Cade y Ranulfo encabezaron la carga corriendo sobre el empedrado y tomaron por asalto las rampas. Dos soldados vestidos con la librea real de Francia trataron de cerrarles el paso, pero fueron derribados por los arqueros y los soldados ingleses que inmediatamente se apoderaron del barco. Los marineros sorprendidos en las jarcias recibieron la orden de bajar y los soldados que se encontraban en las entrecubiertas fueron rápidamente desarmados.

En pocos minutos tomaron el barco y los soldados franceses quedaron reducidos a meros espectadores. Se abrió la puerta del pequeño camarote de popa y apareció de repente De Craon, el cual, seguido de De Nevers, cruzó corriendo la cubierta para acercarse al lugar donde Corbett y Cade permanecían de pie junto al gran mástil.

—¡Esto es indignante! —gritó De Craon—. ¡Somos enviados acreditados del rey Felipe y este es un barco francés! —Señaló la gran bandera que ondeaba en la popa—. ¡Navegamos bajo la protección de la casa de los Capeto!

—¡Me importaría un bledo aunque navegarais bajo la protección directa del Santo Padre! —replicó Corbett—. Habéis estado haciendo nuevamente de las vuestras, De Craon. Quiero recuperar el oro del rey de Inglaterra. ¡Ahora mismo!

En los ojos del francés se encendió un destello de burla.

—¿O sea que somos unos ladrones?

—¡Sí! ¡Lo sois!

—Tendréis que responder de esto.

—¡Responderé en cualquier caso, *monsieur*! —Corbett se volvió hacia Cade—. ¡Registrad el barco!

El alguacil auxiliar empezó a dar órdenes a los hombres y, a pesar de las protestas de De Craon, los soldados ingleses se entregaron con entusiasmo a la tarea. Registraron el camarote, pero los hombres salieron sacudiendo la cabeza con semblante abatido. Varios hombres fueron enviados a la bodega. Corbett miró fijamente a De Craon, el cual le estaba mirando a su vez con los brazos cruzados mientras golpeaba nerviosamente la cubierta con el pie. El escribano inglés optó

deliberadamente por no mirar a De Nevers y, volviéndose hacia Ranulfo, le indicó en voz baja dónde tenía que situarse. Los soldados salieron de la bodega.

—No hay nada —dijeron—. Solo ropa, sacos de comida y cosas por el estilo.

Corbett procuró dominar su pánico al intuir la consternación de Cade y los oficiales. Sabía que el oro y la plata estaban a bordo, pero ¿dónde?

—Amo mío.

—¡Cállate, Ranulfo!

El criado asió a Corbett por el brazo.

—Amo mío, yo antes tenía por costumbre venir a estos muelles. El barco está a punto de hacerse a la mar, ¿verdad? En las jarcias hay marineros preparando las velas. Quieren zarpar de inmediato.

—¿Y qué?

—Amo mío, el ancla del barco está echada. ¡Y la tendrían que haber levado!

Corbett se volvió de espaldas a De Craon.

—¿Qué estás diciendo, Ranulfo?

—¡No han levado el ancla, amo mío!

Corbett sonrió y se volvió hacia Cade.

—Quiero que tres nadadores comprueben que el ancla de este barco está como debe estar. Convendría que echaran un vistazo a la cadena de la estacha.

De Craon abrió la boca y palideció intensamente. De Nevers hizo ademán de acercarse a la barandilla, pero Corbett lo agarró por el brazo.

—¡Maese Puddlicott —le dijo en un sibilante susurro—, insisto en que os quedéis!

—¿Puddlicott? —preguntó De Craon.

—¡Sí, *monsieur*, un criminal inglés buscado por los alguaciles de esta ciudad y de otros condados a causa de un historial de crímenes más largo que este río!

De Nevers trató de soltarse. Corbett chasqueó los dedos e indicó por señas a dos soldados que lo sujetaran. Entre tanto, Cade ya había seleccionado a los voluntarios. Tres arqueros se quitaron los yelmos, las celadas, los talabartes y las botas y se deslizaron como ratas de agua en el río cubierto de espuma. Se zambulleron y volvieron a emerger a la superficie, lanzando gritos de triunfo.

—¡Hay sacos! —gritó uno de ellos, sacudiendo la cabeza mientras escupía el agua—. ¡Unos pesados sacos de monedas atados a la cadena del ancla!

—¡Que traigan una barcaza! —ordenó Corbett—. ¡Que los buceadores recuperen los sacos, que se organice una buena vigilancia y que unos carros trasladen los sacos al palacio de Sheen!

Cade se alejó, dando órdenes a gritos. Corbett miró a sus adversarios.

—*Monsieur* de Craon, a vos os dejo, pero me llevo a maese Puddlicott, pues se trata de Ricardo Puddlicott, no de Raúl de Nevers, ¿no es cierto? Es un súbdito inglés que debe lealtad a nuestro rey y tendrá sin duda que responder de sus terribles delitos.

De Nevers se dirigió a gritos a De Craon, pero el francés se limitó a sacudir la

cabeza mientras unos hombres se llevaban al pálido prisionero.

—No sabíamos nada de todo eso —protestó De Craon—. Aceptamos a De Nevers por lo que él decía ser.

Corbett sonrió al oír la descarada mentira y señaló la cadena del ancla.

—Y supongo —replicó— que, cuando hubierais levado el ancla, habríais encontrado unos sacos atados a la cadena con unas resistentes cuerdas. Como es natural, vos hubierais dicho que era un hallazgo fortuito y habríais arramblado con todo para que vuestro regio señor lo utilizara como subsidio para sus ejércitos de Flandes. Más adelante, hubierais comentado en susurros vuestra hazaña y convertido a Eduardo de Inglaterra en el hazmerreír de Europa, un príncipe que pierde su oro para que su enemigo lo use contra sus aliados. —Corbett sacudió la cabeza—. Vamos, vamos, *monsieur*. Nuestra Cancillería presentará una protesta ante la vuestra. ¡Vos os declararéis inocente, pero sois un embustero y un torpe insensato! —Seguido de Ranulfo, Corbett se acercó a la barandilla—. ¿Los enviasteis vos? —preguntó, volviendo la cabeza para contemplar los ojos rebosantes de odio del francés.

—¿Si envié a quiénes? —replicó De Craon.

—A los asesinos que nos atacaron.

De Craon sonrió, sacudiendo la cabeza.

—¡Algún día os aseguro que lo haré, Corbett!

Corbett y Ranulfo descendieron por la rampa donde esperaba el prisionero, encadenado entre dos guardias. A su espalda, el escribano oyó los silbidos de los oficiales, ordenando a sus hombres retirarse del barco francés y los apremiantes gritos del capitán del bajel, deseoso de hacerse cuanto antes a la mar con el *Grace de Dieu*.

—¿Adónde queréis que conduzcamos al prisionero, *sir* Hugo?

Este miró primero al oficial y después a Puddlicott.

—Newgate será suficiente, pero deberá permanecer encadenado entre dos guardias. —Corbett se acercó un poco más para contemplar el anodino rostro de aquel maestro del engaño—. Puddlicott el gran actor —dijo en un susurro, rozando con los dedos el rubio cabello del hombre—. ¿Cuántas veces os lo habéis teñido? ¿Negro, rojo, cobrizo? ¿Y la barba? ¿Larga o rasurada y nuevamente larga según vuestras necesidades?

Puddlicott le miró fríamente.

—¿Qué pruebas tenéis, maese Corbett?

—Todas las que necesito. ¿Sabéis que Adam de Warfield ha sido detenido? Os echa la culpa de todo a vos. Sé todo lo de vuestros disfraces: la barba, los distintos colores del cabello, la cogulla y la capucha, pero nada de eso os salvará de la soga del verdugo. No me causa ningún placer decíroslo, Puddlicott, pero vais a ser ahorcado.

El rostro de Puddlicott perdió su arrogante frialdad al oír las palabras de Corbett.

—Si confesáis —añadió el escribano— y respondéis a ciertas preguntas, es posible que podamos hacer algo.

—¿Como qué? —preguntó Puddlicott en tono despectivo.

—Habéis cometido traición. Conocéis las leyes. Ser colgado, cortado, destripado y descuartizado.

Corbett hizo una mueca al ver el temor que reflejaban los ojos del prisionero.

—En tal caso, mi señor escribano —dijo Puddlicott con voz pastosa—, quizá convendría que habláramos.

Corbett contempló el muelle en silencio. Apenas podría hacer nada por aquel hombre como no fuera aliviar un poco su cautiverio.

—¡Traed al prisionero! —ordenó.

Los soldados, flanqueando a Puddlicott, se acercaron a Corbett y a Ranulfo y los siguieron hasta una pequeña cervecería, donde Corbett pidió que despejaran el local.

—¡Soltadlo! —les dijo a los soldados—. Pero no le quitéis las cadenas. Podéis vigilar en la puerta.

Los decepcionados soldados que esperaban poder disfrutar de una comida de balde soltaron a Puddlicott y aflojaron los grillos de sus cadenas para que pudiera moverse un poco y utilizar las manos. Corbett empujó al prisionero hacia la mesa de un rincón.

—Podéis sentaros tranquilamente en esta banqueta. El mejor plato que tengáis, tabernero. ¿Cuál es?

—Empanada de pescado.

—¿Es fresco?

—Ayer mismo los peces nadaban en el mar.

Corbett sonrió.

—Una abundante ración para mi invitado y un poco de vino blanco.

Con una leve sonrisa en los labios, Puddlicott observó la prisa que se daba el tabernero en servirles, como si él fuera un importante invitado oficial y no un malhechor a punto de ser condenado. Esperaron en silencio hasta que regresó el tabernero. Puddlicott comió con buen apetito mientras Corbett admiraba su temple. Al terminar, Puddlicott apuró su copa de vino y pidió más.

—Hay que aprovechar mientras pueda —dijo sonriendo. Después se puso repentinamente muy serio—. Tengo que pedir os un favor, escribano.

—No os debo nada.

—Tengo un hermano —añadió Puddlicott—. Es simple de nacimiento. Los frailes del hospital de San Antonio cuidan de él. Dadme vuestra palabra de que siempre será bien atendido. A cambio de una subvención real, os diré lo que sé. —Levantó ligeramente la copa—. Si tengo que morir, quiero que sea rápido. ¡Ricardo Puddlicott no vino a este mundo para servir de diversión al populacho de Londres!

—Tenéis mi palabra en ambas cosas. Y ahora decidme, ¿robasteis vos el oro y la plata?

—Por supuesto que sí. Adam de Warfield y Guillermo de Senche también participaron. Guillermo es un pobre borrachín, pero Adam de Warfield es un perverso malnacido. ¡Espero que lo ahorquen a mi lado!

—Así será.

—Muy bien, así todo será más soportable.

Puddlicott tomó un sorbo de vino.

—Hace dieciocho meses —dijo—, estuve en Francia tras una breve estancia en Westminster, donde ayudé a Guillermo de Senche a robar una parte del tesoro de la abadía que se encontraba en el refectorio de los monjes. En realidad —añadió sonriendo—, yo no soy un ladrón. Lo que ocurre es que me resulta muy difícil distinguir entre mis bienes y los de los demás. Intenté utilizar la misma estratagema en París en el convento de los frailes menores. Me detuvieron y me condenaron a la horca. Entonces le dije a mi carcelero que conocía un medio de enriquecer al rey de Francia a costa de Eduardo de Inglaterra. —Puddlicott proyectó los labios hacia afuera—. Vos ya sabéis lo que ocurre en este mundo, ¿no es cierto, Corbett? Cuando estás acorralado, echas mano de todo lo que puedes. Pensé que la cosa caería en el olvido, pero la víspera de mi ahorcamiento, De Craon y el Guardián de los Secretos del rey, Guillermo Nogaret, me visitaron en mi celda de condenado. Les expuse mi plan e inmediatamente quedé libre como por arte de magia.

—Hubierais podido incumplir vuestra palabra —dijo Ranulfo, interrumpiéndole—. Hubierais podido dejarles con un palmo de narices.

—¿Y adónde hubiera huido? —replicó Puddlicott—. ¿A Inglaterra convertido en un mendigo harapiento? No —sacudió la cabeza con una sonrisa en los labios—. De Craon me amenazó con que, si no cumplía mi palabra, me perseguiría. Además, yo estaba dolido con Eduardo de Inglaterra. Ah, por cierto, Corbett, De Craon os odia con toda su alma y algún día tiene intención de arreglaros las cuentas.

—Hasta ahora no me habéis dicho nada que yo no sepa —replicó Corbett.

—Bueno pues, regresé a Inglaterra. Me dejé crecer la barba, me teñí el cabello de negro y organicé las orgías en la abadía.

—¿Por qué?

—Adam de Warfield tiene el cerebro entre las piernas. Su debilidad son las prostitutas, la buena comida y el vino embriagador. A Guillermo de Senche se le puede comprar con una buena jarra de vino. Así me los gané a los dos. Les expuse mi plan. Se prohibió el uso del cementerio. Sembré semillas de cáñamo para llenarlo todo de hierba... crece muy rápido y, de esta manera, podría disimular mis actividades.

—¿Excavabais la galería de noche?

—Por regla general, sí. A veces excavaba también de día. Era un plan brillante, Corbett. A nadie le gusta visitar los cementerios de noche y tampoco de día y, con la protección de Warfield y Guillermo, podía adelantar en mi trabajo todo lo que quisiera. —Puddlicott se encogió de hombros—. Lo demás ya lo sabéis. A mí me interesaban las monedas. ¡Warfield se quedó con parte de la plata, el muy necio! Yo oculté los sacos en un viejo carro de estiércol. Lo adivinasteis, ¿verdad?

—Sí —contestó Corbett—. Ranulfo y yo lo vimos allí. Y nos extrañó que la calle

estuviera tan sucia.

—¿En qué otra cosa me equivoqué? —preguntó Puddlicott sonriendo.

Corbett tomó las manos de Puddlicott y las giró con las palmas hacia arriba.

—Cuando os estreché la mano en casa de De Craon, advertí algo extraño pero no supe lo que era hasta más tarde. Vos erais un gentilhomme, Puddlicott, o eso parecíais, pero vuestras manos eran ásperas y estaban encallecidas. La herencia de una juventud disipada y de los trabajos en el cementerio de la abadía. —Corbett volvió a llenar la copa del prisionero—. Ahora vayamos a los asesinatos.

—¿Qué asesinatos? —preguntó Puddlicott, incorporándose en su asiento.

—¡Los de las prostitutas! ¡El del padre Benito y el de *lady* Somerville! Creemos que las prostitutas fueron asesinadas a causa de las orgías nocturnas y que *lady* Somerville y el padre Benito fueron asesinados por lo que sabían.

Puddlicott echó la cabeza hacia atrás y estalló en una sonora carcajada.

—Mirad, Corbett, yo soy un pícaro y un ladrón. Si pensara que, matándoos a vos, podría huir, lo haría. Pero ¿matar a unas pobres chicas, a un anciano sacerdote y a una canosa anciana? Vamos, por Dios, maese Corbett. —Tomó un sorbo de vino y la expresión de su rostro se endureció—. ¡Si me prometéis una cómoda celda en la cárcel de Newgate, os diré otra cosa!

Ranulfo soltó una risotada.

—Un poco más, amo mío, y os exigirá la libertad.

—Accedo a vuestra petición —contestó Corbett—. Pero ya no habrá más concesiones. Bueno, ¿de qué se trata?

—Algo que vi la noche en que murió el padre Benito. Yo estaba en el recinto de la abadía descansado después de haberme pasado varias horas excavando. Vi una alta y oscura forma cruzando el recinto. Me intrigó y la seguí. La figura se detuvo delante de la casa del padre Benito y se inclinó hacia la cerradura. Después rodeó la casa, se detuvo delante de la ventana abierta y, a través de ella, arrojó algo al interior. Vi que se encendía una yesca, adiviné lo que ocurría y hui.

—¿Y no sabéis nada más?

—Si lo supiera, os lo diría.

—En tal caso, maese Puddlicott, me despido de vos.

Corbett se levantó y llamó a los guardias mientras Puddlicott tomaba la copa de vino y apuraba su contenido.

Corbett contempló cómo los soldados ajustaban las cadenas de Puddlicott a sus propias muñecas.

—¡Llevalo a Newgate! —les ordenó—. Deberá ser alojado allí como huésped del rey. La estancia más cómoda y todo lo que desee. El Tesoro real correrá con los gastos.

Después, girando sobre sus talones, Corbett abandonó la taberna mientras en sus oídos resonaba todavía la afectuosa despedida de Puddlicott.

Eduardo de Inglaterra se arrodilló en el asiento de la ventana y contempló los jardines del palacio de Sheen. Corbett y De WARENNE, conde de Surrey, lo miraban con cierto recelo. Como era de esperar, el rey se había alegrado mucho. Los barones del Tesoro ya estaban contando las monedas de los sacos y unos escribanos de alto rango se desplazaron a la casa del Tesoro para llevar a cabo una exhaustiva revisión de las cuentas. Se efectuaron registros en los mercados de Londres en busca de la plata del soberano y ahora las tropas reales estaban acuarteladas en el recinto de la abadía. Eduardo ya había enviado una enérgica nota de protesta a su amado hermano el rey de Francia, en la cual declaraba persona *non grata* a *monsieur Amaury* de Craon, quien tendría que enfrentarse con todos los rigores de la ley inglesa en caso de que alguna vez volviera a poner los pies en territorio inglés. Corbett recibió varias muestras de agradecimiento del monarca: una cadena de plata con una cruz celta para Maeve; una copa de plata con incrustaciones de oro para la pequeña Leonor; y para él, su más leal y fiel escribano, una cordial palmada en el hombro; pero Corbett no las tenía todas consigo. Eduardo de Inglaterra era un actor consumado: las furias, las lágrimas, la falsa cordialidad, el papel de valeroso comandante del ejército y de severo legislador. Todo ello no eran sino máscaras que Eduardo se podía quitar y poner a su conveniencia. Ahora el rey se mostraba frío, sereno y reposado, pero Corbett adivinaba su furia por lo que él consideraba una traición, un abuso de confianza y un sacrilegio.

—Sería capaz de ahorcar a Cade —dijo el rey, volviendo la cabeza.

—Este hombre es todavía muy joven e inexperto, Majestad —añadió Corbett—. Ha demostrado tener muy buenas cualidades. Es el único funcionario de Londres que me ayudó. Si en lugar de hacerle un reproche, le ofrecierais una recompensa, os ganaríais toda su lealtad.

Eduardo se rio para sus adentros.

—Así lo haré. Conocía al padre de Cade. Empezó como alabardero y arquero de mi casa. Cade fue su decimotercer hijo. ¿Sabéis que ya de niño Cade se dedicaba constantemente a levantarles las enaguas a las niñas? Aún no ha aprendido que un funcionario real tiene que vigilar muy bien con quién se acuesta y con quién hace negocios.

—¿Y la joven Judit?

—Tendrá su recompensa.

Corbett arrastró nerviosamente los pies por el suelo y miró de reojo a De WARENNE.

—¿Y Puddlicott y los demás?

—¡Ah! —Cuando Eduardo se volvió, a Corbett no le gustó la expresión de su rostro—. ¡Serán ahorcados!

—¡Warfield es sacerdote y monje!

—Tiene un cuello como el de cualquier otro hombre.

—La Iglesia pondrá reparos.

—No lo creo. Diré que los monjes de Westminster no solo traicionaron sus votos sino también a su rey. ¿Os imagináis al viejo Winchelsea de Canterbury? —Eduardo sonrió para sus adentros—. Dios bendito, cuánto me agrada ser rey algunas veces. Estoy deseando decirles a nuestro venerable arzobispo de Canterbury y a sus hermanos los restantes obispos que han sido muy descuidados en su celo pastoral. Hubieran tenido que vigilar mejor sus viñas y lo que ellos santurrónicamente llaman «su rebaño».

—Le di mi palabra a Puddlicott de que sería ahorcado pero tendría una muerte rápida —dijo Corbett interrumpiendo a su soberano—. Sin mutilaciones. Y está la cuestión de su hermano...

El rey se repantigó en el asiento de la ventana.

—No tengo nada en contra de los simples; el chico será debidamente atendido. Pero Puddlicott... —el rey sacudió la cabeza.

—Empeñé mi palabra, Majestad.

El rey hizo una mueca.

—Empeñé mi palabra —repitió Corbett—. Sabiendo que vos la respetaríais, Majestad.

Eduardo hizo un amplio gesto con las manos.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Puddlicott será juzgado por los tribunales de Westminster. Se le hará un juicio justo y después será ahorcado. —El rey se frotó las manos y miró con una maliciosa sonrisa a De Warenne—. Qué desastre, ¿verdad, Surrey?

—Como vos queráis, Majestad. —El conde miró fijamente a Corbett—. Pero queda todavía la cuestión del asesino que anda suelto por las calles y aún no ha sido atrapado. Es una tarea que os corresponde a vos, Corbett.

—¡Tuve que atender otros asuntos, Majestad! —replicó Corbett.

—¿No tenéis ni siquiera una idea? —preguntó Eduardo.

—Ninguna en absoluto. Vagas sospechas, eso es todo.

—¿Y las Hermanas de Santa Marta os prestan su colaboración?

—Por supuesto que sí.

—¿Sobre todo *lady* Neville? —preguntó el rey, mirando al escribano con una sonrisa.

—¡Sobre todo, *lady* Neville!

—¿Y la anciana De Lacey sigue pegando sustos a todo el mundo?

—Yo suelo mantener más tratos con *lady* Fitzwarren.

—Ah, sí. —El rey entornó los ojos—. Recuerdo cuando murió su esposo. Estábamos en Gales, cerca de Conway, y era la festividad de San Martín, papa y mártir. Era un buen hombre Fitzwarren. —Se levantó y dio unas palmadas—. Bueno, en cualquier caso, vos ya estáis de vuelta en Londres, Corbett. —El soberano alargó la mano para que Corbett se la besara al tiempo que murmuraba—: No olvidaré vuestra lealtad y vuestra entrega en este asunto, Hugo.

Eduardo cerró la puerta detrás de su escribano y permaneció apoyado en ella hasta que el rumor de las pisadas del exterior se desvaneció. De Warenne esbozó una relamida sonrisa.

—¿Cumpliréis vuestra palabra, Eduardo?

—¿En qué?

—En la cuestión de Cade y la mujer llamada Judit.

Eduardo se encogió de hombros.

—Por supuesto que sí. Ya conoces el lema de Eduardo de Inglaterra: «Mantente fiel».

—¿Y en lo de Puddlicott?

—Cumpliré mi palabra, naturalmente —contestó el monarca con una sonrisa—. Pero ahora tengo que encomendarte una misión, Surrey. Deberás reunirte con Corbett en Londres, felicitar de mi parte al alguacil, alabar públicamente a Cade, supervisar la ejecución de Puddlicott y asegurarte de que su muerte sea rápida.

—¿Y después, Majestad?

—¡Quiero que el cuerpo de ese malnacido sea desollado! —contestó en un sibilante susurro—. ¿Me has entendido, De Warenne? ¡Quiero que le arranquen la piel y que la claven como la de un cerdo en la puerta de la abadía para que todo el mundo se entere del precio que se paga por robar a Eduardo de Inglaterra!

Capítulo 13

Corbett se alegró al ver que lord Morgan aún no había llegado a la calle del Pan. —Se ha retrasado —le explicó Maeve con voz quejumbrosa—. Los asuntos de Gales no se pueden abandonar tan fácilmente como él pensaba.

«Será más bien que está borracho como una cuba —pensó Corbett—, y aún no ha conseguido que su caballo cruce el puente levadizo». Sin embargo, se guardó aquellas crueles reflexiones, pues sabía que Maeve se preocupaba enormemente por la salud y el bienestar del viejo bribón.

Ranulfo no estaba cuando Corbett llegó, pero, al volver a casa, le explicó que la vida de Maltote no corría peligro, aunque el padre Tomás aún no estaba seguro de si perdería la vista o no.

Corbett se retiró a su pequeño gabinete, donde empezó a revisar con aire ausente varios memorandos, cartas, documentos y peticiones que la Cancillería le había enviado. Pero sus pensamientos estaban en otro sitio: en el recinto de la abadía, contemplando la oscura forma, tan claramente descrita por Puddlicott, que se había acercado a la casa del padre Benito para prenderle fuego.

Entró Maeve con la pequeña Leonor y el escribano estuvo un rato jugando con ellas hasta que apareció Ana, hablando por los codos en galés. Tomó a la niña en brazos, miró enfurecida a Corbett y dijo que la criatura estaba demasiado excitada.

Maeve se quedó un rato más mientras Corbett le describía su reciente visita al rey y su desesperación por no ser capaz de atrapar al asesino de las prostitutas de la ciudad.

—Podría ser cualquiera —dijo en voz baja—. Podría ser Warfield o cualquiera de los monjes.

Maeve tomó su mano.

—Estás demasiado alterado, Hugo. Ven conmigo a la cocina, estoy preparando la cena de esta noche.

Corbett bajó con Maeve por el pasillo y la ayudó a preparar la cena mientras ella le hablaba de mil cosas distintas en su afán de distraerle. A Corbett le encantaba verla guisar: era una hábil cocinera, extremadamente pulcra y ordenada, y siempre preparaba unos platos exquisitos. Después del pan duro y la carne rancia de las tabernas de Londres y de las cocinas reales, Corbett siempre apreciaba las cosas que ella le preparaba.

La vio retirar la blanca piel de un pollo asado, cortarlo a trocitos con un pequeño cuchillo, colocar los trozos en un cuenco y aderezarlos con aceite y especias. De repente, Maeve levantó la vista sobresaltada al oír el jadeo de su esposo.

—¡Hugo! —exclamó—. ¿Qué ocurre?

—¡Pues claro! —murmuró Corbett casi hipnotizado—. ¡Por los cuernos de Satanás, pues claro!

Soltó el cuchillo que sostenía en la mano y se encaminó como un sonámbulo

hacia la puerta de la cocina.

—¡Hugo! —repitió Maeve.

Corbett se limitó a sacudir la cabeza y dejó a su mujer perpleja y exasperada. Ya en el pasadizo exterior de la casa, contempló el blanco yeso de la pared y se quedó tan sorprendido de sus propios pensamientos que apoyó el ardiente rostro contra el muro, buscando alivio en su frialdad.

—No —masculló—. No es posible.

Ranulfo salió corriendo al pasadizo.

—¿Os ocurre algo, amo mío?

—Sí —contestó Corbett mirándole con aire ausente—. Me alegro de que Maltote esté bien —añadió, dándole al sorprendido Ranulfo una palmada en el hombro—. Puede que *lady* Maeve necesite un poco de ayuda. —Corbett se encogió de hombros y entornó los ojos—. ¿Qué te he dicho, Ranulfo?

—¿Habéis bebido, amo mío? —preguntó Ranulfo, sacudiendo la cabeza.

—No —contestó Corbett en un susurro, bajando por el pasadizo para regresar a su gabinete—. No —repitió—, pero ojalá lo hubiera hecho.

De nuevo en su gabinete, el escribano buscó el santoral al final de un Libro de Horas y se pasó un buen rato escribiendo como un loco mientras desarrollaba la idea que tanto le había sorprendido en la cocina. Después trató de desmontar su propia teoría, pero, cualquiera que fuera el método que utilizara, siempre llegaba a la misma incuestionable conclusión. Maldijo su falta de lógica.

—Es tan sencillo —murmuró, levantando la cabeza para mirar a través de la ventana—. Conozco al asesino. Puedo demostrar los asesinatos, pero ¿qué más?

Se levantó, se acercó a la puerta y llamó a Ranulfo.

—Vamos, hombre —le apremió—. Tenemos cosas que hacer en la ciudad. Le llevarás el siguiente mensaje a *lady* María Neville.

Regresó a su bandeja de escritura y garabateó unas cuantas palabra en un trozo de pergamino que inmediatamente dobló y selló.

—Entrégale esto y fíjate en la expresión de sus ojos. Después irás al Ayuntamiento y harás lo siguiente...

Oyó las pisadas de Maeve acercándose por el pasadizo y rápidamente le susurró unas instrucciones al oído a un sorprendido Ranulfo.

—Eso es una locura, amo mío.

—Haz lo que te digo, Ranulfo. ¡Date prisa!

—¿Qué ocurre, Hugo?

Corbett se acercó a su mujer y la besó en la frente.

—He sido un necio, Maeve, pero ten un poco de paciencia conmigo.

Regresó a la casa y, recogiendo el talabarte, las botas y la capa, se despidió de su mujer y de su hijita y salió a la oscura calle. Tomó una barca en el Muelle del Pescado y, sin prestar atención a lo que le estaba contando el barquero, permaneció sentado en silencio mientras la embarcación, empujada por la marea, se deslizaba

hacia las Gradass del Rey de Westminster. El recinto de la abadía y el palacio estaba enteramente ocupado por soldados y arqueros, los cuales se habían construido unas chozas con ramas de los cercanos árboles. Por su parte, los oficiales disponían de unas toscas tiendas.

Para cruzar los distintos cordones que rodeaban la abadía y poder entrar en la Sala Capitular, Corbett se vio obligado a mostrar a cada paso las órdenes que llevaba. El oficial que guardaba las llaves, le abrió la puerta de la sala.

—¡Reunid a tres hombres y permaneced fuera! —le ordenó Corbett—. ¡Pero permitid la entrada a cualquier visitante!

El soldado obedeció y Corbett entró en la larga y desierta estancia de alto techo abovedado. Sus pisadas sonaban a hueco en medio del pavoroso silencio que lo rodeaba. A pesar de la cálida noche estival, la Sala Capitular estaba tan fría y oscura que Corbett tuvo que tomar una yesca y encender algunas antorchas de la paredes y unas cuantas velas de cera de la mesa. Después se sentó en la silla de *lady* De Lacey para esperar el comienzo de la representación.

Ranulfo y Cade entraron primero. El alguacil auxiliar mostraba un aspecto cansado y ojeroso.

—¿Qué ocurre, *sir* Hugo?

—Os ruego que os sentéis, maese Cade. Ranulfo, ¿te has encargado del otro asunto?

—Sí.

Corbett tamborileó con los dedos sobre la superficie de la mesa.

—Pues entonces, vamos a esperar la llegada de nuestros invitados.

Debía de haber pasado una media hora, en cuyo transcurso Cade había tratado de entretener la espera con una conversación intrascendente cuando oyeron llamar a la puerta.

—¡Adelante! —gritó Corbett e inmediatamente entró en la estancia *lady* María Neville.

Llevaba la capucha de la capa bien echada hacia adelante. Cuando se acomodó en el asiento que Corbett le ofreció, este intuyó su nerviosismo. Su piel estaba apagada, constantemente se humedecía los labios con la lengua y sus ojos no paraban de moverse, como si temiera algún inminente peligro.

—¿Habéis pedido verme, *sir* Hugo?

—Sí, *lady* María. La noche en que murió *lady* Somerville, ¿fuisteis al hospital de San Bartolomé?

—Ya os lo he dicho.

—O sea que fuisteis. ¿Y quién más sabía que ibais allí?

Mientras estudiaba detenidamente a la mujer, Corbett oyó que se abría la puerta de la Sala Capitular.

—Os he formulado una pregunta, *lady* María. ¿Quién más lo sabía? ¿O acaso debo responder yo por vos?

Corbett levantó la vista y vio a una mujer de pie junto a la puerta.

—Bien, *lady* Fitzwarren, ¿podéis contestarme vos?

La alta y angulosa mujer se acercó a él. Sus ojos parecían dos trozos de dura pizarra y su rostro estaba contraído en una mueca de cólera. Corbett vio que mantenía las manos escondidas en el interior de las mangas de su vestido y no hizo nada por impedir que Ranulfo desenvainara la daga.

—Maese Cade, una silla para nuestra segunda invitada.

Lady Fitzwarren se sentó cuidadosamente.

—Tal como decía, *lady* María y su compañera fueron al hospital de San Bartolomé el lunes, 11 de mayo. Yo siempre había pensado que la muerte de *lady* Somerville era fruto de un accidente, pero ahora he cambiado de parecer. He comprendido mi error y mi escasa atención a los detalles. Solo alguien que conociera a *lady* Somerville hubiera podido saber que atravesaría sola los prados de Smithfield. —Corbett miró con una sonrisa a las dos mujeres—. Sí, *lady* Somerville conocía a la persona que la asesinó. Resulta que hubo alguien que fue testigo del asesinato. —Corbett vio un destello de temor en los ojos de *lady* Fitzwarren—. Un loco que estaba acurrucado al pie del patíbulo vio que *lady* Somerville se detenía para esperar a alguien y le oyó decir: «¡Ah, sois vos!». —Corbett apoyó las manos sobre la mesa—. Me quise pasar de listo. Hubiera tenido que prestar más atención a las palabras del mendigo. Me dijo que el asesino era alto como un demonio y que calzaba sandalias. Pensé que era un fantasma de su imaginación, pero, como es natural, hablaba de vos, *lady* Catalina. Vos sois más alta que la mayoría de los hombres. Y vestíais hábito y cogulla cuando llevabais a cabo vuestros sangrientos asesinatos.

Lady María retrocedió a causa del espanto y el horror. La acusada frunció los labios.

—¡Estáis diciendo sandeces, escribano!

—De ninguna manera. Vayamos a otro asesinato. El del padre Benito. Alguien bloqueó la cerradura de la puerta del pobre sacerdote, arrojó una jarra de aceite a través de la ventana y a continuación una yesca encendida. Podéis ir a ver las ruinas de la casa del padre Benito. La ventana es muy alta y alguien con una estatura superior a la normal arrojó la jarra a través de ella.

—A lo mejor, se subieron a un tronco o a una piedra —apuntó *lady* María en un susurro.

—Sí, es cierto, pero no lo hicieron. No había ningún tronco ni ninguna piedra cerca de la ventana y en el suelo no se apreciaba ninguna señal.

—Aún no habéis presentado ninguna prueba —dijo *lady* Fitzwarren en tono desafiante.

—Bueno, poco a poco llegaremos a eso. Mirad, cuando examiné la estancia encontré restos de aceite de excelente calidad. Y solo los ricos compran este tipo de aceite para aliñar sus comidas. Me di cuenta esta noche mientras observaba cómo mi esposa preparaba la cena. El asesino utilizó este aceite porque no despide un olor

desagradable y, cuando se derrama sobre los juncos del suelo, estos arden inmediatamente.

—¡El asesino lo pudo haber comprado! —replicó *lady Fitzwarren*.

Corbett se preparó para la siguiente mentira.

—En efecto, pero en Newgate hay un hombre llamado Puddlicott que ha sido condenado a muerte por haber robado el tesoro del rey. Seguro que ya os habéis enterado. Este hombre se encontraba en el recinto de la abadía la noche en que se incendió la casa del padre Benito. Y os vio arrojar la jarra de aceite a través de la ventana de su casa, *lady Fitzwarren*.

—¡Es un embustero y un bribón! —le respondió con voz sibilante—. ¿Quién le creerá?

—Para empezar, el rey. Puddlicott no tiene nada contra vos. No busca el perdón ni el indulto. Ambas cosas están descartadas en su caso. El hombre os reconoció, *lady Fitzwarren*.

El rostro de la aristócrata perdió parte de su arrogancia. Corbett se inclinó hacia ella, rezando en silencio para que su farol provocara una confesión.

—Aunque no se aceptara la declaración de Puddlicott —añadió en tono pausado—, hubo otras personas que también os vieron. ¿Recordáis a la prostituta Judit? Creo que vos os escondisteis en un armario de su buhardilla. La chica abrió la puerta del armario y vos os abalanzasteis sobre ella con un cuchillo. No os entretuvisteis en mutilarle el cuerpo, pero la chica sobrevivió, *lady Fitzwarren*, y ahora se encuentra bajo la protección real. Maese Cade lo puede atestiguar.

El alguacil, que miraba asombrado a *lady Catalina*, asintió solemnemente con la cabeza.

—Ella también os reconoció —añadió Corbett—. Aspiró la fragancia de vuestro perfume y os vislumbró fugazmente vuestro rostro. Sabéis que no miento, pues solo ella o su presunta asesina podían conocer el detalle del armario.

Lady Catalina se echó hacia atrás bisbiseando y murmurando para sí.

—Podría seguir contando más cosas —dijo Corbett—. La prostituta Inés, la que vos matasteis en una iglesia cerca del convento de los franciscanos, estaba a punto de enviarle una nota a *lady Somerville* en Westminster, pero el chico que tenía que entregarla la arrojó a un albañal. Vos sabíais que la pobre chica era un peligro, ella os vio y seguramente vos la visteis a ella. En cualquier caso, vos escribisteis una nota imitando la letra de *lady De Lacey* y, disfrazada de monje, la deslizasteis por debajo de su puerta. La pobre chica cayó en la trampa. Jamás hubiera podido imaginar que un asesino pudiera estar acechando en un lugar consagrado. Fue una de las pocas que no murió asesinada el día 13 del mes. Como os había visto abandonando el cadáver de una víctima, teníais que callarle la boca a Inés cuanto antes. En cuanto a *lady Somerville*...

—Esto es imposible —dijo *lady María*, interrumpiéndole—. ¿Por qué iba *lady Fitzwarren* a asesinar a una de sus hermanas y al pobre padre Benito?

—Tenéis razón al pensar que ambas cosas están relacionadas. Resulta que nuestra asesina iba disfrazada de monje. Calzaba sandalias y vestía la capa, la cogulla y la capucha del hábito benedictino. Los había sacado de la sacristía contigua a esta Sala Capitular. Es solo una conjetura, pero sospecho que *lady* Somerville, mientras limpiaba y lavaba la ropa, descubrió un hábito o una cogulla con restos de sangre y quizá con ciertos efluvios de perfume de mujer. Debió de quedarse perpleja y de ahí su constante y enigmática referencia al proverbio: «El hábito no hace al monje». No era un juicio moral acerca de nuestros hermanos los monjes, aunque bien sabe Dios que probablemente estaba en lo cierto, sino que lo decía en sentido literal. El hecho de que alguien se ponga un hábito y una cogulla no lo convierte en un monje.

—¿Y el padre Benito? —preguntó Cade, volviendo a recordar su presencia.

—Supongo que *lady* Somerville debió de hablar con él. Puede que incluso le manifestara su sospecha de que la persona que estaba matando a las prostitutas y las cortesanas de Londres era una de sus hermanas de Santa Marta. —Corbett miró a *lady* María Neville—. El sobresalto que debió de experimentar *lady* Somerville al enterarse de lo que ocurría la indujo a dibujar una caricatura de los acontecimientos que se estaban produciendo en Westminster. Puede que los monjes tuvieran unas costumbres algo laxas, pero es que además albergaban en su seno a un lobo sanguinario. Eso explica también la razón por la cual *lady* Somerville había decidido abandonar la orden de las Hermanas de Santa Marta.

—Pero ¿cómo pudo la asesina sospechar de *lady* Somerville? —preguntó Ranulfo.

—Eso no es más que una conjetura y una deducción lógica. *Lady* Somerville repetía constantemente un enigmático dicho que solo la asesina podía comprender y puede que esta se diera cuenta del error que había cometido al devolver el hábito manchado de sangre, un hábito muy especial, pues se había confeccionado para una persona de elevada estatura. La asesina debió de vigilar a *lady* Somerville y debió de ver adonde iba. *Lady* Somerville no podía hablar con los monjes de la abadía, su relato era demasiado increíble para que denunciara los hechos a las autoridades y, por si fuera poco, no se hablaba con su hijo. La elección más lógica era el padre Benito.

—Tiene razón —dijo *lady* María, mirando a *lady* Fitzwarren—. Es verdad —añadió, levantando la voz—. *Lady* Somerville y el padre Benito eran muy amigos.

—Sí, es probable que lo fueran —dijo Corbett.

—Todo encaja —dijo Ranulfo, levantándose para situarse detrás de *lady* Fitzwarren—. Nuestra asesina tenía dos ventajas: disfrazada de monje, podía ir a cualquier parte y, como miembro de las Hermanas de Santa Marta, sabía qué prostitutas eran más vulnerables, dónde vivían, qué costumbres tenían y cuáles eran sus circunstancias personales. Además, ninguna mujer la consideraría una amenaza.

Ranulfo se inclinó sobre la silla de la mujer y la asió por las muñecas.

Lady Fitzwarren forcejeó y su rostro se contrajo furioso.

—¡Eres un malnacido! —le dijo en voz baja—. ¡Quítame las manos de encima!

Ranulfo sacó las manos de *lady* Catalina del interior de las mangas de su vestido y miró asombrado a Corbett, pues allí no se ocultaba ninguna daga.

Corbett contempló el rostro rebosante de furia asesina de la mujer. «Está loca — pensó—. Como todos los asesinos, ha dejado que el cáncer o la podredumbre que lleva en su alma le envenene la mente». *Lady* Fitzwarren le miró como una miserable bruja sorprendida en alguna fechoría.

—Al final —dijo Corbett—, me llamó la atención el hecho de que las mujeres murieran hacia el día 13 de cada mes. Vos conocéis la razón. Vuestro esposo, *lady* Catalina, murió el día de la festividad de san Martín, papa y mártir, cuya misa votiva se celebra el 13 de abril.

—Pero la muerte de la última, Hawisa, no siguió esta pauta —dijo Cade, interrumpiéndole.

—Sí, lo sé —contestó Corbett—. Eso se hizo para desconcertarnos. Mirad, maese Cade, solo algunas personas habían reparado en la pauta que seguían los asesinatos. Ranulfo, vos, yo y otras dos personas con quienes hablé: *lady* María Neville y *lady* Catalina Fitzwarren. —Corbett esbozó una leve sonrisa—. Confieso que, durante algún tiempo, sospeché de vos, maese Cade. También dudé de vos, *lady* María. Sin embargo, tanto Puddlicott como el mendigo describieron al asesino como una persona de elevada estatura. Por último, Su Majestad el rey me comentó sin querer la fecha de la muerte de lord Fitzwarren. A la última chica, *lady* Fitzwarren, la matasteis para confundirnos. —Corbett tamborileó con los dedos sobre la mesa—. Siempre estabais tratando de confundirnos.

»Cuando os visitamos en Santa Catalina, cerca de la Torre, insinuasteis que los monjes de Westminster estaban metidos en un escándalo relacionado en cierto modo con las mujeres de la calle. —Corbett la miró sonriendo—. Supongo que, cuando se disipe el alboroto, todo el mundo verá las cosas con claridad. Pero vos utilizabais los rumores como tapadera de vuestras siniestras actividades.

Lady Fitzwarren echó la cabeza hacia atrás con una despectiva sonrisa en los labios.

—Todo eso no son más que conjeturas —contestó—. No tenéis ninguna prueba fidedigna.

—Puede que no, pero será suficiente para que los jueces reales os sometan a juicio en Westminster. ¿Y entonces qué, *lady* Catalina? ¿La humillación pública? ¿La sospecha? Seréis considerada el ser más indigno de este mundo. —El escribano vio cómo la sonrisa se borraba del rostro de la mujer—. ¿Y si os declararan culpable? Solo Dios sabe lo que podría ocurrir. Y, si os declaran inocente o, si como es más probable, la acusación no se pudiera demostrar, ¿creéis que podríais volver a caminar por las calles de Londres? Si os declaran culpable de todas esas muertes, os conducirán a la prisión del Fleet, os vestirán con los andrajos escarlata con que visten a los asesinos y seréis condenada a morir en la hoguera de Smithfield, donde todas las prostitutas de la ciudad se reunirán para burlarse de vuestros gritos de moribunda.

Lady Fitzwarren bajó la mirada, luego la volvió a levantar para mirar a Corbett.

—¿Cuáles son las otras opciones? —preguntó en un susurro.

—El rey deseará sin duda que el asunto no salga a la luz. Una plena confesión y la confiscación de todos vuestros bienes como compensación.

—¿Y qué será de mí?

—Tomaréis los hábitos en un lejano y solitario convento, quizás en la frontera galesa o escocesa, y viviréis el resto de vuestros días a pan y agua para reparar los terribles crímenes que habéis cometido.

La dama sonrió, ladeando la cabeza.

—Sois un muchacho muy listo —murmuró—. Quizá me hubiera convenido mataros también a vos, con ese rostro tan severo, esa expresión preocupada y esos ojos tan perspicaces que tenéis.

—Pero lo intentasteis, ¿verdad? ¿Fuisteis vos quien contrató a los asesinos que nos atacaron en el Walbrook?

Lady Fitzwarren se encogió de hombros e hizo pucheros como si Corbett le hubiera echado una reprimenda.

—Sois un muchacho muy listo —repitió—. Veréis, Corbett —dijo, removiéndose en su asiento como si les estuviera contando una historia a unos niños—. Yo amaba mucho a mi esposo. Era un noble caballero, no teníamos hijos y yo vivía entregada enteramente a él. —Miró a su alrededor con los ojos rebosantes de lágrimas—. ¿Acaso no lo comprendéis? Todo mi aliento, todos mis pensamientos y todas mis obras se centraban en él. Murió luchando por el rey en Gales. —*Lady Fitzwarren* cruzó los brazos, al recordar el pasado un velo de tristeza le cubrió el rostro desplazando la máscara de odio—. Amaba profundamente a mi esposo —repitió—. Y lo sigo amando en cierto modo a pesar de la cruel injuria a la que me sometió. —Miró a Corbett con odio reconcentrado—. Me incorporé a la orden de Santa Marta, dediqué mi vida a las buenas obras, me compadecía de las mujeres de la calle y jamás hubiera podido imaginar los secretos que más adelante descubrí. Un día hablaba yo con una de ellas de piel más blanca que el mármol y de ojos tan azules como el cielo estival. Era tan bella e inocente como un ángel. —*Lady Fitzwarren* cruzó los brazos—. Todo eso lo pensé antes de que abriera la boca. Traté de razonar con ella y de hacerle comprender el mal que estaba cometiendo. Le comenté lo dura que había sido mi vida, una Fitzwarren cuyo esposo había sido general en el ejército del rey. —*Lady Catalina* curvó los labios en una mueca—. La muy bruja me preguntó cómo me llamaba y yo se lo repetí. Me lo volvió a preguntar medio muerta de risa.

La mujer enmudeció de repente, clavando los ojos en la mesa.

—¿Señora? —le dijo Corbett.

Lady Fitzwarren le miró con malicia y Corbett comprendió que se sumía de nuevo en la locura.

—La muy bruja —repitió *lady Catalina*—. ¡Se levantó la falda y me mostró sus vergüenzas! «¿Veis todo eso, *lady Fitzwarren*? —me gritó la muy bruja—. ¡Vuestro

esposo lo acarició y lo besó y se acostó conmigo para consolarse de las alegrías que vos no podíais darle!». —Se cubrió el rostro con las manos y añadió en un susurro—: No podía creerlo. Pero la prostituta me describió a mi esposo: su piel, el color de su cabello, su manera de andar, sus posturas e incluso sus reniegos preferidos. Según la muy bruja, mi esposo usaba no solo sus servicios sino también los de otras de su misma clase. Y yo no pude negarlo, pues, cuando estábamos en Londres, mi esposo solía ausentarse muy a menudo por asuntos del rey, o eso decía él por lo menos. —La dama soltó una áspera carcajada—. ¡A la muy bruja le hizo mucha gracia que yo estuviera sirviendo a aquellas que tan bien habían servido a mi esposo! De pie en un escabel, se levantó varias veces las faldas, exhibiendo ante mi su sucia desnudez... Había un cuchillo sobre la mesa. No sé lo que ocurrió... Lo tomé y empecé a atacarla... La chica gritó y yo la agarré por el cabello y le corté la garganta... —La mujer miró fijamente a Corbett—. ¿Cómo era posible que pudiera mantener tratos con aquellas mujeres y convertirme en el hazmerreír de la gente y en el tema de las bromas de aquellas vulgares ramerías? No soy tonta —añadió—. Las palabras de aquella chica despertaron los fantasmas de mi mente... Recordé el abandono al que me sometía... y las heridas empezaron a enconarse. La muerte de la prostituta fue como una especie de purga que me limpió la sangre y me purificó la mente. Y entonces volví a atacar... En cada ocasión utilicé un hábito y una cogulla de la sacristía de Westminster. Los orondos monjes jamás se dieron cuenta de lo que ocurría. Me enteré de los rumores que corrían acerca de sus orgías nocturnas y me pareció una maravillosa oportunidad. Pensando en mi amado esposo, juré que el día 13 de cada mes, aniversario de su muerte, una prostituta tendría que morir. —Se acercó los blancos nudillos de la mano a los labios—. No sabéis lo que disfrutaba. Lo preparaba todo con cuidado..., elegía a la víctima y tramaba su destrucción... —Se inclinó hacia adelante y le dio a Corbett unos golpecitos en la mano con sus gélidos dedos—. Vos teníais razón, muchacho listo. De vez en cuando las cosas fallan. La muy necia de Inés me vio. Creyó que estaba escondida en las sombras, pero yo vi el brillo de sus baratas joyas en medio de la oscuridad y vi su estúpido rostro oculto en la sombras. —La dama se frotó la mejilla—. Su muerte fue muy fácil, pero lo de *lady* Somerville fue distinto. Por regla general, yo examinaba muy bien la ropa que usaba, pero un día cometí un error. Vos sabéis, Corbett, que la sangre roja se mezcla muy bien con el color pardo. Y, por si fuera poco, el hábito quedó impregnado de mi perfume. Sorprendí a *lady* Somerville con el hábito en la mano. Me miró sin decir nada y yo le sonreí.

—¿Y el padre Benito? —preguntó Corbett.

—Sabía que *lady* Somerville hablaría con él —contestó la dama—, pues De Lacey no le hubiera hecho caso. —Sonrió para sus adentros—. Tenía muchas cosas que hacer. *Lady* Somerville sospechaba y ya había hablado con el padre Benito. Yo sabía que me costaría convencerla y ya había elegido a Isabeu como mi siguiente víctima. —La mirada de *lady* Catalina se perdió en la distancia—. *Lady* Somerville

tenía que morir y el padre Benito tendría que desaparecer cuanto antes para que no empezara a atar cabos y se diera cuenta de lo que ocurría. A la noche siguiente, visité a Isabeau. No contaba con la aparición de Inés. Lo demás... —Se encogió de hombros e introdujo la mano en los pliegues de su vestido como si quisiera rascarse—. En fin... —dijo levantándose al tiempo que sacaba y extendía velozmente la mano.

Corbett vio el brillo de una fina daga de acero. Pero las prisas obligaron a la dama a intentar rajarle el rostro en lugar de lanzarle la daga. Cade se levantó de un salto y *lady* Neville lanzó un grito mientras Corbett asía la muñeca de su agresora y se la comprimía con fuerza hasta obligarla a soltar la daga. Ranulfo se acercó de un salto, colocó los brazos de la mujer a su espalda y le ató hábilmente las manos con unas cuerdas que llevaba en la bolsa. *Lady* Fitzwarren se limitó a mirar a su alrededor con una relamida sonrisa en los labios.

—Sois un muchacho muy listo —murmuró—. Con lo bien que pagué a aquellos malnacidos..., pero los hombres siempre lo enredan todo. —Echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada hasta que Ranulfo le abofeteó el rostro—. ¡Hijo de mala madre! —le gritó.

Ranulfo la asió por los hombros y le susurró algo al oído. La aristócrata se apartó con expresión aterrorizada.

—¡No te atreverías! —le dijo.

—Vaya si me atrevería —le contestó tranquilamente el criado.

Corbett se limitó a contemplar aquella extraña pantomima sin intervenir.

Ranulfo volvió a susurrarle algo al oído.

—En la taberna de la Cabeza del Lobo de Southwark —respondió Fitzwarren—. Ajenjo, el antiguo verdugo.

Ranulfo asintió con la cabeza y se apartó. Corbett chasqueó los dedos mirando a Cade.

—Conducidla a una cámara de la Torre Blanca. Deberá permanecer allí hasta que se conozca la voluntad del rey. —Corbett inclinó la cabeza y miró a *lady* María Neville, la cual permanecía sentada con el rostro intensamente pálido y la boca entreabierto de asombro—. Ranulfo, acompaña a *lady* Neville a casa.

Corbett se sentó mientras Cade acompañaba a la sumisa *lady* Fitzwarren hasta la puerta y Ranulfo ayudaba amablemente a *lady* María a levantarse y, rodeándola protectoramente con su brazo, abandonaba la Sala Capitular sin volver la mirada hacia atrás. Corbett vio cerrarse la puerta a su espalda y, reclinándose en su asiento, cruzó los brazos sobre el pecho, contemplando la vacía oscuridad de la sala.

—Todo ha terminado —murmuró.

Pero ¿de veras había terminado? Como en la guerra, quedaban las víctimas y las heridas. Redactaría el informe, lo sellaría con el sello secreto y pasaría a otros asuntos. Pero ¿qué ocurriría con Cade y la joven Judit? ¿Qué sería de Puddlicott y de su hermano? ¿Y del joven Maltote? ¿Y de los monjes de Westminster? ¿Y de las

hermanas de Santa Marta? Todos sufrirían por aquella causa. Corbett lanzó un suspiro, se levantó con gesto cansado y se preguntó qué le habría susurrado Ranulfo al oído a *lady* Fitzwarren.

—Está cambiando —dijo en voz baja.

La presencia de *lady* María simplemente había acentuado los cambios: Ranulfo se mostraba más cauto, más despiadado en sus decisiones y él había vislumbrado la ardiente ambición que anidaba en su alma.

—¡Vaya, vaya, vaya!

Ajustándose el talabarte alrededor de la cintura, sonrió para sí. «Si Ranulfo quiere más poder —pensó—, tendrá que aceptar la responsabilidad que todo ello lleva aparejada». Inmediatamente decidió encargar a Ranulfo la tarea de informar a *lady* De Lacey de lo que había estado ocurriendo en su orden.

El escribano contempló las sombras que lo rodeaban. Habían ocurrido tantas cosas en aquel lugar que en la cámara parecían resonar todas las vibrantes pasiones allí manifestadas. Recordó el burlón comentario de *lady* Fitzwarren, llamándole muchacho listo. Esbozó una amarga sonrisa.

—¡No tan listo! —musitó.

Siempre se había enorgullecido de su lógica y, sin embargo, esta le había impedido progresar: había creído que Warfield, Puddlicott, De Craon, el asesino y las víctimas estaban todos relacionados. Hubiera tenido que recordar que, según la lógica, todas las partes no hacen necesariamente el mismo todo y que la fortuna, la casualidad y la coincidencia desafían las leyes de la lógica. El único factor común era Westminster, la desierta abadía y el palacio. Distraídamente dio unas palmadas sobre la mesa.

—¡El rey tiene que regresar —murmuró— y poner orden en la Iglesia y en su casa!

Abandonó la Sala Capitular, cruzó el recinto de la abadía y alquiló una chalana para que lo trasladara río abajo. Estaba pensando todavía en Ranulfo cuando abrió la puerta de su casa y oyó el estruendo procedente de la solana del piso de arriba: los chillidos de la pequeña Leonor, los gritos y los golpes de pies arrastrándose por el suelo y, por encima de todo, los bellos cantos de unas voces galesas. Se apoyó contra la pared y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Ahora mi dicha es completa! —masculló.

Se abrió de golpe la puerta de lo alto de la escalera y Corbett trató de sonreír mientras Maeve, apoyada en el brazo de una fornida figura de largo cabello le gritaba:

—¡Hugo! ¡Hugo! ¡Qué contento te vas a poner! ¡Acaba de llegar tío Morgan!

Ranulfo dejó a *lady* María Neville en la esquina de su casa de Farringdon. Besó suavemente sus perfumados dedos, asintió levemente con la cabeza mientras ella le

agradecía su protección y contempló cómo la joven viuda se acercaba a la puerta de su casa. La dama se detuvo con la mano en la aldaba y miró hacia la esquina, donde Ranulfo permanecía de pie con las piernas separadas y los pulgares de las manos metidos en el talabarte. Después se echó la capucha hacia atrás, se soltó el cabello y, levantando los dedos le lanzó el más dulce de los besos. Ranulfo esperó a que entrara en la casa y entonces sonrió, tratando de reprimir el impulso de gritar y llorar de alegría.

Pero, a pesar de todo, el criado llegó a la conclusión de que los asuntos de aquella jornada aún no habían terminado. Regresó a la ciudad y visitó el taller de un flechero de West Cheap antes de bajar corriendo a la calle del Támesis y a las barcas que esperaban en Queenshite. Hubiera deseado detenerse en la calle del Pan o visitar a Maltote en San Bartolomé, pero tenía el firme propósito de cumplir lo que se había propuesto. Si su amo lo supiera o simplemente lo sospechara, hubiera hecho todo lo posible por obstaculizar e impedir sus planes. Se echó la capucha sobre el rostro, se arrebujó en su capa y saltó a una chalana de dos remos. Cubriéndose el rostro con el embozo, le dijo al barquero que lo llevara a Southwark, más allá del Puente de Londres. Mientras el fornido barquero impulsaba la pequeña embarcación sobre las picadas aguas del Támesis, Ranulfo apretó la empuñadura de su espada y pensó en la mejor manera de llevar a cabo su plan. Confiaba en que *lady* Fitzwarren le hubiera dicho la verdad. Él la había amenazado con revelar a todas las prostitutas de Londres la crueldad de sus asesinatos en caso de que no le facilitara la información. Pero la confesión de la mujer fue rápida. Southwark de noche estaba considerado la puerta del infierno y él sabía que la taberna de la Cabeza del Lobo tenía una fama mucho peor que la del demonio.

El barquero, intrigado por su silencio, pensó que el pasajero se disponía a visitar uno de los conocidos burdeles de Southwark y se negó a dejarle en tierra sin antes aconsejarle acerca de la mejor manera de gastar el dinero en la taberna de la Campana de Oro, donde las mujeres se peleaban como comadreas por un penique y eran capaces de hacer cualquier cosa por dos. El criado recordó los cadáveres que había visto, esbozó una triste sonrisa y, una vez en tierra, se adentró en el laberinto de callejuelas que se iniciaba a la orilla del río. Allí no ardían lámparas ni antorchas. Las míseras casas y chozas estaban apretujadas las unas contra las otras y Ranulfo tuvo que avanzar a oscuras a través de aquel laberinto. Sin embargo, sabía que Southwark se animaba de noche: ladrones, vagabundos, maleantes y forajidos vagaban por las callejuelas en busca de presas débiles y desarmadas. Las calles estaban llenas de desperdicios de todas clases y se aspiraba en el aire un olor a podredumbre tan nauseabundo como el de un osario. Cuando Ranulfo se adentró en la oscuridad, unas vagas sombras emergieron de los angostos portales pero se retiraron inmediatamente al ver el brillo de las empuñaduras de su espada y su daga.

Al final, Ranulfo encontró la Cabeza del Lobo, una pequeña taberna, a través de cuyas estrechas ventanas se filtraban los gritos y la barahúnda del interior. El criado

abrió la puerta, entró en la semipenumbra del sucio local y aspiró el olor a rancio de su atmósfera. El ruido cesó como por arte de ensalmo. Se abrió la capa para dejar bien a la vista la espada y la daga e inmediatamente se reanudaron los murmullos de las conversaciones. Un tabernero de mofletudo rostro se acercó presuroso y se inclinó en una profunda reverencia ante él, como si fuera el mismísimo rey. Sus codiciosos ojos habían reparado en la calidad del tejido de su capa y en el excelente cuero de sus botas de tacón alto.

—¿Un poco de cerveza? ¿Un poco de vino, señor? —preguntó en tono zalamero—. ¿Una moza? ¿Tal vez dos?

Ranulfo le hizo señas de que se acercara y lo agarró por la pechera de su manchado jubón.

—¡Quiero ver a Ajenjo! —le dijo en un susurro—. ¡Y no mientas, pedazo de sebo! Él y sus compañeros siempre se reúnen aquí. Se les puede contratar, ¿verdad?

El orondo tabernero se humedeció los labios con la lengua y sus ojos miraron en todas direcciones como los de una rata atrapada.

—¡No miréis —dijo—, pero en el rincón del fondo están Ajenjo y sus compañeros! ¿Qué deseáis, mi señor? ¿Jugar alguna partida tal vez?

Ranulfo lo apartó a un lado.

—Pues sí —contestó en voz baja—. Una partida.

Se acercó a la mesa donde los cuatro individuos estaban jugando una partida amañada de dados, utilizando una sucia copa como cubilete. Al principio, no le prestaron atención, pero después el tuerto del rincón levantó la cabeza; tenía un alargado y enjuto rostro con una boca que parecía una ratonera y una cicatriz de herida de daga bajo el ojo sano; llevaba el grasiento cabello con crencha en medio y los enmarañados mechones le llegaban hasta los hombros.

—¿Qué desea vuestra merced?

—¿Eres Ajenjo?

—Lo soy. ¿Y tú quién eres?

—¡Alguien me ha recomendado tus servicios!

—¿Para qué?

Ajenjo escondió las manos bajo la mesa y lo mismo hicieron sus tres compañeros.

Ranulfo los miró sonriendo. Parecían lo que eran: unos malandrines capaces de cortarle la garganta a un niño por una moneda de cuatro peniques. Taimados ojos de brillo perverso y rostros sin afeitar; Ranulfo vio que uno de ellos se estaba acariciando una herida en el hombro y comprendió que había encontrado a su presa.

—Quiero contrataros —anunció—. Pero, primero, quiero jugarme una parte de mi oro.

Las manos de Ajenjo y las de sus compañeros salieron de debajo de la mesa. Ranulfo vio los trapos que envolvían sus dedos y las manchas de cal. Sabía que los sicarios tenían distintas habilidades. Algunos utilizaban el estrangulamiento y otros la ballesta mientras que aquellos tunantes utilizaban la cal para cegar a su víctima antes

de atacarla con la daga o la espada. Ajenjo extendió las manos envueltas en trapos.

—¿O sea que quieres contratarnos pero primero quieres jugar? —Miró con una sonrisa a sus compañeros—. La suerte nos sonríe esta noche hermanos míos. ¡Tabernero! —gritó—. Una banquetta para nuestro amigo. ¡Una jarra de tu mejor vino y cinco copas! ¡Paga él!

El tabernero se apresuró a cumplir la orden pero mantuvo el rostro apartado como si sospechara lo que iba a ocurrir. Acercó una banquetta y sirvió el vino. Ajenjo agitó los dados en la copa.

—¡Vamos, amigo, el invitado primero!

Ranulfo agitó los dados, sacó un diez y le pasó la copa al sujeto que tenía a su izquierda. Todos echaron los dados entre maldiciones y tragos de vino y todos sacaron números más bajos que los de Ranulfo. Decidieron echar por segunda vez los dados.

—¡La mejor tirada de tres! —anunció enojado—. ¡Pero primero queremos ver el color de tu oro por si pierdes!

Ranulfo depositó una moneda sobre la mesa y los hombres la contemplaron con avidez mientras él tomaba la copa de los dados.

—¡Qué curioso! —exclamó Ajenjo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ranulfo con una sonrisa.

—Hemos visto tu oro, pero ¿qué es lo que nos estamos jugando?

Ranulfo posó la copa sobre la mesa.

—Ah, ¿no os lo había dicho? —preguntó, sonriendo con dulzura—. ¡Vuestras vidas!

Las manos de Ajenjo se deslizaron hacia su cinto, pero, antes de que los demás pudieran recuperarse de su asombro, Ranulfo se puso en pie de un salto y empujó la banquetta hacia atrás con un puntapié. Sacó la pequeña ballesta que escondía bajo la capa y el dardo de lengüetas alcanzó a Ajenjo en el pecho antes de que la mano del malhechor pudiera acercarse a su daga. Sus compañeros fueron demasiado lentos o tal vez estaban demasiado atontados por la bebida. Uno de ellos se levantó y tropezó cayendo sobre la daga de Ranulfo. Inmediatamente retrocedió gritando de dolor mientras se cubría con las manos la sangrante herida del vientre. A los otros dos no les fueron mejor las cosas; moviéndose con gran agilidad, Ranulfo empujó la mesa con la bota y acorraló a uno contra la pared. Después dio un brinco hacia atrás y desenvainó la espada mientras otro malhechor, blandiendo la daga y profiriendo maldiciones de borracho, se abalanzaba sobre él. Ranulfo hizo una finta, el hombre pasó tambaleándose por su lado, lanzó un grito de dolor y cayó al suelo mientras él empuñaba de nuevo la espada y la hundía profundamente en su región lumbar. El cuarto asesino, todavía inmovilizado entre la mesa y la pared, trató de liberarse. Ranulfo tomó una pequeña bolsa atada al cinto de uno de los hombres caídos al suelo, se echó la cal en la mano y la arrojó al rostro del que estaba sentado. El hombre se apartó hacia atrás gritando y golpeando el suelo con los pies. Ranulfo se volvió y

miró a su alrededor en la silenciosa taberna.

—¡Se ha hecho justicia! —gritó—. ¿Hay alguien que quiera intercambiar unas palabritas conmigo?

Nadie contestó. Ranulfo arrancó su daga del cuerpo del asesino muerto y se encaminó hacia la puerta. El único sonido fue el de las banquetas empujadas sobre el suelo y las maldiciones por lo bajo del compañero de Ajenjo que aún quedaba vivo, suplicando agua. Ranulfo salió a la noche del exterior y corrió por las oscuras callejuelas que conducían a la orilla del río. Allí limpió sus armas, las volvió a envainar y se dirigió al muelle para alquilar una chalana. Entregó una moneda y saltó a la embarcación. Mientras el barquero se apartaba de la orilla, Ranulfo contempló el rápido fluir de la corriente. No sentía el menor remordimiento por lo que acababa de hacer. Aquellos hombres lo habían atacado sin motivo y solo porque la muy bruja de *lady* Fitzwarren los había contratado. Habían estado a punto de matarles tanto a él como a su amo y solo Dios sabía el daño que le habían causado a Maltote. Ranulfo se reclinó en su asiento de la popa. A su debido tiempo, le diría a Corbett lo que había hecho. Pensó sonriendo en *lady* María Neville. ¿Y si le dijera algo más a maese «Cara Larga»? Por encima de su cabeza una gaviota lanzó un estridente grito, pero él apenas se movió. Recordó su fanfarronada en presencia de Corbett: él, Ranulfo de Newgate, valía tanto como el mejor; hincaría la rodilla ante el rey, sería nombrado caballero, se le concedería un elevado cargo y tomaría a *lady* María Neville por esposa. ¿Y qué podría hacer entonces maese «Cara Larga»? Ranulfo cerró los ojos y soñó en sus futuras glorias.

Cuando llegó a las Gradas del Muelle del Pescado, estaba tan perdido en sus ensoñaciones que el barquero tuvo que pegarle un grito y sacudirlo enérgicamente por los hombros. Ranulfo arrojó distraídamente unas cuantas monedas a la palma del hombre y permaneció un momento en el muelle, recordando la conversación de Corbett con Puddlicott. El embaucador, ahora encerrado en la cárcel del Fleet, no había resuelto un pequeño misterio; algo en lo que maese «Cara Larga» no había caído; un pequeño detalle que a él lo había dejado perplejo. El criado recordó sus ambiciosos sueños y se preguntó si no habría llegado el momento de dar el primer paso para cumplirlos. ¿O quizá sería mejor regresar a casa? Miró al fondo de una callejuela hacia la calle del Támesis. Una rata con el rabo mojado correteó por encima de su bota. Se la sacudió de encima con rabia, pero lo consideró una señal. Estaba cansado de correr en medio de la oscuridad de la noche cumpliendo los recados que le encomendaba su amo. Sí, pensó, había llegado el momento de que Ranulfo de Newgate se preocupara por su propio futuro. Mientras apuraba el paso subiendo por la callejuela, dos oscuras sombras emergieron de un portal. Ranulfo se echó la capa hacia atrás y desenvainó la espada.

—¡Largo! —gritó.

Las figuras se alejaron y él siguió adelante, recorriendo aún varias callejuelas hasta llegar a la del Arquero y al callejón de los Deanes junto a la oscura mole de San

Pablo. Picado por la curiosidad, se detuvo y se encaramó al alto muro del cementerio de la catedral. Como de costumbre, las inmediaciones del cementerio eran un hervidero de actividad; el criado aspiró los efluvios de la comida que se estaba cocinando y vio unas borrosas figuras sentadas alrededor de las hogueras y los destartalados tenderetes de baratijas que no cerraban ni siquiera de noche. San Pablo era el refugio de los delincuentes que huían de la jurisdicción de las autoridades de la ciudad o de los representantes de la justicia del rey. Ranulfo se detuvo y contempló en silencio la oscuridad de la noche. Si su amo no lo hubiera arrancado de la prisión de Newgate, aquel hubiera sido su futuro. Más decidido que nunca, bajó del muro, se limpió las manos y se encaminó hacia Newgate. Sobornó a un adormilado guardia para que le permitiera entrar a través de una poterna y atravesó los prados comunales de Smithfield para dirigirse al priorato de San Bartolomé. Se detuvo cerca del patíbulo; los cadáveres putrefactos le traían sin cuidado.

—¿Estás ahí, Hierbacana? —preguntó en voz baja.

—El viejo Hierbacana no está ni aquí ni allá —contestó enojado el pordiosero loco.

Ranulfo sonrió, arrojó una moneda en dirección al patíbulo y llamó a la puerta del priorato. A los pocos minutos un hermano legó abrió la puerta y le franqueó la entrada al hospital. Ranulfo se pasó un rato esperando en un pasillo lleno de corrientes de aire, preguntándose qué noticia lo esperaba.

—Ranulfo, Ranulfo —dijo el padre Tomás, acercándose presuroso a él—. ¿Vienes por Maltote?

—Pasaba por aquí, padre. No quisiera molestaros.

—No te preocupes, Ranulfo. Yo trabajo mejor de noche que de día.

—Bueno, ¿se ha quedado ciego Maltote? —se apresuró a preguntar Ranulfo.

El padre Tomás lo asió suavemente por un brazo y lo acompañó a un banco.

—Maltote se curará —contestó el padre Tomás, sentándose a su lado—. Le dolerán los ojos durante algún tiempo, pero le debieron de lavar o limpiar la lima con mucha rapidez. Le quedará la parte lateral de la cara un poco marcada pero es joven y su cuerpo se recuperará enseguida.

Ranulfo miró al clérigo con inquietud.

—Pues entonces, ¿dónde está el problema, padre?

—Estoy preocupado sobre todo por su espíritu.

—¿Qué queréis decir?

—Es posible que sienta horror por la violencia y particularmente por las armas.

Ranulfo se mordió el labio.

—Seguid, padre.

—Bueno, le dimos un cuchillo para que cortara la carne. Se hizo más cortes en los dedos que en la comida.

Ranulfo se reclinó contra el respaldo del banco y soltó una carcajada de alivio mientras le daba al padre Tomás una suave palmada en la mano. El boticario

contempló perplejo la reacción de Ranulfo.

—Perdón, padre, os pido disculpas. ¿Acaso no lo sabíais?

El padre Tomás sacudió la cabeza.

—No le deis jamás a Maltote un cuchillo, una espada o cualquier otra cosa que corte. ¡Solo conseguirá lastimarse a sí mismo y a todos los que estén en San Bartolomé! Pero os agradezco, padre, los cuidados que le estáis dispensando.

—¿No quieres verle?

—¿Está durmiendo?

—Sí.

—Pues dejémosle, padre. Tengo otros asuntos que atender.

Al salir de San Bartolomé, Ranulfo volvió a cruzar el prado cubriéndose el rostro para no aspirar los nauseabundos olores de la zanja de la ciudad y descendió por una angosta callejuela adoquinada que conducía a la entrada de la prisión del Fleet. El portero no se mostró demasiado amable con él; solo una moneda de plata le permitió a Ranulfo entrar en el sucio y hediondo vestíbulo de la prisión. Inmediatamente se le acercó un corpulento carcelero con cara de borrachín y grasiento cabello de punta.

—¿Qué queréis? —le interrogó, secándose las manos en la pechera de un manchado jubón de cuero.

—Hablar un momento con Puddlicott.

Los labios del carcelero se entreabrieron en una sonrisa.

—¡Ah, el ladrón del tesoro del rey! Tenemos órdenes de no permitir que nadie se acerque a él!

—¿Órdenes de quién?

—De *sir* Hugo Corbett, Custodio del Sello Secreto.

Ranulfo rebuscó en su bolsa y sacó una orden con el sello de Corbett.

—¡Me envía mi amo! ¡Haz lo que te digo!

El hombre no sabía leer, pero el sello le causó una gran impresión y mayor todavía se la causó la moneda de plata que Ranulfo depositó encima de la orden.

—Será mejor que me acompañéis. Ahora se encuentra muy a gusto. Tiene un alojamiento muy cómodo, lejos del resto de la escoria.

El carcelero lo acompañó a través de una sala tan oscura como una cueva, donde los delincuentes comunes se hacinaban encadenados al muro. Las cadenas eran lo bastante largas como para que pudieran levantarse y caminar un poco, pero ahora todos estaban acurrucados bajo unas raídas mantas, gimiendo y lloriqueando en sueños. Ranulfo contempló con desagrado la larga mesa común cubierta de grasa, donde los ratones, sin inmutarse ante la presencia de extraños, aún roían los sucios restos de comida y las manchas de grasa. Algunos prisioneros se despertaron y se acercaron a ellos tambaleándose; eran unos pestilentes hombres y mujeres envueltos en andrajos, con la piel cubierta de llagas y magulladuras moradas. Un guardia les pegó un grito y ellos se retiraron.

Ranulfo y el carcelero bajaron por un largo pasillo de baldosas de piedra, pasando

por delante de unas ventanas con barrotes, donde los prisioneros condenados a muerte agitaban unos cuencos a través de los barrotes, gemían y proferían insultos. Subieron unos agrietados peldaños y salieron a un largo pasillo iluminado por antorchas, en el que había varias celdas. Ranulfo adivinó inmediatamente dónde se encontraba Puddlicott por los dos guardias que vigilaban la puerta, sentados en el suelo. Estos apenas se movieron cuando el carcelero abrió la puerta y le hizo pasar.

—¡Puddlicott, muchacho mío! —gritó el carcelero—. ¡Malnacido del demonio, tienes una visita!

Ranulfo miró a través de la oscuridad. La celda era cuadrada y estaba impecablemente limpia. En un rincón había un retrete cuyo desagüe debía de ir a parar a la zanja de la ciudad y la estancia contaba incluso con algunos muebles: una mesita, una desvencijada banqueta y una larga cama con un colchón de paja. Puddlicott se incorporó con cara de sueño. Al final consiguió despertarse, se desperezó y bostezó. Ranulfo no tuvo más remedio que admirar su frialdad. El prisionero le miró con una sonrisa.

—Hay una vela encima de la mesa, pero no tengo pedernal.

Ranulfo sacó el suyo y encendió la vela. Puddlicott se fue a orinar al retrete, se puso la capa y se sentó en el borde de la cama.

—O sea que Corbett te ha vuelto a enviar, ¿eh? ¿Ha olvidado algo?

Ranulfo se sentó en la mesa.

—Pues no, ahora ya sabemos lo que ocurrió. Al parecer, vos entrabais y salíais del país cuando queríais y trasladasteis los sacos de monedas desde la calle de la Iglesia de la Gracia al muelle, utilizando un carro de estiércol.

Ranulfo levantó la cabeza y miró al techo. Él y Corbett habían cometido un error: jamás habían preguntado por qué razón un enviado tan importante como De Craon no había elegido una vivienda de más categoría. Pero, por otra parte, los enviados acreditados podían elegir el alojamiento que quisieran.

—¿Jamás os preguntasteis —dijo bruscamente Ranulfo— por qué algunas de las prostitutas que invitasteis a la abadía fueron asesinadas? Algunas de vuestras mujeres debieron de figurar entre las víctimas, ¿no es cierto?

Puddlicott se encogió de hombros y se arrebujó en la capa.

—Así es el mundo. Tú eres Ranulfo, ¿verdad?

El criado asintió con la cabeza.

—Muchos hombres mueren violentamente y lo mismo les ocurre a las mujeres y los niños, ¿por qué iban a ser distintas las prostitutas? —Puddlicott estiró las piernas—. ¿Tu amo cumplirá la palabra que me dio acerca de mi hermano?

—Sí —contestó Ranulfo—. Y si me decís algo más, os juro que dos veces al año yo iré a San Antonio para ver cómo está.

Puddlicott se levantó y se acercó a Ranulfo.

—Corbett no te ha enviado. Has venido por tu cuenta. Ya he dicho todo lo que sé y, aunque pienso que todos los representantes de la ley son unos malnacidos, sé que

no has venido para burlarte de mí. Por consiguiente, ¿de qué se trata? ¿De las muertes de las prostitutas?

—No —contestó Ranulfo a la defensiva—. Ya tenemos nuestras ideas a este respecto.

—Pues entonces, ¿qué?

—¡Información!

—¿Para Corbett?

—No, para mí.

Puddlicott se partió de risa y fue a sentarse de nuevo en el borde de la cama.

—¿A qué estás jugando, maese Ranulfo? ¿A ser un criado que compite con su amo? ¿Por qué crees que yo tengo más información?

Ranulfo se inclinó hacia adelante.

—Creo que De Craon vino a Inglaterra para llevarse el tesoro a su país. Y comprendo por qué razón lo escondió, ¡pero lo que no entiendo, maese Puddlicott, es por qué razón vos, que estabais excavando la galería para entrar en la cripta, tuvisteis que interrumpir aquella importante tarea para ir y venir de Francia! —Ranulfo miró al prisionero—. Este es el único cabo suelto. ¿Por qué no os quedasteis en Londres? ¿Qué era eso tan importante que os obligaba a ir y venir constantemente de París? Sabemos que lo hicisteis; vuestros cómplices declararon que a veces desaparecíais durante varias semanas seguidas. ¿Qué otra cosa os llevabais entre manos?

—Eres muy listo, maese Ranulfo. Eso Corbett no me lo preguntó.

—A lo mejor, pensó que ibais allí para recibir nuevas instrucciones.

Puddlicott se encogió de hombros.

—¿Y qué?

—¿Queréis decirme la verdadera razón? —replicó Ranulfo.

Puddlicott volvió a tenderse en su cama y cruzó las manos detrás de la cabeza.

—No tenéis nada que perder.

—Ni nada que ganar —replicó Puddlicott.

—Tenéis a vuestro hermano y, tal como vos sabéis, Puddlicott, el verdugo conoce medios para aliviar el dolor. Y, además, estoy seguro de que nuestro buen amigo el carcelero os proporcionaría un buen cuenco de vino con especias antes de vuestro último viaje en el carro de la muerte.

Puddlicott permaneció tendido en la cama, silbando entre dientes.

—De acuerdo —dijo bruscamente, levantándose de la cama—. Soy un moribundo, Ranulfo. Tú sabes que cualquier juramento que se me haga es sagrado.

—Lo cumpliré.

Puddlicott golpeó el suelo con los pies.

—¿Te gustaría contemplar el rostro de Cristo? —preguntó de repente.

—¿Cómo?

—Que si te gustaría contemplar el rostro de Cristo.

—Pues claro. ¿Qué queréis decir?

—¿Conoces la orden de los Templarios?

—¡Por supuesto que sí! —contestó Ranulfo.

—Pues bien. —Puddlicott respiró hondo—. No conozco toda la historia, pero a veces De Craon se iba de la lengua cuando llevaba unas copas de más. Su señor Felipe de Francia necesita desesperadamente dinero; los caminos del norte de Francia están llenos de soldados, pues Felipe está reuniendo un ejército para lanzar un ataque contra Flandes. —Puddlicott levantó la mano—. Sé que eso ya lo sabes. El caso es que Felipe se ha enterado de la existencia de una preciosa reliquia, el Sudario de Cristo que conservan los Templarios.

—¿Y ahora quiere apoderarse de él para venderlo en el extranjero?

Puddlicott hizo una mueca.

—Aún hay más. Me encomendaron tres misiones: una de ellas era entrar en la cripta, las otras dos eran obtener información acerca de los Templarios en Inglaterra y del paradero de su famosa reliquia.

—¿Y por qué esta información?

—¡Ah!

Puddlicott se levantó y le susurró algo al oído a Ranulfo. Después se apartó, contemplando complacido la expresión de asombro del rostro de Ranulfo.

—¿Decís la verdad? —preguntó Ranulfo.

Puddlicott asintió con la cabeza.

—El robo de la cripta no es nada comparado con los planes de Felipe para el futuro. Solo otras cuatro personas saben ahora lo que tú sabes. —Puddlicott levantó los dedos—. Felipe de Francia, maese Nogaret, De Craon y yo. —Se encogió de hombros—. Pronto habré muerto. Reconozco que el malnacido de De Craon no ha hecho nada por salvarme.

Ranulfo se levantó de la mesa y aporreó la puerta de la celda.

—¿Cumplirás tu palabra? —le preguntó Puddlicott con voz suplicante.

Ranulfo volvió la cabeza.

—¡Por supuesto que sí, siempre y cuando sea verdad lo que me habéis, dicho!

Al llegar a la garita del portero, Ranulfo rebuscó en su bolsa y depositó unas monedas de plata en la palma del carcelero.

—¿Harás lo que te he dicho? —le preguntó.

—Lo he entendido muy bien, señor —contestó el hombre—. La mañana de su muerte Puddlicott beberá una buena copa de vino antes de subir los peldaños del verdugo.

Ranulfo le aseguró que se cercioraría de que su plata hubiera sido bien gastada; lanzó un suspiro de alivio y abandonó la prisión. La puerta con tachones de hierro se cerró ruidosamente a su espalda. Permaneció un rato aspirando el fresco aire nocturno mientras contemplaba las estrellas del cielo.

—Ranulfo de Newgate —murmuró para sus adentros—. El buscador de secretos.

Recordó lo que Puddlicott le había revelado en voz baja. Pensaba decírselo a

maese Cara Larga, por supuesto, pero su perspicaz ingenio elegiría el lugar y el momento. La revelación del terrible secreto de Puddlicott sería la clave de su fortuna.

Nota del Autor

Los acontecimientos descritos en esta novela ocurrieron realmente. Ricardo Puddlicott era un culto escribano, maestro del disfraz y célebre villano de fama internacional. Había sido mercader en los Países Bajos y, como consecuencia de las medidas económicas adoptadas por Eduardo I, pasó por dificultades. Posteriormente regresó a Inglaterra, donde, con Adam de Warfield y Guillermo de Senche, organizó el gran robo de la abadía. La situación en Westminster era la que se describe en esta novela; no había ninguna autoridad en los desiertos edificios del palacio y los monjes benedictinos, que habían relajado la observancia de sus deberes monásticos, se convirtieron en blanco fácil para un hombre como Ricardo Puddlicott. En los vacíos edificios del palacio se organizaron orgías nocturnas cuyos principales protagonistas fueron Puddlicott, Adam de Warfield y Guillermo de Senche. En dichas orgías participaban prostitutas y cortesanas. De las orgías nocturnas Puddlicott y Warfield pasaron al robo.

En el viejo cementerio se sembró cáñamo y Puddlicott, con la protección de Warfield, excavó una galería hasta la cripta. De allí se retiró gran cantidad de objetos de plata y de monedas recién acuñadas. Los pescadores encontraron copas flotando en el Támesis, parte de la plata apareció en el condado de Kent y algunos orfebres de la ciudad, hombres como Guillermo Torel cuya obra todavía se conserva en la abadía, receptaron de buen grado la plata robada. Cuando se descubrió el robo, Eduardo se puso furioso, los monjes fueron enviados a la cárcel y tanto Ricardo Puddlicott como Guillermo de Senche pagaron con su vida sus delitos. La cripta de Westminster todavía se puede visitar y yo me he sentado en lo que antes era un cementerio abandonado y he meditado acerca de este audaz robo que tuvo lugar hace casi seiscientos noventa años.

Los relatos del robo, incluida la confesión de Puddlicott, todavía se conservan. La fuente principal es el manuscrito Chetham N.º 6712 que aún se guarda en la Biblioteca Chetham de Manchester. De hecho, el autor de la historia podría ser uno de los cuarenta y nueve monjes declarados culpables en las investigaciones que posteriormente se llevaron a cabo y enviados a purgar sus culpas en la Torre. La descarada confesión de Puddlicott, en la que este asume la plena responsabilidad de lo ocurrido, se puede leer en el original (Exchequer Account K. R. 322/8 del Registro, Chancery Lane) e incluso se conserva un dibujo del supuesto robo en un manuscrito de la Colección Cotton Nero D. ii Folio 192D de la Biblioteca Británica. En estos documentos originales, Puddlicott se presenta como un hábil e ingenioso bribón, un seductor nato cuya muerte no se puede por menos que lamentar. Sufrió el máximo castigo por su insolencia y no cabe duda de que su cuerpo fue desollado y su piel fue clavada en la puerta de la abadía. Cientos de años después, los arqueólogos encontraron restos de aquella piel todavía incrustados en la puerta de la abadía. Es posible que la dejaran pudrirse allí como impresionante testimonio de la violenta

reacción de Eduardo I ante el robo de su tesoro.

Un examen de los archivos judiciales de Londres correspondientes al año mencionado en esta novela permite comprobar que varias prostitutas fueron asesinadas. Yo he establecido una relación entre la lista de trágicas muertes y la incursión de Puddlicott en la abadía de Westminster. Los lazos de Puddlicott con Francia eran muy débiles por no decir inexistentes, pero lo que no se puede negar es el incremento de la actividad diplomática de los agentes de Eduardo y de Felipe, unos reyes que luchaban por imponer su dominio el uno sobre el otro. Las medidas económicas adoptadas por Felipe IV de Francia incluyeron desde un ataque a la Iglesia hasta una investigación acerca de si la alquimia era realmente efectiva. Sus decisiones acerca de los Templarios, la célebre orden religiosa y militar, concluyeron en uno de los mayores escándalos de la Europa medieval, pero eso será el tema de otra novela.

Muchas personas me han escrito y me han preguntado si Hugo Corbett está basado en un personaje histórico y quizás ya ha llegado el momento de que confiese la verdad. Lo está; el escribano histórico fue el principal responsable del descubrimiento del crimen y de la entrega de Puddlicott a la justicia y la devolución del tesoro al rey. Se llamaba Juan de Droxford, y si alguien desea conocer la escritura del verdadero Corbett, puede examinar los Archivos Colé (Record Commission 1844) en los que figura el documento en el cual Droxford especifica las joyas perdidas y recuperadas. Juan de Droxford fue también el encargado de seleccionar al tribunal que juzgó a Puddlicott y tuvo un destacado papel en la resolución de este y de muchos otros misteriosos acontecimientos. Creo que es justo y ya es hora de que reconozca el mérito de aquel a quien corresponde.

Notas

[1] En latín, «¿Quién vigila a los vigilantes?». (*N. de la T.*) <<

[2] Asociación de puertos de mar del sureste de Inglaterra (inicialmente integrada por las ciudades de Hastings, Romney, Hythe, Dover y Sandwich) que gozaban de privilegios especiales a cambio de su contribución a la defensa naval de Inglaterra. (N. de la T.) <<

[3] En latín, «El amor todo lo puede». (*N. de la T.*) <<